LOS CONQUISTADORES DEL MUNDO

LOUIS MARSCHALKO

LOS CONQUISTADORES DEL MUNDO

Los verdaderos criminales de guerra

Editorial Nuevo Orden
Buenos Aires

Título del original inglés:
The world conquerors. The real war criminals

Traducción del inglés: Aída Aráoz

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Prohibida la reproducción total o parcial sin previo permiso del editor
© 1982 by Editorial Nuevo Orden
Buenos Aires / Argentina

Impreso en la Argentina / Printed in Argentine

ÍNDICE

	Pág.
Introducción	11
Capítulo primero. El "nazismo" más antiguo del mundo	19
Capítulo segundo. El significado de la resistencia de Cristo	39
Capítulo tercero. La dominación mundial en tres etapas	55
Capítulo cuarto. Banqueros millonarios respaldan a los bolcheviques	69
Capítulo quinto. Un movimiento difamado	91
Capítulo sexto. Los verdaderos criminales de guerra	107
Capítulo séptimo. Por qué Hitler tuvo que desaparecer	129
Capítulo octavo. ¡Los verdaderos vencedores de la IIª ¡Guerra Mundial	141
Capítulo noveno. Nuestra es la venganza	163
Capítulo décimo. Nuevos Purim y Nuremberg	183
Capítulo decimoprimero. ¿Qué sucedió con los seis millones de judíos?	209
Capítulo decimosegundo. Persecución espiritual y económica	241
Capítulo decimotercero. ¡Guerra biológica de clases contra todas las naciones	265
Capítulo decimocuarto. Los judíos tienen la bomba atómica	277

Dedicatoria

A la memoria de los mártires nacionalistas y víctimas del bolchevismo.

Nota del editor inglés: en la mayoría de los casos el traductor ha podido cotejar las citas de libros y periódicos con los originales. En aquellos casos en que no ha sido posible hacerlo, el editor solicita la indulgencia del lector por las diferencias en la traducción.

INTRODUCCION

Durante más de una centuria, bajo varios pretextos, se ha combatido para lograr el dominio de las naciones. El ejercicio del poder se ha vuelto la meta suprema de mucha gente. Banqueros, políticos, clérigos, líderes gremiales y secretarios del partido comunista, todos están a la caza del poder. Las tropas de asalto de las dictaduras ya no proclaman los viejos lemas socialistas. Afirman abiertamente y pregonan con brutalidad: "Queremos el poder". Y los llamados partidos democráticos aunque intentan guardarlo como un secreto tienen también en el corazón el despótico grito de combate: "Queremos el poder". El poder, como posesión de la varita mágica, ha llegado a ser la obsesión de su vida sin preocuparse del modo cómo obtenerlo, ya sea a través del partido conservador o del laborista, o a través de las iglesias cristianas.

La estructura de la sociedad moderna con su exceso de población ha desarrollado como consecuencia la idolatría del poder. El becerro de oro ha sido bajado de su pedestal y ha llegado a ser nada más que un emblema. El oro, la riqueza y todas las partes del simbólico animal sagrado del capitalismo pueden ser repartidas por igual, distribuidas o vendidas una por una por cualquiera que tenga poder para hacerlo como la carne de la carnicería. La Iglesia aspira a lograr el poder mediante el control del alma humana, el marxismo mediante la autocracia y la omnipotencia de los

medios materiales, el banquero por su oro al acaparando en sus manos el control de la prensa, el bolchevique con la total brutalidad de su ametralladora. Pero todos los partidos, grupos, sectas, democracias, dictaduras e iglesias tienen algo en común: todos ambicionan el poder. Y esto es totalmente comprensible ya que el poder aparece a menudo como absoluto más aún que el de todo el oro del Tesoro Nacional. Porque si ese oro se distribuyera equitativamente entre todos los pueblos del orbe, la porción individual sería tan ínfima que apenas serviría para algo.

Pero el poder sobre imperios, estados, sociedades y continentes es infinito. Puede ser distribuido como los cinco panes y los dos peces que Jesucristo repartió. Asegura los puestos ministeriales, las jerarquías episcopales, los cargos superiores de la policía, las secretarías de partidos así como otros puestos importantes y secundarios. Pero todo eso está destinado a los seguidores del poder o a los que pertenecen a la organización de quienes detentan el poder. Se incluyen a aquellos que dan crédito al rebaño que sigue al jefe del partido, de los gremios, patrones, dictadores o banqueros; a los miembros de alguna asociación democrática, de los sindicatos cristianos o, por supuesto, de alguna de las logias masónicas.

Es muy comprensible que en nuestros días casi todos los lemas y las corrientes de pensamiento se dirijan solamente a una cosa: el asalto al poder. "Oremos" dicen las iglesias, pero detrás de esas palabras no siempre se construye el Reino de Cristo sino el poder terrenal de algunos sumos sacerdotes dedicados a la contabilidad. "Libertad" gritan los comunistas a sus engañados partidarios y secuaces, pero, como telón de fondo de esta cháchara vacía surgen la cámara de tortura, la cárcel, el campo de concentración, los sombríos tugu-

rios de Siberia para obreros esclavos. Aquí encontramos juntas la miseria de la explotación y el poder y la riqueza de las privilegiadas clases dirigentes comunistas. "Democracia" es el lema proclamado por todo el Occidente, pero es bien sabido que el sistema del sufragio universal no representa el poder del pueblo sino simplemente oculta la misteriosa influencia y el poder secreto ejercido por camarillas desconocidas.

Detrás de esas engañosas fachadas se esconde la esencia del más satánico sueño de los conquistadores del mundo: llegar a ser los amos de todo el universo. ¿Cómo puede alcanzarse este ambicioso objetivo, el sueño y la meta de los césares, de los dictadores, de banqueros y potentados gremialistas, desde Esdrás y Moisés, pasando por Alejandro Magno, hasta Stalin? Los ejércitos convencionales se han vuelto obsoletos para conseguir ese propósito. La bomba de hidrógeno podría destruir ambos partidos. Ambos partidos podrían ser atacados por cohetes. Tal conquista es hoy impracticable, por lo tanto, el plan es conquistar el mundo por medios pacíficos tales como el talonario de cheques, la U.N.E.S.C.O., la reeducación, un nuevo código moral o la propaganda de la paz. A partir de la idea de Stalin se desarrolló y construyó su diabólico sistema estratégico para apoderarse y acrecentar el poder, sistema que bajo el bolchevismo ha demostrado hasta ahora ser irresistible en todas partes, en las cuales la gente ignora los detalles de esta técnica del poder.

El mundo supuestamente cultural no se dio cuenta, empero, que el bolchevismo de Lenin era solo un componente como lo eran el marxismo, la masonería y el mismo capitalismo. Porque existía otro plan más total, universal y gigantesco que ya estaba en actividad, elaborado por más de un siglo y medio y cuyo fin estaba ahora a punto de ser

alcanzado. Dicho plan sobre la base de antiguas doctrinas no se proponía conquistar el poder mundial para ninguno de los "ismos", partidos, sectas, iglesias, organizaciones profesionales o clases sociales sino exclusivamente para una sola nación.

Los planes del sistema leninista eran, en cierto grado, completos y superficiales. Su mayor debilidad residía en su semejanza con la de un general que permite que el enemigo conozca de antemano el punto de ataque y el número de sus contingentes, así como las tácticas que se propone emplear. Mientras que el otro, el gran plan fundamental, demostró ser mucho más efectivo porque análogamente a las históricas operaciones militares victoriosas ha ocultado cuidadosamente sus secretos a los extraños y a menudo, incluso, a iniciados. Su mayor ventaja consistía en que resultaba mucho más general que, por ejemplo, los planes de dirigentes sindicales, limitados a la lucha de clases o tácticas de los jefes de iglesias, restringidos al nivel espiritual.

Era un perfecto y absoluto totalitarismo.

Aun hoy en día esta planificación no intenta el asalto total al poder por medio de ningún movimiento particular o sistemas políticos sino a través del empleo simultáneo de todos los credos, iglesias, materialismos, doctrinas políticas y pautas de poder. Pretende integrarse en todas las posiciones, movimientos, iglesias, logias masónicas y gremios. Quiere apoderarse de todas las posiciones clave en los movimientos más opuestos, en las iglesias, partidos y sindicatos. Desea mantener en sus manos el bolchevismo y el capitalismo, el materialismo y el idealismo, avasallar espiritualmente a todos los escritores, artistas, políticos, y a la masa. Sus metas no son visibles en ninguna parte pero están presentes en todos lados y en la dirección y control de todas las cosas. Dividir para reinar. Marchar se-

parados pero en cierto momento unirse para el asalto. Cualquiera que hoy en día examine el mundo y las cuestiones mundiales podrá darse cuenta que este plan ya ha tomado forma. La fisión atómica de la sociedad humana ha logrado pleno éxito. La humanidad está dividida no solo en razas y naciones según Dios las creó. Las naciones mismas están ahora divididas: la Alemania del Oeste y del Este están divididas, también lo están las dos Coreas: la del Sur y la del Norte, la China, Indochina y Trieste están fraccionados mientras que Europa está dividida por la Cortina de Hierro. Los pueblos están separados y divididos en blancos y negros, en capitalistas y bolcheviques, en empleadores y empleados, en clases adineradas y trabajadoras, en católicos y protestantes, en dominadores y dominados, en vencedores y vencidos. Pero, como veremos, todo este caos, desorden y división está dirigido por la misma férrea voluntad, por la misma fuerza secreta que actúa de acuerdo con los intereses de una sola raza con 15 millones de individuos. Pueden encontrarse detrás de las macizas puertas del mundo capitalista así como detrás de los gruesos muros del Kremlin. Ellos son quienes instigan a rabiosas multitudes a hacer huelgas y demostraciones, mientras que, al mismo tiempo, elevan los salarios y fomentan la inflación. Atacan a la Cristiandad mientras actúan simultáneamente como depositarios del oro y de los valores representativos del poder terrenal de las iglesias "cuyo reino no es de este mundo". Son los científicos atómicos y los humanistas antiatómicos; son los jefes y asesinos de la policía secreta comunista a la vez que condenan los genocidios en las Naciones Unidas. Son los principales enemigos de los ideales patrióticos, predican contra la soberanía de los estados y contra la discriminación racial mientras que en todo tiempo representan un racionalismo

racial de una vehemencia jamás vista sobre las naciones de la tierra.

Nuestro planeta y todos sus continentes ya están dominados —abierta o secretamente— por ese nacionalismo judío. Este hecho puede demostrarse con ciertos métodos tan exactamente como la presencia de una radiación atómica puede comprobarse con un contador Geiger. Por ejemplo, podría cualquier nación, estado, prensa o político, un parlamentario u otra persona cualquiera cometer actos no prohibidos por la ley o por la ley moral, contra otro estado, clase o persona ya que en esta sublime era de la democracia todo se permite sin riesgo alguno. Pero si alguien llegara a cometer el mismo acto contra la judería o contra algún judío, los judíos borrarán de la faz de la tierra a esa entidad ofensora, ya sea un individuo o una gran nación. Esto se hará, si fuese necesario mediante la bomba atómica o el victorioso ejército rojo o con la ayuda de alguna de las constituciones democráticas, quizás empleando las cárceles del terror, el talonario de cheques o la ametralladora.

Entre muchas otras cosas este asalto invisible al poder debió su éxito a los errores e inadvertencias de parte de los antijudíos del siglo pasado. Consideraron al judío como un internacionalista, lo cual no constituye la verdadera razón para oponérsele. Por otro lado, no podría ser justificable la conducta de aniquilar a sus semejantes con más facilidad porque sus motivos se basaran en la raza, el credo o el nacimiento, lo cual en realidad es lo que verdaderamente los motiva. Por lo tanto, estamos convencidos que constituye un derecho dado por Dios y nuestro deber humano es luchar contra el reinado del terror, ejercido a nivel supranacional por una pequeña minoría nacionalista de fanáticos que han dominado al mundo e impulsado a la humanidad por el camino que lleva a su total extinción.

A través del relámpago de la bomba atómica deberíamos ver por fin que estamos viviendo en un orden mundial falso, deshonesto y falaz, en una sociedad caótica al borde de una catástrofe universal. Este satánico nacionalismo tribal tiene en sus garras el poder mundial. Se ha apoderado de la bomba de hidrógeno y en su loca ceguera podría destruir todo el orbe y con él a toda la humanidad. ¿Se trata de un mal sueño o una pesadilla? Para responder a esta pregunta debemos saber más acerca de ese nacionalismo tribal y sus tácticas. Entonces veremos que esta pesadilla se convertirá en realidad y en hechos concretos.

CAPITULO PRIMERO

EL "NAZISMO" MAS ANTIGUO DEL MUNDO

Yavé arrojará ante vosotros a todos los pueblos más numerosos y más poderosos que vosotros (Deut. 11:23).

Sin un estudio detallado del Antiguo Testamento o sea de la Torah, no podemos encontrarle solución a las aspiraciones judías de adueñarse del poder mundial ni comprender los acontecimientos de la actualidad. Quienes no están familiarizados con los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, es decir, el Pentateuco, podrían abrigar dudas acerca de la existencia de esas intenciones judías y rechazarán, por lo común, cualquier referencia a ello como alucinaciones "antisemíticas". Esa gente es incapaz de darse cuenta que la judería está a punto de lograr la total dominación del mundo.

Desde la terminación de la IIª Guerra Mundial y la derrota del nacional-socialismo alemán cualquiera que se atreva a referirse a esos hechos espantosos será calificado de "nazi" o acusado de preparar una nueva dictadura o de planear otra matanza. Al hacer tabú de la palabra "judío" se está aboliendo la libertad de opinión y de pensamiento y, a la vez, se consigue que los pueblos de todo el mundo no puedan ver con claridad en el momento del peligro. La acusación de nazismo

está al alcance de cualquiera, es barata y popular. El hombre de la calle conoce del nacional-socialismo lo que los grandes órganos de la prensa judía le han permitido conocer y, por eso, en su ignorancia, considera a la judería como una "raza perseguida" y la simple mención de la palabra "judío" significa "antisemitismo".

Por lo tanto, con su mente envenenada por la propaganda el hombre común está poco inclinado a admitir como real que todo eso que ahora maldice y condena en el nacional-socialismo alemán, aquellos principios por los cuales sus líderes fueron ahorcados en Nuremberg en nombre de la "conciencia universal", ya existieron en los pasados tres o cuatro milenios. Durante la jefatura de Moisés lo mismo sucedió en el régimen totalitario de Yavé. Las leyes proteccionistas de la raza judía de esa época y el nacionalismo tribal de los judíos han sobrevivido más que el jefe del nacional-socialismo alemán. Porque la concepción de la superioridad racial junto con sus cultos políticos y religiosos no es una invención de Hitler.

Cuando Hitler, Goebbels y Rosenberg promovieron una concepción racial no hicieron nada más que emplear las armas judías en contra del judaísmo. Todo lo que los judíos del mundo condenaron, disimulado bajo las banderas de los poderes aliados, fue realmente su propia factura y creación. En realidad, fueron los judíos quienes se ahorcaron en Nuremberg. Porque las leyes de segregación racial se publicaron por primera vez en los libros de los profetas Esdrás y Nehemías y no en el *Rassenschutz Gesetz* (Ley de protección racial) de Nuremberg. Los primeros campos de concentración no fueron inventados por Heinrich Himmler sino por el rey Salomón. El lema de la total aniquilación y exterminio del enemigo vencido apareció primero en los mandatos de Moisés, el Führer judío.

Hitler proclamó solamente que los germanos eran de raza superior a los judíos. En este punto Moisés alcanzó mayores extremos al proclamar que los judíos eran de origen divino directo y que, como pueblo elegido de Dios, eran sagrados. ¡Todos y cada uno de los judíos es sagrado en su persona y quien ofende a un judío ofende a Dios mismo! Esta es la opinión que, incluso hoy, sostienen los judíos.

¿Qué otra cosa es esto sino la forma más exagerada y chauvinista del totalitarismo racial? Es evidente que, hasta hoy, permanece muy viva esa antigua y soberbia conciencia de la excelencia y santidad raciales cuando vemos que los judíos protestan contra la sentencia recaída sobre un judío acusado ante cualquier tribunal cristiano, porque consideran que la afrenta a un judío no es meramente un ultraje individual sino que está dirigido contra todo el judaísmo. Según las normas del nacionalismo judío de hace cuatro milenios, todo insulto a un judío es un insulto a Dios y un crimen contra la sagrada estirpe de Abraham.

El primer y más importante mandamiento de Moisés, el gran estadista, está destinado a salvaguardar la pureza racial. El insistente leit motiv del Antiguo Testamento es siempre la orden de Moisés, quien, antes de la conquista de la Tierra Prometida, señala a las naciones vecinas y dice a los hijos de Israel: "...las darás al anatema, no harás pacto con ellas, ni les harás gracia. No contraigas matrimonios con ellas, no des tus hijas a sus hijos ni tomes sus hijas para tus hijos" (*Deut.* 7:2-3).

Cuatro mil años más tarde, el nacional-socialismo alemán se propuso el mismo objetivo cuando el matrimonio, la amistad y las relaciones comerciales con judíos fueron prohibidos por las leyes de Nuremberg.

Los jueces puestos por los judíos en los juicios espectaculares de Nuremberg no se cansaron de subrayar, en nombre de la "conciencia universal", que las leyes raciales alemanas eran bárbaras. Pero, al mismo tiempo, esos jueces no se daban cuenta de que al dictar sentencia condenaban a los propios judíos. Porque cuando los judíos regresaron del cautiverio de Babilonia: "Y acaeció, que luego que oyeron la ley, separaron de Israel a todo extranjero" (*Nehemías,* 13:3).

Y el diario del profeta "nazi" continúa: "Ví asimismo en aquel tiempo algunos Judíos, que estaban casados con mujeres de Azoto, de Ammón y de Moab. Y sus hijos la mitad hablaban la lengua de Azoto, y no sabían hablar judaico, y hablaban según la lengua de los dos pueblos. Y los reprendí y maldije. E hice azotar a algunos de ellos, y mesarles los cabellos, y que jurasen por Dios que no darían sus hijas a los hijos de ellos, y que no tomarían de las hijas de ellos para sus hijos (...)" (*Nehemías,* 13:23-25).

Sin embargo, Nehemías, el profeta de las leyes de protección racial de esos tiempos, solamente maldice y golpea a los que corrompen la pureza racial mientras que Esdrás actúa con mucho más vigor y energía. Nos dice en su libro que los judíos habían tomado mujeres entre las hijas de cananeos, jeteos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos, según las abominaciones de esos pueblos (*Esdrás,* 9:1,2,12).

Esdrás ordena a los corruptores de la pureza racial judía ir a Jerusalén, los pone al descubierto y los denuncia en su libro, cita la ley divina y pide que se separen de sus mujeres no judías, entre ellas había mujeres que ya habían tenido hijos, dice el Antiguo Testamento. Esto no interesa. Todos perecerán por haber profanado la sagrada estirpe, todos, madres e hijos mestizos tendrán que morir. En el

estado teocrático, el Dios-Jefe racial no tolerará madres de origen extranjero o hijos mestizos. Los profetas no pudieron prever que dos mil años después esa misma "falta de tolerancia" sería señalada y condenada tan implacablemente por el señor Sulzberger en el "New York Times" como pecado contra Dios, cuando las leyes de Esdrás y Nehemías eran aplicadas contra los propios judíos. Las iglesias "cristianas" al enseñar y predicar el Antiguo Testamento denuncian las leyes hitlerianas de Nuremberg como impías, y, sin embargo, mostraron absoluta tolerancia y benévola comprensión para con las leyes del nuevo Parlamento israelí cuando en 1953, prohibieron el matrimonio entre judíos y gentiles.

Semejante discriminación racial podría parecer una oscura superstición, una herejía. No obstante, las leyes judías consideran la pureza racial como un mandamiento de suma importancia. "El Ammonita y el Moabita no entrarán jamás en la asamblea del Señor, aun después de la décima generación" (*Deut.* 23:3).

Posteriores descendientes de los judíos tomaron este mandato de Moisés con tanta seriedad que, según Houston Stewart Chamberlain, algunas jóvenes judías que habían quedado grávidas por obra de gentiles, fueron enviadas a otras comunidades donde las futuras madres junto con sus hijos fueron asesinadas. En 1949, los rabinos judíos norteamericanos decretaron la prohibición de matrimonios de judíos y gentiles.

La magia de la santidad de la estirpe sagrada, la conciencia de su superioridad racial, arde en el Antiguo Testamento con el feroz resplandor del nacionalismo más fanático de todos los tiempos. Los judíos asesinaron y destruyeron a los pueblos no judíos de la antigüedad por obediencia a las leyes religiosas y nacionales del Dios-Jefe y, si pen-

samos en los juicios de los modernos "criminales de guerra" en Nuremberg, advertimos con cuánta más razón los antiguos reyes y profetas judíos merecerían ser condenados por la misma causa. Pero las iglesias cristianas nada condenan, continúan enseñando hasta hoy a los niños no judíos, el libro más pornográfico y sanguinario, el Antiguo Testamento. Por otro lado, los titulados libros sagrados de los judíos, hacen alarde de venganza al narrar los actos más macabros de matanza y exterminio de pueblos enteros. Proclaman la carnicería de inocentes, incluyendo infantes si no son judíos, como cumplimiento del deber nacional supremo y como el acto más agradable a Dios: "Y te las entregare el Señor Dios tuyo, las pasarás a cuchillo sin dejar uno solo. No harás alianza con ellas ni tendrás compasión de ellas" (*Deut.* 7:2).

La soberana raza judía tiene libertad para cometer crímenes. Según la Torah y los profetas, la matanza y la destrucción de otras razas y pueblos no es solamente un deber religioso sino un derecho absoluto del pueblo judío, y ese derecho lleva implícita la prerrogativa de la dominación de otros pueblos.

El profeta Isaías describe ese futuro poder mundial con esplendorosos y brillantes colores: "Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo alzaré mi mano a las gentes, y a los pueblos levantaré mi bandera. Y traerán a tus hijos en brazos y a tus hijas llevarán sobre los hombros. Y reyes serán los que te alimenten, y reinas tus nodrizas: con el rostro inclinado hasta la tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies. Y sabrás, que Yo soy el Señor, sobre el cual no se avergonzarán los que le aguardan" (*Isaías,* 49:22-23).

"Y los hijos de los extraños edificarán tus muros, y los reyes de ellos te servirán (...). Y estarán tus puertas abiertas de continuo: de día y de noche no

se cerrarán, para que sea conducida a ti la fortaleza de las naciones, y te sean conducidos sus reyes. Porque la nación y el reino que a ti no te sirviere, perecerá, y las naciones serán destruídas y desoladas (...). Y mamarás leche de las naciones, y serás amamantada por el pecho de los reyes (...)" (*Isaías*, 60:10-12, 16).

No solamente sobre la base del prejuicio racial sino sobre los fundamentos del mandato divino directo, los judíos se sienten autorizados a subyugar a los pueblos y a tratar como esclavos a los que caen bajo su poder.

"Y Salomón hizo el censo de todos los extranjeros que había en la tierra de Israel... y fueron hallados ciento cincuenta y tres mil seiscientos. Destinó de ellos setenta mil para los transportes y ochenta mil para las canteras en los montes..." (*II Paralipómenos*, 2:16-17).

Después de las leyes de Nuremberg para protección de la raza de Moisés, después de la segregación racial y de la manía del poder mundial de Esdrás y Nehemías, vemos ahora el primer campo de concentración y los establecimientos de trabajos forzados en los cuales los extranjeros trabajan para la raza dominante. Se narra un hecho consumado que nunca se juzgará en un tribunal humanitario. Los planes de las cámaras del terror soviético y los campos de trabajos forzados del Imperio de Kaganovich fueron concebidos en tierras de Israel.

Es el Antiguo Testamento y no el *Mein Kampf* lo que debe analizarse para ver que la cámara de gas, que se hizo mundialmente famosa a través de los diarios de Sulzberger, fue realmente una invención del pueblo elegido. El profeta Samuel nos dice cómo la raza "humanitaria" en el extático arrobamiento de la victoria trató a sus derrotados enemigos: "Y trayendo al pueblo de ella lo aserró, e hizo pasar sobre ellos narrias con hierros: y los

partió con cuchillos, y los traspasó a semejanza de ladrillos: así lo hizo con todas las ciudades de los hijos de Ammón. Y volvióse David y todo su ejército a Jerusalén" (*II Sam.*, 12:31).

El primer campo de concentración, la primera cámara de gas (un horno de ladrillo) del mundo estuvieron en la tierra de Israel. Y el primer ghetto se estableció en Jerusalén y no en Europa.

"El judío modeló su propio destino", escribió Houston Stewart Chamberlain, refiriéndose a estas cosas.

Ese nacionalismo judío tribal que creó las leyes de protección racial, los ghettos, los campos de concentración y las cámaras de gas de otras épocas, nunca se extinguió. Continuó matando y asesinando a razas y pueblos vecinos. Aunque derrotado, siempre resurgió. Cantó las tristes melodías de su irredentismo junto a los ríos de Babilonia durante el cautiverio, y, después de su liberación, comenzó a construir la nueva Jerusalén con la vehemencia de un revitalizado nacionalismo. Ha sufrido pero esperando al nuevo Mesías, al judío nacionalista, liberador y jefe político, al nuevo Führer que pondría en manos judías la dominación universal de todas las naciones.

El judaísmo nunca ha renunciado a este grandioso sueño nacionalista. Durante el Congreso Sionista de 1897 en Basilea, el Dr. Mandelstein, profesor de la Universidad de Kiev, afirmó enfáticamente en su discurso al abrir la Conferencia, el 29 de agosto: "Los judíos usarán toda su influencia y poder para impedir la elevación y prosperidad de todas las otras naciones y están decididos a sostener su esperanza histórica, o sea, la conquista del poder universal." ("Le Temps", 3 de setiembre de 1897.)

Por ese fanático nacionalismo, el primer ghetto se estableció en Jerusalén y se llevó a cabo la total

segregación de los no judíos (*Joel*, 3:17). Fue prometido que Jehová, el celestial Führer, moraría en Jerusalén perpetuamente y que todos los pueblos no judíos serían excluidos de la presencia de Dios. Los rabinos judíos afirmaron que todos los pueblos no judíos debían ser excluidos de la participación en el nuevo mundo y que sólo se los toleraría como un rebaño despreciable. (*Traktat, Gittin*, Fol. 57, *Talmud* de *Babilonia*.)

El nacionalismo judío tribal enfrentó los tiempos más peligrosos de su historia a partir del nacimiento de Jesucristo. Éste fue o pudo haber sido un momento fatal para la historia judía; fue también una amarga decepción. Los judíos quedaron estupefactos al enterarse de que Jesucristo no era el Mesías que esperaban; no era un liberador nacionalista que sacudiría el yugo romano. Cristo era antinacionalista o, un rebelde internacional como lo llamaríamos hoy. Cristo se atrevió a dar de puntapiés a las mercancías y derribar las mesas de los cambistas en el Templo. Era como si un resuelto macarthista penetrara en la Bolsa de New York con un látigo en la mano. Este nuevo profeta no creía en la superioridad racial judía sino en la fraternidad de todo el género humano. Según las leyes judías, el origen racial de Cristo es muy dudoso y despierta sospechas porque procedía de Galilea, y en Jerusalén cualquiera podía reconocer a sus discípulos por el dialecto galileo. En las calles de Jerusalén este Maestro y sus discípulos predicaban contra las doctrinas expuestas por las autoridades más poderosas acerca del modo de vida chauvinista judío y del nacionalismo judío, es decir, predicaban contra el Sanhedrín y contra los fariseos, escribas y saduceos. Este Maestro y sus discípulos no creían en una alianza tribal aparte entre Dios y los judíos. Pedro, el pescador de Galilea, en abierta oposición a los dogmas del jefe de los rabinos,

dice a Cornelio, capitán y centurión del Imperio Romano, que: "todas las naciones" agradan a Dios si le temen y obran rectamente. En nombre del Señor Jesús, estos discípulos enseñan que romanos, judíos y griegos son todos seres humanos y que no hay una redención exclusiva reservada para una sola nación, que no hay un Mesías especial únicamente para los judíos ni una superioridad racial para los seguidores de Jehová, porque todos los seres humanos son criaturas de un solo y único Dios.

Cristo afirmaba que era el redentor no sólo de los judíos sino de toda la humanidad y que no estaba dispuesto a aceptar la supremacía y gobierno de ninguna raza superior. Por lo tanto tenía que ser crucificado.

"¡Crucifícalo!" —gritaron al gobernador romano, que —como funcionario estatal oportunista, similar a la figura para siempre vergonzosa del fiscal de Nuremberg— enfrentó el odio concentrado del populacho confundido en su espíritu. "¡Crucifícalo!": al fin y al cabo este Mesías bien podría resultar que no fuera descendiente de la sagrada estirpe de Abraham.

Houston Stewart Chamberlain en su libro *Die Grundlagen des neunzehntem Jahrhunderts* (Los fundamentos del siglo XIX) deduce claramente las consecuencias fatales que acompañaron la irrupción de los judíos en la historia universal y es el primer autor que descubre que Cristo no era judío en lo referente a la ascendencia racial. Chamberlain fue el primer autor que llegó a la conclusión de que el nombre mismo de Galilea, hoy "Gelil haggoyim" significa realmente "tierra de gentiles" o "de los odiados"; allí vivían pobladores no judíos que se distinguían fácilmente por su dialecto.

"La posibilidad de que Jesucristo no fuera judío

y de que en sus venas no corriera ni una gota de sangre judía es tan grande que casi equivale a una certeza", escribe Chamberlain en el libro antes citado. (Vol. 1, p. 256).

La pregunta: ¿Cristo fue judío? la plantea Ferenc Zajthy, historiador húngaro, en su monumental obra *Hungarian Millenia.* En ese libro demuestra que los mismos judíos dudaban de que Cristo fuera descendiente de judíos. Zajthy señala que en el siglo VII a. J. C. Salmanasar llevó encadenada a toda la población de Galilea en cautiverio y que allí no quedó un solo judío.

Las tribus pastorales escitas que más tarde se establecieron en las tierras de la población desplazada adoptaron el credo judío y sus enseñanzas religiosas pero, como los mismos judíos convinieron, esas tribus estaban solamente "bajo leyes judías". Los judíos nunca los aceptaron como verdaderos descendientes de Abraham.

"Escudriña las Escrituras, y verás que de la Galilea no se levantó jamás profeta alguno" (*Juan,* 7:52), dijeron los judíos a los Apóstoles. Solamente pueden surgir profetas de las comunidades raciales judías.

Las antiguas leyes judías protegían al máximo a los judíos y la pena de muerte se aplicaba solamente a un "estih", o sea, a una persona que intentase persuadir a los judíos que abandonaran su credo o quebraran la unidad racial. Ferenc Zajthy describe cómo, conforme con las antiguas leyes y costumbres judías, para esa persona quedaba siempre abierta una vía de escape aunque estuviese sentenciada a muerte. En el camino que iba a recorrer hasta el lugar del suplicio se colocaban observadores cada cien pasos. Era obligación de éstos informar si algunos testigos levantaban el brazo en señal de que querían dar testimonio para salvar la vida del condenado. En

caso de que surgiera un nuevo testigo las leyes ordenaban celebrar otro juicio o conceder una amnistía.

Llama la atención que aun en circunstancias muy naturales, entre los que seguían a Jesús en su camino al Calvario, no hubiera voluntarios que surgieran para atestiguar y salvarlo. Entre aquellos que lo recibieron con júbilo el Jueves Santo ninguno levantó la mano. Tampoco hicieron ese ademán los que habían oído sus enseñanzas y visto sus milagros. Ningún testigo voluntario hubo para salvarlo. Y ésta es una prueba decisiva de que Jesús no era judío: a nadie se le permitió presentarse, porque, según las leyes del Estado judío, se concedía únicamente un nuevo juicio a los descendientes de Abraham. Los "goyim", los gentiles, los extranjeros, los descendientes de los no judíos estaban excluidos de este derecho. También eran excluidos aquellos que aunque estaban bajo jurisdicción de leyes judías no eran judíos raciales así como los odiados galileos, los *cushians* y los *huvilains*, que, según las leyes judías, debían ser sumergidos y ahogados por cualquiera que pasara aunque los viese luchando en el agua.

Nosotros los cristianos aceptamos el dogma de la Inmaculada Concepción, es decir que Cristo fue realmente el Hijo de Dios y que por eso no tenía raza. Pero en este caso, todavía es más cierto el origen divino de Cristo cuya Persona y enseñanzas representaron una poderosa revolución en contra del chauvinismo tribal de los judíos.

La cristiana Edad Media, llamada oscura por la propaganda de los intelectuales judíos, tuvo gran conciencia de la importancia de la resistencia de Cristo en contra del nacionalismo judío tribal. Tendremos ocasión de ver más adelante cómo esa clarividencia cristiana se vuelve más confusa después de la Revolución francesa y de la eman-

cipación judía. De ahí en adelante, la ofuscación y el oscurecimiento artificiales de todos los ideales cristianos han ido avanzando y ahora las tinieblas son tan impenetrables que muchos movimientos y corrientes de pensamiento confunden cristianismo con judaísmo y, más aún, algunos sacerdotes cristianos adoptan en su ritual ese fanático odio que caracteriza a los rabinos judíos (por ejemplo, la oración de los capellanes protestantes norteamericanos que se leyó antes de dejar caer las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki).

El nacionalismo condenado en Nuremberg sólo vivió veinte años. Pero el *Mein Kamp* de Moisés con sus dogmas de nacionalismo racial fue preservado y diligentemente estudiado por los judíos a través de muchos milenios. La intensidad de ese antiguo nacionalismo nunca ha disminuido, ni siquiera en los días de "Galuth" o sea del destierro.

Después del cautiverio de Babilonia los judíos y los miembros de la Diáspora del Imperio Romano se establecieron en las afueras de Alejandría. Todos eran ciudadanos romanos libres y gente de "criterio amplio" pero siguieron enviando importantes ofrendas anuales al templo de Jerusalén. Después de la Dispersión (Diáspora) la llama de ese nacionalismo se hizo más intensa y ardiente. Hace setecientos años Moseban Majemón, uno de los escritores más brillantes de las letras judías, nos da una colorida descripción en la Mischned Torah de las posibilidades del advenimiento del Mesías y de la asunción judía al poder universal.

"El mundo se familiarizó con detalles referentes al Mesías y a la Torah", escribió, y agregaba: "Esas cosas se difundieron en tierras lejanas y entre muchos pueblos incircuncisos. Los cristianos conocieron muchas cosas pero antes el Mesías era conocido sólo por Israel".

Maimónides admite también que los cristianos divulgaron el Antiguo Testamento por el mundo, o sea la Torah, pero agrega que su interpretación fue errónea y que los errores se manifestarían al llegar el Mesías político judío, quien, como jefe del poder armado del judaísmo, subyugará a las naciones no judías del mundo y exterminará, junto con sus mujeres e hijos, a todos los que rehúsen aceptar las leyes de Noé (*Jewry and christianity*, por el canónigo Lípot Huber (pág. 141).

Durante el "Galuth", el nacionalismo judío se transformó en irredentismo religioso con la Torah y el Talmud, a modo de *Mein Kamp*. El *Mein Kamp* mosaico es preservado en todas partes y guardado en el relicario de la Torah hasta en las aldeas más pequeñas. Ese credo nacional fue copiado una y otra vez por escribas sobre papiros, con ojos extenuados por la fatiga, y por ese medio el lenguaje de la tierra perdida fue aprendido por los niños y practicado por los adultos. El Templo fue destruido pero el modo nacional de vida nunca dejó de existir. Ese nacionalismo religioso que, junto con la Torah, penetró el país en épocas antiguas, se difundió por todos los lugares del globo donde vivían judíos. Y esa enseñanza nacionalista prescribía no solamente normas de vida, formas de oración, clases de ropa, métodos de higiene general y reglas dietéticas sino que también plasmó y desarrolló la ideología nacionalista. La Torah siguió siendo igual en Belz, Francfort o New York como en cualquier otra parte. El judaísmo disperso buscó refugio en sus propios ghettos aislados, fortaleciendo su espíritu con el estudio de la Torah y del Talmud.

Uno de los más grandes errores de los "antisemitas" fue considerar al judío como un internacionalista. El judío nunca fue un internacionalista sino, por el contrario, un representante concienzudo

de un nacionalismo tribal que pretendía la dominación sobre todas las otras naciones del mundo. El judío vivió en varias comarcas, ocupó posiciones en distintos niveles sociales pero, fundamentalmente, se conservó judío.

Durante las sesiones preparatorias del Sanhedrín convocado en 1806 por Napoleón, el rabino Solomon Lippman Cerfberr dijo: "Hemos olvidado de quienes somos descendientes. No somos 'alemanes' ni 'portugueses' sino judíos. Por dispersos que estemos por todo el globo, seguimos siendo la misma nación."

El Dr. Leopold Kahn resumió esos sentimientos al hablar en 1901 sobre el sionismo en una escuela judía de Pozsony (Bratislava): "Los judíos nunca se asimilarán ni adoptarán jamás las costumbres extranjeras. Los judíos seguirán siendo judíos en toda circunstancia."

Ese venerable rabino tenía razón. Los judíos, aunque vivan en países diferentes u ocupen niveles sociales diversos, seguirán siendo judíos en todas partes. Aunque un judío se quite su caftán o coma alimentos prohibidos, vista ropa de cuero o de etiqueta, sigue siendo representante del mismo credo, de la misma raza y del mismo nacionalismo. Tal vez pueda no observar su ritual religioso al pie de la letra pero su conciencia racial y el conocimiento de sus deberes raciales se mantendrán inalterables, ya sea en el trono pontificio, en el "politbureau" soviético o en el Departamento de Estado de Washington. El autor judío David Moccata, en su libro *The Jews in Spain and in Portugal* dice que generaciones de judíos vivieron en España disfrazados, mezclándose con todas las clases sociales pero ubicados en cargos importantes del Estado, en especial los de la Iglesia.

Los judíos pueden sostener siempre que existe eso que se llama asimilación e indica a los que

adoptan el lenguaje y las costumbres de sus países de adopción, se casan con mujeres cristianas y llegan a ser estadistas de imperios cristianos. No pueden, empero, refutar el hecho de que el judío que aparentemente llega a ser un verdadero inglés o un verdadero alemán o un excelentísimo patriota polaco seguirá siendo, con todo, judío conscientemente. Y el estado actual del mundo nos da la prueba de ello, y, por lo tanto, su lealtad subsiste siempre que no choque con su origen judío.

Otra arma en extremo eficiente del judío es su habilidad para mimetizarse, como el camaleón asume los colores de su hábitat. En Francia, Hungría e Inglaterra se mezcla con el ambiente que lo rodea. Pero, aunque trate de parecer inglés en Inglaterra y yanqui en E.E.U.U., eso es un disfraz y mera táctica tanto para la defensa como para el ataque. En New York y Brooklyn donde viven las más grandes muchedumbres de judíos rusos y polacos, rara vez se ve a un judío que use caftán o barba. Los parientes dan enseguida al nuevo inmigrante una buena afeitada; saben demasiado bien que barbas y patillas provocan el antisemitismo. Advierten que cualquier apariencia ostensible de nacionalismo judío podría provocar la oposición de sus enemigos. Los *Protocolos de los Sabios de Sión* lo advierten: "El secreto es la base de nuestro poder...".

Por lo tanto, en la Rusia Soviética el judío es o un bolchevique revolucionario que adhiere estrictamente a la línea del partido o un agente de policía secreta con una ametralladora, en EE.UU. es un banquero de apariencia yanqui y en Francia un patriota izquierdista. Por supuesto, en la Rusia Soviética también debe ser un miembro del partido y probablemente un votante demócrata en New York.

Pero cualesquiera que sean las convicciones po-

líticas que profesen, cualquiera que sea la nacionalidad que hayan adoptado, siempre seguirán siendo judíos de alma, partidarios apasionados de su nacionalismo judío. A veces ocurre que las metas judías coinciden con las aspiraciones de su tierra adoptiva. Pero, en realidad, no aceptan nunca la autoridad de ningún "extranjero" según la ley mosaica: "...no podrás hacer rey a hombre de otra nación, que no sea tu hermano" (*Deut.*, 17:15), es decir, que no sea de raza judía.

Con el desarrollo de la civilización esa adaptación al medio se hace más completa. Esto se ve mejor en profesiones tales como el teatro, el cine y el periodismo. La industria fílmica de Hollywood en una época era considerada la industria nacional de Norteamérica. Los directores de esa industria hicieron, ocasionalmente, buenas películas norteamericanas. Pero, ocultos tras "las estrellas y las franjas", intentaron inculcar una mentalidad judía y un espíritu de falsos valores en las masas norteamericanas. Y como luego veremos, de ese camuflaje hollywoodense surgieron centenares de estrellas antiamericanas bolcheviques. El bolchevique judío, en su intento de conquistar el poder mundial, se quitó el antifaz.

En concordancia con la naturaleza de su nacionalismo de cuatro mil años de antigüedad, los judíos tuvieron que soportar burlas y desprecio. Pero cuanto más sufrían más crecía la esperanza de que llegaría el tiempo en que serían los amos de todos los pueblos. De esa suerte, los judíos toleraron inclusive el antijudaísmo. A menudo, ellos mismos no acababan de comprender por qué eran perseguidos, ridiculizados y hasta asesinados.

Porque el judío sentía que él era creatura de Dios al igual que cualquier otro ser humano, aunque los "antisemitas" lo dudasen. Con frecuencia fue insultado y humillado, tachado de estafador,

ridiculizado y caricaturizado. Aparentemente, la mayoría de los pueblos ignoraba que sus censurables actividades servían al más elevado nacionalismo, al típico nacionalismo del Antiguo Testamento, irreconciliable con el de los otros pueblos y cuya meta es la dominación universal. La afinidad entre el nacionalismo del Antiguo Testamento y el nacional-socialismo alemán puede compararse con la que existe entre la tierra y el cielo.

El nacional-socialismo alemán estaba dispuesto a cooperar con los otros pueblos. Era hostil únicamente a una sola raza, la judía. Mientras que el "nazismo" judío es hostil a todas las razas y a todas las castas sociales y políticas no judías.

Generaciones de judíos en los ghettos enseñaron que esas leyes raciales que los conservaban unidos como nación, serían capaces también de hacerlos dueños del mundo. A ello, además de los progresos modernos, se agregó una característica racial favorable: su indiscutible talento y su gran inteligencia. Escritores, artistas, financistas y banqueros judíos, haciendo caso omiso de los métodos adoptados, cosecharon los mayores premios de la civilización occidental. Para los judíos de clases inferiores, los postergados de su raza, todos los éxitos fueron éxitos judíos, todas las realizaciones fueron logros judíos. No solamente la prensa sino hasta el judío más modesto reverenció a Disraeli, el gran estadista "inglés", junto con el gran poeta "alemán" Heine y con Marx, el más caprichoso revolucionario internacional. ¿Qué es eso si no el consciente reflejo de un nacionalismo inigualado o de un exagerado "nazismo"? Un nacionalismo que tolera las apostasías exitosas y que no está dispuesto a ejecutar ni aun a un criminal si sabe que éste es, a la vez, un descendiente de Abraham; un nacionalismo que alienta a los apóstatas afortunados a regresar al redil del que anteriormente renegaron.

Por lo tanto, encontramos judíos que casi siempre se abren paso en todo el orbe, sea como poetas, banqueros, conservadores ingleses o portugueses revolucionarios: todos ellos creen estar predestinados a reinar sobre todas las naciones de la tierra. Hasta ahora han logrado triunfar en todos los órdenes. Es obvio, por consiguiente, que los dogmas de la Torah, los principios talmúdicos y las instituciones judías secretas, creados en la Edad Media, siguen siendo instrumentos eficaces que sirven para lograr el poder mundial.

"Nuestra vocación es gobernar al mundo", proclama esa agresiva minoría. "Ya como banqueros norteamericanos o como comisarios soviéticos no formamos sino una nación."

La primera finalidad de este libro es mostrar que capitalismo y bolchevismo, los dos grandes sistemas políticos de nuestra edad moderna, no son dos movimientos opuestos sino, más bien, dos formas diferentes de expresión de la misma ambición judía por obtener el poder universal.

Una de ellas, posiblemente, sea más cautelosa que la otra, pero, no obstante, ambas son la misma cosa. Querer provocar un conflicto entre capitalismo y bolchevismo lleva a la más terrible decepción.

La enemistad para con cristianos y árabes surge de ambos sistemas. El "hombre de la calle", símbolo de las masas incultas y amorfas, puede pensar que el mundo capitalista será capaz de "frenar" al bolchevismo pero el hecho real es que este último no es más que una extensión del primero. El bolchevismo es hijo del capitalismo o, tal vez, la consecuencia de los desatinos del capitalismo. El bolchevismo es el hijo adoptivo del sistema liberal capitalista judío. Aquellos que traten de hallar alguna diferencia o contradicción entre ambos sistemas no deben nunca olvidar que, en el nacional-socialismo hitleriano, el gran capitalista alemán

mantuvo relaciones sumamente amistosas con los trabajadores socialistas alemanes. ¿Por qué pues el judío Bernard Baruch no podría haber mantenido cordial amistad con Lazar Kaganovich o hasta con el pequeño caudillo comunista de Brooklyn?

"Somos una nación", afirmó Theodore Herzl, el fundador del sionismo. "No somos judíos norteamericanos ni judíos soviéticos, somos únicamente judíos."

Al finalizar el siglo, a juzgar por los resultados obtenidos, pareció que la vocación de lograr el poder mundial había empezado a cristalizar. Así lo forjó la imaginación de los autores judíos, poetas, banqueros, socialistas revolucionarios y apóstoles del comunismo. Había aparecido un nacionalismo que conquistaría el mundo. Los propios "antisemitas" no fueron capaces de advertir y evaluar ese hecho y tuvieron que sobrevenir los acontecimientos de 1945 para que se empezara a percibir la indiscutible unidad espiritual y racial de la "democracia del capital", por una parte, y la "democracia popular" soviética, por la otra. Es necesario subrayar que esa percepción la tuvo sólo una minoría sumamente exigua. Los antisemitas vieron y comprendieron únicamente la "solidaridad racial judía", los "deshonestos métodos financieros" y la "judaización" de sus propios países. Mientras tanto, lo que algunos consideraban un "crimen judío", a los ojos del nacionalismo judío era una virtud. La conciencia racial de la raza dominadora, es decir, el nacionalismo mosaico alcanzó la forma actual a fines del siglo XIX. Sus lemas, forjados por bolcheviques y banqueros, fueron los mismos: "Marchemos separados y unidos triunfaremos."

De esa manera los conquistadores del mundo iniciaron su marcha y partieron a subyugar el universo para llegar a ser los dominadores de todas las naciones.

CAPITULO SEGUNDO

EL SIGNIFICADO DE LA RESISTENCIA DE CRISTO

En la Edad Media los hombres aún reconocían el abismo existente entre el Nuevo Testamento y el "nazismo" judío del Antiguo Testamento contra el cual Cristo se rebeló. En la persona de Cristo se cumplió el ideal de la fraternidad humana.

El Antiguo Testamento contenía el pacto materialista de una sola raza con su Jehová. Cristo vino a liberar a toda la humanidad.

Hizo que la alianza nos alcanzara a todos. La concepción del amor universal y la plena significación oculta del Nuevo Testamento era la antítesis del materialismo judío con su obsesión del poder. La mentira más grande de la historia es haber afirmado que el cristianismo nació de la religión judía. Por el contrario, el cristianismo surgió como la negación misma del nacionalismo judío y de la predestinación racial.

Los propios Apóstoles dijeron: "Vosotros sabéis cómo es cosa abominable para un judío el juntarse o allegarse a extranjero: mas Dios me ha mostrado que a ningún hombre llamase común o inmundo" (*Hechos,* 10:28).

Los judíos se sobresaltaron al considerar que los "goyim" pudieran también gozar y ser partícipes de la gracia divina del Espíritu Santo. Reprochaban

a los Apóstoles que se sentaran a la misma mesa con los incircuncisos. Organizaron en Atenas una manifestación contra el apóstol Pablo porque hizo entrar a griegos en la sinagoga y profanó el lugar santo.

La afirmación de Pedro, antes citada, en su visita al centurión Cornelio junto con la cita siguiente suenan como un desafío a la arrogancia judía tribal: "Entonces Pedro abrió su boca y dijo: Verdaderamente reconozco que Dios no es aceptador de personas, mas en cualquier gente, del que le teme y obra justicia, se agrada" (*Hechos*, 10:34-35).

Pero la enseñanza de Pablo y Bernabé en Antioquía resulta aun más desafiante: "Entonces Pablo y Bernabé les dijeron con firmeza: A vosotros convenía que se hablase primero la palabra de Dios: mas porque la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, desde este punto nos volvemos a los Gentiles" (*Hechos*, 13:46).

Por *gentiles* entendían los "goyim" o sea los pueblos no judíos.

Dios "de uno solo hizo todo el linaje humano, para que habitase en toda la faz de la tierra" (*Hechos*, 17:26) dice Pablo en Atenas. Y lo dice porque, debido a su feroz nacionalismo tribal, una nación, una raza, la judía, se apartaba de la hermandad de sangre creada por Dios.

Y escribe Pablo refiriéndose a los judíos: "Y te tienes por guía de ciegos, lumbre de aquellos que están en tinieblas, doctor de ignorantes, maestro de niños, que tienes la regla de la ciencia y de la verdad en la Ley... Tú, que te glorías en la Ley, deshonras a Dios quebrantando la Ley. Porque el nombre de Dios por vosotros es blasfemado entre las gentes, así como está escrito" (*Rom.* 2: 19-20, 23-24).

Los Apóstoles enseñaron y predicaron por todas

partes las ideas revolucionarias de Cristo, que son la total negación del judaísmo, de ese aislamiento tribal y de ese nazismo judío. "Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, y de los oídos oyeron pesadamente, y apretaron sus ojos: porque no vean de los ojos, y oigan de los oídos, y entiendan del corazón, y se conviertan, y los sane. Pues os hago saber a vosotros, que a los gentiles es enviada esta salud de Dios, y ellos oirán". (*Hechos*, 28:27-28).

Pero los judíos crucificaron al apóstol de esa fe y hasta el día de hoy no han abandonado la creencia de que ellos son el pueblo elegido y, por lo tanto, amos y señores de todas las naciones de la tierra. La dispersión de los judíos comenzó con la diáspora después del cautiverio de Babilonia y se completó con la destrucción de Jerusalén. Como resultado de ello, esa fuerza demoníaca largamente reprendida se extendió por el extranjero; la ambiciosa meta de dominar a todos los pueblos, acompañada por un racismo excluyente, penetró la confusión étnica y religiosa de aquellos tiempos antiguos. No es necesario examinar aquí minuciosamente cómo, aunque los judíos no eran una raza pura sino una de pueblos y restos de razas diversas, Esdrás y Nehemías lograron plasmar ese conglomerado en la única raza pura y homogénea del mundo. Aun a fines del siglo XIX, varias investigaciones de antropólogos norteamericanos llegaron a la conclusión de que "la raza judía mantenía, a pesar de todo, su pureza étnica". ("Political-Antropological Review", marzo de 1904, pág. 1003).

Houston Stewart Chamberlain escribe que desde Teodosio hasta el año 1800, solamente trescientas personas de origen no judío fueron realmente incorporadas al judaísmo en sentido racial. De ese racismo extremo surgió una mentalidad que odiaba y despreciaba a todos los otros pueblos a la vez

que deseaba conquistarlos. En Europa apareció el espíritu materialista e intransigente del Antiguo Testamento que nunca abandonó su mesiánico sueño de que llegara el día de la destrucción de todos los pueblos y se cumpliera la dominación sobre todas las naciones más grandes y poderosas.

Por lo tanto, resulta fácil comprender lo que el mundo antiguo y la Edad Media dedujeron obviamente y por qué se separaron de los judíos no sólo ideológica sino también físicamente. Sobre la gente de entonces aún ejercía notable influencia el relato bíblico de la venida del Espíritu Santo y sermón de Pedro en las primeras horas de Pentecostés: "...Salvaos de esta generación depravada". (*Hechos,* 2:40).

La Edad Media creó el ghetto pero al mismo tiempo ese hecho preservó a la raza judía. En términos generales, los judíos fueron capaces de mantener esa política de pureza racial porque fue reconocida por el mundo cristiano en forma del ghetto. Pero, por desgracia, eso no impidió que se infiltraran en los estados cristianos la vida y los sistemas económicos de los judíos.

En la historia de la antigüedad podemos apreciar la influencia judía. Casi un millón de judíos se estableció en Alejandría y sus alrededores después del cautiverio de Babilonia, allí desempeñaron el mismo papel y ejercitaron el mismo poder que los judíos de hoy en New York. En el Imperio Romano, especialmente en Roma, el poder y la influencia de esa minoría nacionalista tribal alcanzó notables dimensiones. Cicerón, el gran estadista romano, en una audiencia en el tribunal, se dirigió a los jueces en voz tan baja que solamente ellos lo oyeron. Explicó la prudencia de actuar de esa manera y afirmó que la solidaridad judía constituía una fuerza bastante formidable como para arruinar a todo aquel que declarase en su contra. En toda la

diáspora y desde tiempos primitivos los judíos poseían organizaciones emparentadas con lo que conocemos como logias masónicas. Iniciaron a ciertos gentiles influyentes preparándolos para que dijeran que eran judíos a medias y fueran capaces de ejercer influencia desde altos cargos públicos. Se llegó a comprobar que en la persecusión de Nerón contra los cristianos actuaron secretamente miembros de la diáspora. Popea Sabina, la mujer del emperador, que era judía y miembro de la diáspora, logró persuadir a Nerón con la ayuda de su favorito, un actor judío llamado Alytrus, que exterminara a todos los cristianos. ¡En todas las épocas de la historia los Alytrus y las Popeas de este mundo han estado detrás de los Nerones y los Roosevelts!

La influencia judía tuvo mucha parte en la caída del Imperio Romano de Occidente así como en la ruina del Imperio español. En el Imperio español, escribe Heman, los judíos tuvieron el control de los poderes espirituales y materiales, desde la propiedad de la tierra hasta las más altas jerarquías eclesiásticas, y, mediante la usura, influyeron en los círculos cortesanos y en toda la nobleza. Hasta lograron que en un tribunal se atribuyera más valor al juramento prestado por un judío que al juramento de los gentiles. Igual influencia fue la que ejercieron después en Alemania y en el Imperio de los Habsburgo. En el siglo XVI un judío llamado Imre Fortunatus y sus socios desempeñaron enorme papel en la preparación de la caída del Imperio húngaro, fomentaron la corrupción en los negocios públicos en tal grado que el imperio fue incapaz de resistir los ataques del creciente poder turco en la batalla de Mohacs.

Los jefes espirituales y los estadistas de la antigüedad y medioevo fueron mucho más conscientes de la influencia judía. Desde el emperador romano Tiberio hasta Goethe, todos los hombres clarivi-

dentes consideraron a los judíos como un peligro nacional. "Un ministerio que concede al judío todo lo que solicita, una casa cuyas posesiones se hallan bajo control judío o un comisariato manejado por judíos posee la invencible resistencia de las ciénagas pontinas", escribe Goethe.

Posiblemente fue Napoleón el más clarividente entre todos cuando exclamó: "Estos judíos son como langostas y orugas que devorarán a mi Francia".

Eso se vio claramente en el siglo XVIII cuando la influencia judía no tuvo nada de su tan cacareado humanitarismo, llegando a ser "un Estado dentro del Estado". Aunque algunos estados no reconocieron el peligro, la conquista judía por lo general fue detenida a último momento. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, adoptaron medidas para su expulsión pero lo más importante fue que en España a la influencia del "nazismo" judío no se le permitió arraigarse en los asuntos públicos. El ghetto sirvió al menos para establecer barreras ideológicas e intelectuales contra los judíos y de ese modo la religión y cultura cristianas no estuvieron tan expuestas al peligro mortal y a ser absorbidas tan completamente hoy. Es importante señalar que, hasta la Revolución francesa, los judíos no tuvieron influencia directa sobre las masas. A lo sumo dejaron sentir su influencia en algunos círculos palaciegos mediante su dinero, pero nunca tuvieron oportunidad de establecer un control directo sobre la gente o de explotarla en provecho de los intereses de su propio nacionalismo.

Un solo punto del llamado problema judío fue pasado por alto en la Edad Media, a saber: que la creciente influencia del nacionalismo judío y su avance no era una actividad instintiva originada en la codicia, el egoísmo o en cualquier otra "característica judía" como decían los antisemitas. La incitación demoníaca ya iba trabajando a concien-

cia, y el nacionalismo del Antiguo Testamento, la Torah y el Talmud iban impulsando a los judíos no a la búsqueda de dinero ni de una vida de placeres y riquezas sino a la del poder mundial. El dinero fue simplemente un medio de tal aspiración, en tanto que la conquista del dominio universal siguió siendo el fin supremo. Para eso no se necesitó un gobierno judío central, aunque el mismo existió de vez en cuando. El Talmud y la Torah fueron suficientes; esos libros daban mejores instrucciones que cualquier gobierno, sirviendo de canales de comunicación de los judíos. Dichos libros se encontraban en todas las sinagogas y casas judías.

Los diferentes países e imperios fueron más o menos capaces de mantener controlado ese sueño de conquista mundial mientras su ejecución en diferentes países careció de coordinación. El peligro creció apreciablemente con la expansión de los límites del mundo conocido y cuando, a través de los medios periodísticos, la radio y otros órganos de propaganda, los diferentes países y pueblos se acercaron unos a otros. Entonces la aspiración de dominio de esa minoría nacionalista judía consistió en obrar efectivamente no solo contra países por separado sino contra todas las naciones y pueblos a la vez y con plena fuerza. Al mismo tiempo, al surgir el protestantismo cierta mentalidad judía comenzó a abrirse paso dentro de la propia Cristiandad.

Lutero vio con claridad que la discrepancia entre la humanidad universal y el "nazismo" judío tribal era irreconciliable. Es prueba de su clarividencia el gran tratado que escribió sobre la cuestión judía. Pero aparte del surgimiento del protestantismo, el Antiguo Testamento obtuvo mayor influencia a través de la enseñanza de la Biblia en los sermones de las iglesias y de la educación religiosa en

las escuelas. Los predicadores protestantes, húngaros, suizos, ingleses, holandeses y alemanes, acudieron cada vez más a los profetas del Antiguo Testamento para parábolas y citas. Durante las guerras de religión las más terribles maldiciones del A.T. fueron invocadas contra los enemigos. La mentalidad del A.T. penetró así en la fe cristiana a través de una hueca fraseología retórica. La Cristiandad comenzó a considerarse como apéndice o subsidiaria de la religión judía en lugar de acentuar su carácter verdaderamente opuesto. A consecuencia de ese error llegó a establecerse una mentalidad judía de intolerancia acompañada por un espíritu de odio en el mundo cristiano civilizado y generaciones tras generaciones crecieron imbuidas de las enseñanzas materialistas y prosaicas del Antiguo Testamento.

El protestantismo inglés estuvo especialmente sometido a la influencia del Antiguo Testamento. La mentalidad de los poderosos mercaderes ingleses y la actitud espiritual de los puritanos llegaron además a identificarse con los principios del Antiguo Testamento judío y encontraron en él la justificación de ciertos procedimientos comerciales. En el siglo XIX algunos despistados eruditos ingleses trataron de probar que los habitantes de Gran Bretaña eran verdaderamente descendientes de la extinguida décima tribu de Israel. Werner Sombart, famosa autoridad en capitalismo, mostró fehacientemente que las raíces de éste son tanto judías como protestantes.

Una cosa, empero, debe afirmarse como cierta. Con el advenimiento del protestantismo se quebró la primitiva unidad del mundo cristiano. Las iglesias cristianas se separaron en católicas y protestantes. Por esta brecha el nacionalismo mosaico penetró audazmente en el mundo y en la vida cristianos. So pretexto de ilustración y progreso, los habitan-

tes de los ghettos comenzaron a reclamar ruidosamente su emancipación, cosa que hasta Voltaire, el más grande campeón del progreso, había considerado como peligro mortal. Tras el simulacro de filantropía e ilustración la propia Cristiandad luchó por la emancipación judía. Fue incapaz de ver que ese poder significaría algún día la muerte del cristianismo, del catolicismo, del protestantismo o de la ortodoxia y de la heterodoxia a la vez.

La despreciada Edad Media tuvo clara conciencia de que esa posibilidad siempre estaba presente porque la fanática fuerza del "nazismo" religioso judío dirigido contra los cristianos tenía por fuente el Talmud. En 1888, "Minerva Press" publicó un impresionante relato —nunca refutado— acerca de los descubrimientos de un comité investigador convocado por San Luis, rey de Francia, en 1240. El rey quería saber por qué los judíos eran tan aborrecidos en Francia; para ello convocó un tribunal que presidió en persona. Un judío converso que hablaba bien el hebreo presentó el Talmud para probar al tribunal la autenticidad del texto talmúdico. Fueron también invitados por el tribunal, Jechiel, un rabino de París, y los rabinos Juda Samuel y Jacob; este último era eminente orador y muy conocido en Francia y España. El benévolo rey hizo cuanto pudo para garantizar que los rabinos tuvieran todas las oportunidades para defender el Talmud así como para confirmar la autenticidad de su texto. A despecho de todo eso, el tribunal tuvo que dar un fallo contrario, declaró que las leyes talmúdicas contrarían y repugnan al recto orden social no sólo de todos los cristianos sino también de todos los no judíos. Como resultado de sus indagaciones el tribunal descubrió que el Talmud no solamente profería repetidos insultos a la Virgen María sino que arrojaba dudas de que Cristo hubiera nacido de una virgen y hasta afirmaba que Cristo era hijo de un soldado llamado Pandara y de una mujer pública.

Los cristianos se horrorizaron cuando los rabinos invitados declararon auténticas esas traducciones del Talmud. Como consecuencia de las conclusiones finales de ese tribunal, San Luis ordenó que el Talmud fuera arrojado a las llamas. (*The Hidden Empire,* 1945, pág. 27).

En los últimos tiempos, el mundo cristiano prestó poca atención a los libros sagrados de los judíos que para éstos habían llegado a ser casi tan importantes como la Torah. Fue del Talmud que surgió el odio a los cristianos y también una falsa moralidad. Vale la pena señalar que hasta el siglo XX no hubo una traducción auténtica del Talmud. Es verdad que fue traducido por Graetz, profesor universitario alemán descendiente de judíos, pero fueron excluidas todas las partes impugnables. El autor húngaro Alfonz Luzsenszky ha traducido también algunas partes del Talmud. Una de las principales preocupaciones de la actual dictadura bolchevique fue encarcelar a Alfonz Luzsenszky quien, posiblemente, murió en una cámara de tortura judeo-comunista.

Pero el Talmud continuó fomentando ese nacionalismo judío que vivió aun con más vigor en los sueños de Maimónides y de los profetas judíos del medioevo así como en el corazón del judaísmo. Mucho antes de estallar la Revolución francesa, el pueblo judío empezó a trabajar en la realización de la alianza mosaica. La brecha abierta en la unidad cristiana, junto con las llamadas ilustraciones y progresos sociales, favorecieron ese propósito: la conquista del poder mundial. Y ahora que el plan ha sido esbozado brevemente, lo examinaremos con más detalle bajo la denominación de "guerra biológica de clases" o exterminación física de las naciones no judías, vale decir, el hecho conocido como Revolución.

Después de la Iª Guerra Mundial el mundo occi-

dental culto se sintió impresionado por una serie de artículos publicados en el "Morning Post" en Londres, con el título de "Underground conspirators" ("Conspiradores clandestinos"). El editor del periódico, H. A. Gwynn, señala en su libro *The Cause of World Unrest*, que la Revolución francesa estuvo lejos de haber sido enteramente provocada por la actitud revolucionaria de las clases bajas (acompaña citas de libros de autoridades contemporáneas desconocidos para los historiadores liberales). Al mismo tiempo los poderes judíos y masónicos operando conjuntamente acapararon todas las reservas de grano para crear el hambre artificialmente y, por ese medio, la Revolución del 14 de julio. Hacia 1776 el movimiento espartaquista, creado por Adam Weishaupt, se había establecido en Baviera y resurgió repentinamente, bajo diferentes apariencias, provocando peligrosos estallidos durante varias revoluciones producidas después de la Iª Guerra Mundial. La obra de Gwynn demuestra que todos los movimientos revolucionarios del siglo XIX estaban, en gran parte, infiltrados y controlados por judíos. Ese autor establece el papel de los judíos en la masonería con ayuda de los datos del libro del abate Lémann, judío converso (*L'Entrée des Israélites dans la Société Française*) así como de las pruebas reunidas por Albert Pike. Demuestra que los judíos inculcaron el odio a los cristianos en las sociedades secretas y así, so pretexto de liberalismo, fueron realmente capaces de permanecer impertérritos mientras trabajaban para minar el orden social cristiano. De esta manera el "nazismo" judío del Antiguo Testamento adquirió, además de su potencia monetaria, una nueva y terrible arma para la destrucción del pueblo cristiano. Esa nueva arma se llama Revolución.

La organización internacional socialista comenzó en 1864 al fundarse la Iª Internacional; ambos

líderes, Marx y Lassalle eran judíos. Ambos fueron profetas del odio para vengar la humillación de su raza. Disraeli en su libro *Coningsby* predice un movimiento de obreros alemanes bajo conducción y liderazgo judaicos. Con todo eso apareció en la historia de la cultura europea un nuevo factor: el odio y la envidia organizados como maquinaria para crear clases y sociedades y para destruirlas. La intolerancia predominante en Europa estaba arraigada en el espíritu del Antiguo Testamento, pero lo que destilaba aun más que el Antiguo Testamento y el Talmud era ese odio fabricado por profetas que predicaban exactamente los mismos lemas y promesas del Antiguo Testamento cuando prometió al pueblo elegido que Jehová le brindaría todas las riquezas del mundo y que no necesitarían trabajar más que dos o tres horas por día. El "nazismo" del Antiguo Testamento encontró un formidable aliado en las clases obreras de Europa y más tarde en el proletariado norteamericano que tenía amplias razones para mostrarse resentido y hostil con el explotador sistema capitalista.

Pero el proletariado tardó en darse cuenta que los creadores, agentes y beneficiarios de ese capitalismo eran, a la vez, representantes del nacionalismo judío y de la Internacional.

Es indudable que los gérmenes de los diabólicos planes judíos se encarnaron en las enseñanzas de Marx. Estas llevaban el propósito de destruir la élite intelectual, la aristocracia, la clase media, el clero y los profesionales de las naciones no judías, recurriendo a la falsa doctrina de la igualdad, y provocando la envidia en las masas proletarias. Conspiraron para privar de sus jefes a las naciones y degradar a la humanidad al nivel de un rebaño sin guía. Eso ya no era la planificación socialista. Esa era la propia estrategia global de los judíos. Cada hombre confundido en el rebaño

se convertía en instrumento ciego y en esclavo de ese "nazismo" judío tribal decidido a conquistar el mundo.

Aunque Marx tuvo, en realidad, que defender el internacionalismo, los judíos nunca fueron internacionales. Solamente quisieron internacionalizar al proletariado. A éste le asignaban la función de destruir sus propios países junto con sus religiones, con el fin de establecer el estado mundial internacional con una élite, una clase dominante, pero de judíos exclusivamente.

En todas las naciones estaban los judíos, hablaban las lenguas de sus países de adopción aunque se mantenían judíos, eran representantes orgullosos y conscientes de una exclusiva conciencia racial o de un nacionalismo supranacional. Las quebrantadas fuerzas de la rebelión de Jesucristo buscaron en las frías naves de la Iglesia refugio contra los ruidosos lemas de la "Ilustración". La fe cristiana había sido gradualmente despojada de sus innatas inspiraciones e influencias espirituales y llegó a transformarse en una cristiandad judía. Se unió y adhirió de manera materialista a su influencia y riqueza mundanas, en vez de seguir su vocación y realizar lo que había madurado con el tiempo: la predicación de las enseñanzas de Cristo con pleno vigor. Al mismo tiempo, los judíos, habiendo preservado su unidad religiosa y racial, fueron capaces de penetrar con gran efecto en las debilitadas comunidades cristianas. Mientras la llama del nacionalismo judío ardía con mayor brillo, la "rebelión" cristiana iba perdiendo su fe, y volvíase tímida, escéptica e impotente. El nacionalismo religioso del Antiguo Testamento fue capaz de inculcar su fe y su conciencia racial en los habitantes de los ghettos rusos. Pero la Cristiandad del Nuevo Testamento se hizo tan pusilánime que empezó a avergonzarse de su propio credo, temerosa de que

pudiera parecer "anticuado" o "poco científico" en comparación con los lemas de lo que se conocía como "Ilustración".

Cuando se enfrentó con los grandes problemas sociales de la época, la Cristiandad se mostró inerte e impotente. Pero, al mismo tiempo, los judíos fueron capaces de imbuir de fe a su propia raza. No de fe en Dios, ya que muchos judíos abandonaron sus creencias aparentemente, sino fe en un fanático nacionalismo político. Por otra parte, la "revolución" cristiana no logró completar su misión en la tierra, o sea apoyar a los humildes contra sus perseguidores y alcanzar la justicia social por medio del amor y no por el odio.

En el siglo XIX la Cristiandad llegó a ser más una formalidad que una creencia viva. No podía esperarse que la moderna concepción de la revolución de Cristo compitiera con la idea de la revolución marxista. Las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* fueron sólo interpretaciones teóricas de la actitud adoptada por el socialismo y el sistema del estado capitalista. La iglesia militante de Cristo no combatió tan ardorosamente como debiera haberlo hecho. Se limitó a apoyarse en la conocida máxima de Cristo: "Mi reino no es de este mundo" mientras que el marxismo insistía en la idea de una salvación física sobre la tierra. Esta última idea era por supuesto de origen judío. El propio Jehová así como Esdrás y Nehemías, esos dos heraldos de la pureza racial, habían prometido esa misma cosa, o sea, la redención en la tierra, la riqueza mundial a través de los portales de Jerusalén, las 18 horas semanales de trabajo y la asistencia social del Estado.

El marxismo prometió también la redención en la tierra pero, detrás de esas promesas estaba el nacionalismo judío porque los líderes marxistas se

dieron cuenta de que aquello que los judíos llamaban redención significaba el establecimiento del reino mundial judío. La Cristiandad fue incapaz de unirse y de realizar la concepción social de la revolución de Cristo. Por otra parte, los judíos permanecieron unidos en su unidad racial y espiritual a través de cuatro milenios de su "nazismo".

Después de la Revolución francesa tanto las sociedades secretas como ciertos gobiernos dominados por la influencia judía expulsaron gradualmente a los cristianos de la vida pública hasta el punto de que su papel se limitó sólo a recomendar la asistencia a las iglesias. ¿Qué podía hacer la Cristiandad tan débil y dividida, para oponerse con éxito a esas presiones? La Iglesia ortodoxa griega con su hueco formalismo, o el catolicismo romano con sus obispos instalados complacientemente en posesión de varios cientos de miles de acres de tierras de la Iglesia (latifundio) y predicando pobreza y justicia a las masas, o el protestantismo cada vez más saturado del espíritu del Antiguo Testamento tampoco tenían ningún poder. En esas circunstancias ¿podría existir algún poder capaz de influir en las masas y de llevarlas del lado de la revolución cristiana? Los cristianos comenzaron a llevar una vida aparte, se abstuvieron de criticar los hechos públicos, de influir en la opinión pública o de poner en práctica conceptos socialistas. Esa tarea fue asumida por la prensa que estaba en manos del nacionalismo judío, por los miembros de las logias masónicas o por los agitadores marxistas.

Frente al lema marxista: "El cielo en la tierra", la Cristiandad fue incapaz de vindicar el significado social de las enseñanzas de Cristo. Además, abandonó su liderazgo y no apoyó a las masas. Al retirarse el cristianismo de la vida pública surgió en su lugar una fanática determinación de destruir todas las instituciones humanas y divinas de los

gentiles. Su meta fue quitarles sus jefes y establecer finalmente la política del gobierno mundial judío.

A principios del siglo XIX, el gran pensador Houston Stewart Chamberlain advierte al mundo cristiano lo siguiente: "El problema de los judíos que viven entre nosotros es una de las cosas más difíciles y más fatídicas del tiempo presente." (H. S. Chamberlain, I, pág. 163).

A comienzos del siglo XX podían descartarse todas las dudas con respecto al éxito del gran plan. Los líderes del mundo judío tuvieron que decidir una sola cosa: los medios efectivos que debían emplear con el fin de asegurar la dominación universal. ¿Se la obtendría por el oro o por la ametralladora? ¿A través de la plutocracia o del terror comunista encabezado por los cabecillas judíos de la policía secreta? ¿Sería la nueva sinagoga la sede de los mercaderes y de los escribas o de los saduceos? ¿O, tal vez ambas facciones podrían trabajar hombro con hombro?

Cierto documento que, en opinión de los judíos sería una falsificación, nos habrá de dar clara respuesta a ese gran dilema.

CAPITULO TERCERO

LA DOMINACION MUNDIAL EN TRES ETAPAS

Los judíos hicieron todo lo posible para refutar la autenticidad de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Hoy en día si alguien se atreve a hacer la más leve alusión a los *Protocolos* será tachado por los judíos de bárbaro inculto.

El 26 de junio de 1933 la Federación de Comunidades Judías de Suiza y la Comunidad Judía de Berna entablaron juicio contra cinco miembros del Frente Nacional Suizo, para que se dictara sentencia declarando que los *Protocolos* eran una falsificación y que fuera prohibida su publicación. La Corte se extrañó de que hubieran sido deliberadamente marginadas las disposiciones del Código Civil Suizo. Sesenta testigos citados por los demandantes fueron escuchados mientras que solamente a cuarenta testigos de los demandados se les concedió audiencia. El juez permitió que los demandantes designaran a dos taquígrafos particulares para llevar registro de los procedimientos durante la audiencia de sus testigos, en lugar de confiar esa tarea a la corte oficial.

En vista de esas y otras irregularidades semejantes, no sorprendió que después del proceso, que duró exactamente dos años, la Corte dictaminara que los *Protocolos* eran una falsificación y una li-

teratura desmoralizadora. El fallo, dictado el 14 de mayo de 1935, fue, no obstante, anunciado por la prensa judía antes de su promulgación por la Corte.

El 1º de noviembre de 1937 la Corte Suiza de Apelación en lo Criminal invalidó el fallo en su totalidad. Pero los publicistas judíos hasta llegaron a afirmar que se había "probado" que los *Protocolos* eran una falsificación.

Es evidente, sin embargo, que el texto original de los *Protocolos de Sión* obraba en manos de los judíos de Odesa ya en 1890. Los *Protocolos* fueron publicados en 1905 por el ruso Nilus. Según ciertas versiones su autor fue el oriental Asher Ginsberg, bajo el seudónimo de Achad Haam, que significa "del mismo pueblo", y su propósito era tratar de despertar la conciencia nacional judía. Una copia del libro publicado por Nilus fue adquirida por el Museo Británico en 1906, donde está catalogada hasta hoy.

Mientras todo el mundo seguía discutiendo la autenticidad de los *Protocolos*, la misma fue establecida por la más alta autoridad: la propia historia universal. El programa judío, bosquejado en 1906, ha sido desde entonces llevado a cabo literal y realmente. Podemos, empero, considerar los *Protocolos* desde varios ángulos; ya como el plan mundial esbozado por los Sabios de Sión del grado 33 de la masonería, ya como registros secretos del Congreso Sionista de Basilea, o, simplemente, como un panfleto, obra de un extremista judío: todo eso no hace al caso. La única realidad importante e indiscutible es que el programa se ha cumplido casi totalmente. Aun más: se ha cumplido antes de lo que fue vaticinado por los Sabios de Sión. Los conquistadores del mundo han avasallado todo el universo. En lugar de desmenuzar las inútiles controversias que se entablaron para discutir la

autenticidad de los *Protocolos*, queremos probar una sola cosa: que los Sabios de Sión han concretado su programa. No falta más que un paso para que los judíos antes de poseerlo anuncien abiertamente que el poder mundial ya se halla en sus manos. Por el momento la judería parece hallarse un tanto eclipsada detrás de los poderes políticos, económicos y espirituales, pero está pronta para entrar en acción en cualquier momento. Está en vías de completar ese solo paso después del cual se agregará una sexta punta a la estrella de cinco puntas así como al blanco pentágono norteamericano que así se volverá símbolo manifiesto del cumplimiento del reinado universal, o sea, las seis puntas de la estrella de David.

Existe además, otra cuestión relacionada con los *Protocolos* y es la siguiente: ¿Existió siempre una organización judía pública o secreta que trazara planes de un programa mundial? ¿Hubo un gobierno secreto de los judíos para dirigir a la judería mundial, según las enseñanzas de la Torah y del Talmud, o tal vez, de los *Protocolos*?

Sin duda, dentro de la comunidad judía hubo, aun antes del nacimiento de Cristo, una organización conocida como el Kahal o Cahilla, que existía y actuaba como un cuerpo político ejecutivo del estado teocrático judío. Por lo tanto, podemos suponer que la nación judía en el exilio mantuvo parte de esa organización.

Señalaremos después que aun antes de la dispersión, las diásporas de Alejandría y Roma adquirieron verdaderos poderes políticos y gubernamentales. Después de la dispersión, cada comunidad judía tuvo su propia minúscula Cahilla, cuyo propósito era ser árbitro en las disputas legales entre judíos, especialmente en casos en que no era conveniente someter la cuestión a los tribunales cristianos y exponerlos así a la publicidad. En comarcas

densamente invadidas por judíos la existencia de esas Cahillas era conocida de todos. Pero, sin duda, debe haber existido un supremo ente administrativo de los judíos, lo que podríamos tal vez llamar actualmente "Comité de Emigración", que mantenía unidos a los judíos y coordinaba sus ambiciones políticas. Hay pruebas documentales de que ese supremo Kahal judío se mantuvo constantemente, apareciendo bajo diferentes nombres en la historia. Alguna vez se lo halló en Constantinopla con el nombre de Sanhedrín, y el "Gran Sátrapa" era el jefe de los judíos. Más tarde se lo vio en varios movimientos, en la masonería francesa y entre los comandos supremos de las grandes potencias de la Iª Guerra Mundial. Los rastros de las actividades de ese gobierno secreto universal pueden hallarse en todas partes. En 1920, cuando el presidente Wilson volvía de la fracasada conferencia de paz de Versalles, declaró francamente: "Había una secreta fuerza que trabajaba en Europa pero fuimos incapaces de descubrirla."

Disraeli, en 1844, en su libro *Coningsby* afirma abiertamente: "El mundo es gobernado por personajes muy diferentes de lo que se imaginan aquellos que no están entre bastidores."

En el "Wiener Freie Presse" del 24 de diciembre de 1921, el judío Walter Rathenau escribió precisamente lo mismo cuando dijo: "Trescientos hombres, cada uno de los cuales son todos conocidos por los demás, gobiernan el destino del continente europeo y eligen a sus sucesores entre sus camaradas."

Las funciones de la Cahilla (Kahal) son bien conocidas en New York, porque los judíos tienen reuniones en la Cahilla. Acerca de esto el libro *The Hidden Empire* (1946) contiene interesantes noticias, en cuya pág. 35 leemos: "Los judíos del mundo dividen el globo en dos hemisferios: el

oriental y el occidental. Como los Estados Unidos están ubicados en el hemisferio occidental nos limitaremos sólo a éste.

"Se sabe que el Kahal está construido según el símbolo del Siete. El patrocinador del hemisferio oriental no está por consiguiente aquí pero los dos amos de ambos hemisferios están sometidos al único responsable, al Aka'Dham, el desconocido y no coronado rey de los judíos en toda la tierra cuya identidad se mantiene en secreto."

Por tanto, resulta indiscutible que existió algún tipo de organización central judía o gobierno durante todo el tiempo en que realizaron metódicamente el programa mundial de los Sabios de Sión. Ya sea que ese gobierno haya existido o no, debe subrayarse el hecho de que el propio programa fue cumplido, y ello constituye prueba suficiente de su organización. El hecho debe ser recalcado puesto que el mundo judío ya ha completado la segunda etapa planeada por los Sabios de Sión y todo está totalmente preparado para completar también lo que resta y así alcanzar la tercera y última etapa.

Hace cincuenta años, o durante los procesos legales de Berna, la autenticidad de los *Protocolos* podía ser discutida. Pero la ejecución del programa de los *Protocolos* con su ardiente nacionalismo del Antiguo Testamento siempre fue evidente. Podría quizá discutirse la existencia de los *Protocolos* pero no la de su nacionalismo.

¿En los *Protocolos* que muy probablemente son sólo extractos del verdadero programa, aparecen los métodos que los judíos aplicarían para alcanzar la dominación universal. De ese texto, un tanto misterioso, el lector apresurado deducirá que los *Protocolos* a veces hablan de una dictadura, otras de una liberación y que planean alcanzar el poder mundial a veces mediante el capitalismo y el poder

de la prensa, y otras mediante la práctica de inequívocos métodos bolcheviques. Cuando los *Protocolos de Sión* estuvieron en manos de los judíos de Odesa se ignoraba la enseñanza de Lenin. Sin embargo, en los *Protocolos* se halla la ideología de Lenin junto con las veleidosas tácticas de la minoría gobernante. Sorprenderá al lector enterarse de que, al fin y al cabo, el capitalismo es el método preferido por los judíos con el fin de conseguir la dominación mundial.

Después de un estudio crítico de los *Protocolos* nos damos cuenta con sorpresa de que es ilusoria la diferencia entre bolchevismo y capitalismo. Los Sabios de Sión fueron obviamente responsables de que el bolchevismo fuera nada más que el resultado final del capitalismo liberal, o sea, ambos son dos formas diferentes del único gobierno totalitario y la ideología de ambos consta esencialmente de los elementos contenidos en el materialismo, en la minoría gobernante, en la amplia utilización del talonario de cheques y en el terrorismo de la ametralladora.

Una nueva estimación de los hechos históricos nos proporcionará la solución de las partes oscuras de los *Protocolos*. Los Sabios de Sión planearon tres etapas para establecer el trono del rey Salomón.

La primera etapa fue asegurar para los judíos el control del dinero y el capitalismo, establecer el exclusivo control judío sobre la prensa para acrecentar su influencia, a la vez que destruían y comprometían a la élite de la sociedad no judía. Simultáneamente se planeaba usar el ideal del liberalismo como cuña para la destrucción de las naciones gentiles para pervertir las leyes romanas y todos los otros sistemas legales, para provocar envidia y descontento en las clases trabajadoras y perpetuar el odio entre sociedades y estados.

La primera etapa incluía también sembrar el desacuerdo entre los estados cristianos, desencadenar guerras y fomentar revoluciones. Pero todas esas actividades fueron realizadas dentro del sistema del liberalismo.

"Debemos estar en condiciones de responder a cada acto de oposición por la guerra con los vecinos de ese país que se atreva a oponérsenos: pero si ésos se atrevieran a levantarse todos juntos contra nosotros debemos ofrecer resistencia con una guerra universal."

Los *Protocolos* prescriben a los combatientes de la primera etapa la intromisión en las familias cristianas, la lucha incesante contra la religión, el monopolio de la prensa, incitar a los obreros a hacer revoluciones, y realizar la lenta destrucción de las sociedades cristianas. En primer lugar, deben suprimirse todos los reinos, después se destruirá la aristocracia, luego serán empobrecidos los terratenientes y se despertará en las masas el espíritu de la revolución.

"Sobre las ruinas de la aristocracia natural y genealógica de los «goyim» tenemos que instalar la aristocracia de nuestras clases cultas encabezada por la aristocracia del dinero. Los requisitos de esta aristocracia se fundan en la riqueza, que depende de nosotros, y en el conocimiento, para el cual nuestros eruditos proveerán la fuerza motriz." (*Protocolo 1*).

La última sentencia del *Protocolo* hace pensar en el papel que desempeñan ahora los judíos en la Comisión de Energía Atómica.

Los autores del *Protocolo* ven claramente que, en la era del capitalismo liberal la libre competencia es la vía más segura hacia la segunda etapa.

"Apareceremos como supuestos salvadores del trabajador oprimido", continúan los *Protocolos*: "invitaremos a incorporarse a nuestras filas de

fuerzas combatientes a socialistas, anarquistas, comunistas, a los cuales siempre apoyaremos de acuerdo con la norma fraternal de nuestra masonería social." (*Protocolo III*).

No debemos olvidar que esos *Protocolos* se publicaron en 1906, y ¿acaso su programa no se ha cumplido desde entonces?

Durante la primera etapa, las tácticas y armas empleadas son diferentes. "Nuestra contraseña es Fuerza y Apariencia" predican esos "fariseos" en los *Protocolos,* añadiendo a la vez: "Solamente la fuerza vence en los asuntos políticos, especialmente si se disimula tras los talentos esenciales del estadista." (*Protocolo I*). Los autores de los *Protocolos* no sufrían ninguna inhibición ideológica. Previeron claramente todo lo que se ha realizado desde entonces, a saber: que la explotación de las finanzas capitalistas prepararían el camino al bolchevismo.

"...el pueblo que cree ciegamente en la letra impresa, alimenta merced a las incitaciones destinadas a su extravío e ignorancia un odio ciego a las condiciones que lo superan, porque no comprende el significado de clase y condición.

"Este odio se verá acentuado por los efectos de la crisis económica que paralizará el comercio, los intercambios y la industria. Crearemos, mediante secretos métodos clandestinos solamente conocidos por nosotros y con ayuda del oro, que está totalmente en nuestras manos, una crisis económica mundial por lo que arrojaremos a la calle a muchedumbres de obreros simultáneamente en todos los países de Europa. Esas turbas se precipitarán a derramar con placer la sangre de quienes, en la simpleza de su ignorancia, han envidiado desde la cuna y cuyas propiedades podrán entonces saquear. Las nuestras no serán afectadas porque sabemos cuándo tenemos que atacar y tomaremos las medidas para protegernos." (*Protocolo III.*)

Basta recordar los últimos treinta o cuarenta años de la historia de Europa y del mundo para concluir que ese es, ciertamente, el comienzo de la segunda etapa.

Esa etapa es la del propio bolchevique: el rebelde aislado, las masas del proletariado llenas de odio y de envidia, dirigidas por los mismos comisarios y agitadores que actualmente controlan los sistemas bancarios, los parlamentos y la prensa de los estados capitalistas. Todos son, por supuesto, brotes de la misma alianza tribal. Todos son representantes del mismo nacionalismo de doble faz.

Aquí se muestra el verdadero y oculto rostro del Talmud, los rasgos torcidos del sanguinario saduceo tramando la destrucción de las otras naciones incluso por el asesinato si fuere menester, ese saduceo que dirigió los grandes "pogroms" cristianos de 1945 con tanto celo como los luchadores de Bar-Cochba en el 131 a. J. C., durante la gran rebelión judía en el Mediterráneo.

El *Protocolo* III continúa: "La aristocracia que disfrutó por ley, del trabajo de los obreros, se interesó por ver que los trabajadores estuviesen bien alimentados, sanos y fuertes. A nosotros nos interesa precisamente lo contrario: la disminución, los asesinatos de los «goyim». Nuestro poder está en la escasez crónica de alimentos y en la debilidad física del obrero, porque eso lo obliga a someterse a nuestra voluntad, y no encontrará en sus propias autoridades ni poder ni energía para oponérsenos."

¿Qué es esto sino la visión dantesca del bolchevismo? ¡Y eso se dijo treinta años antes de que estallase! Es, ni más ni menos, el programa de los primeros Iluminados con sus características judías: "Hambre y persecución". Es nada menos que una vívida descripción de la Rusia de Stalin y Kaga-

novich, en la cual, según los *Protocolos*, está la policía secreta y una institución llamada Tribunal del Pueblo, que imponen con todo rigor la absoluta eliminación y la total explotación de los trabajadores.

¡Ya estamos en la segunda etapa! En Rusia, el esclavo del koljós tiene que doblar la rodilla ante el comisario. En el Soviet, el capataz judío o el judío director de fábrica tiene autoridad para anular la cartilla de racionamiento de aquellos trabajadores que no cumplan la reglamentación, es decir, la cantidad prescripta de trabajos forzados. Los seis millones de personas condenadas a muerte en la hambrienta Ucrania, los sacrificados prisioneros húngaros, alemanes, rumanos e italianos que murieron de hambre por el retiro de sus tarjetas de racionamiento, prueban que esa parte del programa se ha cumplido dondequiera que "Israel es rey."

Pero los autores de los *Protocolos* vieron claramente que eso no era suficiente, que el bolchevismo es únicamente el medio de ruptura, degeneración y bestialización de las masas para reducirlas a la altura de un rebaño humano; que el capitalismo junto con el bolchevismo, junto con la clase combatiente, son meros instrumentos. Todo eso ya no es suficiente para que los judíos alcancen absoluta seguridad y una posición inexpugnable.

"Recordemos la Revolución francesa a la que se dio el calificativo de 'grande'; los secretos de su preparación —lo sabe todo el mundo— estuvieron enteramente en nuestras manos. Desde ese tiempo hemos llevado a los pueblos de una decepción a otra de modo tal que al final se vuelvan hacia nosotros en favor de ese rey-déspota que estamos preparando para el mundo." (*Protocolo* III).

Esta es la tercera etapa. ¡La última y la más importante! Los autores de los *Protocolos* nos dicen

entonces que cuando eso llegue, los judíos anularán de un solo golpe todos los principios que profesaron con los "goyim". Al liberalismo y socialismo sucederá un despotismo absoluto y total, un aparente reino patriarcal judío en el mundo, pero cruel y terrorista en esencia, regido exclusivamente por judíos.

El *Protocolo* III "explica que es absolutamente necesario que el pueblo vea en la persona del gobernante la encarnación del poder y de la autoridad. Ese gobernante es el monarca elegido por Dios cuya misión es aplastar las fuerzas destructoras originadas no en el intelecto ni en el espíritu humano sino en los instintos animales de la humanidad. Actualmente esas fuerzas predominan y asumirán diversas formas de violencia y robo perpetrados en nombre de la ley y del orden. Desbaratarán el sistema social actual para establecer el trono del rey de Israel. Pero en cuanto obtenga el poder, el papel de esas fuerzas se habrá terminado."

Veremos después cómo las profecías que aparecieron en 1890 ó 1906 cuyo cumplimiento parecía tan remoto se hicieron realidad con pasmosa exactitud.

En Occidente al terminar el siglo, "tropas de asalto" de los conquistadores del mundo compuestas por judíos burgueses, capitalistas y de clase media se hallaban listas para entrar en acción, encabezadas por la élite progresista de judíos intelectuales "asimilados", es decir, por los escritores y obreros, etc. Porque el judío occidental fue también discípulo del Talmud. Mientras en el Oriente, más de cinco millones de miembros de la judería estaban dispersos por la región entre el Volga y el Danubio, las masas de judíos de Rusia y Polonia aún soñaban con el reino mundial judío, inclinados sobre el Talmud y la Torah en las sinagogas de Beltz, Brest-Litovsk y Maramarossziget.

Lajos Feher, natural de Budapest, judío erudito, no dice más que la verdad cuando señala en su libro titulado *El judaísmo* que el Talmud en realidad redujo a los judíos a someterse a una esclavitud ritual. Las reglas talmúdicas, que son rigurosas y minuciosas, prescriben deberes religiosos para todas las horas del día. Rubens en su obra *Der alte und der neue Glaube* (La fe antigua y la nueva fe) llega a concluir que un judío ocupa la mitad del día en cumplir su ritual. Hay alrededor de tres mil ceremonias prescriptas en el Talmud para conmemorar únicamente la muerte de Moisés. Cumplirlas todas sería imposible para un judío ortodoxo que quisiera dedicarse a una actividad productiva. En tales circunstancias un campesino húngaro o polaco sería incapaz de cumplir una jornada de 14 horas de trabajo. Pero el hecho de no estar conectado con el campesinado tiene sus ventajas. Fue fácil para los judíos transformarse en un lapso relativamente breve en clase media y ocupar su lugar entre los estratos sociales intelectuales. Como no estaba ligado a la tierra era libre de comprometerse en actividades intelectuales, por ejemplo leer los libros sagrados. Si examinamos el significado de esto durante los últimos dos mil años comprenderemos mejor por qué esta raza ha producido tantos intelectuales, escritores, poetas, periodistas, políticos y científicos atómicos.

Así el judaísmo aumentó rápidamente su estatura. Sólo le bastaba aprender el idioma del país para ser capaz de formar parte de la clase media, burguesía o aristocracia, mediante el dinero de ese país. Así fue capaz de ocupar más posiciones clave que cualquier otra nación incluyendo, naturalmente, clases obreras y campesinado. Pero ese fue únicamente un paso para desarrollar la grandiosa concepción mesiánica.

¿No podría esta raza de 15 millones de individuos formar las clases gobernantes de todas las naciones del globo asumiendo la apariencia de una veta inglesa, los modales rusos, el desenfado de un norteamericano o la cortesía francesa, a la vez que siempre imbuido de la misma conciencia uniforme del nacionalismo judío?

Purim es el único día de fiesta nacional en la cual los judíos pueden tomar bebidas para conmemorar el asesinato de Amán, el primer "antisemita", junto con sus diez hijos y la matanza de 75.000 gentiles en la ciudad de Shushan y provincias. Jean y Jerôme Tharaud en su libro projudío *In the Shadow of the Crucifix* señalan con pena que la nación judía nunca conoció el significado de la palabra "amor". Aunque "ama a tu prójimo como a ti mismo" era un mandamiento de Moisés, estaba sin embargo restringido a los miembros de las tribus judías y, como máximo, a los parientes próximos.

Entre tanto, los judíos que vivían en Occidente, los marxistas convencidos, esperaban la primera revolución del proletariado que según la profecía de Marx haría materialista a alguna parte de Occidente.

Y en el ínterin en Occidente, más exactamente en Bruselas, hace un siglo y medio en circunstancias casi románticas, se fundaba el partido bolchevique ruso. Entre los fundadores vemos a un antiguo miembro de la nobleza "rusa" inferior, a un seminarista expulsado de Georgia, a la hija de un capitán ruso y a un periodista. Salvo uno o dos, todos eran judíos.

Una década y media después, la Santa Rusia era aniquilada por el nacionalismo judío, que así inició inmediatamente la segunda etapa del cumplimiento de los planes de los Sabios de Sión para establecer el reinado judío mundial.

CAPITULO CUARTO

BANQUEROS MILLONARIOS RESPALDAN A LOS BOLCHEVIQUES

Antes de la Iª Guerra Mundial se vendía libremente una tarjeta postal en las tiendas judías de Rusia, Lituania y Polonia. En esa tarjeta un rabino mostraba la Torah en una mano y en la otra la caricatura de Nicolás II, Zar de Rusia, en figura de un gallo blanco con la corona de los Romanoff en la cabeza.

Al pie de esa caricatura aparecía el siguiente texto en hebreo: "Sä chaliphati, sä temurati, sä Kaporati", que significa: "El animal del sacrificio será mi absolución, mi sustituto y mi ofrenda expiatoria."

En realidad, ese texto hebreo forma parte de la oración llamada "Kaporah". Los ritos relacionados con ese sacrificio están contenidos en Levítico (cap. XVI, 15): "Degollará el macho cabrío expiatorio del pueblo, y llevando su sangre detrás del velo hará como con la sangre del novillo, aspergiándola sobre el propiciatorio y delante de él."

Algunos rabinos se oponían a esa doctrina. Pero dondequiera que vivieran los cabalistas con los judíos de Oriente, en el día de la expiación, sacrificaban habitualmente un gallo y un pollo blancos en lugar del macho cabrío.

Esa tarjeta postal era así una franca invitación del judaísmo a asesinar al Zar. El odio contra el zarismo estaba ya latente como consecuencia de los "pogroms" pero se mantuvo a punto de ebullición por el mandato mosaico: "Yavé no ponga un extranjero sobre ti (como rey) el cual no es tu hermano."

Cuando estalló el bolchevismo, el Zar y su familia fueron asesinados en Ekaterinburg. Los asesinos del Zar fueron Jacob Swerdlow, que llegó a ser presidente de la Unión Soviética, Jacobo Juroksky, Chajim Golocsikin y Peter Jernakow, todos judíos.

Eran también judíos todos los que planearon durante cincuenta años llevar a cabo la desintegración y la dominación de Rusia.

El cincuenta por ciento de los miembros del Ier. Partido Social Demócrata de Rusia, del cual surgió posteriormente el partido bolchevique, eran judíos. El Partido Social Demócrata de Polonia fue, en un principio, organizado como Partido Demócrata Judío y lo mismo sucedió en Lituania; el propio Kerensky que llegó a ser primer ministro de la Iª República, era judío de nacimiento.

Dostoiewsky, el más grande novelista ruso, en su ensayo sobre los judíos, hasta hoy rechazado por las editoriales "libres" de Occidente ya en 1887 vio claramente que el látigo de Judá se cernía sobre la cabeza del pueblo ruso y que la sombra roja del bolchevismo podía descender sobre la Santa Rusia.

Dostoiewsky escribió: "Su reino y su tiranía están llegando. El ilimitado despotismo de su ideología está ahora apenas en los comienzos. Bajo esa tiranía desaparecerán la bondad humana y la buena vecindad, así como el ansia de justicia; todos los ideales cristianos y patrióticos perecerán para siempre."

El bolchevismo triunfó. Y en el momento de la victoria, los intelectuales judíos y los jóvenes revolucionarios así como los miserables judíos de la clase más baja en la escala capitalista volvieron sus rostros a Rusia. Fueran o no bolcheviques tenían conciencia como judíos de que la sucesión del régimen zarista pertenecía también a casi todos los judíos.

Lázló Lakatos-Kellner, miembro de la clase media judía de Hungría, saludó a Lenin en uno de sus poemas:

"EL NUEVO CRISTO HA LLEGADO.
¡LENIN! ¡LENIN!"

La gaceta oficial de los judíos húngaros, "The Egyenlöseg" (Igualdad), leída por la mayoría de ciudadanos pudientes publicó un artículo en el que elogiaba a Trotsky-Bronstein: "El intelecto y la sabiduría, el valor y el amor a la paz de los judíos salvaron a Rusia y quizás al mundo entero. Nunca ha brillado la misión histórica de los judíos tan esplendorosamente como en Rusia. Las palabras de Trotsky prueban que el bíblico y profético espíritu judío de Isaías y Miqueas, los grandes campeones de la paz, juntamente con el de los sabios talmúdicos, está inspirando a los jefes de la Rusia de hoy."

Jacob Schiff, el banquero norteamericano del Banco Kuhn Loeb y los financieros de Norteamérica apoyaron desde un comienzo a los bolcheviques con préstamos enormes e innumerables donaciones. Esos banqueros conocían perfectamente a los jefes de Rusia como conocían la profecía de Amschel Mayer, el fundador de la Casa Rothschild. En la Casa Rothschild de Francfort lucía una bandera roja sobre un escudo. Jean Drault, el escritor francés, recordaba oír decir al viejo Amschel Mayer dirigiéndose a los clientes de su tienda: "Un día esta bandera dominará el mundo".

Karl Marx, nieto del rabino de Trier, debe haber conocido también esa bandera. El, al igual que otros, fue consciente de que el capitalismo y el marxismo judíos son dos formas diferentes de un solo judaísmo, de ese mismo nacionalismo que va conquistando el mundo. La bandera roja de Rothschild es para Morgenthau una visión tan alegre y tonificante como lo es para Kaganovich.

Mientras tanto, resulta interesante enteramos por qué el bolchevismo adoptó la bandera roja de un banquero judío; resulta notable también que el saludo del bolchevique revolucionario, o sea, alzar el puño cerrado, es también un símbolo de origen judío. El trabajo titulado "The Key to the Mystery", en la pág. 21 (7 de agosto de 1939) describe cómo en la fiesta de Purim, conservada para conmemorar la matanza de 75.000 gentiles, los judíos aun se saludan unos a otros levantando el puño cerrado."

Pero el mundo cristiano todavía se pregunta cómo podría ser posible un pacto entre dos "mortales" enemigos como el capitalismo y el bolchevismo.

Ese interrogante fue respondido definitivamente en 1918 por el Informe del *United Secret Service* (2nd. Army Bureau) que mencionaba a las personas que financiaron la revolución bolchevique de 1916. Debido a la presión judía, ese Informe fue destruido por el Departamento de Estado, pero ya era tarde. El reverendo Denis Fahey, profesor de teología, en su libro: *The Mystical Body of Christ in the Modern World*, y monseñor Jouin en su obra: *Le Péril Judéo-Maçonnique*, citan "in extenso" el Informe. Según el servicio de contrainteligencia e informes norteamericanos los siguientes grandes bancos norteamericanos financiaron a Lenin y sus camaradas de la revolución bolchevique: Jacob Schiff, Guggenheim, Max Breitun, Agencia Bancaria Kuhn, Loeb and Co., cuyos directores

eran entonces Jacob Schiff, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y S. H. Hanauer. Como el Informe subraya: "Todos eran judíos."

El Informe menciona artículos del "Daily Forward", diario bolchevique de New York, que describen minuciosamente las grandes sumas de dólares que fueron transferidas a los bolcheviques de los fondos de la Westphalian-Rhineland Syndicate, una gran organización financiera judía. También enviaron dinero a los bolcheviques la agencia bancaria parisiense-judía Lazare Frères, el Gunsburg Bank de San Petersburgo con filiales en Tokio y París, la agencia bancaria londinense Speyer y Cía, y el Nya Banken de Estocolmo.

El Informe del contraespionaje militar norteamericano y los servicios de inteligencia establecieron el hecho de que Jacob Schiff dio doce millones de dólares para financiar la revolución bolchevique. En cuanto a la agencia bancaria parisiense de Lazare no sólo desempeñó un importante papel en la explosión de la IIª Guerra Mundial sino que su primer director, el señor Altschul, está actualmente en el directorio del Free Europe Inc. y se ocupa de la reorganización de Europa.

Esta peculiar conspiración de bolcheviques y banqueros puede sólo explicarse, aparentemente, por el nacionalismo judío. Aunque la postración de Rusia, el país de los "pogroms", así como la exterminación de la familia del Zar fueron todos actos criminales de bolcheviques, sin embargo a los ojos del nacionalismo judío aparecieron como hazañas de judíos, el triunfo del judaísmo, la gloriosa lucha por la liberación del irredentismo. El poder político absoluto de Rusia ha caído francamente en manos de los judíos.

Tal vez al principio, las enseñanzas de Lenin no fueron comprendidas del todo por las masas judías. Sin embargo, advirtieron que, junto a los

jefes y gobernantes del nuevo sistema de los estados rusos estaban los descendientes de Abraham. El propio Lenin era Ulyanov sólo formalmente. Su padre era miembro de la pequeña nobleza rusa. Pero su madre, hija de un médico judío alemán llamado Berg. Lenin heredó de su madre la manía de destrucción y su desesperada codicia del poder: ambas son características judías.

Víctor Marsden, el periodista inglés que intervino como corresponsal en la Iª Guerra Mundial, describe a Lenin como sigue: "Lenin, un judío «calmyc», casado con una judía, cuyos hijos hablan idisch".

Herbert Fitsch, detective de Scotland Yard que disfrazado de valet ingresó en el entorno de Lenin, lo presenta como un "típico judío."

El "Morning Post" publicó al mismo tiempo una lista de nombres, seudónimos y origen racial de los fundadores del gobierno secreto, junto con cincuenta de sus más importantes funcionarios clave. De ellos alrededor del 98 % eran judíos.

La "London Jewish Chronicle" del 4 de abril de 1919 afirma con osadía: "Las concepciones del bolchevismo concuerdan en su mayor parte con las ideas del judaísmo."

Víctor Marsden, corresponsal en Rusia del "Morning Post", afirma que al surgir el bolchevismo entre 545 altos funcionarios bolcheviques 477 eran judíos.

Pero el punto de vista del nacionalismo judío era notablemente diferente. Los judíos prestan poca atención a los obispos eliminados, a los saderdotes asesinados y al hambre y las matanzas de miles de rusos.

Los pavorosos acontecimientos de Rusia exceden todo lo imaginado. Las estadísticas compiladas desde los primeros tiempos del bolchevismo y citadas también en el *American Congressional Re-*

cords, confirman que durante los primeros años fueron asesinados, junto con el Emperador y su familia: 28 obispos y arzobispos, 6.776 sacerdotes, 6.765 maestros, 8.500 médicos, 54.000 oficiales del ejército, 260.000 soldados, 150.000 oficiales de policía, 48.000 agentes de policía, 355.000 intelectuales, 198.000 trabajadores, 915.000 campesinos.

Después de considerar estas horrendas estadísticas, podríamos esperar que la judería proclamada como un pueblo humanitario por la prensa dominada por judíos en todo el mundo, podría expulsar de sus filas a esos bolcheviques judíos con asco y desprecio. Pero el judaísmo universal y sus grandes organismos permanecen a lo sumo silenciosos. Y entretanto, no hay probablemente en todo el mundo ni siquiera un solo país donde el partido comunista no esté bajo la exclusiva dirección judía.

En la Argentina desde 1918, Solomon Haselman y su mujer Julia Fritz comenzaron a organizar el comunismo. La "semana trágica" que estalló en enero de 1919 incluyó solamente en Buenos Aires, entre sus víctimas, a 800 muertos y 4.000 heridos. El jefe de la revuelta fue Pedro Wald, alias Nalekovski, y su "ministro de guerra" fue Macaro Ziazin, ambos judíos orientales. Al concluir ese tumulto los judíos organizaron otros movimientos. Hubo muchos judíos y comunistas entre maestros y profesores universitarios. Siskin Aisenberg inició la instrucción bolchevique de la juventud argentina. Los periódicos editados en idisch "Roiter Stern", "Roiter Hilfe", "Der Poer" y "Chívolt" estaban comprometidos en la difusión de peligrosas propagandas bolcheviques.

El alzamiento bolchevique chileno de 1931 y la rebelión bolchevique uruguaya de 1932 fueron organizados y dirigidos casi exclusivamente por los descendientes de la raza de Abraham.

Cuando en 1935 fue sofocada la breve revolución brasileña se llegó a saber que los cabecillas fueron todos judíos con excepción de un jefe nominal, Luis Carlos Prestes. Braccor, una sociedad judeo-oriental, organizó a los obreros portuarios, y el jefe de esa revuelta conocido como Ewert, era en realidad Harry Bergner.

Dicha sublevación fue dirigida desde la embajada soviética de Montevideo por un judío comerciante en cueros llamado Mínikín. Entre los líderes de esa revolución brasileña había muchos integrantes de la organización revolucionaria israelita Brazor. Mencionaremos, entre otros a: Baruch Zell, Zatis Janovisai, Rubens Goldberg, Moyses Kava, Waldemar Roterburg, Abrahão Rosemberg, Nicolão Martinoff, Yayme Gandelsman, Moisi Lipes, Carlos Garfunkel, Waldemar Gutinik, Henrique Jvilaski, José Weiss, Armando Gusiman, Joseph Friedman, etc., etc.

De las revoluciones americanas hay una particularmente interesante porque aquí también, un judío millonario dirige a los bolcheviques. El dictador de la revolución bolchevique de México, Plutarco Elías Calles, era hijo de un judío sirio y de una mujer india. Calles era masón del grado 33 y su fortuna personal ascendía a 80 millones de pesos. Su amigo Aarón Saez, que desempeñó un importante papel como su lugarteniente y que poseía una fortuna de 40 millones de pesos, era también judío. Esa persecución contra la Iglesia registró veinte mil mártires católicos romanos y doscientos fervorosos jóvenes católicos.

Pero el movimiento bolchevique norteamericano fue el más típico y característico de todos. El partido comunista se estableció en Estados Unidos el 1º de setiembre de 1919 y William Z. Foster fue su primer secretario general. El "Daily Worker", dia-

rio comunista neoyorquino, comenzó su primera publicación casi al mismo tiempo.

La mayoría de los afiliados del Partido Comunista Norteamericano estaba casi totalmente integrada por aquellos judíos que habían emigrado a Estados Unidos desde Rusia, Polonia y países que hoy se encuentran detrás de la Cortina de Hierro. Los Estados Unidos ofrecieron a todos una democracia grande y libre que podía defenderlos de "pogroms" y darles prosperidad y a menudo riquezas y nuevos hogares, así como salarios justos. Sin embargo, a la primera oportunidad comenzaron a conspirar para abolir la libertad norteamericana y lograr la dominación total en la Casa Blanca.

El movimiento comunista se originó en la liga formada por los empleados de la industria del vestido. Esa unión hasta hoy sigue casi enteramente en manos judías y su primera pregunta a cada nuevo miembro es: "¿Habla Ud. idisch?" Es interesante señalar que en Rusia y en Polonia los partidos marxistas fueron organizados por judíos; también en Norteamérica las organizaciones judías llegaron a promover los principios comunistas.

El Jewish Workers Club, la Jewish Workers Union, la ICOR (una compañía de colonos), la ARTEV (Arbeiter Theäter Verband) y el John Reed Club de escritores judíos eran todos organismos judíos y comunistas. El número de publicaciones izquierdistas y comunistas, así como de diarios judíos editados en los EE. UU., alcanzó a 600 en 1936, y en 1933 Earl Browder estimó que el partido comunista tenía casi un millón doscientos mil afiliados. En la labor preparatoria a la organización del bolchevismo norteamericano, la National Textil Workers Union y el Workers International Relief tuvieron un papel importante. Los jefes de esas dos grandes asociaciones eran judíos: Charles Steinmetz, Upton Sinclair, Helen Keller, Albert Einstein,

el obispo William M. Brown. La International Labour Defense era un organismo muy poderoso dirigido por millonarios o abogados muy ricos, a pesar de ser típicamente comunista.

Todos esos grupos, gremios y asociaciones esperaban conquistar Norteamérica para el bolchevismo durante la gran crisis económica. Cuando en 1930 los comunistas de New York intentaron asediar el edificio del Municipio, los periódicos comunistas informaron con gran entusiasmo: "Las mujeres judías combatieron como tigresas". (*Weltbolshevism*, pág. 265).

Todos los organismos arriba mencionados pertenecían a formaciones bolcheviques no secretas o esotéricas de Norteamérica. Ninguna de ellas representaba un verdadero peligro. Seguramente, el obrero norteamericano ya fuere descendiente de antiguos colonos puritanos o de refugiados orientales nunca se hubiera hecho comunista. Por consiguiente, tan pronto como se fundó su partido los norteamericanos bolcheviques trataron de persuadir a la juventud norteamericana que se uniera a ellos para servir de núcleo a las tropas de asalto de los conquistadores del mundo. Sabían demasiado bien que les resultaría muy difícil repetir en Norteamérica los trucos empleados en Rusia.

Tenían gran conciencia de que el obrero norteamericano no es bolchevique ni marxista. Con todo, sus metas se concentraron en la juventud norteamericana; se esforzaron en ganar el apoyo de una ilusa segunda generación. Sin embargo, mucho antes de que Roosevelt asumiera el poder, organizaron la Young Communist League, la National Student League (formada en las universidades) y la Young Pionners para niños de ocho y nueve años de edad. La encubierta demolición de Norteamérica no fue, por supuesto, únicamente obra de los comunistas.

Han existido también asociaciones y ligas más pacíficas pero encubiertas que, so pretexto de marxismo o socialismo servían realmente a las metas supranacionales del nacionalismo judío tribal. Pero si las posiciones clave de esos organismos no eran directamente judías, los judíos las copaban. La C. I. O., la mayor organización obrera estaba bajo el liderazgo de Sidney Hillman, mientras que la American Federation of Labour fue fundada por Samuel Gompers, judío emigrado de Inglaterra.

Después de esos hechos el lector no se extrañará de que al ser arrestado Eugen Dennis el 16 de mayo de 1950, el famoso escritor judío Albert Kahan, comentara lo siguiente en "Jewish Life", suplemento mensual de "Freihit", publicación sionista de New York: "Cuando Eugen Dennis, líder del partido comunista fue encarcelado el 15 de mayo, cayó una sombra sobre la vida de todo judío norteamericano, hombre o mujer."

Permítasenos ahora echar un vistazo a Europa (excepto Rusia) el antiguo continente donde se compusieron y se escribieron corales y salmos, y donde, durante la Edad Media cristiana, la judería estuvo confinada en ghettos.

En Inglaterra, el partido comunista, aunque débil, era dirigido por judíos así como también esos organismos denominados ligas antifascistas o movimientos antibélicos. Allí podemos encontrar nombres como lord Marley, Ivor Montagu, Hannen Swaffer, Nathan Birch, Morris Isaacs y Harold Laski. Nobles lores, barones y caballeros descendientes de judíos han tomado partido repentinamente por el bolchevismo que en Rusia supuestamente pretende destruir al capitalismo.

En Francia, el control del marxismo está y estuvo casi enteramente en manos judías. Zay, León Blum, Denains, Zyrowszky, Mandel-Bloch y los

demás son dirigentes del mismo nacionalismo revolucionario que arruinó a la Santa Rusia.

En Inglaterra, el partido comunista estuvo en un tiempo representado en el Parlamento por un judío llamado Piratin.

Los principales miembros del Partido Comunista Francés fueron Henri Barbusse, André Gide, Romain Rolland y André Malraux. Los judíos gozan en Francia de los beneficios de la pequeña burguesía francesa. Y, deslumbrados ante la posición poderosa de los judíos en la Rusia Soviética, sienten prisa por unirse a las asociaciones comunistas francesas. Esas organizaciones actúan bajo diversos nombres falsos como: Liga Internacional contra el Antisemitismo o Asociación Cultural de Proletarios Judíos, etc. El organismo judeo-comunista conocido por *Gezerd* puede también mencionarse en ese contexto.

El Congreso Internacional de Escritores reunido en París en 1935 era totalmente comunista. Allí se puso en claro que los primeros autores que fueron, a la vez, los más grandes expositores del "humanitario" espíritu judío eran también apoyados fervientemente por los jefes del bolchevismo ruso. El lema de ese Congreso exhibió la palabra "Internacional" pero, en verdad, era una gran asamblea tribal de nacionalistas encandilados por los éxitos de la Rusia Soviética; los participantes vinieron de países diversos y hablaban lenguas diferentes pero pertenecían a la misma raza.

En Bélgica, un judío llamado Charles Balthasar es el organizador del partido bolchevique cuyo principal apoyo es la asociación llamada *Gezerd.*

En Suecia fuerzas similares están trabajando para el bolchevismo. El Partido Comunista Sueco fue apoyado por Ivar Krueger, el rey de los fósforos y uno de los más grandes capitalistas, según el periódico "Der Weltbolshevism" con datos sumi-

nistrados por fuentes informativas suecas. Varias editoriales y bibliotecas de préstamos en manos judías ayudaron también, en gran medida, a promover el bolchevismo.

La situación no es muy diferente en Noruega donde el mayor Quisling, a la luz de la experiencia ganada en la Rusia Soviética, comenzó a organizar un partido nacional anti-bolchevique porque se daba cuenta que el mismo pueblo que destruyó a Rusia estaba preparándose para aniquilar a Noruega.

En Dinamarca, en esa época, los estudiantes y los profesores judíos Georg Brandes y Davidsohn de la Universidad de Copenhague, dirigían actividades comunistas. Su principal organización era la asociación cultural judía I.K.O.R.

Axel Larsen, el judío jefe administrativo, anunció confidencialmente en una reunión masiva que: "El Partido Comunista Danés no descansará hasta que ahorque a todos los sacerdotes y policías."

En 1932 los bolcheviques de Suiza se denominaban socialistas de izquierda. León Nicole que era el jefe, y el ruso judío Dicker, su asistente, instigó la sublevación del 9 de noviembre de 1932 de la que resultaron trece muertos y cien heridos.

En Austria está trabajando el austro-marxismo y sería difícil distinguir entre los matices ideológicos de demócratas y comunistas, aunque ambos son inspirados por judíos. Friedrich Adler fue, desde el principio, el jefe organizador. Fue el primer secretario de la Segunda Internacional y también el asesino de Stürgh, el ex primer ministro austríaco.

En Rumania, Anna Pauker-Rabinovich y otros judíos fueron los promotores del bolchevismo. Fueron ellos quienes obligaron a los obreros a declarar una sangrienta huelga ferroviaria. Su influencia fue totalmente aterradora en un gobierno corrupto

y liberal como el de Rumania. El diario "Weltbolshevism" concluye como sigue uno de sus artículos: "Es digno de notar cuán fuerte es la participación del judaísmo en el movimiento comunista. Las actividades más peligrosas se observan en aquellas zonas donde viven grandes masas judías." (pág. 435).

Checoslovaquia, portaaviones de la Unión Soviética, fue completamente minada por las organizaciones comunistas desde el principio de su independencia nacional. Uno de los jefes comunistas fue Slansky-Salzman. Los folletos comunistas y el control de todas las actividades organizadas estaban en poder de los judíos.

En Bulgaria los movimientos comunistas fueron dirigidos también por judíos. Cuando doscientos oficiales y civiles cayeron víctimas de la conspiración contra Sveta Nedelja, se llegó a descubrir que esa conspiración fue organizada por Dimitrov pero la realizaron los judíos Jack y Prima Friedman.

En Grecia, las publicaciones "Avanti" y el "Tsoweno" son órganos oficiales del partido comunista, y el segundo fue órgano de la asociación comunista judía también en Salónica.

Y si miramos al lejano Oriente ahí también se advierte que las mismas manos encienden las hogueras del bolchevismo. Los jefes del Partido Comunista Chino, Borodin y Crusenberg, eran también de la raza de Abraham.

A España la hemos dejado a propósito para el final ya que las organizaciones judías pueden reconocerse claramente en la guerra civil española. Al estallar la lucha, los jefes Alcalá Zamora, Azaña, Rosenberg, y la famosa Pasionaria cuyo verdadero nombre es Dolores Ibarruri, todos eran judíos. Y todos aquellos que anegaron en sangre a España por todas partes, para volver más intolerable el calvario del pueblo español eran todos emisarios

del mismo nacionalismo racial que había triunfado en Rusia. Ilya Ehrenburg, Bela Kuhn, Gerö Ernö, Zalka Máté, los jefes y miembros de la desacreditada brigada Rákosi-Roth, todos, casi sin excepción, pertenecían a los emisarios de ese desordenado "nazismo" racial.

¡Cuando suena la hora las máscaras caen! Las iglesias cristianas y los tesoros artísticos de siglos de antigüedad fueron arrojados a las llamas, terroristas borrachos dispararon contra la Cruz de Cristo y los mismos "expertos" crucificaron otra vez arteramente a los sacerdotes, así como lo hicieron en Rusia. Se hundieron deliberadamente barcos-cárceles con antirrevolucionarios encerrados en las bodegas, se mató a decenas de miles de rehenes cristianos presos en la plaza de toros. Los cadáveres de un millón y medio de víctimas y mártires cubrían los campos de batalla de la desgarrada España. Detrás de todo ese cúmulo de sufrimientos, detrás de los mineros de Asturias se entrevé el mismo poder místico que indujo a los marinos rusos a rebelarse en Kronstadt. Mientras los intelectuales "rosados" comienzan a mirar ese baño de sangre como quien mira una Pasión como espectáculo teatral, los banqueros progresistas suministran dinero y armas. El "nazismo" del Antiguo Testamento retribuyó así a la España de Fernando el Católico el haber expulsado a los judíos. Dos décadas más tarde el Congreso Judío Norteamericano tuvo el cinismo de afirmar: "Hasta hoy los judíos no han perdonado que fueron expulsados de España."

Afortunadamente, en esa época crítica hubo españoles heroicos y también gobiernos europeos prontos a enviar refuerzos. Con ayuda de la Legión Cóndor de Alemania y la División Flechas Azules de Italia, el pueblo español derrotó a esos fanáticos, probando así enérgicamente que la revolución soviética podría haber sido también controlada si

Rusia no hubiera sido abandonada en esa hora por los poderes europeos.

Los asesinatos perpetrados en Rusia por los comunistas produjeron horrible efecto en el mundo cristiano. Pero, a los ojos judíos, esos crímenes aparecieron como proezas, como heroísmos atrayentes. En su opinión, sólo una cosa importaba: que el poder fuera conquistado por sus connacionales en un vasto imperio, que es la quinta parte del globo.

Durante la guerra internacional los sindicalistas ingleses entraron en acción como una mano "oculta", para estorbar la campaña contra el bolchevismo. Cuando el bolchevismo invadió Polonia, la masonería del Gran Oriente impidió, con ayuda de los masones checoslovacos, que se reservaran municiones para rescatar a los polacos. Finalmente las últimas reservas de municiones de Hungría fueron enviadas al frente del Vístula y con su ayuda el mariscal Pilsudski ganó la batalla de Varsovia.

¿Qué interés tenía el capitalismo judío en la sobrevivencia y difusión del bolchevismo? Al fin y al cabo, el judío occidental es capitalista y el bolchevismo proclama la abolición del capitalismo. El judío occidental propagó consecuentemente todos los diversos lemas humanitarios de las logias ignorando, al parecer, que todo el sistema capitalista era un ultraje a la humanidad. El judío occidental aparentaba permanecer fiel a su propia religión mientras el bolchevismo proclamaba el ateísmo.

¿Qué había, entonces, de común entre el bolchevismo y el capitalismo occidental? ¿Cómo era posible que las organizaciones sionistas de New York aclamaran al bolchevismo y que Jacob H. Schiff le enviara dinero?

Desde entonces la historia ha dado la respuesta. Lo que el bolchevismo y el capitalismo tienen

en común es la tremenda realidad de que ambos son judíos.

El capitalista judío de Occidente no consideró como enemigos a los jefes del capitalismo soviético: vio sólo a judíos en ellos. Fue capaz de disculpar las barbaridades bolcheviques porque fueron cometidas en su mayoría por judíos. De acuerdo con las antiguas creencias del nacionalismo judío ¡el judío es un superhombre! La judería es una supernación. El judío tiene libertad para obrar como le plazca en contra de todas las otras razas. El judío es el maestro de la Torah y del Talmud. El judío está "más allá del bien y del mal". En un principio algunos judíos condenaron el bolchevismo por motivos convencionales pero luego comprendieron que sólo tenían que hacer una cosa: guardar silencio, pues el bolchevismo también estaba dirigido por judíos.

La alta finanza de Occidente estaba conforme en mantener el poder judío en la Unión Soviética a cualquier precio.

El libro de Henry Ford, *El judío internacional*, se publicó en esa época y manifestó en vibrantes revelaciones hasta qué punto había progresado la judaización de la vida norteamericana. Aunque el boicot judío obligó a Ford a defenderse por su libro, nunca negó la verdad de su contenido. Después de la Iª Guerra Mundial, la cuestión judía en Norteamérica se hizo cada vez más aguda.

A través del monopolio del comercio y de los bancos, del control de las utilidades de los servicios públicos, del dominio despótico ejercido sobre la prensa y por el envenenamiento de la educación pública, la usurpación judía del poder empezó a amenazar el status norteamericano.

El peligro fue previsto anticipadamente por grandes norteamericanos como Benjamín Franklin, que dijo en cierta ocasión: "Hay un gran peligro para

los Estados Unidos de Norteamérica; ese gran peligro es el judío."

"Si no se los excluye de los Estados Unidos por la Constitución, en menos de cien años se difundirán en nuestro país en tal cantidad que nos dominarán y destruirán, cambiarán nuestra forma de gobierno por la cual nosotros los norteamericanos derramamos la sangre y sacrificamos la vida, la prosperidad y las libertades personales."
"Si los judíos no son excluidos, dentro de 200 años nuestros hijos estarán trabajando el campo para alimentar a los judíos mientras ellos estarán en sus escritorios frotándose las manos alegremente."

Se podría lograr un interesante éxito de librería explicando cómo ciertas manos misteriosas escamotearon su diario. Puede afirmarse con certeza que, al mismo tiempo que estallaba la revolución bolchevique en Rusia, los judíos norteamericanos estaban ya en la primera etapa del gran proyecto. Durante las operaciones de ataque para asegurar la primera etapa, el control de las finanzas y de la prensa quedó completado y la influencia sobre la vida pública se estableció sólidamente. El nacionalismo judío en el mundo occidental realizó claramente lo que, en las ideologías enemigas, despreciaba ostensiblemente. El bolchevismo debe conservarse vivo porque la vía a la segunda etapa en América lleva al bolchevismo, el gran aliado del Oriente que podría ayudar a la conquista de Norteamérica y al establecimiento del poder mundial. Es comprensible, por lo tanto, que después de la revolución rusa, los jefes de 217 organizaciones sionistas norteamericanas decidieran ayudar monetariamente al bolchevismo al máximo de sus posibilidades.

"El bolchevismo será devorado por los gusanos", exclamó Trotsky-Bronstein en su desesperación. Pero el capitalismo judío-norteamericano se preocupó

mucho por mantener, fomentar e industrializar esa amenaza mundial. Así pues, el bolchevismo "anti-capitalista" fue pronto alimentado por préstamos de Loeb así como por otros créditos a largo plazo, por científicos, por contribuciones y por entrega de armas. Los que daban no eran bolcheviques sino judíos. Eran los representantes de una solidaridad racial supranacional; dieron sustancial ayuda al bolchevismo porque tuvieron la previsión de reconocer que si en alguna oportunidad el bolchevismo fracasaba, ello significaría un desprestigio para la confiabilidad del planeamiento y liderazgo judío. Además, ese contratiempo podría conducir al esclarecimiento de las matanzas perpetradas por los judíos en nombre del bolchevismo. Así pues, para impedir la pérdida de los territorios rusos, sometidos, considerados como parte verdaderamente constituyente del proyectado imperio mundial judío del futuro, los judíos dieron al bolchevismo toda la ayuda posible. Para las naciones cristianas el bolchevismo representaba una ideología pero para los judíos era un problema nacional judío de suma importancia.

Pero el firme establecimiento del bolchevismo en Rusia no era de por sí suficiente. Para asegurar su sobrevivencia y desarrollo como poder, era necesario debilitar a los pueblos cristianos de Europa a fin de que fueran incapaces más tarde de ahogar a la hidra bolchevique. Para el nacionalismo judío tribal el período de las conferencias de paz que siguieron a la Iª Guerra Mundial significó otro triunfo más de los sueños de dominación judía universal.

Al regresar de la Conferencia de Paz de Versalles, el propio Wilson afirmó: "Había en Europa una fuerza secreta en acción que no pudimos descubrir".

En la Conferencia de Paz de Versalles la de-

legación alemana contaba con dos judíos. Entre los asesores figuraban Marx Warburg, el Dr. von Strauss, Oscar Oppenheimer, el Dr. Jaffe, Deutsch, Brentano, Struck, Wassermann y Mendelsohn-Bartholdi.

En ese tiempo el mundo cristiano no pudo descubrir que las grietas que se profundizaban artificialmente y dividían a las naciones, en conjunción con las injusticias fomentadas por los tratados de paz, todo ello, servía solamente para favorecer a las aspiraciones judías al poder mundial. En la famélica Alemania grupos de Espartacos rebeldes junto con los revolucionarios socialistas y bolcheviques iban dividiendo a la sociedad. Del otro lado del Rhin surgen nuevos nacionalismos que se enfrentan unos con otros. En lugar de la monarquía de los Habsburgo y del antiguo imperio austrohúngaro, varios nacionalismos pequeños y opuestos se preparaban a arreglar cuentas legendarias. Mientras las llamas de la revolución bolchevique estaban aún latentes, en Italia comenzaban a encenderse las nuevas llamas de la revolución fascista.

Entre tanto, más al Este, debido al apoyo de la finanza judía el bolchevismo crece cada vez más vigoroso al punto de que los judíos del Kremlin así como los del directorio de Loeb bien pueden cantar el credo de su nacionalismo sobre la perturbada Europa.

"Nuestros hombres avanzan rápidamente hacia París, New York y Moscú. Estamos llegando a la segunda etapa del combate. Hemos dividido a la Europa cristiana y de la injusticia que hemos sembrado brotará la simiente de una nueva guerra. Ya veréis que esa simiente producirá fruto en los próximos veinte años. Como dijo Lenin: "La Iª Guerra Mundial nos dio Rusia, la IIª Guerra Mundial nos dará el dominio de Europa".

¡Oh, Europa, corazón de la civilización! ¿No lo has entendido todavía? ¿No puedes comprender hacia dónde te conduce la unidad nacional judía juntamente con tus propios conflictos internos? ¿No eres capaz de ver los abismos hacia los cuales te conducen fuerzas imbuidas de la crueldad y de la decisión de un pueblo supranacional? Por desgracia, incluso ahora son muy pocos los que se dan cuenta de ello.

Un fraile desconocido, Sziliczei Várady Gyula, en un libro titulado *From the ghetto to the Throne* expresó profecías que pronto fueron olvidadas: "El judío occidental equipará un ejército de veinte millones de hombres en Oriente para destruir la Cristiandad y la cultura humana y establecer el reino judío mundial."

CAPITULO QUINTO

UN MOVIMIENTO DIFAMADO

Como resultado de la supresión de la libertad espiritual en todo el mundo, vivimos hoy en una especie de cueva de ladrones, preparando una serie de llamativos lemas hipócritas para reemplazar a la libertad de expresión.

Hay ciertos problemas intocables como tabúes de los que no debe hablarse. Hay ciertas personas a las que no se debe nombrar. Hay también ciertas cuestiones que no deben mencionarse en el lenguaje del hombre occidental. Decir la verdad equivale a enfrentar la horca de Nuremberg o la pérdida del pan cotidiano.

Sin embargo, debemos decir unas pocas palabras acerca del nacional-socialismo.

La resistencia cristiana debería haberse organizado en el momento en que estalló el bolchevismo en Rusia y cuando se hizo patente el trabajo de los judíos en el Tratado de Versalles. El mensaje de la Cristiandad podría haber sido la restauración de la unidad en la desbaratada Europa, la instrucción de las naciones y la valorización del concepto cristiano de jerarquía, para así impedir que el individuo fuera rebajado a nivel de rebaño. El bolchevismo, al igual que el desalmado capitalismo liberal, podría haber sido dominado en realidad por su único enemigo verdadero: la resisten-

cia cristiana que eternamente señala el camino hacia el Cielo. Tal vez el propio Cristo podría haber vuelto con su látigo a expulsar a los mercaderes de la Casa de Dios y restaurar otra vez la justicia, la buena voluntad y la paz social. Podría haberse dirigido al pueblo cristiano con las mismas tajantes palabras de Pedro: "...Libraos de esta generación perversa."

Pero la Cristiandad estuvo remisa en adoptar métodos revolucionarios para arrancar el poder universal de las manos de aquellos a quienes Cristo, el fundador del cristianismo, atacó el Jueves Santo. El espíritu cristiano debería haber dejado su impronta en la vida pública, en los gobiernos, en la prensa y en los sindicatos, pero fracasó lamentablemente en el cumplimiento de esa misión. Alemania se convirtió en un medio para el desarraigado "camarada de ruta" de la República de Weimar. Los líderes del catolicismo húngaro y polaco trataron de predicar el cristianismo a las masas desposeídas desde la comodidad de sus grandes fincas. El clero de Italia y España seguía disfrutando sus riquezas terrenales. El protestantismo fue incapaz de infundir fe, como lo vio Axel Munthe, o de seguir las huellas de Lutero, quien poniéndose junto al pueblo, exclamó: "Aquí estoy y no puedo hacer otra cosa."

Pero la historia no tolerará las deudas no canceladas ni los problemas no resueltos. En Oriente, el bolchevismo ya se había establecido mientras en Occidente imperaba la especulación atea. El socialismo de Cristo se vio incapacitado de remontar vuelo. Por consiguiente, tuvo que llegar el nacional-socialismo.

Las opiniones pueden diferir acerca de si el nacional-socialismo fue un movimiento "neo-pagano" desde un principio, o si ciertos errores se deslizaron posteriormente. Pero es indiscutible que el nacional-socialismo, después de haber asumido el po-

der, comprendió que le tocaba llevar a cabo a través de ciertos lemas lo que debiera haber realizado la Cristiandad. Sin duda, habría convenido más que las iglesias cristianas, en las horas turbulentas del cataclismo de 1919, hubieran declarado la guerra al ateísmo bolchevique, a la inmoralidad, que infestaba las sociedades europeas corruptas, al derrotismo, a la explotación capitalista y a la liberación marxista de clases. Pero las iglesias cristianas habían construido una Cristiandad endeble. Opuestamente a Cristo que, aunque desarmado y montado en un asno, hizo sentir inmediatamente su presencia con palabras y obras, cuando entraba cabalgando a Jerusalén, ese anémico e incapacitado cristianismo restringido a plegarias vacías demostró ser nada más que un testimonio pasivo de los acontecimientos históricos. El error fatal de las iglesias no fue dejar de apoyar las aspiraciones sociales de las masas sino más bien, respaldar en toda ocasión al verdadero detentador del poder estatal. Durante el período entre las dos guerras mundiales en los púlpitos católicos y protestantes se oraba no tanto por los miembros vivos de la comunidad eclesial, o sea para las masas, sino más bien por el bienestar del gobierno. Así pues en Inglaterra se oraba por el rey, en Francia por la república, en Hungría por el regente, en Italia por Mussolini, más tarde en Austria por Hitler, justamente como hoy los sacerdotes pacifistas están dispuestos a elevar plegarias hasta por Kruschev.

Sea como fuere, hay un cargo que debe ser borrado de las acusaciones justas o erróneas lanzadas contra el nacional-socialismo. A despecho de lo que sucedió más tarde, en un principio no fue un movimiento de masas. Excitó a las masas pero no con intención de satisfacer sus necesidades. La élite de los intelectuales alemanes que no se identificó necesariamente con los líderes contemporá-

neos del nacional-socialismo, llegó a reconocer que lo más peligroso en el esquema de bolcheviques y judíos para la toma del poder era su propósito de reducir a los hombres libres e inteligentes al nivel de un rebaño, transformándolos en una masa maleable y amorfa que podría ser fácilmente mantenida bajo control por la ametralladora. Oponiéndose a esto, el nacional-socialismo en los primeros tiempos vio desarrollarse sus nobles ideales así como el crecimiento del concepto de élite. Se hizo campaña no por una clase combatiente sino por una moralidad más alta, por la libertad, por el orden social en la justicia y para que la cultura nacional no resultara ofensiva para los demás. El nacional-socialismo nunca podría haber surgido si no hubiera sido por el hecho público y notorio, por ejemplo, de que eruditos profesores judíos fundaron en Alemania prostíbulos "experimentales" para muchachos y niñas de doce a trece años de edad. Semejante calamidad nacional no podía haberse concretado si el camino no hubiera sido preparado por una serie de estafas financieras con fondos fiscales y con las conspiraciones comunistas.

Hans Grimm, el más grande campeón del espíritu germánico en Europa, el gran escritor alemán que más tarde se distanció de Hitler, aun después de 1945 describía las condiciones que provocaron el surgimiento del nacional-socialismo del modo siguiente: "La inflexible predilección por una comunidad étnica y la lucha por la integridad nacional, junto con un ansia vehemente de cooperación anglo-germana. Había un anhelo común de reforma con miras a un mundo en cambio, ese movimiento de masas reconoció nuevos valores espirituales y materiales como lo demostró, basando el circulante en la producción en lugar de sustentarlo en el oro. Además, se sostuvo nuevamente el principio de que la calidad debe ser protegida

contra la cantidad, y todo ese experimento se dispuso a probar que el espíritu de Versalles debía ser abolido para beneficio de todos".

El nacional-socialismo alemán no proclamó solamente algunos principios sino que en su etapa inicial se esforzó por ponerlos en práctica. La promoción de la "élite" intelectual, la supresión de la clase combatiente, el establecimiento de la paz entre capital y trabajo, la construcción de viviendas; la elevación del nivel de vida de las clases trabajadoras, el cultivo de vínculos familiares, el establecimiento bien planificado de las clases obreras y la seguridad de una vejez tranquila a través de la creación de la seguridad social, fueron todas fuerzas constructivas de indiscutible valor. Sin duda siguen desempeñando un papel fundamental en la vida alemana de hoy e hicieron posible la reconstrucción de la "democrática" Alemania oriental. Pero, como el sistema económico y monetario alemán estaba estrechamente relacionado con la red del U.S. Federal Reserve Bank y con el poder del oro y de la usura, esas constructivas fuerzas perdieron hasta cierto punto su efectividad por un marco inadecuado. Porque constituyó un tremendo logro del nacional-socialismo haber establecido un sistema de circulación cubierto por el valor del trabajo nacional y el volumen de lo producido; al mismo tiempo consiguió derribar la omnipotencia del dinero como mercancía y también la dominación del oro.

Aunque sus jefes no fueron necesariamente devotos, el Estado nacional-socialista admitió y cumplió los principios cristianos, estableciendo el orden y la justicia social. Para realizar esto tenía, por supuesto, que eliminar fuerzas sociales destructivas. Era inevitable, por lo tanto, que el nacional-socialismo se mantuviera firme frente a los restos del "derrotismo de 1918" y combatiera resuelta-

mente las actividades subversivas del espíritu judío. Tuvo que mantener su firmeza contra el judío bolchevique y el judío capitalista porque tenía conciencia de que la ilimitada autocracia del becerro de oro provocaría solamente descontento, envidia y lucha de clases.

Poco importa que la cuestión judía haya sido o no exagerada por el nacional-socialismo. Tampoco tiene importancia el hecho de que realmente el nacional-socialismo adoptara la teoría racial del Antiguo Testamento como una de sus divisas instrumentales, porque aunque eso no hubiera ocurrido, igual habría chocado con la judería que no puede tolerar la existencia de ningún otro nacionalismo sobre el planeta. Los nacional-socialistas podrían haber tratado a los judíos tan humanamente como fuera posible pero esto no alteraría el hecho de que el secreto dominio ejercido por los judíos sobre el Reich alemán les era arrebatado de sus manos, lo cual resultaba absolutamente intolerable para el judaísmo. Además, no podían soportar la creadora energía del nacional-socialismo ni su esfuerzo en favor de la unidad nacional y la influencia ejercida por una élite, todo lo cual guardaba irreconciliable hostilidad para con las aspiraciones judías de poder mundial. No podían tolerar el hecho de que, mediante la eliminación del poder del oro no sólo se les arrancara de las manos el poder estatal y los medios de ejercer influencia sobre los negocios públicos sino hasta el poderío secreto. Sea como fuere, desde el momento mismo en que la judería se hubiera dado cuenta de que Alemania estaba gobernada por una élite consciente, se habría vuelto contra el nacional-socialismo con el mismo odio que lo hizo cuando el "antisemitismo" le dio motivos para eso.

Al perder Alemania, los judíos perdieron un te-

rritorio sobre el cual habían dominado. Decidieron, por lo tanto, reconquistarlo.

Durante un siglo, el mundo judío, el marxismo y el capitalismo liberal habían adoptado métodos de producción masiva para transformar a la gente en masas incapaces de pensar, y, al individuo libre, en proletario. Se habían dado cuenta de que tan sólo rebaños de no-pensantes aceptarían y soportarían el yugo de Jehová.

En Alemania, el nacional-socialismo detuvo finalmente ese proceso. A pesar de su liberalismo, el escritor español Ortega y Gasset en su libro *La rebelión de las masas* llamó la atención sobre el peligro inherente a los hombres reducidos a la condición de rebaños en masa. Lothrop Stoddard, profesor de la Universidad de Harvard, insistió también en que debe prevenirse la rebelión de las masas. Por sus logros el nacional-socialismo chocó con suma violencia con los planes judíos ya que el papel de las masas es marginado en los *Protocolos* que se refieren a: "... ese mismo ciego esclavo nuestro, la mayoría de la gente." (*Protocolo* X). Y agrega: "De todo esto se verá que al asegurarnos la opinión de la masa no hacemos sino facilitar el funcionamiento de nuestra maquinaria." (*Protocolo* XIII).

Para alcanzar el poder mundial se necesitan tropas auxiliares. Y éstas las constituyen, primero y ante todo, las propias masas. Para asegurar la independencia de una nación se requieren hombres de cualidades descollantes. Mientras la destrucción es la base del poder universal judío, la labor constructiva es el fundamento de la verdadera libertad.

Por ello, no sirve de nada preguntarse si el régimen de Hitler tenía o no realmente por mira la guerra. No cabe suponer que Hitler y los jefes alemanes fueran locos. Podría admitirse con más justicia que al nacional-socialismo se le declaró la guerra desde el mismo momento en que nació. Es-

tuvo condenado a la guerra porque el nacional-socialismo era un sistema que inevitablemente se hizo enemigo del bolchevismo y del capitalismo mundial, o sea de esas fuerzas que siempre merodean en el trasfondo. Sin realizar una sola manifestación "antisemita", sin emitir la más leve opinión hostil, el nacional-socialismo se hubiera hecho enemigo del judaísmo a causa del feliz logro del proceso de "nivelación."

Relacionado con esto citaremos otra vez a Hans Grimm que, en su libro *The answer of a German* afirma: "Entre 1933 y 1939 se hizo más por la salud pública y por madres e hijos así como por promover el bienestar social que antes y quizá, podría decirse, más de lo que nunca se hiciera antes."

En ese tiempo Winston Churchill tenía del nacional-socialismo una opinión diferente de la que manifestó más tarde. Churchill escribió sobre Hitler en *Step by Step*: "Si nuestro país fuera derrotado, espero que podría encontrar un campeón tan indomable para restaurar nuestro valor y devolvernos nuestro lugar entre las naciones."

Pero el nacional-socialismo fue llevado fatalmente a la guerra por esa misma razón. Cuando Hitler asumió el poder decidido a anular el Tratado de Versalles y a levantar a su propio país, entonces en algún sitio, en el velado secreto de las logias y en los esotéricos recintos del nacionalismo judío se decidió declararle la guerra. Quedaba en pie únicamente un problema: ¿con quiénes se contaría? ¿Quiénes podrían ser capaces de adoptar mejor una apariencia de propósitos pacifistas y quiénes serían ahorcados más tarde como criminales de guerra? ¿Podríamos estar seguros que Estados Unidos participaría en la lucha? Era la pregunta que los judíos deben de haberse estado haciendo durante ese tiempo. ¿Podemos estar seguros que la U.R.S.S. estará a nuestro lado cuando llegue la guerra?

¿Nosotros podemos también confiar en la Francia de León Blum, Reynaud, Mandel, de la Banque Lazare, del Gran Oriente y los Rothschilds? ¿Podemos estar ciertos que cuando llegue el momento la Inglaterra de los Sassoons, de Rufus Isaacs, de Hore-Belisha, de los Gallachers, Stracheys y Laski, combatirá por nuestros fines? Pero, supongamos que los pueblos de la democracia norteamericana se basen en los resultados de las experiencias de la Iª Guerra Mundial, ¿qué sucedería entonces? ¿Qué sucedería si, en un momento crítico, el aislacionismo representado por los yanquis descendientes de los puritanos se impone diciendo que Estados Unidos no tiene nada que hacer en una guerra entre Alemania y el nacionalismo judío?

"Tal vez los norteamericanos no tengan interés en luchar por Danzig. Pero nosotros los judíos, ¡sí! Porque Hitler se asoma a los balcones de su cancillería apoyado por ocho millones de individuos que cantan el "Horst Wessel". "Die Fahne hoch! (¡Levantemos la bandera!)".

La gente marcharía a través del Arco de Brandeburgo en densas columnas de a ocho, después de haberse liberado de nuestra dominación. El puño del obrero alemán antes apretado por el odio y la envidia se aflojaría entonces en un amistoso saludo con la palma abierta. ¡Uno de esos nacionalismos debe perecer!

"... les responderemos con las armas norteamericanas o de China o Japón", está escrito en el *Protocolo* VII. Por consiguiente, debemos conquistar primero Norteamérica para asegurarnos la conquista del mundo. Debemos hacer que Norteamérica sea bolchevique o socialista sin que nadie se dé cuenta."

Para Norteamérica la forma constitucional es la democracia. Ese es el mejor sistema constitucional cuando prevalece la verdadera voluntad del pue-

blo, y el peor cuando agentes secretos distorsionan la voluntad de la nación. El obrero norteamericano así como el capitalista están orgullosos de la revolución industrial. En Norteamérica todos son iguales ante la ley. Los descendientes de los primeros pioneros cuyos padres llegaron de Inglaterra así como los modestos judíos de Galitzia, pueden declarar con la misma arrogancia: "Civis americanus sum." La democracia es la forma más ideal de vida con tal de que no existan grupos individuales, partidos, razas o sectas que cumplan con éxito sus secretas aspiraciones en detrimento del resto de la nación. Tan pronto como se desarrolla esa fuerza parásita dentro de la democracia, ésta se ve reducida a la nada; se transforma en una minoría guiada como rebaño. El derecho del sufragio se convierte en un mito cuando la opinión pública está influida por un nacionalismo extraño. El sistema parlamentario se rebaja al nivel de un espectáculo teatral, porque los senadores estarán influidos por la opinión pública que, por ser creada artificialmente, es falsa. El gobierno no podrá desenvolverse según los principios originalmente expuestos como lo establecen las leyes, porque el mismo gobierno estará manejado por los miembros de esa fuerza secreta que impondrá su opinión minoritaria que gobernará por el "poder de la billetera" y será dirigida por los consejos de sus cerebros pensantes.

"Nosotros, los judíos", como diría el vocero de ese nacionalismo tribal, "tenemos cabalmente conciencia de que en Norteamérica, Inglaterra, Francia y en la Unión Soviética, así como en cualquier otra parte del globo, la regla es: «¡Judá debe llegar primero!» Mientras los intereses de Norteamérica se identifiquen con los del «nazismo» del Antiguo Testamento, seremos buenos norteamericanos, pero, en cuanto nuestros intereses comiencen a entrar

en conflicto con los intereses de Norteamérica, ¡la traicionaremos también! Hablando en general, la democracia nos conviene cuando es dirigida por todos los judíos posibles." La llamada libertad de prensa es buena siempre que sea usada en provecho de la raza de Abraham.

¡Sí!, esa libertad es cosa valiosa pero sólo cuando los judíos tienen libertad para hacer todo cuanto les plazca.

"¡Oh! ¡vosotros, los pusilánimes de corazón, que escuchais temblando de terror la marcha de las tropas de la S.A. y de la S.S., no os espantéis! Ya somos expertos en socavar y conquistar democracias. Nos son familiares los métodos para imponer a las masas nuestros intereses particulares. Norteamérica, el estado más rico del 'Goyim', está siendo sacudido por una mortal crisis económica. Ha llegado la hora de empezar la ofensiva que pondrá también el poder político en nuestras manos. Y nuestra posesión tendrá carácter más permanente que la de Hitler. Conquistaremos a Norteamérica no por las armas ni por ideologías. Tenemos una receta más segura. El destino de América fue prescripto por Moisés, nuestro propio Führer. ¡La Torah es nuestro *Mein Kamp*!

Según el Levítico, capítulo 25 (Libro IIIº de Moisés) todos los estados y propiedades de Israel habían de ser redistribuidos cada cincuenta años. Todas las tierras hipotecadas y todos los esclavos eran redimidos. Cada cincuenta años debía hacerse una gran reforma social en Israel. Las deudas antiguas se cancelaban y se daba a los pobres participación en los bienes de los ricos, o sea, el dinero, la propiedad y la tierra eran otra vez distribuidos en partes iguales. Cada cincuenta años esto debía proclamarse al son de trompetas.

"Esa reforma social", podría continuar diciendo el vocero de los judíos, "era llamada la nueva dis-

tribución". En Norteamérica se llamará el "New Deal". Esas palabras, traducidas literalmente, significan en inglés: nuestra gran reforma social, la nueva distribución. Pero en ese tiempo no se distribuirán los fondos de los israelitas sino los de los norteamericanos y, por supuesto, de tal modo, que se establezca que los norteamericanos queden con lo mínimo posible, y nuestro propio pueblo con lo máximo posible.

"Ese será el año en que sonarán las trompetas en Norteamérica, en tanto que en épocas de Washington el número total de judíos era un simple cuatro por mil. Pero ahora nuestros banqueros, nuestros socialistas y nuestros periodistas tocarán las trompetas y nuestros cerebros ejecutarán el 'New Deal' a expensas de los primeros colonizadores de Norteamérica. Después, la única pregunta será: ¿quién subirán al sillón presidencial en Washington?"

"Aquellos de vosotros que vivís desesperados en vuestras palaciegas residencias de Wall Street o en la calle 13, así como en los ghettos de Brooklyn y Bronx, no debéis dudar de que encontraremos a nuestro hombre, el verdadero émulo de Hitler que asumirá el poder de Norteamérica poniéndolo en nuestras manos. Sólo os basta leer nuestras directivas en los 'falsos' *Protocolos*: El liberalismo produjo un estado constitucional que reemplazó a lo único que salvaguardaba al 'Goyim', es decir, el despotismo... entonces fue cuando reemplazamos al gobernante por una caricatura de gobierno, un presidente sacado de la turba, esclava nuestra. En el futuro próximo estableceremos la responsabilidad de los presidentes". (*Protocolo*, X.) "...arreglaremos elecciones", continúa el *Protocolo*, "favorables a esos presidentes que tengan alguna sombra en su pasado, algún negociado o cosa semejante para que así resulten agentes confiables

para el cumplimiento de nuestros planes sin temor de que se descubran."

"¿Quién será pues el nuevo presidente que pondrá a Norteamérica en nuestras manos y que cumplirá nuestras órdenes?

"Su nombre es ¡Franklin Delano Roosevelt!"

¿Quién es ese Franklin D. Roosevelt?

Robert Edward Edmonson, bajo el título de "*Famous Sons of Famous Fathers - The Roosevelts*, responde a esa pregunta en su libro *I Testify*: "El 7 de marzo de 1934, el Instituto Carnegie compiló el árbol genealógico de los Roosevelts, que pone en evidencia que el que fue presidente de Estados Unidos tenía ascendencia judía. Sus antepasados, que llegaron a Norteamérica hacia 1682, fueron: Claes Martenszen van Rosenvelt, y, por parte de madre, Janette Samuel. En su origen descendían de judíos sefardíes de España que huyeron de la persecución de 1492 bajo Fernando el Católico y se trasladaron a Inglaterra. Cuando llegaron a Norteamérica el árbol genealógico de los Roosevelts estaba cargado de Jacobs, Isaacs y Samuels".

El "New York Times" del 14 de marzo de 1935 cita palabras de Roosevelt: "En un pasado remoto mis antepasados pueden haber sido judíos. Todo lo que sé sobre el origen de la familia Roosevelt es que aparentemente son descendientes de Claes Martenszen van Roosevelt que llegó de Holanda."

Pero, según el Instituto Carnegie, Claes Martenszen Roosevelt era judío. Además, la conocida esposa de Roosevelt era judía.

Europa, o más exactamente Alemania se encuentra entre los dos brazos de la tenaza. Allí, desde el punto de vista judío, se produjeron hechos terribles. La colaboración de capitalistas y obreros alemanes así como la solidaridad de la clase media

y de los granjeros, demostró que la lucha de clases estaba lejos de ser inevitable. La teoría marxista de la destrucción estaba siendo refutada mientras que el becerro de oro casi había perdido su prestigio cuando se vio que los verdaderos fundamentos del nuevo mundo no descansaban sobre el oro sino sobre la producción. Todo lo que se había enseñado y alabado por más de un siglo como progreso del mundo iba a ser destruido, por supuesto que no por un sargento alemán sino por el espíritu de la era moderna. En contra del apogeo de la dominación universal, venido de Oriente, se iba elevando la simbólica bandera de la esvástica. Eso no podía tolerarlo la judería mundial.

"Sin embargo, ¡no os inquietéis!", declara el vocero. "En torno al títere Roosevelt están ahora reunidos en conferencia Félix Frankfurter, de Viena, Morgenthau de Mannheim, Bernard Baruch de Könisberg y Albert Einstein de Berlín. También está Samuel Roseman que escribe los discursos presidenciales de Roosevelt. También están nuestros dirigentes obreros, entre ellos nuestro compatriota Sidney Hillman, que controla el trabajo de los norteamericanos en la administración de nuestro títere, F. D. R. Está también David Dubinsky, camarada igualmente emigrado de Rusia que transformará a los obreros norteamericanos cristianos en contribuyentes del sionismo. El entorno de nuestro presidente incluirá exclusivamente hombres de nuestra confianza tales como La Guardia, alcalde de New York, judío de Fiume, y Alger Hiss, el protegido de Frankfurter y del senador Lehman, etc. Bernard Baruch controlará las 351 ramas más importantes de la industria norteamericana, y equipará a los muchachos norteamericanos que irán a luchar contra Hitler. Alger Hiss conducirá las conversaciones con Stalin para favorecer a Norteamé-

rica. Einstein, Oppenheimer y David Lilienthal producirán la bomba atómica.

Como gerentes de la U.N.R.R.A., La Guardia y Herbert H. Lehman ayudarán a las futuras víctimas judías de la próxima guerra. Henry Morgenthau (h.), secretario del Tesoro, preparará un espléndido plan para exterminar al pueblo de Alemania. Nuestro Mortiz Gomberg se ocupará de que esos dieciocho millones de habitantes de los países de nuestros enemigos pierdan su nacionalidad en Europa. Nuestros hombres distribuirán cheques de once millones de dólares para suministrar armas al Soviet.

"¡Qué sueño magnífico!: los norteamericanos cruzarán el océano para castigar a nuestros enemigos. En las logias del B'nai B'rith el eje Moscú-New York está listo para funcionar."

"¡No os preocupéis! Roosevelt proporcionará armamentos a Rusia."

Porque, hace veinte años un profeta algo observador escribió: "El judío occidental equipará un ejército de veinte millones de hombres en Oriente para destruir la Cristiandad y la cultura humana y establecer el reino judío universal."

CAPITULO SEXTO

LOS VERDADEROS CRIMINALES DE GUERRA

El hitlerismo no era lo único que odiaban los judíos. Temían aun más a esos movimientos que preparan el terreno para una nueva comprensión entre las naciones europeas. La meta principal de los judíos consistía en desacreditar esas nuevas corrientes haciéndolas odiosas al resto del mundo. Mientras por un lado promovían una plena cooperación, por el otro trataban de ahogar a quienes colaboraban con sus enemigos, los alemanes.

"No vacilaron en oponerse resueltamente incluso al pensamiento más leve de paz", escribió Maurice Bardèche.

Pero hoy en día tenemos pruebas definitivas de que los alemanes trataron muy seriamente de establecer la cooperación entre la élite europea. No buscaban a los *Quisling* sino a quienes eran considerados buenos patriotas en su propio país, a la gente dedicada a la causa de su propia patria. La élite de la revolución nacional-socialista estaba penetrada de un idealismo casi exagerado. Afirmaron, en su propio país, lo que creían era la verdad. Reconocieron que los individuos tienen derechos sociales y demostraron que esa es la única solución satisfactoria sobre bases nacionales si se quiere la supresión del bolchevismo.

Creyeron con fervor revolucionario que si lograban liberar a las masas europeas de la explotación capitalista con ello quedaría asegurada la paz por largo tiempo. Habían visto cómo el "nazismo" judío se había interpuesto para desbaratar la unidad del pueblo alemán valiéndose de su poder financiero y del control de la prensa, con el objeto de conseguir la dominación exclusiva sobre todas las naciones. Habiendo logrado éxito con su revolución nacional-socialista tenían grandes esperanzas de asegurar la paz y también la cooperación de los pueblos vecinos, una vez que también en esos países se eliminase la influencia del "nazismo" supranacional del Antiguo Testamento.

Esa era la "nueva Europa" que se estaba gestando. Y eso mismo era lo que el mundo judío quería evitar a toda costa aunque tuviera que reducir a polvo la cultura cristiana de Europa. Porque si ese plan tenía éxito habría cada vez más estados que querrían liberarse del yugo judío.

Por lo tanto, la mera idea de la unidad europea o la de cualquier cooperación posible tenía que ser desacreditada. Y dado que el 6 % de la prensa del mundo occidental está en manos judías y, según las estadísticas norteamericanas también el 85 % de la prensa americana y el 100 % de las películas norteamericanas, esta campaña se efectuó en mayor escala que cualquier otra operación publicitaria de la historia universal.

Con su errónea interpretación del concepto racial, los judíos sostenían que los alemanes reclamaban para su nación una supremacía excluyente sobre todas las otras naciones. Así consiguieron malquistar a los otros países con Alemania. Distorsionaron la teoría racial al insinuar que los alemanes querían conquistar el mundo y que sobre esa base reclamaban la supremacía universal. La revista "Nineteenth Century", en sus números de

setiembre de 1943, en el apogeo de la guerra, admitió, al contrario, que: "La creencia general de que los alemanes comenzaron esta guerra para lograr el poder mundial es, a nuestro parecer, un error. Los alemanes querían obtener una potencia de primer orden pero esto y el logro del poder mundial son dos cosas diferentes. Gran Bretaña es también una potencia mundial pero no gobierna el mundo."

Los judíos también interpretaron falsamente la teoría de "Blut and Boden" (Sangre y suelo), o sea, la teoría de que un hombre pertenece a su suelo natal; el concepto de unidad entre un país y sus habitantes fue tan retorcido que se llegó a sugerir que los alemanes reclamaban todos los territorios en que vivieran habitantes de origen alemán. De esa manera suscitaron los celos de todas las naciones europeas independientes donde se habían establecido minorías germanas. Polonia, Lituania, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bohemia, Rumania y otros estados vecinos comenzaron a mirar con desconfianza al Reich alemán.

Trataron de justificar hábilmente que la creciente estabilidad del comercio de exportación alemán era una preparación para la guerra y consiguieron que el mundo olvidara que el lema de Goering de "armas o manteca" tenía como precedente el boicot de los judíos norteamericanos. Ridiculizaron las partes del *Mein Kampf* * francamente favorables a Gran Bretaña a la vez que operaron sobre las aprensiones de Oriente y Occidente citando algunos fragmentos de ese libro pero fuera de su contexto.

Ese envenenamiento de la mente fue así estimulado a escala gigantesca en todo el mundo. Cuando el gobierno alemán trató de detener esa calumnia

* Mein Kampf (Mi lucha). Aquí se refiere el autor al libro escrito por Adolf Hitler en 1924-25 (N. .de la T.).

en su territorio fue prontamente acusado de tiranía dictatorial. Como trasfondo de todas esas formas de propaganda antigermánica estaba, por supuesto, la indiscutible realidad de la abolición del poder del oro junto con el establecimiento de una pacífica cooperación entre capital y trabajo, que constituyó un verdadero impacto para la judería. La opinión mundial fue inducida a creer que el nivel de vida del obrero alemán había sido elevado únicamente con miras al rearme. Pero, en realidad, sabían muy bien que en todas partes se estaban construyendo grandes viviendas para obreros y que la existencia de familias felices de trabajadores era una viva refutación a todo lo que habían predicado los judíos durante un siglo.

"¿Qué puede haber ocurrido?", se preguntaban unos a otros con temor.

"¿Esos odiados nazis realmente han hecho naufragar la espléndida teoría marxista de la lucha de clases que tan bien servía a nuestros fines?" Como lo expresó Bettelheim, ¿puede ser que grandes ciudades como Berlín, Viena y Budapest sigan progresando sin los judíos? ¿Puede una nación vivir realmente sin explotación, sin una prensa judía nacionalista, sin películas, teatros y el "espíritu mercenario" de los judíos? Después de todo, hemos mantenido al mundo entero bajo nuestra influencia durante siglos haciendo creer que, sin nuestras actividades culturales, sin nuestro sentido de los negocios y nuestro intelecto superior todas las naciones habrían perecido y todo progreso habría cesado. Y ahora los alemanes prosperan sin nosotros con una prosperidad que es la negación viviente de nuestro arrogante nacionalismo. Cualquiera que contemple esas ciudades-jardín que crecen sin cesar y a ese pueblo satisfecho y contento así como la prosperidad intelectual y las actividades económicas, puede comprobar que Bettelheim,

nuestro gran escritor nacionalista, se equivocó al predecir que la civilización mundial perecería sin los judíos. Ahora esos cristianos se sienten cada vez más satisfechos, y los judíos pierden cada vez más terreno. Si el resto del mundo aprende eso a nivel internacional y si los turistas extranjeros y el proletariado del mundo ve que todo eso es posible sin nosotros, más aún, contra nosotros, se dará cuenta de que les hemos mentido. Nuestros políticos, periodistas, dirigentes sindicales y líderes obreros serán tenidos por embusteros. Por lo tanto, debemos destruir las pruebas. Entonces, esas lindas casas con sus jardines, junto con las nuevas fábricas con sus jardines de infantes, sus campamentos juveniles y sus hospitales deben ser borrados de la faz de la tierra. Porque tenemos a nuestra disposición nuestra secreta arma nacionalista, la misma que se empleó tan efectivamente en el sitio de Jericó. Así pues hagamos que suenen las trompetas de nuestra propaganda mundial".

El mundo judío debe ser considerado como el exclusivo criminal de guerra de la IIª Guerra Mundial, porque en primer lugar impidió la reconciliación y la posibilidad de cooperación entre las naciones destruyendo hasta los prerrequisitos de esas metas. Con ayuda de propaganda falaz y de mentiras, y mediante el empleo de la radio y la prensa, proyectó una imagen mundial totalmente falsa ante los ojos de la humanidad. Creó en el mundo una atmósfera general en la que la simple declaración de la verdad, relacionada con la cuestión alemana, podría entrañar peligro de muerte o pérdida del sustento o sospecha de alta traición. Todos los ofrecimientos de paz hechos por los estadistas alemanes fueron tachados de ser absolutas mentiras. Se ridiculizaron todos los planes moderados y honestos. Se hizo de modo que todas las obras sociales de Alemania aparecieran como

burocracia reaccionaria, todo el progreso como un obstáculo antiprogresista, toda manifestación de la élite como barbarie y todas las formas del antibolchevismo como antidemocracia. El coronel Charles Lindberg, el héroe de Norteamérica, se hizo sospechoso de alta traición cuando se atrevió a afirmar su opinión sincera sobre el nacional-socialismo, basándose en su propia experiencia personal.

Mientras tanto en 1938, Roosevelt, que puede ser considerado como un títere del grupo de cerebros judíos, envió el siguiente mensaje optimista a Churchill para la promoción de preparativos bélicos: "Usted y yo podemos gobernar el mundo."

La judería mundial declaró la guerra a Europa y a la Cristiandad en el mismo momento en que Hitler asumió el poder, o tal vez aun antes. El movimiento del boicot antigermano estalló en Norteamérica hacia 1932. Los organismos judíos publicaron anuncios a toda página en el "New York Times" donde se leía: "Boicoteamos a la Alemania antisemita." Viendo que eso no dio mucho resultado, comenzaron a preparar el eje New York-Moscú.

Forest Davis en su libro *What Really Happened in Teheran* cuyo contenido, reseñado y publicado en el "Saturday Evening Post" del 13 y 20 de mayo de 1944, revela que Morgenthau hacia 1933 estaba preparando la reanudación de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y el Soviet. Y el primer embajador soviético en la tierra de Washington fue nada menos que el sanguinario comisario soviético Litvinov Finkelstein.

Antes de que el presidente Roosevelt, descendiente directo de la familia de Rosenvelt, llegara al poder, todo eso habría resultado impensable. El común denominador que unió de verdad a la democracia norteamericana con la tiranía soviética fue... el judaísmo.

James Whiteside, en el artículo "Mr. Roosevelt and Communism" describe con espantoso verismo en las columnas del "St. Louis Despatch", cómo, luego que Litvinov apareció en la escena norteamericana, una temible procesión de comunistas (o sea de judíos) se puso en marcha hacia la Casa Blanca. Roosevelt dio un permiso especial para que se instalara una potentísima emisora radial soviética en el Pentágono, infestando así el alto comando del ejército norteamericano con la más perniciosa propaganda.

Hacia 1933, el editor del "New York Morning Freiheit", una hoja en idisch, que tiró varios cientos de miles de ejemplares, hizo un llamado a los judíos de América y del mundo para unirse en la guerra contra el nazismo. El Congreso Judío Norteamericano encabezado por el rabino Stephen Wise se unió al movimiento con avidez.

En 1933 al asumir Hitler el gobierno, también el rabino Wise anunciaba una "Guerra Santa" por parte de los judíos, del modo siguiente: "¡Estoy a favor de la guerra!" Ese anuncio memorable data del 8 de mayo de 1933 (Edmonson, *I Testify*, pág. 195).

Es evidente que en ese tiempo el Comando General del ejército alemán no había trazado aún los planes por los cuales el rabino Wise y compañía ahorcaron a los jefes militares de Alemania.

Un discurso que había sido distribuido previamente por Morgenthau el 11 de febrero de 1933, declaraba la guerra a Hitler: "¡Los Estados Unidos han entrado en la etapa de una segunda guerra!", anunció el eminente jefe del nazismo judío. ("Portland Journal", 12 de febrero de 1933).

Mientras tanto, varias organizaciones judías y comunistas para el boicot fueron brotando como hongos para tramar la ruina de la economía de Hitler. Un comité conjunto del boicot anti-

nazi estaba ya en plena actividad en 1936 mientras Hitler aún en sus más fantásticos sueños no podía conjeturar la hora exacta en que tendría que intentar liberarse del mortal abrazo de la hidra que rodeaba al mundo con sus tentáculos.

Se puede probar hoy históricamente que el joven nacional-socialismo tuvo razón de temer que el nacionalismo judío cercara al Tercer Reich con un círculo fatal que sería imposible de romper aun con las armas. Pero ¿ese temor estaba realmente justificado? ¿Quién dirigía ese poder en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Rusia Soviética?

En lo que concierne al crimen de la guerra y a la propaganda bélica queda en pie el mismo principio que constituye un problema tanto para el derecho romano como para cualquier sistema legal a través del tiempo: *¿qui prodest?* ¿Quién se beneficiará con la guerra? ¿Qué intereses serán promovidos? El único interés del nacional-socialismo alemán era mantener la paz.

La última tentativa de impedir el estallido de la IIª Guerra Mundial fue la visita de Ribbentrop a Moscú para concluir con Stalin un pacto de no agresión. El 23 de agosto de 1939 Hitler convocó en Godesberg a dos mil oficiales del Estado Mayor. Esa consulta "secreta" fue un engaño pensado para Gran Bretaña. También lo fue la impresionante marcha de columnas interminables por los caminos y los vuelos interminables de escuadrillas de la Fuerza Aérea cerca de la residencia del Führer. Aun el más estúpido agente del Servicio de Inteligencia podía ver claramente que se trataba de un engaño.

En cuanto a Gran Bretaña, fue evidente que aunque había decidido hacer la guerra todavía quedaban posibilidades de concertar la paz. En un discurso de cuatro horas de duración Hitler declaró: "No penséis, señores, que soy un idiota

y que se me impondrá la guerra por la cuestión del Corredor Polaco."

Pero en ese momento una mano invisible se alargaba para intervenir claramente en la dirección de los acontecimientos, la misma mano intrigante que embrollaba constantemente los asuntos en la sombra. Después de la reunión del Estado Mayor en Godesberg, la Rusia Soviética firmó el pacto de no agresión con Alemania. Eso fue seguido inmediatamente por la matanza de Bromberg urdida por otra mano invisible.

Ese verdadero crimen de guerra, registrado con detalles junto con importantes pruebas se publicó en el Libro Blanco Alemán en otoño de 1939, fue posteriormente silenciado en Nuremberg. Aunque las escenas de horror del *Todesmuhle* (El molino de la muerte) construidas artificialmente, y para cuya filmación se usaron muñecos de cera en las diversas escenas, se exhibieron en los cines; la película de los horrores que realmente ocurrieron tal como se publicó en el Libro Blanco, nunca se vio en ningún cine. Mujeres con los pechos arrancados, cadáveres de hombres con los órganos sexuales cortados, cuerpos de niños alemanes de 4 a 5 años atravesados con cuchillos de carniceros, miles y miles de inocentes sacrificados, acerca de los cuales el mundo "humanitario" guarda el más absoluto silencio. Esas fueron las víctimas alemanas de Polonia, cuya población estaba saturada de tres millones de judíos y donde la prensa manejada por judíos ya había agitado el odio y el deseo de guerra. Para esa época las divisiones alemanas y polacas ya se enfrentaban en las fronteras. Ya no se trataba de una cuestión del Corredor, sino de una tea encendida que se había arrojado a un barril de pólvora. ¿De quiénes eran las manos y el dinero que intervinieron en esa matanza? ¿Fue consecuencia del patriotismo exagerado de los polacos o de un plan satánico fríamente calcula-

do? ¿Fueron manos soviéticas o inglesas? Difícil resulta concebir cosa semejante. Sin embargo, esa es la pregunta decisiva para determinar la culpabilidad de guerra.

El nacional-socialismo alemán no podía tolerar esa hecatombe de víctimas asesinadas en la preguerra. Esa situación se impuso para forzar a Gran Bretaña y Francia a iniciar una guerra preventiva contra Alemania.

Por lo tanto, al día siguiente, 1º de setiembre, los ejércitos alemanes estaban efectivamente en marcha.

"Desde el amanecer ya estamos contestando el fuego", dijo Hitler en el Reichstag.

"Entonces, al día siguiente, 1º de setiembre, dirán que Hitler atacó a Polonia", escribe Maurice Bardèche, un profesor francés. "Algunos han estado esperando con ansiedad ese momento. Esperaban ese ataque, anhelándolo y rogando porque llegase la hora. Esos hombres se llaman Mandel, Churchill, Hore-Belisha y Paul Reynaud. La gran liga de la reacción judía había decidido tener su guerra propia: esa era su guerra santa. Sabían perfectamente que un ataque era lo único que podría darles la ocasión de captar la opinión pública. No resultaría muy difícil hallar en los archivos alemanes las pruebas necesarias de que ciertos señores prepararon con sangre fría las condiciones que harían inevitable ese ataque. ¡Ay de ellos si se escribiera la verdadera historia de la guerra!"

Aunque la primera parte del gran plan mundial tuvo éxito y Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Hitler el 3 de setiembre de 1939, los dos socios más importantes, Norteamérica y la Unión Soviética aún se hallaban ausentes.

El mayor secreto de la IIª Guerra Mundial aún está por sacarse a luz para conmover al mundo. Tal vez no se conocerá hasta después de la caída

del bolchevismo, cuando se tengan a mano los archivos del Kremlin. ¿Qué promesas hicieron los conquistadores del mundo occidental al Oriente? La Unión Soviética mostró otra faz al imperio alemán. Esa faz fue fría, grave, a veces un poco místicamente asiática o patriótica pero no tenía rasgos judíos. El error más terrible de los jefes del nacional-socialismo consisitió en creer que ese cambio era auténtico. Ribbentrop en su conversación con Sven Hedin dijo que el bolchevismo había evolucionado para mejor y que Stalin era un gran hombre. (Sven Hedin, *Without Commision in Berlin.*)

Stalin, el astuto georgiano, empero, no creyó lo mismo del nacional-socialismo. Antes de firmar el pacto con Ribbentrop súbitamente pidió otro puerto del Báltico. Hitler aceptó enviando su aprobación por telegrama. Al saber esa noticia Stalin señaló astutamente a Molotov: "Alemania acaba de declararnos la guerra. Mi única razón de pedir ese puerto era probar a los alemanes. Supe desde un principio que si nos daban ese puerto se propondrían retomarlo más tarde." (Plevier, *Moscú.*)

A pesar de eso, ambas partes observaron escrupulosamente el texto íntegro del pacto, incluso la división de Polonia y la cuestión del comercio de aceites. Hitler, Ribbentrop, Göering y aun Goebbels, tuvieron todos meticuloso cuidado de no rozar siquiera al sensible oso ruso. Stalin despidió con un beso a Krebbs, el agregado militar alemán. Todos esos signos parecían demostrar que la alianza del fuego con el agua era genuina.

Luego, un día, Molotov, comisario del Soviet, marido de la bella judía bolchevique, Karpovskaja, y un cuñado de Carp (Karp), uno de los grandes industriales de guerra de Norteamérica, aparece en Berlín. Era el 10 de noviembre de 1940. Francia yace abatida mientras sobre las Islas Británicas sopla un fuerte viento de batalla. El ejército ale-

mán está tomando un descanso. Entonces Molotov pone en el tapete las exigencias del Soviet. Se trata del reclamo sobre los Dardanelos, la ocupación de Finlandia y la conquista del Lejano Oriente. Todo eso resulta inaceptable para los alemanes. Esas demandas no pueden haber sido maquinadas más que por los opositores anglo-norteamericanos de Alemania.

Los líderes de Berlín se vieron así enfrentados a las consecuencias de su más grave error.

El bolchevismo, después de todo, no había cambiado; solamente se había puesto una máscara diferente. El poder del Kremlin pertenecía a los judíos, sólo que su verdadero carácter se mantuvo invisible hasta que logró envolver a Alemania en la IIª Guerra Mundial. Para esa época el Kremlin debe haber tenido garantías en mano de que el "arsenal de la democracia" ayudaría al Soviet con dinero y armas contra Alemania.

Como ya es sabido, Félix Frankfurter, uno de los hombres más influyentes de Estados Unidos, tuvo preparada la Ley de Contratos de arrendamiento que fue aprobada por el Congreso. Pero, ¿se probará que esa guerra se hizo en pro de los intereses de Norteamérica? ¡No, nada de eso! Esa guerra no se hizo en provecho del pueblo norteamericano sino por el interés exclusivo de los judíos norteamericanos, o sea, para provecho de gente como Manuilsky, Beria, Morgenthau y Bernard Baruch, así como de los emigrados de Alemania y de los refugiados de Francia. Eso demostraron las estadísticas de la Encuesta Gallup (también en manos judías) el 3 de junio de 1941: 83% de la población norteamericana estaba contra la participación en la guerra.

¿Qué interés real tenía Norteamérica para atravesar el océano otra vez?

Los almirantes alemanes, Raeder y Doenitz han afirmado claramente que la invasión de Nortea-

mérica era tan imposible como la invasión de la Luna. El senador Barkley señaló el 31 de marzo de 1941 que si Alemania hubiera querido atacar a Norteamérica, la venta de armas a Gran Bretaña ya habría constituido una buena razón para ello.

Los norteamericanos sensatos no veían la razón ni el por qué de entrar en la guerra. Charles Lindberg dijo: "La entrada de Norteamérica en la guerra podría conducirnos al caos durante varias generaciones". Ickes, el secretario estadounidense del Interior, descendiente de judíos, replicó acusando a Charles Lindberg de ser el Quisling de Norteamérica. El 83% del pueblo norteamericano, incluso republicanos y segregacionistas son Quislings también justamente porque no quisieron marchar detrás de Morgenthau.

El mismo Roosevelt, obligado como estaba por sus asesores, tuvo que admitir que los norteamericanos no querían intervenir en la contienda. Norteamérica ni siquiera pudo entonces ser acusada de tener algún interés comercial en la guerra por el tráfico de armas, porque esa era una guerra ideológica. Por consiguiente, el mundo judío comenzó a proclamar el mandato de los *Protocolos* cuando los ejércitos cristianos se acercaban a Moscú: "Les contestaremos con armas norteamericanas y chinas."

Si la humanidad fuera capaz de pensar seriamente, habría podido preguntarse: "¿Qué finalidad tuvo Norteamérica para entrar en guerra y especialmente del lado del Soviet?"

Los jefes alemanes responsables afirmaron lo siguiente: "Es absolutamente cierto que la paz subsiguiente a los triunfos alemanes no será como la de Versalles sino una paz en beneficio de todas las naciones. El pueblo de esos países hoy ocupados, reconquistará su libertad pero para el bien común de todas las naciones que tendrán que com-

prometerse a mantener ciertas legalidades y condiciones."

Al mismo tiempo Roosevelt envió el siguiente mansaje al Congreso: "Un tratado de paz en este momento que pudiera darnos el control de los países ocupados por Hitler, equivaldría a reconocer el nazismo y a la posibilidad de una nueva guerra. Queremos asegurar la libertad, incluso la libertad religiosa para todas las naciones y para todos los individuos."

"Libertad religiosa", dice ese astuto lema. Pero libertad ¿para qué religión? Cuando los ejércitos cristianos invadían Rusia pudieron ver con sus propios ojos los templos cerrados, las ruinas de la Cristiandad destruida por los bolcheviques judíos así como, quizás, la estatua de Judas erigida por el bolchevismo en memoria del traidor de Cristo. Pero del cataclismo de la guerra, del oleaje de sangre y fuego, de las ruinas latentes de ciudades destruidas, del tronar de bombas arrojadas sobre niños inocentes, emerge ahora Roosevelt, ¡la más funesta figura del siglo XX!

"Esta guerra será la guerra de Roosevelt", dijeron los republicanos del ala derecha. Pero gente como Morgenthau, Baruch, Frankfurter, Einstein y Oppenheimer sabía la verdad: "¡Esta guerra será *nuestra* guerra! ¡La guerra del mundo judío!"

Porque Roosevelt, ese descendiente de sefardíes españoles, era el prototipo del político del siglo XX. En él se encarnó la personificación de los *Protocolos* pese a que era a la vez salvador del mundo y títere. Detrás de él estaban los verdaderos amos de Norteamérica: la masonería y los Sabios de Sión, los dirigentes y los banqueros sionistas y los bolcheviques sindicalistas nacidos en Galitzia.

—"¡Este es *nuestro* Presidente —dijeron— y su guerra será *nuestra* guerra!"

Hemos reemplazado una caricatura por un "gobierno verdadero" —dicen los *Protocolos*— con el Presidente elegido por nuestros instrumentos y esclavos: la muchedumbre.

Resulta obvio que por entonces la casi totalidad de los poderes legislativo y ejecutivo de Estados Unidos se hallaban en poder de los judíos. Los "antisemitas" podían ver únicamente a pequeños judíos apiñados en los ghettos de Galitzia, o a los modestos tenderos de Brooklyn. Los judíos estaban también detrás del sillón de Roosevelt, junto al sucesor de Wáshington.

Cuando Roosevelt intentó comprometer a Estados Unidos en la guerra, contra la voluntad explícita del 83% de la población norteamericana, el poder judío en el gobierno de los Estados Unidos se manifestó en las siguientes designaciones:

Bernard M. Baruch, presidente oficial de los Estados Unidos.

El juez Samuel Roseman, fundador y cabeza del grupo de "cerebros", asesores no oficiales de Roosevelt.

Profesor Raymond Moley, "su asesor personal predilecto".

Profesor Félix Frankfurter, "jefe legal de los asesores" (autor de la Ley de Seguridad).

El oficial de justicia Benj N. Cardozo, asesor no oficial.

Henry Morgenthau, abogado, asesor no oficial (autor del Estado judío).

Gerald Swape, asesor no oficial.

E. A. Filme, asesor no oficial.

Charles W. Taussig, asesor ("Grupo de cerebros").

Nathan Margold, procurador del Departamento del Interior.

Charles E. Wyzanski, Procurador del Departamento del Trabajo.

Profesor Leo Wolman, de la Junta de Huelgas Laborales.

Rose Schneiderman, asesora de la Junta de Trabajo (sindicalista de izquierda).

Isador Lubin, Jr., experto del Departamento de Estadística Laboral.

Sol A. Rosenblatt, administrador de Entretenimientos.

E. A. Goldenweiser, director de la Investigación Federal.

Jerome Frank, del Consejo General.

Mordechai Ezekile, asesor económico del Departamento de Agricultura (coautor de las Leyes de A.A.A.).

Herbert Feis, "cerebro del Departamento de Estado".

Henry Morgenthau, Jr., secretario del Tesoro.

David E. Lilienthal, director del proyecto del T.V.A.

Sidney Hillmann, asesor de la Junta de Trabajo.

L. N. Landau, P. W. A., procurador general.

L. A. Steinhard, ministro en Suecia.

Profesor Albert E. Taussig, asesor del N.R.A.

Alexander Sachs, experto de códigos del N.R.A.

Maurice Karp, director del personal del N.R.A.

Robert Freshner, jefe del C.C.C. Forest Army.

Robert Strauss, ayudante de administración del N.R.A.

Donald Richberg, asesor del N.R.A.

H. I. Strauss, embajador en Francia.

Ferdinand Pecora, investigador especial.

Samuel Untermayer, asesor financiero.

Profesor James M. Landis, comisionado del Comercio Federal.

(de *The Hidden Empire*, pág. 12).

Un poder oculto, capaz de mantener bajo control a un país de 150 millones de individuos, gobernaba desde posiciones clave por medio de sus grupos de cerebros desde detrás del sillón presi-

dencial; es algo terrible de considerar. Pero Roosevelt requirió ayuda de ese poder omnipotente y de largo alcance para comprometer a Norteamérica en la IIª Guerra Mundial.

Las fuentes norteamericanas no mantuvieron en secreto el hecho de que después de haber tratado en vano de arrastrar el país a la guerra contra la expresa voluntad de la opinión pública, Roosevelt continuó provocando al Japón por medio de intrigas y conspiraciones hasta dejarle como única opción el ataque a Pearl Harbour. Durante el asalto alemán contra la mitad oriental del reino mundial, Japón tuvo que ser neutralizado pues era el otro enemigo potencial del bolchevismo, pese a que eso entrañaba la intervención de Estados Unidos en la guerra.

Pero Roosevelt no quiso entrar en la guerra en tales circunstancias antes de asegurar su reelección como presidente para un tercer período. Esa era la razón por la cual dijo en Filadelfia en su discurso de preelección: "Os digo a vosotros, padres y madres, una y otra vez, vuestros hijos no serán llevados a morir en suelo extranjero a menos que haya un ataque."

El contralmirante Robert A. Theobald, ex comandante de la flotilla norteamericana de torpedos estacionada en Pearl Harbour, expone en su libro *The Real Secret of Pearl Harbour* * cómo Roosevelt preparó y provocó ese ataque a Estados Unidos. Establece, por medio de una serie de pruebas irrefutables, que el mismo Roosevelt causó la catástrofe de Pearl Harbour. El 26 de noviembre de 1941 envió una nota injuriosa al Japón que no dejaba otra opción que atacar.

"Merced a la nota del 26 de noviembre", afirma el almirante Theobald, "el presidente Roosevelt adrede e irrevocablemente desencadenó la guerra

* Hay edición en español: *El secreto final de Pearl Harbour.*

de Estados Unidos. La tentativa de Japón de evitar el estrangulamiento no tuvo éxito. Tuvo que rendirse o combatir y no quedaba ninguna duda de cuál sería su elección."

El Servicio Norteamericano de Inteligencia había conseguido el código secreto de la flota japonesa varios meses antes, por lo cual el Comando Superior Norteamericano conoció anticipadamente todos los movimientos de esa flota. El comandante de Pearl Harbour no recibió ningún mensaje informándole que debido al resultado de las negociaciones diplomáticas era inminente un ataque japonés. Alrededor de cuatro semanas antes los jefes del Estado Mayor sabían muy bien que Japón se proponía invadir Pearl Harbour. Conocieron hasta la hora exacta en que las naves de guerra y los portaaviones zarparían de sus propios puertos para atacar Pearl Harbour. Lograron interceptar los telegramas secretos de los japoneses que contenían el texto de la declaración de guerra y ordenaban al mismo tiempo que esa declaración fuera entregada en la Casa Blanca exactamente a la hora en que las primeras bombas cayeran en Pearl Harbour.

Esa catástrofe podía haber sido fácilmente evitada pero el presidente Roosevelt esperó ansiosamente el ataque. Prohibió expresamente que la flota norteamericana abandonara Pearl Harbour. Cuatro mil quinientos setenta y cinco inermes soldados norteamericanos perecieron; dieciocho barcos, entre ellos cuatro grandes naves de guerra norteamericanas resultaron destruidas. Pero Roosevelt y los que estaban detrás de él lograron su objetivo.

"Os digo a vosotros, padres y madres, una y otra vez, que vuestros hijos no serán llevados a morir en suelo extranjero a menos que haya un ataque", resuena la promesa de "nuestro Presidente" en medio del estruendo de las bombas que caían en

Pearl Harbour. Y luego aparece sobre la cubierta del Potomac, con la misma cara hipócrita, rodeado por otros fariseos que cantan eufóricamente: "Adelante, soldados cristianos", el conocido himno anglicano. Al mismo tiempo sabe muy bien que hará a un lado la Carta del Atlántico firmada recientemente, en la misma forma en que rompió su promesa a los padres y madres norteamericanos. Roosevelt escribió al Papa que la dictadura rusa no era tan peligrosa para la Cristiandad como el despotismo alemán.

Roosevelt, que era un político experimentado, sabía perfectamente bien que eso no era verdad. También lo sabían los asesores que estaban con él. Sin embargo, hizo esa declaración al Papa y a las naciones del mundo. Aquellos que lo aconsejaban y presionaban para que hiciera promesas hipócritas tenían plena conciencia de que explotando su vanidad podrían embarcar al dictador "democrático" en cualquier aventura.

"F. D. R. es nuestro Presidente". Sí, el presidente de hombres como Litvinov, Frankfurter, Kaganovich y Baruch. Tal vez sea el propio Mesías cuyas sombras flotan sobre las bombardeadas ruinas de iglesias cristianas, sobre los humeantes escombros de Budapest, Berlín, Sofía y Belgrado. Actualmente es público y notorio que antes de morir, Roosevelt ya se veía como el primer presidente de la república mundial, proclamado por medio de la restablecida O.N.U. y ya existían los planes definitivos al respecto.

"...y poseeréis las naciones más grandes y más poderosas que vosotros", suena la eterna promesa. El hecho de que Roosevelt "progresó" de la paz a la guerra, del New Deal a la firma de Dupont Nemours, de la Carta del Atlántico al Tratado de Yalta, de la promesa hecha al Papa de restablecer y mantener una paz justa al principio de una rendición incondicional, del humanismo masónico al plan Mor-

genthau, y de la democracia a la amistad con el bolchevismo, constituye la tragedia de la humanidad. Todo eso nos da el espantoso ejemplo de un estadista corrompido por los judíos. Este es el "filántropo" que lanza bombas sobre mujeres y niños, el "campeón de la paz" que prepara la guerra, el "gran demócrata" que es mucho más grande dictador que el propio Hitler y el eminente "norteamericano" que, por sus actos, resulta ser judío.

La más calamitosa figura del siglo XX no es Hitler ni Stalin: es Roosevelt.

Y en esos días en que los ejércitos cristianos estuvieron tan cerca de la capital soviética que podían ver los capiteles y los torreones de Moscú y cuando los japoneses atacaron Pearl Harbour, era muy lógico que Churchill tomara el teléfono para decir a Roosevelt: "Ahora estamos en el mismo bote."

¡Stalin, Roosevelt y Churchill! ¡Y detrás de ellos los judíos de Oriente y Occidente: Kaganovich y Baruch!

"El emblema de nuestra nación, la serpiente simbólica, ha cerrado su círculo", dicen los *Protocolos*.

No mucho después de esos acontecimientos, apareció una fotografía en "Life". Harry Hopkins, uno de los asesores más cercanos a Roosevelt y administrador de la Ley de Préstamo y Arriendo, aparece en el centro de un grupo. A su derecha Litvinov Finkelstein ofrece una adulona sonrisa a La Guardia que está entregando, conforme a la ley ya citada, el primer cheque norteamericano a la Unión Soviética. Se trata de la suma de once mil millones de dólares reunidos merced al duro trabajo de los padres y madres norteamericanos para ayudar a la barbarie soviética y al dictador bolchevique.

Bien, ¿acaso un escritor visionario no dijo en

su ignorada profecía: "El judío occidental equipará un ejército de veinte millones de hombres en Oriente para destruir a la Cristiandad y la civilización y establecer el reino judío mundial"?

La profecía de Casandra ha llegado a ser verdad y ya tenemos las pruebas evidentes de quiénes son los verdaderos criminales de guerra.

Forrestal, que llegó a ser secretario de Guerra norteamericano durante la presidencia de Truman y que, probablemente fue asesinado por el poder siniestro que domina el mundo, Forrestal decimos, registró su conversación con Joseph P. Kennedy en su famoso diario con fecha 7 de diciembre de 1945; Kennedy había sido embajador en Gran Bretaña al comenzar la última guerra. En la nota en cuestión se lee: "Hoy jugué al golf con Joe Kennedy. Le pregunté sobre las consultas que tuvo con Roosevelt y Neville Chamberlain en 1938. Piensa que Chamberlain estaba convencido de que Gran Bretaña no tenía medios para luchar contra Hitler. Por lo tanto, Chamberlain no abrigaba la idea de entrar en guerra contra el régimen de Hitler. La opinión de Kennedy en esa época era que la Alemania de Hitler combatiría contra Rusia aunque más tarde se comprometiera en la guerra contra Gran Bretaña. William C. Bullit (también de ascendencia judía), embajador de Roosevelt en Francia en 1939, presionó constantemente a Roosevelt para que asumiera la postura más firme posible contra los alemanes en la cuestión polaca. Si no hubiera sido por el constante estímulo proveniente de Washington, los ingleses y los franceses nunca habrían hecho de la cuestión polaca "casus belli". Bullit sostenía enfáticamente —dice Kennedy— que los alemanes no lucharían. Contrariamente a esa opinión, Kennedy pensaba que los alemanes irían prontamente a la guerra y que podrían invadir Europa. Chamberlain llegó a

la conclusión –dice Kennedy– que Norteamérica y el judaísmo habían llevado a Gran Bretaña a la guerra."

Reconozcamos pues que los verdaderos criminales de guerra nunca comparecieron ante los tribunales de Nuremberg.

CAPITULO SEPTIMO

POR QUE HITLER TUVO QUE DESAPARECER

Todo eso ¿no podría ser simplemente sólo una pesadilla de los "antisemitas"? Después de todo ¿es posible que el cinco o el seis por ciento de una minoría racial empuje a la guerra a un país gigantesco como los Estados Unidos? ¿Es posible que el Soviet y el odiado capitalismo combatan hombro con hombro? Pasaremos revista al poderío de esa minoría racial en esos dos gigantescos países. Comenzaremos con la Unión Soviética, ya que sabemos ahora que sus fundadores y jefes surgieron en su mayoría, de las filas de los conquistadores del mundo.

Durante las grandes purgas, los conquistadores del mundo sacrificaron a algunos de sus militantes. Pero las plazas vacantes fueron ocupadas por otros aun más adictos a la dictadura de Stalin. La mujer de Stalin, Rosa Kaganovich, era hija de Lázaro Kaganovich, ex comisario de la industria pesada del Soviet. Al estallar la guerra el gobierno de la Unión Soviética estaba en manos de seis miembros de la familia Kaganovich y de los jefes de la policía secreta. Beria era también descendiente de judíos. Según informes norteamericanos, las

conversaciones en casa de Stalin se hacían enteramente en idisch aun hasta hace muy poco *.

Muchos de los comisarios tienen mentalidad judaica. La mujer de Molotov es judía, en tanto que Litvinov Finkelstein, ex diputado, comisario de Relaciones Exteriores, de apariencia tan capitalista, era el nexo visible entre las esferas orientales y occidentales de ese nacionalismo tribal.

En 1935 Yeats Brown publicó su libro *European Jungle,* donde leemos (pág. 181): "En el Comité Central del Partido Comunista, que contaba con 59 miembros, el 95% eran judíos, o sea, 56 miembros; los otros tres estaban casados con judías: Stalin, Labov y Ossinsky."

Algunas veces los judíos se arriesgaron a jactarse del poder que ejercen, por ejemplo, en la "American Jewish Chronicle" del 6 de enero de 1933 (pág. 19), donde encontramos lo siguiente: "En la Rusia Soviética de cada tres personas empleadas en la administración, una es judía."

En realidad, esto significa que de tres millones y medio de judíos en la Rusia Soviética más de un millón tiene cargos administrativos en varias posiciones clave de la dictadura bolchevique. Son los partidarios más leales, inteligentes y fanáticos del sistema bolchevique. Llegaron a ser comisarios, dirigentes de partido, leales funcionarios soviéticos, gobernadores provinciales y oficiales superiores, así como comisarios del Ejército y de la N.K.V.D.

Después de la gran purga ordenada por Stalin a fines de 1936, los oficiales de rango superior de las 40 repúblicas soviéticas, o sea, los secretarios del partido que detentaban el verdadero poder ejecutivo eran cuatro rusos, dos armenios, un georgiano, un buryat y cuarenta y un judíos. (*World Service,* 1936, I, 1).

* Recordemos que la edición de la presente obra data de 1958. (N. de la T.).

Cuando en 1941 los ejércitos europeos cruzaron las fronteras soviéticas se asombraron de encontrar que el gobierno soviético era de índole mucho más judía que lo que jamás proclamó la propaganda de Streicher. Desde donde comienza la frontera polaca, en todas las provincias al norte de Stalingrado, exclusivamente eran los judíos alcaldes de ciudades, los comisarios a cargo de granjas colectivas y los jefes de policía. Todos los comisarios del Soviet, todos los oficiales de la policía secreta y jefes militares capturados por los alemanes, pertenecían sin excepción a la misma raza de los conquistadores del mundo.

El Comando Supremo del Ejército Soviético incluía también a muchos judíos y a ese respecto encontramos la cita siguiente en el libro titulado *The Hebrew Impact on Western Civilisation* (El impacto judío en la civilización occidental), publicado en New York en 1951 por el judío Dagobert Davis Runes: "Entre los generales soviéticos que combatieron en la guerra contra Hitler, había 313 judíos."

G. Zaltzman estaba a cargo de la producción de tanques y Abraham Wibbosky controlaba los arsenales y las fundiciones de armas de la Unión Soviética. Mikoyan dirigía toda la producción de guerra y los contratos bélicos.

Por lo tanto, se comprende muy bien por qué esos co-racialistas trataron de huir de las tropas europeas cuando tuvieron ocasión de hacerlo. Pero las poblaciones rusas y ucranianas podrían contar muchos espantosos crímenes cometidos por esos individuos. Las pruebas están casi a la vista. Todo soldado que prestó servicios en el frente ruso podría corroborar esos hechos con su propia experiencia.

El pavoroso poder ejercido por más de un millón y medio de judíos mantuvo así en existencia el llamado sistema soviético. Las afirmaciones de

algunos propagandistas de que el sistema bolchevique no concuerda con los judíos porque éstos adhieren a empresas privadas, resulta sencillamente ridículo. En todas las partes donde se establecía el bolchevismo los judíos cambiaban rápidamente sus posiciones clave en el comercio y la industria por los cargos públicos. De ese modo el almacenero llegaba a ser agente de policía y el tendero, empleado del Estado. El partidario de la primera etapa (de los *Protocolos*) se transformaba en un soldado profesional de la segunda etapa.

Pocos norteamericanos estaban enterados de todo eso. Ya en 1933, Hamilton Fish, legislador de New York, se refirió al carácter judío del Soviet, y ciertas fechas y personajes se publicaron en el "Congressional Records" del 29 de febrero de 1933. Según esa publicación el gobierno soviético, incluyendo los gobiernos de provincias, constaba de 503 miembros de los cuales 406 eran judíos. Además, de los veintitrés miembros del Soviet local de Moscú, diecinueve pertenecían a la raza de los conquistadores del mundo. Entre los 42 editores de la prensa oficial, 41 eran judíos encabezados por David Zaslavsky e Ilya Ehrenburg, que editaba "Pravda".

Douglas Reed, eminente periodista inglés informó en 1938 que el consorcio de la prensa rusa estaba en manos judías y que un tal Epstein controlaba la producción de películas.

Siempre que alguna conexión entre judíos y bolcheviques queda al descubierto, la propaganda occidental prontamente señala que de cuando en cuando se observan tendencias antisemíticas en Rusia. Pero la verdad es que hasta el final de la Segunda Guerra Mundial la Rusia Soviética era el único estado del mundo en el cual el "antisemitismo" fue considerado crimen por la ley y el "criminal" sufría a menudo la pena de muerte. Todo eso es lógica consecuencia de lo enseñado por Lenin:

"El antisemitismo es un medio de la contrarrevolución." Ese credo, en sentido inverso, es una franca declaración de que el bolchevismo es una forma de la dominación judía.

Louis Levine, presidente del Consejo Judío de Socorros Rusos, visitó la Unión Soviética *después* de la IIª Guerra Mundial y escribió una serie de artículos titulados "Rusia Soviética, hoy", en los que atestigua la inalterabilidad de esa dominación. Entre otras cosas escribe: "La Rusia Soviética se ha interesado particularmente por el pueblo judío desde sus orígenes en 1917. Una semana después de la caída del zarismo, el recién nacido gobierno socialista encabezado por Lenin abolió la opresión nacional siendo el primer país del mundo que declaró que el antisemitismo era un crimen."

También mencionaba con orgullo que muchos famosos cirujanos, generales y altos oficiales del Soviet eran judíos.

El mismo Levine, durante una conferencia en Chicago el 30 de octubre de 1946, mientras informaba sobre su visita a Rusia Soviética dijo: "Muchos de los altos funcionarios del gobierno de Rusia son judíos. Muchos otros funcionarios judíos no parecen judíos pero en la intimidad hablan en hebreo o en idisch.

"El pueblo judío es unánime en su amor a Stalin. Lo consideran como el amigo más grande del pueblo judío. Atribuyen a su comprensión de las minorías nacionales y a su conducción la nueva condición exaltada de los judíos soviéticos."

El gobierno judío es el legado sagrado del bolchevismo. Refiriéndose a aquellos judíos que ocupan posiciones clave en el sistema bolchevique, el mismo Lenin dice: "El papel de los judíos será de suma importancia al colocar los fundamentos del nuevo orden mundial. Los judíos poseen características de adaptabilidad junto con amplia inteligencia y extrema crueldad. Un ruso nunca

trataría a un contrarrevolucionario tan cruelmente como lo hace un judío. (Lenin, *God of Godless*, por F. Ossendowski.)

En las dictaduras modernas todo está bajo el control de un poder oculto, más exactamente, bajo el control de la persona o grupo que empuña la ametralladora. La afirmación precedente y el testimonio sincero de una importante personalidad judía muestran claramente que en la Unión Soviética ese poder absoluto, basado en las actividades de un millón de judíos en posiciones clave es, en realidad, el poder ejercido por el judaísmo sobre la Rusia Soviética.

Un judío es un judío más que nada aun cuando esté comprometido activamente en la causa del bolchevismo. Primero y por encima de todo es un judío y sólo después es bolchevique, así como es principalmente judío antes de llegar a ser un campeón de la democracia. Considera el establecimiento del poder judío y la seguridad como asunto de suprema importancia; una vez que eso se logre se impartirá carácter judío al bolchevismo o a la democracia, según corresponda. Por lo tanto, puede afirmarse con verdad que de hecho la Rusia Soviética no está bajo la dictadura bolchevique sino bajo la dictadura judía.

El bolchevismo como democracia liberal sirve sólo de excusa o encubrimiento. Desde el punto de vista judío, el bolchevismo representa una fase del desarrollo del poder judío superior a la democracia. En un gobierno democrático siempre existe el peligro de que en cierto momento estadistas clarividentes o demagogos hábiles consigan poner al descubierto el poder ilegal oculto y desenmascarar a sus detentadores. Aunque los judíos pueden controlar casi todo en la democracia queda empero un dos por ciento de posibilidades de perderlo todo. Pero en la Unión Soviética no hay ni siquiera un medio por ciento de posibilidades,

porque allí el poder que ejercen los judíos es absoluto. El pueblo ruso está reducido a la condición de siervo, carne de cañón y obreros esclavos del poder judío.

Pero echemos una mirada más atenta a esa democracia liberal que, al entrar en guerra, llegó a ser aliada de Rusia gracias a los esfuerzos de Roosevelt y de sus asesores. Los Estados Unidos ¿siguen siendo la América de Washington, Lincoln y Jefferson? Mientras el asalto al poder en Rusia se consiguió con ametralladoras, la misma hazaña puede también repetirse en el caso de la democracia liberal aunque sea por otros medios. Allí el liderazgo judío puede materializarse a través del monopolio de la prensa, del oro y del control monetario, e influyendo secretamente en la vida pública.

Como dijimos antes, cuando Norteamérica entró en la IIª Guerra Mundial, de los 72 consejeros de Roosevelt, 52 eran judíos. Según el libro *The Hidden Empire* el 8 % del ingreso nacional de Estados Unidos está controlado por judíos. Detrás de Roosevelt se movía la banca mundial con una red financiera que cubría la totalidad del globo. Cuando Roosevelt llegó al poder, el Departamento de Estado y las posiciones clave del gobierno fueron inmediatamente copadas. Paralelamente a ello se inició una gran purga en las filas de las fuerzas armadas, como resultado de lo cual los oficiales con tendencia "nazi", es decir, aquellos que probablemente no sentirían demasiado entusiasmo por luchar en la guerra de Roosevelt fueron eliminados.

Robert Edward Edmondson en su libro *I Testify* (pág. 46) hace una original descripción de la administración de Roosevelt dándole la forma de la "Magen David" (estrella de seis puntas). En el centro de la estrella se ve a Roosevelt con su administración rodeado en los cuatro lados por L. D. Brandeis, Félix Frankfurter, Bernard M. Baruch

y Henry Morgenthau Jr. En las seis puntas de la estrella se encuentran los siguientes nombres que corresponden a los que tienen un verdadero poder, aquellos que en realidad dirigen el gobierno de los Estados Unidos:

1. El rabino Stephen S. Wise, Sidney Hillman, Samuel Dickstein, Herbert H. Lehman, James P. Warburg, Samuel I. Roseman.

2. Dave Stern, Henry Horner, Louis Kirstein, David J. Saposs, E. A. Goldenweiser, el rabino Samuel Margohes.

3. A. Cohen, Gerald Swope, Adolf J. Sabbat, Isidor Lubin, Jr., Mordekai Ezekiel, Moissaye J. Olgin.

4. Samuel Untermayer, Benjamín Nathan Cardozo, F. H. La Guardia, Dave Dubinsky, Jerome Frank, Robert Moses.

5. A. Goldman, W. C. Bullitt, A. J. Altenmeyer, L. A. Steinhardt, Albert Einstein, Rose Scheiderman.

6. H. Feis Ben Cohen, Nathan Margold, Walter Lippman, David E. Lilienthal, William M. Leiserson.

Se trata de un poder terrible si recordamos que fue apoyado por toda la prensa, por todos los editores judíos dirigidos por Arthur Hays Sulzberger y por todas las cadenas de radio dirigidas por David Sharnoff y también por la propaganda de la industria fílmica de Hollywood con su 95 % de mayoría judía encabezada por Adolf Zukor. No debemos omitir las diversas facciones político-laborales y las ligas dirigidas por Sidney Hillman, Dubinsky y otros similares ni los diversos tribunales de justicia en los cuales ahora los judíos someten a juicio a los descendientes de los primeros colonos del país. Intimamente relacionados con ese poder encontramos a La Guardia, el alcalde de la ciudad más grande de los Estados Unidos y, a su alrededor legiones de judíos comunistas, así como

a Herbert H. Lehman, gobernador judío del Estado de New York. Luego tenemos a Einstein, Oppenheimer, Leo Szilard y Lilienthal, el sumo sacerdote de la nueva secta atómica, reforzados por vengativas masas de refugiados de Alemania, Italia, España, Hungría, Rumania, Checoslovaquia y Polonia que llegaron a ocupar posiciones clave en la producción de la guerra norteamericana. Son los que contribuyeron a la propaganda de la Secretaría de Guerra, el 95 % de los cuales estaba imbuido de un odio semejante al que se encuentra en los textos del Antiguo Testamento.

Desde esas posiciones prepararon una guerra de venganza de la cual se excluyó la misericordia y la decencia, por no mencionar la caballerosidad de tiempos pasados. De ese modo degradaron la guerra a una serie de bestiales matanzas. Por medio de la O.N.U. se prepararon a intercambiar las posiciones norteamericanas clave por los puestos ministeriales en el gabinete del futuro gobierno mundial. Ben Gurion y Chaim Weizman se prepararon a reavivar y restablecer uno de los principales pilares del gobierno mundial, el Estado de Israel. Dieron órdenes a los soldados de Washington y reemplazaron la insignia de la Cruz Blanca sobre los cascos de acero de la Sexta División Norteamericana por la Magen-David (la estrella de seis puntas). Ordenaron el bombardeo no sólo de los alemanes sino de todos los monumentos de la cultura europea. Entregaron armas a la Unión Soviética y le entregaron once mil millones de dólares sacados del bolsillo de los contribuyentes norteamericanos.

Ese nacionalismo judío no guarda rencor a la Unión Soviética. Pero si Hitler hubiera ganado, o si las naciones cristianas hubieran hecho las paces entre ellas, entonces eso podría haber significado el fin de la dominación mundial. Pero si los guerreros de las dos fases diferentes siguen los

planes de los Sabios de Sión y unen sus fuerzas con seguridad lograrán su gobierno. Entonces, los líderes capitalistas y bolcheviques del mismo nacionalismo dominarán el universo. Esa es la gigantesca coalición de la mal informada población norteamericana y la masa de 200 millones de pueblos esclavizados por la Rusia Soviética.

El pacto Stalin-Ribbentrop fue en sí una trampa para los alemanes. Los escrúpulos y dudas del Estado Mayor Alemán, formado en las doctrinas de Clausewitz, contra una guerra de dos frentes, tuvieron que descartarse. Así fue más fácil llevar a los alemanes a la IIª Guerra Mundial, que en realidad les declaró el Congreso Judío en 1933. Cuando más tarde Hitler se encontró repentinamente con la guerra sobre su cabeza, Molotov, el marido de la bella Karpovshaja, apareció en Berlín y puso sobre el tapete las exigencias del Soviet. Los judíos que habían desaparecido temporariamente tras la puerta del Kremlin en agosto de 1939, reaparecen en escena una vez más. Hitler tiene ahora en sus manos una guerra terrible en varios frentes.

Mientras tanto, los nuevos inmigrantes se esparcen por los Estados Unidos clamando venganza. La inmigración para ese entonces había llegado a ser un exclusivo derecho y un privilegio de los judíos. La Sinagoga Judía contaba en 1930 un activo de 4.081.242 miembros. Mientras, según el Almanaque Mundial de 1949, esa cifra debió haberse incrementado rápidamente ya que, en 1947, los miembros ascendieron a 4.770.647. Los judíos ahora constituían un porcentaje anual notable de la inmigración. En 1936 ese porcentaje era 17,21 %; en 1937, 22,59 %; en 1938, 29,07 %; en 1939, 52,35 %; en 1940, 52,21 %; en 1941, 45,83 %; en 1942, 36,86 %; en 1943, 13,83 %. Esos judíos recién llegados, emigrados de los países de Europa Oriental no llegaron a colocarse en la parte infe-

rior de la sociedad norteamericana, no vivieron la mísera vida de los refugiados. Al contrario, ocuparon buenos puestos en la prensa norteamericana, en las profesiones, en la política y en el mundo del cine.

Tampoco fueron comerciantes y hombres de negocios. Fueron portadores del odio, la venganza y bolchevismo que destruyó a la Santa Rusia.

Toda esa podredumbre que, en principio, originó el ascenso del nacional-socialismo y que causó la caída de la República de Weimar llegó ahora a reinstalarse definitivamente en América, donde según el libro *The Iron Curtain over America*, el término "Cuarto Reich" llegó a ser el apoyo que recibieron los sectores invadidos y ocupados por los inmigrantes que habían huido de Hitler. Sus voces se escucharon en las estaciones de radio norteamericanas; hablaban diez o quince lenguas. Sus artículos fueron leídos por millones de personas en los periódicos nacionales. Los métodos humanitarios de la democracia norteamericana no fueron del agrado de esa gente. Por lo tanto, alabaron al Soviet en América e hicieron los mayores esfuerzos por vaticinar la destrucción de la democracia norteamericana si no se decidía a ayudar a la Unión Soviética. Para ellos el verdadero amigo y liberador no era Norteamérica sino la Unión Soviética.

El "New Yor Tribune" publicó, en su número del 22 de diciembre de 1938, una carta de Sarah Finkelstein protestando contra un artículo reciente en el que se afirmaba que de los 400 mil judíos de Chicago, muy pocos se habían inscripto en el partido comunista. Sarah Finkelstein declara en su carta que había vivido en Chicago durante 13 años y que sabía por propia experiencia que el 98 % de los 400 mil judíos de Chicago eran todos comunistas conocidos.

Y ahora simultáneamente, la justicia para la humanidad provenía de New York y del Kremlin. Era la guerra de los judíos, y la paz sería de ellos también.

"Quienquiera que sea el que gane esta guerra, nosotros seremos los verdaderos vencedores!"

CAPITULO OCTAVO

LOS VERDADEROS VENCEDORES DE LA IIa. GUERRA MUNDIAL

Cuando los Estados Unidos entraron en la IIª Guerra Mundial mucha gente creyó que la democracia más grande del mundo iba a combatir por los principios de la Carta del Atlántico*. Una propaganda falaz hizo creer al 83 % de la mayoría de los norteamericanos, que era contrario a la guerra, que el bolchevismo equivalía a la democracia, que el terrorismo soviético era la libertad y que, por lo tanto, era absolutamente necesario cruzar el océano y salvar a la "humanidad".

Una cierta parte de la Europa beligerante cayó en la trampa de esa propaganda. Los que organizaron movimientos de resistencia, y los reacios a entrar en guerra del lado del Eje esperaban que Roosevelt no desataría el azote del bolchevismo

* La Carta del Atlántico es un documento de ocho puntos redactada por Winston Churchill y el presidente Roosevelt después de su entrevista, en un barco de guerra en el Atlántico en agosto de 1941. Aunque era un documento muy importante ya que declaraba las intenciones de Gran Bretaña y Estados Unidos, en realidad no se firmó (para obviar la necesidad de la aprobación del Senado de Estados Unidos). Los ocho puntos son, sumariamente, los siguientes:

1º. No se hará ampliación territorial en sus países. 2º. No habrá cambios territoriales sin la conformidad de los

sobre Europa. Todo parecía indicar que, al fin y al cabo, el capitalismo norteamericano y el bolchevismo soviético nunca podrían llegar a una alianza permanente. Parecía increíble que la democracia norteamericana libraría la guerra ideológica contra la "forma alemana" de dictadura en alianza con la más cruel de todas las dictaduras.

Pero esa apariencia era engañosa, porque el nazismo judío supranacional era la verdadera fuerza cohesiva de la alianza, esa fuerza que, como ya sabemos desempeñó tan importante papel en la administración de Roosevelt así como en el sistema soviético de Stalin y Kaganovich.

Para los que estaban entre bastidores, la guerra tenía solamente una meta: el establecimiento de su poderío mundial absoluto. Si eso no podía lograrse entonces, de acuerdo con el antiguo lema: "Divide et impera", el globo debía dividirse en hemisferio oriental y hemisferio occidental, que serían dominados uno por la ametralladora, y otro por el oro, pero la ametralladora y el oro habían de estar en las mismas manos. *¡Un solo mundo!*

Eso no está escrito en el libro sagrado del "Führer" judío: "Devorarás todos los pueblos, que el Señor Dios tuyo te ha de dar" (*Deut.* 7: 16).

No olvidemos que la guerra total no es un invento de los modernos estrategos y que la Torah, el *Mein Kampf* de los judíos, señala el camino de los que luchan por el principio de un "mundo único".

pueblos interesados expresada libremente. 3º. Se respetará el derecho de todos los pueblos de elegir su propia forma de gobierno. 4º. Todos los estados, sin discriminación, tendrán libre acceso a las materias primas y al comercio. 5º. Se perfeccionarán las normas laborales y de seguridad social. 6º. Habrá libertad contra el temor y la necesidad. 7º. Habrá libre navegación en los mares sin impedimentos. 8º. Las naciones agresoras serán desarmadas mediante un sistema permanente de seguridad general.

"Antes bien los trataréis así: Derribad sus altares y quebrad sus estatuas, y talad sus bosques y quemad sus esculturas" (*Deut.* 7:5).

"... Yo destruiré sus altares!!" La Carta del Atlántico se percibe aquí con su propaganda de escaparate, cuyo texto fue escrito por Samuel Roseman, según la revista "Time" del 18 de agosto de 1941. Hagamos creer a los muchachos norteamericanos que van a luchar por ideales superiores. Pero los *Protocolos* dicen que los planes verdaderos serán conocidos únicamente por nosotros. *"Violencia e hipocresía"*. Si bien la Carta del Atlántico es lo que prometimos no preparamos la libertad para el mundo sino una servidumbre total y absoluta. Diremos a los alemanes que sólo queremos eliminar a los "nazis" pero nuestros planes están listos y los pondremos en práctica.

Y así en 1941, aun *antes* de que Norteamérica entrara en guerra Maurice Gomberg publicó ciertos planes referidos a "Un nuevo orden ético universal para la paz permanente y la libertad". (Maurice Gomberg, Philadelphia, February, 1942). Véase la página 104 del libro de E. J. Reichenberger *Europa in Trümmern* (Europa en ruinas). Eso se aprecia en un mapa impreso en Filadelfia. Se trata de la evidencia más incriminatoria en contra de aquellos que soñaron con exterminar a todas las naciones y razas antes de que Norteamérica entrase siquiera en guerra.

El trabajo se presenta de tal manera que parece ser el bosquejo de un mapa mundial después de la IIª Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos (lo que entonces equivalía al gobierno judío mundial) querían asumir el control universal y aspiraban a establecer el "Nuevo orden moral universal" para asegurar libertad, justicia y seguridad duraderas y llevar a cabo la reconstrucción.

Pero las notas aclaratorias anexas resultan aun más interesantes que el mismo mapa porque nos

muestran que debe construirse un nuevo "orden moral mundial". En ese nuevo orden ético, las morales talmúdicas estarán en ventaja. He ahí el despotismo del estado judío mundial. "De nosotros proviene el terror que todo lo envuelve", dicen los *Protocolos* y los organizadores del nuevo orden mundial se ocupan aquí, evidentemente, de enumerar todo lo que han soñado y deseado y lo quieren llevar a cabo. Bastará exponer aquí los puntos salientes de esos planes.

La Unión Soviética en colaboración con Estados Unidos tendrán control exclusivo sobre Austria y Alemania para preservar la libertad (!) y la paz, con el fin de "reeducar" a esos estados y posteriormente anexarlos como miembros pares de la U.R.S.S.

Después de la guerra, la Tierra Santa, hoy llamada Palestina, estaba unida a Transjordania y territorios anexos por "derecho histórico" así como sobre la base de la necesidad de poseer una república judía independiente y desmilitarizada para facilitar los problemas de los refugiados. El territorio judío aparece en el mapa como "Tierra de los Hebreos".

En cuanto a los criminales de guerra, aún no existían declaraciones de Moscú, dado que, excepto las matanzas de Bromberg, no se tenía conocimiento de ningún crimen de esa índole. Sin embargo, la judería norteamericana se preparaba para anunciar a Nuremberg por anticipado. La cláusula Nº 30 del mapa afirma: "Los perpetradores criminales y sus cómplices en esa odiosa guerra serán llevados a la justicia y se les impondrá un castigo memorable."

También estaban ya listos los planes de asesinatos y deportaciones de naciones enteras y se llevaron a cabo en Postdam donde los esquemas esbozados por el judaísmo mundial en 1940 fueron firmados sumisamente por los Aliados.

Según ese mapa, Canadá, Groenlandia, las Azores y las islas Canarias así como innumerables islotes, situados entre Japón y Australia, pertenecen a los Estados Unidos como protectorados. Sumatra, Java y Borneo son anexados al Imperio Británico. Las *fronteras de la Unión Soviética se extienden hasta Colonia y el Rhin es la frontera occidental del bolchevismo.* "Nuestras fronteras están sobre el Rhin", ¿acaso no lo dijo Roosevelt? Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia y Rumania aparecen como estados miembros de la U.R.S.S.

Ese mapa es otra prueba escandalosa de que la meta del mundo judío es arrebatar su independencia a las naciones pequeñas y poner a todo el universo bajo el yugo de su reinado de terror. Austria y Alemania, de color rojo en el mapa, son puestas "en cuarentena". China parece retener su carácter de estado independiente pero Irán figura en el mapa como parte de la Unión Soviética. Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suiza, España y Portugal figuran en el mapa como miembros de los nuevos Estados Unidos de Europa.

Las notas del mapa nos enseñan que los ciudadanos japoneses, al igual que personas de origen japonés y, por ende, de dudosa fidelidad, *han de ser expulsados a perpetuidad del hemisferio occidental.* También serán expulsados de las islas bajo el protectorado de los Estados Unidos. Sus patrimonios serán confiscados e incautados a cuenta de la reconstrucción de posguerra. Todos los ciudadanos alemanes e italianos, así como las personas estrechamente relacionadas con ellos, que difundieron ideas nazis y fascistas serán tratados de igual modo. (Resulta revelador que el gobierno de Estados Unidos ni siquiera hoy es capaz de devolver el activo de 300 millones de dólares embargados a los alemanes.) La inmigración al he-

misferio occidental de alemanes, italianos y japoneses y a las islas bajo el protectorado de Estados Unidos ha de interrumpirse definitivamente.

Aquí la judería mundial retorna a los antiguos mandamientos de la Torah, cuyas metas eran asegurar un gobierno judaico indiviso sobre el hemisferio occidental.

"Y te las entregare el Señor Dios tuyo, las pasarás a cuchillo sin dejar uno solo. No harás alianza con ellas ni tendrás compasión de ellas" (*Deut.* 7:2).

Con el propósito de purificar a los agresores nazis de su chauvinismo militar, de destruir su poder bíblico, de *recobrar el botín y de reeducarlos* para que regresen al círculo familiar de las naciones, los territorios alemanes, japoneses e italianos serán puestos en cuarentena por tiempo indefinido y serán administrados por gobernadores supervisados por las Naciones Unidas.

En suma, aquí encontramos prefigurados, mucho antes de estallar la guerra, acontecimientos que se produjeron después de 1945. ¿Y acaso no hemos visto el pago de reparaciones hecho por Alemania Occidental a Israel junto con la ocupación de gran parte de Europa por los reeducadores, los agentes del C.I.C. y desmanteladores del pretendido aunque frustrado plan Morgenthau, y finalmente el gobierno, en nombre de la judería, de territorios europeos puestos a cargo de "títeres" rusos y norteamericanos?

La magnitud de la conquista mundial de los judíos se demuestra por el hecho de que, de todos los objetivos y las promesas de guerra, la Carta del Atlántico incluso, sólo se cumplieron planes antes mencionados con algunas pequeñas modificaciones.

Toda la materia prima y los productos industriales de los territorios en cuarentena, prosigue la Cláusula 37 del orden mundial, serán empleados en la reconstrucción de la posguerra.

Otras cláusulas explican que todas las personas nacidas en Prusia oriental o en tierras renanas serán expulsadas de los territorios ocupados y sus posesiones confiscadas como reparación.

Por razones militares potenciales deberá elaborarse un plan para controlar la tasa de natalidad en los territorios en cuarentena para así reducir el poder numérico de las naciones agresoras.

Ese es el primer ejemplo en la historia de la humanidad de que una minoría nacionalista haya renunciado abiertamente a leyes naturales y haya proclamado su intención de destruir a las otras naciones.

"Y tú destruirás a todas las gentes que el Señor Dios te entregara...", declara la Torah.

Esa es la oportunidad, por lo tanto, de expatriar a los pueblos de Prusia oriental, de las tierras del Rhin y de otros países orientales. Veinticinco millones de cristianos desplazados deben ser expulsados de su suelo natal, debe practicarse el control de la natalidad, y debe ponerse en funcionamiento el plan Morgenthau que podría significar el hambre para el 40 % de la población de Alemania.

Jamás la judería mundial podrá borrar esas horrendas acusaciones criminales, más aún puesto que no sólo preparó los planes sino, como ya veremos, también los puso en práctica.

El plan Gomberg de asesinatos, respaldado por las más poderosas organizaciones judeo-norteamericanas y sus métodos no son nuevos. Varios miles de años atrás Moisés le había prescripto a ese nazismo tribal cómo debía llevarse a cabo una guerra y también la manera de hacer la paz: "Y cuando el Señor Dios tuyo la entregare en tu mano, pasarás a filo de espada todos los varones que hay en ella. Mas no a las mujeres, ni a los niños, las bestias y las otras cosas, que hubiere en la ciudad. Repartirás entre el ejército toda la presa, y comerás de

los despojos de tus enemigos, que el Señor Dios tuyo te diere" (*Deut.* 20:13-14).

La Carta del Atlántico es hasta ahora nada más que mera ostentación en el escaparate de las promesas.

Samuel Fried, el conocido sionista y pacifista, no oculta la psicosis de asesinatos masivos que surge de los borradores de los tratados de paz más recientes; a principios de 1930, cuando aún estaba el fresco recuerdo de la Iª Guerra Mundial.

"Los pueblos temerosos del restablecimiento del poder alemán nunca volverán a ver la restauración del poder militar de Alemania. Tendrán que extirpar en germen todo esfuerzo por restablecerlo y, finalmente, si el peligro persiste *destruiremos a esa nación odiada por todos, mediante partición y desmembramiento, así como por implacables asesinatos masivos*".

En 1934 Samuel Roth caracterizó el intenso odio manifestado más tarde en la propaganda y planes de paz de la IIª Guerra Mundial. En su libro *Jews must live*, editado por la Golden Press Inc., escribe lo siguiente:

"Seguimos siendo la estirpe de Abraham, Isaac y Jacob. Nos mezclamos con todas las naciones so pretexto de que huimos de las persecuciones, *nosotros los más implacables perseguidores cuya crueldad no tiene igual en los anales de la historia de la humanidad*".

Antes de 1945 se difundió la creencia de que el llamado "judío bolchevique", lleno de resentimiento y amargura, no había tenido oportunidad de acceder a la cultura y por eso se transformó en un sádico no bien empuñó una ametralladora. "Pero los cultos judíos occidentales son diferentes", dice el refrán popular. Eran humanitarios y filántropos que contribuyeron generosamente a la Cruz Roja y con fondos para alimentos. Solamente el terror sangriento de Mandel-Rothschild, el se-

cretario del Interior francés, preanunció en 1940 el destino que podía caberle a Europa si esos humanitarios volvieran al Continente como vencedores.

Ese Mandel-Rothschild ejecutó a varios cientos de franceses en nombre de la unidad nacional exigiendo la resistencia de todos los ciudadanos contra el peligro alemán. Más tarde, cuando cayó el frente francés, Mandel-Rothschild fue el primero en huir de Francia. Pero por entonces sus manos estaban manchadas con la sangre de cientos de franceses.

Su conducta política fue la primera evidencia de la intensa pasión y animosidad odiosa que se ocultan bajo la capa de cultura y humanitarismo del judío occidental.

Cuando al comienzo de la IIª Guerra Mundial la voz de la prensa y de la radio de Occidente fueron salvajemente distorsionadas y se difundieron lemas de un mundo "humanitario" (como ser que "los alemanes ingieran arsénico", emitido por un periodista norteamericano), se multiplicaron las pruebas que demostraban que ya no se trataba de un espíritu bélico, y mucho menos el de la Convención de Ginebra, sino de crimen a secas. Es extraordinario oír a hombres de gran capacidad intelectual, tales como escritores, profesores universitarios y publicistas, hablar tan imprevistamente, en pleno siglo XX, el lenguaje de los profetas del Antiguo Testamento para incitar al asesinato. Causa conmoción enterarnos de que en el interior de las logias masónicas, "oficinas editoriales democráticas" y asociaciones sionistas, se elaboran y escriben libros, artículos, ensayos y discursos políticos en todos los cuales se proclama el crimen. No se habla aquí de circunstancias de la guerra sino de crímenes, matanzas y crueldades planeadas para ir en busca de la paz.

Th. Nathan Kaufman, en su libro *Germany*

Must Perish (editado en Newark, ver pág. 104) ya en 1941 escribió que después de la guerra, Alemania debe ser desmembrada totalmente. Kaufman pedía que *la población alemana, hombres y mujeres, sobrevivientes de los bombardeos aéreos, fueran esterilizados con miras a asegurar la extinción total de la raza alemana.* El mismo odio se advierte en el libro de Maurice Dodd, *How Many World Wars* (New York, 1942) donde el autor proclama que después de esta guerra no deben quedar restos de Alemania ni de la raza germana. Charles G. Haertman en su libro *There Must be no Germany after War* (New York, 1942) pide también la exterminación física del pueblo alemán. Einzig Palil, escritor judío-canadiense, en su libro *Can We Win the Peace?* (London, 1942) adopta idéntica actitud al pedir el desmembramiento de Alemania y la destrucción total de la industria germana. Ivor Duncan, otro escritor judío, en su artículo "Die Quelle des Pan-Germanicus", aparerecido en marzo de 1942 en el "Zentral Europe Observer", pidió la esterilización de cuarenta millones de alemanes. Estimó que esto costaría en total cinco millones de libras esterlinas.

Douglas Miller, en el "New York Times" afirmaba en 1942 que setenta millones de alemanes eran demasiado. Las exportaciones e importaciones debían por consiguiente, ser reguladas para que murieran de hambre más de cuarenta millones de alemanes.

En la biblioteca de la American House en Munich en la página 456 del libro norteamericano titulado *Joy Street* de Keyes, escrito para la mayor gloria de la propaganda de ultramar leemos; "Como dijo el mayor David Salamon: Si hubiera tenido ocasión de elegir mi trabajo en esta guerra, habría escogido la misma tarea que se me ha asignado ahora; a través de Francia y Alemania

destruirlo todo. La historia nunca registró una guerra semejante. *Estoy contento de poder decir a mis nietos que estuve allí y tomé parte en la venganza, por ello doy gracias a Dios.*

Cuando llegamos por fin a Alemania comenzamos a destruir y a devastar todo. Entonces comprendí que eso era lo que había estado esperando, que para eso había vivido. *Mi única pena es que no pude destruir y matar más porque no nos quedó tiempo.* Cuando llegamos a Wiesbaden nuestro ritmo se hizo más lento porque no había quedado nada que pudiéramos atacar, bombardear o matar. Habíamos hecho un trabajo tan perfecto que tuvimos que detenernos por un tiempo."

Esas son las "Cartas del Atlántico" de los hombres ambiciosos que buscan bolchevizar el mundo y destruir las naciones, y que en gran parte lo han conseguido. De esta suerte, la gran visión de los *Protocolos* vive a través de la guerra. A veces puede creerse que es pura propaganda. Pero la barbarie es contagiosa y en último término infesta aun a funcionarios responsables.

Detrás de Morgenthau, Harry Dexter White y otros campeones de la cultura, trazaron planes para la destrucción total de Alemania. La Carta del Atlántico puede prometer libertad pero las proposiciones de los federalistas del mundo ya están preparadas. Son los sueños del mismo y único "nazismo" supranacional: abolir todas las fronteras nacionales junto con la libertad e independencia de las naciones y establecer el gobierno mundial: justamente lo que prescriben los *Protocolos.*

"En lugar de los gobiernos de hoy instalaremos un espantajo que será llamado la Súper Administración de Gobierno. Su poder se extenderá en todas las direcciones como tenazas y su organización será de dimensiones tan colosales que no

podrá menos que someter a todas las naciones del mundo." (*Protocolo* V).

No hay duda de que los mandatos de los *Protocolos* fueron obedecidos por los Federalistas Mundiales Unidos durante la guerra cuando sometieron sus proyectos para un gobierno mundial. Esos proyectos eran exactamente lo contrario de los principios proclamados en la Carta del Atlántico.

"Las naciones deben renunciar a su soberanía en favor de un gobierno mundial porque la era de las naciones independientes ha concluido", subrayó Robert Hutchins, canciller de la Universidad de Chicago. "Todos los ejércitos, flotas, fuerzas aéreas y bombas atómicas deben pertenecer al gobierno mundial. El Canal de Panamá, Gibraltar, Okinawa, los Dardanelos, Aden, Singapur y el Canal de Kiel deben estar bajo la administración del gobierno mundial. Las leyes de inmigración y de ciudadanía deben ser abolidas. Debe establecerse un tribunal y un banco mundiales. Debe formarse el gobierno mundial."

"La cosa más importante es destruir esa peligrosa perversión llamada patriotismo."

¡Un solo mundo! Un gobierno mundial compuesto por 52 asesores judíos de Roosevelt. En lugar de patrias independientes quedará un solo país, un país que pertenezca a los conquistadores del mundo. Habrá un solo patriotismo: el nacionalismo del mundo judío.

No solamente los judíos participan en esta planificación. Detrás de ellos están los socialistas fabianos, las logias masónicas e incluso ciertas sectas protestantes.

Solo poco tiempo después se supo por las investigaciones del comité Mc Carthy, y por el libro de John T. Flynn *The Road Ahead* qué poderosa había llegado a ser durante la IIª Guerra Mundial, cierta secta protestante norteamericana que veía

en el sistema bolchevique el cumplimiento de algunos de los ideales de Cristo. Fue la misma especie de aberración que aturdió al mundo cristiano setecientos años atrás cuando se enteró de las conquistas de Genghis Kan. Pero en Oriente se difundió el rumor de que había surgido un gran imperio cristiano, no el imperio de los mongoles sino del Prestre Juan. Se decía que gobernaba el reino terrenal de Cristo que pronto se establecería en Europa para llevar a cabo los ideales del cristianismo.

Fue esa una de las supersticiones de la Edad Media, mientras que el rumor referente al Soviet no era más que propaganda cuidadosamente planeada, proveniente de las logias masónicas y en los círculos judíos. Los marxistas se infiltraron en las filas del Consejo de Iglesias de América y empezaron a difundir la notable teoría del "Reino de Dios". Según el Dr. Jones, América representa la "mejor cualidad" del individualismo mientras que Rusia simboliza la "mejor cualidad" del colectivismo.

Pero ese "Reino de Dios" no es el Reino de Cristo que "no es de este mundo". Es el *Reino de Jehová, el Imperio del "Nazismo"* del Antiguo Testamento. Es el Reino de David anunciado por los *Protocolos* y representa al gobierno absoluto e indiscutido en todo el globo.

Pero para lograr esto se necesitan muchas batallas, mucha efusión de sangre, muchos planes y bombardeos aéreos. Porque aunque ensangrentada y bombardeada Europa aún se yergue entre el Occidente y el hombre "cooperativo" de Oriente, entre el judío occidental y el oriental. "Antes bien los trataréis así: Derribad sus altares y quebrad sus estatuas, y talad sus bosques, y quemad sus esculturas" (*Deut.* 7:5).

El blanco del bombardeo esta vez ya no fue el

nacional-socialismo alemán sino la Pinacoteca de Munich, las casas de obreros y el monasterio de Montecassino, cuna de la cultura cristiana de Europa. Ahora, el blanco lo constituyen los dos mil años de Cristiandad, junto con su símbolo —Cristo crucificado— que fue escupido por los abuelos polacos de Morgenthau mientras cruzaban las llanuras de Polonia. (Jean y Jerôme Tharaud: *In the Shadow of the Crucifix.*)

Hay prueba de que el judaísmo desbarató, durante la IIª Guerra Mundial, todos los esfuerzos para lograr un armisticio y establecer la paz y la comprensión. Los asesores intelectuales de Roosevelt estuvieron detrás de la demanda de rendición incondicional, y Morgenthau, al aparecer personalmente en Casablanca, obligó a Roosevelt a ser inflexible en exigirla. *Con esta maniobra la judería logró que la guerra se prolongara dos años más.*

Aunque no tuviéramos pruebas de las aspiraciones judías, el famoso plan Morgenthau seguirá siendo un documento perpetuamente incriminatorio. No pudo probarse ni siquiera en Nuremberg que el régimen de Hitler tuviera intención de aniquilar a los judíos. Sin embargo, los judíos en su ciega sed de venganza quisieron destruir al 40 % de noventa millones de alemanes.

El plan Morgenthau es una prueba histórica tremenda e innegable de lo que afirmamos. El judaísmo deseó, con premeditada sangre fría, asesinar a toda una nación. Cabe señalar que los detalles completos de ese plan nunca se publicaron en Norteamérica. Tal vez eso hubiera resultado demasiado incluso para la opinión pública norteamericana. Pero los planes del señor Morgenthau, secretario del Tesoro en el gobierno de Roosevelt, apuntaban a privar a Alemania de su industria y de todos los medios de sustento; ¡hasta se prohibió el cultivo de la remolacha azucarera!

"Convertiremos a Alemania en país de pastores", afirmó la radio al servicio de Morgenthau.

El Convenio de Quebec es otra irrefutable prueba de lo mismo: "El propósito de este programa es transformar a Alemania en un estado principalmente agrícola y nómade". (William L. Newman, *Making the Peace*, 1941-1945, pág. 73).

¿Quién es Morgenthau? Mc Fadden, un congresal norteamericano, dijo de él en el Congreso (24 de junio de 1934): "Por su matrimonio se relacionó con Herbert Lehman, gobernador judío del Estado de New York, y por matrimonio o de alguna otra manera está relacionado con Seligman, propietario de la gran firma bancaria internacional de J. y W. Seligman, que una investigación del Senado demostró que había intentado sobornar a un gobierno extranjero. Morgenthau estaba relacionado con Lewinsohn, banquero judío internacional, y también con los Warburgs, que juntos controlan la Kuhn, Loeb & Co., el International Acceptance Bank y el Bank of Manhattan, que, además tienen otros muchos negocios e intereses financieros en el país y en el extranjero. Dichos banqueros provocaron un déficit de tres mil millones de dólares en el Tesoro de los Estados Unidos y aún deben esa suma a los contribuyentes estadounidenses. Morgenthau está relacionado también con la familia Strauss y con varios otros miembros del ámbito bancario judío en New York, Londres, Amsterdam y otros importantes centros financieros."

Morgenthau fue subsecretario del Tesoro durante la gran crisis financiera. Cuando Roosevelt le ordenó elevar el precio del oro a 35 dólares la onza fina, obedeció prontamente y, por la noche, anotó en su diario: "Si el público hubiera sabido cómo fijamos el precio del oro habríase impresionado fuertemente."

Morgenthau sugirió que Roosevelt comprara 100

millones de onzas de plata por encima del precio común para conquistar así la buena voluntad de los senadores que representaban a los "estados de plata" de los Estados Unidos y de esa manera Roosevelt anotaría un tanto en pro de su victoria en las próximas elecciones presidenciales. Ese uso del dinero de los contribuyentes significaba un negocio espléndido para los bancos de la familia Morgenthau a la vez que promovía la reelección presidencial de Roosevelt. Significó para 450 millones de chinos y 350 millones de hindúes una desesperada situación económica. En la China y en la India, la plata es el único metal con que se acuñan monedas, y el precio de la plata debido a la operación ya mencionada subió cada vez más. Después de la operación de Roosevelt con la plata, China pudo solamente exportar vendiendo sus productos un tercio más barato que antes y por lo tanto su población sufrió más hambre que antes. En esa época provincias enteras se afiliaron al partido del jefe comunista Mao Tse-Tung.

Por lo tanto Morgenthau es el que le seguía a Bernard Baruch como más poderoso dirigente de la judería. Está apoyado por la prensa, la banca mundial y las masas nacionalistas de los conquistadores del mundo, unánimes en su fervor y admiración hacia él. Lo que hace Morgenthau es hecho con plena aprobación de todos los judíos occidentales y también del judaísmo oriental. Poco tiempo después, en el Club de la Prensa de Hamburgo, Christopher Ennel, famoso comentarista radial norteamericano, hizo algunas revelaciones muy interesantes sobre el origen del plan Morgenthau. Durante los procesos por traición de Alger Hiss se demostró que el plan Morgenthau había sido elaborado por comunistas con ayuda de la Unión Soviética.

Sólo después de la investigación Mc Carthy fue posible esclarecer los hechos reales.

Detrás de Morgenthau, el banquero judío occidental, había otra figura sombría: la de Harry Dexter White, subsecretario auxiliar del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Este último había nacido en Norteamérica aunque sus padres vinieron de Rusia, la tierra de los "pogroms", y con ellos vinieron el fanatismo y el odio de los judíos orientales. Más tarde, nombrado por el presidente Truman para representar a Estados Unidos como uno de los directores del Fondo Monetario Internacional, llegó a ser uno de los principales miembros del grupo de espías que trabajaban para la Unión Soviética, bajo la dirección de Nathan Gregory Silvermaster. Este último, funcionario gubernamental con capacidad ejecutiva fue nombrado por Roosevelt. Fue el autor del famoso plan Morgenthau. Morgenthau era entonces secretario del Tesoro, Roosevelt lo llevó a la célebre Conferencia de Quebec.

Las memorias de Cordell Hull (secretario del Estado norteamericano, 1933-44) atestiguan los propósitos de ese pérfido nacionalismo tribal. Según Cordel Hull, "el plan Morgenthau tenía por meta la matanza, la esclavitud y el aniquilamiento del pueblo alemán."

"Poco después del regreso del Presidente —escribe Cordel Hull— le dije airadamente que el plan Morgenthau contradecía el sentido común y que nunca podría ser adoptado por el gobierno de Estados Unidos. Le dije que el plan borraría para siempre a Alemania de la faz de la tierra, en tanto que el 40 % de su población moriría de hambre ya que la tierra sólo puede sustentar al 60 % de sus habitantes."

La propaganda bélica enfocó, al principio, la necesidad de derrotar a los "nazis". Pero, cuando los judíos pensaron que habían ganado la guerra, desearon exterminar a toda la nación.

Por ese tiempo, los judíos no admitían que el principio del castigo colectivo podría, como el bumerán, volverse contra el que lo arrojara.

Cuando se completó el plan Morgenthau, el judaísmo fue capaz de repetir: "El emblema de nuestro pueblo, la serpiente simbólica, ha vuelto a cerrar sus anillos. Somos la nación que esgrime el poder de un nazismo victorioso. Winston Churchill, primer ministro del triunfante Imperio Británico, está aún en Quebec. Posiblemente todavía represente a la verdadera Inglaterra y de cualquier modo fue él quien escribió en 1920 un encendido artículo 'antisemita' y cuya conciencia está aún dispuesta a impedir que la paz tras la guerra se convierta en venganza.

"Este Churchill no tiene idea de lo que es sentir un odio eterno. Sigue creyendo que Gran Bretaña ha ganado la guerra, por consiguiente le mostraremos que ya no tiene poder ni triunfador verdadero en el mundo cristiano arruinado por esta guerra fratricida, salvo nosotros, el pueblo de Morgenthau! Y si se resistiera a creerlo debemos hacerle conocer la potencia de Judá."

Durante la conferencia de Quebec, Morgenthau apuntó el cuchillo de Shylock al pecho de Churchill.

O aceptaba el plan Morgenthau o sumía a Gran Bretaña en la bancarrota. O apoyaba la venganza judía, en cuyo caso Inglaterra recibiría un empréstito de 6.500 millones de dólares o tendría que anunciar la bancarrota nacional y eso aun antes de terminar la guerra.

"¿Qué más quieren de mí? ¿Esperan que me siente a mendigar como un perro?" —preguntó indignado el viejo estadista británico.

Pero a su lado se sienta el físico atómico lord Cherwell, su buen amigo cuyo nombre original era Lindemann y que es de la misma sangre que Morgenthau. Explica a Churchill que no puede elegir

sino que debe aceptar los términos; tan grande es ahora la victoria de la nación de Morgenthau, el mundo judío.

Todas esas cosas ¿son pesadillas de los saduceos o planes de escritores, publicistas y estadistas del siglo XX? ¿Estas gentes son sádicos o políticos? La manera en que se preparó la "paz" fue explicada por Red Richard B. Scandrette, pro comunista y uno de los miembros del Comité Norteamericano de Reparaciones. Su relato está registrado en las actas del Congreso (7 de junio de 1945): "Alemania dejará de existir, salvo las provincias alemanas bajo gobierno colonial de Rusia, EE.UU. o Gran Bretaña. En ellas el nivel de vida se rebajará al nivel de los campos de concentración y territorios de exilio en Siberia. Todas las clases alemanas serán implacablemente rebajadas a un mismo nivel. Como solución final esos territorios serán gobernados por un Comité de Reparaciones de las Naciones Unidas y ese comité decidirá cuántos alemanes son necesarios en cada provincia para asegurar el nivel de la producción agrícola mínima. Todos los alemanes varones que no se necesiten para ese plan serán enrolados en batallones de trabajo forzoso y enviados a Norteamérica o a la Rusia Soviética, especialmente a esas regiones de Rusia destruidas durante la guerra.

"No se tomará en cuenta, en el sometimiento, la educación, los lazos familiares o a las esposas e hijos de los deportados germanos.

"No habrá tampoco excepciones para el clero. Se llegó a *una plena comprensión entre Norteamérica y la U.R.S.S., con respecto a la cuestión de la religión en Europa Oriental.* La Iglesia Ortodoxa Rusa, después de haber recobrado el favor del Kremlin, será la religión oficial en las repúblicas bálticas: Polonia, Alemania Oriental, Rumania,

Bulgaria y Hungría. *Los católicos romanos serán separados de Roma.*"

"La Sociedad para la Prevención de la IIIª Guerra Mundial", la más fanática organización bíblica de Morgenthau, pidió especialmente que las cláusulas vindicatorias referentes a la desmembración de Alemania, fueran llevadas a cabo. Todos los alemanes serían expulsados de países neutrales. Los financistas norteamericanos no obtendrían visa para visitar Alemania. Durante los próximos veinticinco años ningún alemán podría recibir visa para visitar Norteamérica. Se prohibirá el matrimonio con mujeres alemanas y las alemanas no podrán entrar en Estados Unidos. *La comunicación postal con Alemania no se restablecerá.*

Todas esas cláusulas no fueron firmadas por dictadores sino por bravos campeones de la libertad como F. W. Foerster, Julius Goldstein, Isidor Lischütz, Emil Ludwig, Erich Mann, Cedrik-Forster, E. Amsel Mowre, Guy Emery Shipler, W. E. Shirer y Louis Nizer.

Pero no eran bolcheviques. Todos eran miembros civilizados del mundo occidental. Hay pruebas de que todo esto fue planeado por los judíos, lo cual se ve demostrado no sólo por las citas ya mencionadas sino también por los propios alemanes que lo advirtieron y lucharon enérgicamente contra eso.

"Los reyes reinan por mi intermedio", proclama el *Protocolo* V. Y en Quebec, un Churchill *sojuzgado* se inclinaba ante el poder mundial oriental y occidental, ante el poder del oro, dios de este mundo.

"El nuevo estado mundial puede ahora llegar. Ahora se acerca el día glorioso del 'Reino de Dios'."

¡Mirad! Desde Oriente avanzan nuestros victoriosos ejércitos bolcheviques y atacan rápidamente

a una Europa en rápida decadencia. Ahí están ardiendo Viena, Budapest, Berlín y Breslau. En una sola noche perecieron más de 300 mil orientales refugiados entre la lluvia de bombas lanzadas por nuestros "liberadores". En nuestro "humanitarismo" esparcimos polvo de grafito en la atmósfera. El aire arde. Mujeres y niños se asfixian. Estamos cumpliendo el mandato de Jehová: *"Daréis al fuego sus imágenes talladas, derribaréis sus bosques y los destruiréis con potente destrucción hasta que sean aniquilados."*

"Bajo un cielo que arde nuestros soldados atacan. Son los mogoles de ojos almendrados y los pueblos salvajes del Turquestán y Asia Central con ametralladoras norteamericanas en las manos y botas de goma norteamericana en los pies. Detrás de ellos vienen los tanques norteamericanos Sherman. Vienen a liberar a nuestros futuros gobernantes de los campos de concentración, a liberar a nuestros hermanos."

Y los judíos rompiendo los alambrados de púas de los campos de concentración abrazan a los soldados soviéticos y exclaman con lógica alegría delirante: "¡Estos son nuestros liberadores!"

Y Europa, reducida en parte a cenizas y ruinas humeantes, mira entre los escombros y desde los sótanos y ve a los comisarios soviéticos y la llegada de los muchachos de Morgenthau en pos del ejército norteamericano.

Europa apenas se atreve a suspirar en tanto que contempla a los verdaderos triunfadores de la Segunda Guerra Mundial.

CAPITULO NOVENO

NUESTRA ES LA VENGANZA

El 9 de mayo de 1945 la venganza de Jehová cayó sobre Europa. Los planes de las Fuerzas Aéreas de Gran Bretaña y Estados Unidos de Norteamérica aún eran considerados "liberadores" pero Eisenhower proclamó: "Venimos aquí no como libertadores *sino como conquistadores.*"

Pero, ¿eran los norteamericanos verdaderos vencedores? A la zaga de las fuerzas norteamericanas venía una siniestra quinta columna, cuyos integrantes, en el 99 % de los casos no eran norteamericanos. El ejército de la venganza estaba formado por emigrados de los países de Europa Oriental, por agentes del mercado negro de los ghettos de Brooklyn, por judíos checos, polacos y húngaros refugiados en Londres y por criminales liberados de los campos de concentración. Todos ocupaban puestos importantes y secundarios en el C.I.C. organizado según el plan Morgenthau; pululaban en la O.S.S. en diversas comisiones que buscaban a los criminales de guerra, así como en los organismos norteamericanos de seguridad. Llegaron a ser alcaldes de ciudades alemanas y comandantes de los campos P.O.W. Administraron la U.N.R.R.A. de La Guardia. Ocuparon puestos clave en las fuerzas armadas norteamericanas y de ese modo las controlaron.

En la lista original de la O.N.U. había solamente 2524 criminales de guerra alemanes pero pronto la C.I.C. y los conquistadores norteamericanos ordenaron buscar a un millón de "criminales de guerra" alemanes. Al principio los soviets quisieron fusilar a 50 mil alemanes sumariamente, luego propusieron hacer comparecer a 200 mil "criminales de guerra" en Nuremberg.

Simultáneamente, el alud conquistador comenzó a desplazarse hacia el Este. Una muchedumbre de varios cientos de miles de liberados de los campos de concentración afluyeron hacia Polonia, Hungría, Rumania y Yugoslavia, se convirtieron en oficiales de la policía comunista y de otras organizaciones terroristas, asumieron poderes judiciales en los tribunales populares y de ese modo fueron capaces de condenar a inocentes en una orgía de venganza. Fueron recibidos por el M.V.D. soviético que controlaba los países europeos del este. Ocurría lo mismo en todas partes. A la vanguardia iba un general norteamericano, uno soviético u otro francés pero, en cada caso, un *agente judío les pisaba los talones.*

En realidad, Europa no cayó bajo los rusos, los británicos o los norteamericanos sino *bajo la ocupación judía.* Todas las cosas que durante dos mil años habían formado parte de Europa, con razón o sin ella, fueron destruidas.

Los vengadores continúan ejecutando (pero con mayor crueldad) las mismas cosas de que habían acusado a Hitler. No fue una ocupación por las fuerzas de la democracia norteamericana o del bolchevismo sino por un nacionalismo judío triunfante y enardecido por el odio. Los judíos instalados en puestos clave entre los poderes de ocupación, pudieron castigar a todos sin discriminación, inocentes o culpables. A sus ojos había un solo

crimen: oponerse o estar en condiciones de oponerse al *nacionalismo judío.*

En Europa ser judío se convirtió en un privilegio mayor que cualquiera de las prebendas otorgadas a los príncipes reinantes del Medioevo. Las estaciones ferroviarias eran custodiadas por una policía judía especial y el control de identidad sólo podía efectuarlo esa policía judía. Los judíos recibían su tarjeta de racionamiento sin tener que formar fila. Por un tiempo, inmediatamente después de la guerra, solamente los judíos recibían permisos de viaje, con lo cual se aseguraban la libre circulación y el monopolio irrestricto del mercado negro. En los campos de refugiados fueron jefes del abastecimiento de la U.N.R.R.A. así como los privilegiados beneficiarios de ese auxilio. De esa manera arrebataron las mejores raciones a los polacos, ucranianos y checos, sus ex compañeros de prisión. Al mismo tiempo en los caminos, policías militares volcaban los tarros de leche para derramarla privando de su dieta a los niños y a los enfermos de los hospitales. En las ciudades alemanas millares de familias obreras fueron expulsadas de sus hogares y tuvieron que dejar vacías sus cómodas viviendas. Las víctimas tuvieron que dejar todo lo que poseían: muebles, utensilios domésticos, ropa, obligando así al pueblo alemán a compensar tres veces el valor real de los artículos confiscados a los judíos a título de *Wiedergutmaching* (reparaciones). Guardias sionistas uniformados fueron apostados en las entradas de los campos de concentración y durante un tiempo le estuvo vedado, inclusive a la policía militar del victorioso ejército norteamericano, entrar a campamentos judíos. El triunfante nacionalismo judío obtuvo los mismos derechos en el este, en Eslovaquia, en algunas partes de Rumania, Hungría y Bohemia. Los judíos se apoderaron de las viviendas y posesiones

de los gentiles, ocuparon posiciones clave en las oficinas gubernamentales y en las redacciones de la prensa nacional. Ex periodistas judíos volvieron a Alemania, se hicieron cargo de las publicaciones de las zonas ocupadas y comenzaron a incitar a la venganza contra la nación alemana en su propio suelo.

"De nosotros proviene el terror total", se escribió en los *Protocolos* hace cincuenta años. Así pues, respaldado por los ejércitos soviéticos y norteamericanos, descendió sobre Europa el terror más espantoso, a menudo sin que los norteamericanos ni los ingleses se dieran cuenta de ello. El hitlerismo y la guerra habían terminado, pero ni la paz, ni la ley, ni la justicia, ni la democracia habían sido restauradas.

Los judíos occidentales y orientales se unieron para liquidar a los cristianos de las clases altas que habían logrado huir a Occidente. Eran considerados como gente poco confiable. Los cosacos de Vlassov, por ejemplo, quisieron luchar contra el bolchevismo. Pero todo aquel que lucha contra el bolchevismo en realidad está luchando contra un sector de la judería mundial. Esos cosacos sabían perfectamente quiénes eran los comisarios de las granjas colectivas (koljoses) ante los cuales los campesinos rusos tuvieron que doblar la rodilla. En 1940 habían visto la entrada de M.V.D. (rusa) en Latvia, Estonia y Lituania y sabían que los judíos casi exclusivamente habían organizado la deportación de millares de infortunados habitantes de esos pequeños estados bálticos. Esa gente era peligrosa *porque había sido testigo de ciertas cosas. ¡Esos testigos debían ser asesinados!* No podríamos explicarnos el destino de los cosacos de Vlassov sin tener en cuenta que el nacionalismo judío operaba a la sombra del poder visible. Cómo explicarse si no, la inhumanidad con que la demo-

cracia británica permitió que la policía militar armada arremetiera contra miles de polacos inermes.

"Estábamos llamando a Vlassov", escribe Laszlo Gaal, periodista húngaro, "cuando un teniente con uniforme alemán y cuya frente estaba bañada en sangre, irrumpió en la pequeña casa de campo y se presentó directamente al general que se hallaba de pie, acompañado por sus tres oficiales de estado mayor: 'General, todo está perdido. Seremos entregados a los bolcheviques.' "

El lector de este libro no ha visto los campos de concentración P.O.W. o sea de prisioneros de guerra con sus altas vallas alambradas y sus cuarteles de madera. Nunca ha oído los gritos de desesperación de los cosacos cuando los policías militares con cascos y correas venían a detenerlos. Tuvieron que lanzar bombas de gases lacrimógenos en todos los cuartos. Los cosacos anudaban apresuradamente sus ropas para ahorcarse antes de que la policía militar pudiera entrar. Atrancaban las puertas y luego rompían las ventanas peleándose por los trozos de vidrio para cortarse las venas. Antiguos amigos intentaban cortarse el cuello uno al otro. Los que eran incapaces de darse muerte se arrancaban las camisas y ofrecían sus pechos desnudos gritando: "Apunta aquí porque no quiero volver a la Rusia Soviética." ("Pittsburgi Magyarsay", 2 de julio de 1954). (También en "Magyarok Utja" editado en la Argentina).

El clamor de los mismos verdugos se oyó por toda Europa desde el Canal de la Mancha hasta el Mar Negro. Ya no había que liquidar al nazismo sino a *los jefes de las naciones cristianas prescindiendo de su credo o partido político.*

Aquellos que cercaron a los "criminales de guerra" por millares y torturaron a culpables e inocentes en sus cárceles, fueron casi exclusivamente judíos. Los comandantes, capitanes y agentes se-

cretos de las prisiones para "criminales de guerra" en Salzburgo y otros lugares, como el famoso Marcus Camp eran, casi sin excepción, judíos con uniforme norteamericano. Según un yugoslavo refugiado, que estuvo en el campo de Klagenfurt, su comandante británico que entregó a los "criminales de guerra" y los obligó a regresar a la dictadura comunista, puso con orgullo en su escritorio la inscripción: "Yo soy judío".

Los judíos condenaron a los patriotas a la horca y a la fosa común. Entregaron 100 mil valientes soldados del ejército croata a los partidarios de Tito y a Mojse Pijade que ejecutó a todos sumariamente.

Las cavernas y las trincheras de Eslovania se utilizaron como fosas comunes. Vlassov es una figura simbólica de esa gran tragedia: la matanza de millones. Fue la última persona capaz de organizar un ejército de varios millones de hombres bajo su bandera en contra de la dictadura stalinista. Por eso naturalmente, esa personalidad simbólica fue entregada por las democracias occidentales al terror bolchevique. Al judío Lavrenti Beria se le dio la grata tarea de organizar la ejecución pública de Vlassov en Moscú. Y porque todo esto aconteció con la aprobación de Norteamérica *se infligió una herida incurable al alma de Europa.*

Todo lo que ocurrió en Europa Oriental puede quizá explicarse por la crueldad de los bolcheviques aunque sabemos muy bien que los verdaderos instigadores fueron los agentes del nacionalismo judío. Al final de la guerra las bajas del Reich alemán ascendían a 8.300.000 muertos; 3.300.000 soldados alemanes fueron muertos en acción, y de esos más de 2.500.000 luchando contra el bolchevismo; 1.200.000 civiles, entre ellos muchas mujeres y niños, murieron durante ataques aéreos. Más de 1.400.000 hombres perecieron o fueron ase-

sinados en prisión por los aliados de oriente y occidente, sobre todo en los campos soviéticos P. O. W. Dos millones cuatrocientos mil alemanes orientales fueron asesinados por las fuerzas soviéticas de ocupación que invadieron Prusia oriental o murieron por ataques aéreos extendidos ciegamente a la población civil. Ante todo eso, los hipócritas pueden replicar: "Bien, después de todo, eso es lo que se llama guerra total". Pero nadie podría llamar "guerra total" a lo que ocurrió en Checoslovaquia el día del armisticio. Cuando las últimas unidades Wehrmacht abandonaron Praga, los judíos comunistas dirigidos por Slansky-Salzman, regresaron de Moscú a la capital checa donde procedieron a reunir a los vengativos ex prisioneros de los campos de concentración de Hitler, o sea a los partidistas "libertadores".

"Los comunistas checos utilizaron muy bien a esos infortunados judíos", escribió "Vilag" el 15 de marzo de 1953, "que llegaron medio muertos de los campos de exterminio". Encargaron a esos judíos la expatriación de los germanos y húngaros de los Sudetes. La idea no era totalmente una novedad, ya que Lavrenti Beria hizo lo mismo al emplear a los judíos polacos y ucranianos para perseguir a los ucranianos y polacos "antisemitas", esto es, a aquellos *a los que se suponía* habían colaborado con los nazis.

Y como creían que esa suposición podía difundirse y abarcar a casi todos, comenzaron una campaña de venganza sin precedentes en la historia de la humanidad.

Cuando Edward Benes, el gran humanitarista, el "bel esprit" y miembro de la masonería entró en Praga el domingo 13 de mayo de 1945, ciudadanos alemanes fueron quemados vivos en su honor en la Plaza de San Wenceslao (Documento Nº 15 concerniente a la expulsión de los alemanes de los

Sudetes). Muchos alemanes fueron colgados de los pies en la Plaza de San Wenceslao y luego, cuando el humanitarista se acercó, los cuerpos empapados en petróleo fueron presa del fuego a modo de antorchas vivientes.

Seiscientos mil alemanes de los Sudetes fueron asesinados durante las matanzas en el infierno de los campos de muerte de Checoslovaquia. El "Libro Blanco de los Alemanes de los Sudetes" registra esos horrores con todo detalle en más de mil páginas, horrores jamás vistos en la historia de la humanidad. Mujeres checas y judías continuaban golpeando con cachiporras sobre el vientre de futuras madres hasta provocar el aborto, y en un solo campo diez mujeres alemanas morían diariamente de esa manera. (Documento Nº 6). En otros campos, los prisioneros fueron obligados a devorar los sesos de sus compañeros de cárcel que habían sido azotados hasta morir. A los presos alemanes se les ordenó que comieran las heces infectadas de otros presos atacados de disentería (Documento Nº 17). Los médicos checos y judíos negaron toda asistencia médica a las mujeres alemanas violadas por los rusos. Cientos de miles murieron de esa forma o buscaron la salvación en el suicidio como por ejemplo en Brno (Brun) donde, en un solo día, 275 mujeres se suicidaron.

Naturalmente, la "humanitaria" prensa occidental, las cadenas radiales norteamericanas y los comentaristas de la B.B.C. tuvieron buen cuidado de no mencionar nunca estas hechos, aunque ellos mismos fueron, en primer término, responsables de esa campaña de venganza a la cual instigaron a los miembros de sus propios países. Así fue como tuvieron la culpa de envenenar el alma de la Cristiandad por el odio que provocaron.

Pero Checoslovaquia no fue el primer estado donde ocurrieron tales horrores. Ana Rabinovich

Pauker volvió a Rumania en agosto de 1944, y según órdenes de los judíos orientales que llegaron con ella, comenzaron las matanzas también allí.

Según datos auténticos de emigrados búlgaros, 30.000 miembros de clases profesionales fueron asesinados por "proletarios" búlgaros dirigidos por aquellos "ladinos" cuyos antepasados habían sido expulsados de España por Fernando el Católico. Análogamente en Belgrado y en el sur de Hungría el nombre de Mojse Pijade se asocia con sangrientas "purgas" cuyas víctimas fueron los intelectuales servios, los prósperos colonos alemanes y los campesinos húngaros más cultos. Cuando en octubre de 1944 los ejércitos alemanes y húngaros abandonaron los territorios de Yugoslavia y el sur de Hungría una ola de asesinatos sin precedentes se desató sobre la población indefensa. Treinta mil húngaros, en su mayoría campesinos y granjeros, murieron en esa matanza bajo el régimen salvaje de los partidarios de Mojse Pijade. Comparado con ello los asesinatos del bosque de Katyn resultan sólo un modesto ejemplo. Según documentación probatoria que poseemos, tanto húngaros como alemanes y croatas tuvieron una lenta y horrible muerte. Además de 30 mil húngaros, cerca de 200 mil alemanes murieron en los campos de muerte de los "libertadores" donde se mezcló vidrio pulverizado con el alimento de los niños y donde con el refinamiento de verdugos chinos se eliminó a los destinados a perecer en la lucha de clases biológica con el fin de que sus puestos como dirigentes civiles y oficiales de policía pudieran ser ocupados por los vengativos representantes de Jehová.

En esta era clásica de asesinatos en masa el caso de Hungría es sumamente extraordinario. Esta desventurada nación aún en su territorio di-

vidido después de los tratados de Parish de 1920 *, proporcionó vivienda tranquila y segura a 560 mil judíos. La nación húngara no se vengó de la judería aún después de la primera dictadura comunista de Bela Kun de 1919-1920, a pesar de que, en realidad, fueron judíos casi exclusivamente los comisarios y jefes de ese régimen comunista.

En la etapa entre las dos guerras mundiales, de los 9 millones de acres de tierras cultivables, un millón cien mil acres eran propiedad de judíos. Una minoría judía del 6 % poseía el cincuenta y uno por ciento de la propiedad inmueble de Budapest, 30 % del ingreso nacional global y 25 % del total del activo nacional. Después de la ocupación alemana, cuando las autoridades inscribieron las propiedades y bienes que acumularon los judíos en menos de un siglo se estimó que poseían el equivalente de 90 vagones cargados de oro, plata y piedras preciosas, mientras que la reserva total de oro del Banco Nacional de Hungría podía haber cabido en doce vagones. Posteriormente, *las autoridades norteamericanas devolvieron a los judíos toda esa riqueza acumulada.*

En 1943, Hungría era el último refugio de los judíos en Europa. A pesar de ello, cuando terminó la guerra y el país fue invadido por las hordas de Stalin, el vengativo espíritu del Antiguo Testamento infligió a los inocentes húngaros horrores inauditos en la historia de la humanidad. Bajo la protección de las bayonetas soviéticas, los emigrantes moscovitas que regresaron eran todos judíos sin excepción. Inmediatamente les siguieron varios miles de jóvenes Macabeos liberados ilesos de las divisiones de trabajo del régimen "fascista". Pronto llegan a ser coroneles terroristas y oficiales de

* El autor parece referirse al Tratado de Trianon del 4-VI-1920 que puso fin a las hostilidades entre Hungría y los Aliados. (N. de la T.).

policía de M.V.D. así como secretarios del partido y jefes de policía en capitales de provincias. De los ghettos de Budapest fueron liberados 200 mil judíos casi sin ningún daño, judíos a quienes los nazis húngaros no habían querido entregar a los alemanes.

Un millón de mujeres húngaras fueron violadas por las tropas de rusos bolcheviques, generalmente al mando de comandantes judíos. Seiscientos mil prisioneros de guerra así como 230 mil civiles fueron arrastrados a los campos de exterminio de la Unión Soviética. Como mínimo, 500 mil personas fueron asesinadas por los judíos en las celdas del Nº 60 de Andrassy-ut-Budapest, en campos de internación o en plena calle. En esta campaña de venganza pueden advertirse todos los rasgos característicos de la lucha de clases biológica. Las clases medias, los intelectuales y los dirigentes húngaros tuvieron que ser asesinados para que sus puestos fueran ocupados por otra clase media: la de los judíos. Y, además, los que presidían los tribunales revolucionarios eran casi todos judíos.

En Europa Occidental, el coronel Martin Himmler, "norteamericano" nacido en Hungría, dirigió la campaña de venganza contra 300 mil húngaros que huyeron de los bolcheviques. ¿Era comunista este hombre? ¿O, era un demócrata norteamericano? Sea como fuere, en su número del 30 de abril de 1954, el diario sionista de Tel-Aviv, "Uj-Kelet", dejó escapar el secreto: no era ni una cosa ni la otra, ¡era judío!

En el comentario que reseña la obra y la carrera de Martin Himmler es muy elogiado por haber surgido para "vengar la efusión de sangre judía inocente."

Es de preguntarse si el cardenal Mindszenty fue también "un asesino húngaro nazi" que, durante la guerra, salvó y protegió a judíos perseguidos y

que, después de la guerra, trató de proteger y salvar a los cristianos perseguidos. El cardenal Mindszenty no fue una víctima del terror comunista sino de la venganza racial, porque había pedido la amnistía para miles de húngaros torturados durante las grandes matanzas y los horripilantes "pogroms" dirigidos contra los cristianos.

Jozsef Mindszenty, en su antiguo cargo de Veszprem, se opuso con vehemencia al gobierno húngaro nazi de entonces. Salvó a judíos que los alemanes querían deportar dándoles salvoconductos del Vaticano. Después, al asumir el poder el gobierno de Szalasi, protestó contra la prosecución de la lucha. Finalmente, el gobierno nazi húngaro fue obligado a internarlo en Sopronkohida como enemigo de los alemanes y el más grande protector de los judíos. Poco después se dio vuelta la situación. Los ejércitos de los bárbaros soviéticos ocuparon Hungría, Jozsef Mindszenty fue puesto en libertad y, como arzobispo de Hungría se erigió rápidamente en una de las figuras más importantes.

Cualesquiera que hayan sido sus opiniones políticas particulares, sabía que, como católico y dirigente de los cristianos, su deber era proteger a los húngaros contra la persecución judía, exactamente como había protegido a los judíos contra la persecución alemana. En su carta a Ferenc Nagy, primer ministro después de 1945, señaló claramente que el antisemitismo podría ser eliminado si a los criminales de guerra se les concedía una amnistía general y, si se anulaba sin dilación, la campaña de venganza contra la nación húngara.

Desde el momento en que Jozsef Mindszenty, cardenal de Hungría, que deseaba frenar la campaña de venganza contra el pueblo húngaro, se convirtió en "antisemita", Peter Fuerst, escritor sionista, lanzó contra él viles acusaciones.

Según Fuerst, era público y notorio en Buda-

pest, que el cardenal Mindszenty era "antisemita". El folleto "antisemita" editado por el cardenal (?) estaba en posesión del Centro Judío de Budapest. Durante el proceso a Mindszenty varias organizaciones judías preguntaron si era verdad que Mindszenty era conocido en Occidente como "pro semita". Bertha Gaster, corresponsal de "New Chronicle" de Londres entrevistó al cardenal Mindszenty. Durante una de esas entrevistas Gaster se sorprendió de oír al cardenal usar términos fuertes con respecto a la conducta de los judíos húngaros. Al final de la entrevista, Gaster se puso de pie, le agradeció las afirmaciones que había hecho pero, al mismo tiempo, le dio a conocer que ella era judía y miembro de la comunidad judía de Londres. El "Jewish Clairon" (febrero de 1949) afirmó que Jozsef Mindszenty era, en realidad, un conocido antisemita porque *pedía una amnistía para los "criminales de guerra".*

Al mismo tiempo, la "Jewish Chronicle" escribió el 4 de febrero de 1949: "Las organizaciones judías húngaras se han enterado con gran sorpresa que organizaciones judías occidentales tomaron el partido por Mindszenty, que se ha mostrado máximo enemigo de los judíos húngaros y de Europa Oriental."

Bastó con tildar de pro semita a Mindszenty que había salvado la vida de muchos miles de judíos, para que la más siniestra campaña vindicatoria se desatara contra él. El odio de los judíos orientales fue recogido por los judíos del Occidente de manera que pronto, desde ambas partes, se inició una campaña en contra del sacerdote cristiano cuyo único "crimen" había sido su tendencia humanitaria y haber alzado la voz contra la persecución de su propio pueblo.

El dictador comunista Matyas Rakosi-Roth formuló cargos contra el cardenal mientras que esa

campaña fue dirigida "ideológicamente" por Jozsef Revai, ministro de Educación cuyo verdadero nombre era Moses Kahana. Entre los sacerdotes que lo traicionaron el primero fue Istvan Balog alias Izrael Bloch. Los que presentaron pruebas falsas fueron Ivan Boldizsar alias Bettelheim, un dirigente de prensa, Reissman, director del departamento de publicidad, y Gera alias Grunsweig, jefe de propaganda. Hanna y Laszlo Suhner que prepararon "sus" manuscritos falsificados eran también judíos.

El coronel Kraftanov, el verdugo soviético, fue traído especialmente desde Moscú. Benjamín Peter-Auspitz, el fiscal principal, lo sometió a duros interrogatorios; el judío Karpati-Krausz, un campeón de lucha, fue su torturador; Imre Zipszer, judío director de la cárcel, estuvo sentado junto a él todo el tiempo durante las audiencias; y, finalmente, Balassa-Blaustein y Emil Weil le administraron drogas estupefacientes.

De ese modo, el primado de Hungría y protector de los judíos, llegó a ser víctima de la judería porque deseaba impedir una campaña de venganza contra su propia nación.

En esa época un comunista muy conocido, Lazlo Rajk, cuya primera esposa era judía, cayó víctima del mismo "nazismo" tribal. Usó un lenguaje violento sobre la ascendencia judía de Erno-Garo-Singer, jefe comunista y comisario en la guerra civil española de 1936, y, desde ese momento se lo consideró "antisemita". En vano él ayudó a asesinar a la mejor parte de la élite intelectual húngara cuando era ministro del Interior. Durante una conferencia del partido le dijo con toda franqueza a Matyas Rakosi-Roth que "el comunismo no se difundirá porque había demasiados judíos entre sus líderes." Desde ese instante quedó sella-

da su suerte. Acabó su ignominiosa vida en las horcas de Rakosi.

Laszlo Endre, el gran patriota húngaro que terminó su vida en las horcas del "nazismo" tribal, escribió la verdad exacta en su carta de despedida del 21 de marzo de 1946, día de su martirio:

"El contenido de *Los Protocolos de los Sabios de Sión* es verdadero... Ya tienen en sus manos los medios para lograr la hegemonía mundial y destruir todo lo que pueda impedir la construcción de ese nuevo estado mundial. Por lo tanto, lo que ahora ocurre no se refiere a la administración de justicia sino solamente a la prevención y la venganza. Ello entraña la destrucción no solo de los que algo han hecho sino también de los que harían o podrían hacer algo."

Hasta ahora todos esos casos se referían a naciones vencidas. Pero veamos si la situación era más favorable en los estados que habían ganado la guerra después de haber sacrificado la vida y la sangre de sus hijos y haber arriesgado su propia existencia.

Ni los alemanes ni sus aliados fueron las principales víctimas de la venganza de Jehová sino más bien lo fue la Francia victoriosa donde, después de la partida de las tropas alemanas, comenzó la funesta purga. El baño de sangre de la Comuna de París en 1871 no puede compararse con lo que ocurrió en la Francia triunfante en el verano de 1944. Veinte mil franceses perecieron bajo el régimen de terror de la Revolución francesa; dieciocho mil franceses murieron en las barricadas de la Comuna de París. Pero esta vez 150 mil ciudadanos franceses perecieron en circunstancias aún más horrorosas. Durante la Revolución francesa hubo al menos un simulacro de proceso en cortes o tribunales. Pero en 1944 los franceses murieron como conejos. ¡Las víctimas de la Revolución francesa de 1789, los Dantones y otros, fueron, por lo

menos, capaces de subir al cadalso con rostro sereno y sin daño físico. Pero, en 1944 el 50 % de los franceses sacrificados estaban ya medio muertos por las torturas antes de morir. Sus cuerpos estaban desgarrados, sus uñas arrancadas y su carne quemada con hierros al rojo o colillas de cigarros. Detrás del general De Gaulle, un polaco judío llamado Tomás, uno de los jefes de la Brigada Española Roja, dirigió la ejecución de esas monstruosidades, juntó a criminales comunes de las cárceles con ex prisioneros de campos de concentración para organizar tropas de asalto con el fin de descargar la venganza.

"Todas las matanzas fueron provocadas por los judíos de la B.B.C." dijo la revista alemana "Der Weg", *"que desataron los demonios de la venganza"*. Las principales víctimas de esos asesinatos no fueron los "colaboradores nazis" sino los campesinos, dueños de grandes propiedades, y la élite intelectual francesa.

En Bélgica y en los Países Bajos continuó el mismo desquite pero con más prudencia para cumplir una especie de aparente formalidad legal. La acusación de "colaboración" se aplicó a 480.519 personas; entre ellas 1.208 fueron condenadas a muerte. Todos los que trabajaron voluntariamente en Alemania fueron también condenados.

Esa campaña de venganza fue provocada no sólo por la terrible visión de las ruinas sino también por la conciencia culpable de los judíos. Los verdaderos criminales de guerra tuvieron el presentimiento de que algún día podrían ser llamados a rendir cuenta por su intervención en la preparación de la guerra y por su barbarie. Los judíos tenían, pues, que presentar a un criminal mayor. Para justificar su venganza encontraron algo aparentemente más horrible aún que los 300 mil cadáveres de Dresden o del bosque de Katyn o las

matanzas de Bromberg que se usaron como cortina de humo para engañar a la opinión pública. Por otro lado, los asesinatos de 1945 sólo podrían ser justificados magnificando varios cientos de veces las crueldades cometidas por los alemanes. No se pudo justificar esta venganza ni tampoco la actitud de los judíos en la posguerra que chocó a varios miembros sanos de la comunidad judía.

Sussmanovics, un judío soviético, comandante en Budapest en 1945, convocó al autor Gizella Molinary a su oficina y le dijo: "¿Por qué me molesta con sus quejas por ser Ud. ignorado y hecho a un lado por sus antiguos amigos judíos? Mire la calle desde esa ventana, la guerra sigue, los ejércitos rojos aún no han llegado a las afueras de Viena. En los campos alemanes de concentración se hacen esfuerzos tardíos por exterminar a los judíos; pero, mire otra vez por esa ventana y vea lo que sucede en la calle. Los judíos de aquí poco piensan en sus hermanos, suplican por sus vidas en países lejanos. ¿Alguno de ellos intenta luchar para salvarlos? Entre las ruinas de tiendas saqueadas y quemadas, en los portales de las casas y hasta sobre las tumbas hay un gran letrero que dice: «Compra y venta de oro». Aquí el soldado arroja lejos su rifle y el escritor su pluma porque todos están sentados sobre las sepulturas comprando y vendiendo oro. ¿Por qué me mira así? ¿Acaso me doy cuenta de esas cosas? ¡Sí, ya lo sé! Yo mismo soy y me siento judío, lleno de amarga cólera y contrición." (De *In the Shadow of the Mindszenty Trials*, por Aladar Kolvach, pág. 131).

Por lo tanto, para disimular todas esas cosas hubo que usar una técnica especial de terror psicológico. Muchos testigos judíos declararon en Nuremberg que, aunque vivían cerca de crematorios nunca se dieron cuenta de que existían. Sin embargo, los comentaristas de radio y los

"jueces" reprocharon al pueblo alemán gritando: "—¡Todos ustedes conocieron eso! ¡Uds. son todos asesinos!" Si alguien, ya fuera obispo o cardenal trataba de pronunciar una protesta y afirmar la verdad, se le tapaba la boca con el calificativo de "nazi". Así se intimidó no sólo al pueblo alemán sino a toda la Europa culta. De esa manera se llegó a una situación en la que nadie se atrevía a decir la verdad o a afirmar hechos fundamentales, por temor de aparecer como defensores de asesinatos y atrocidades.

La vil campaña publicitaria produjo un estado de cosas en el cual la mentira aparecía como verdad, la venganza como administración de justicia y la declaración veraz como condonación de crímenes de guerra. Esa propaganda trató de convencer a las inadvertidas masas de gentiles que los judíos fueron las únicas víctimas de esa guerra y que ninguna de las otras naciones sufrió pérdida alguna. Guardaron silencio acerca de las fosas comunes abiertas para millones de víctimas no judías, y no se dijo ni una palabra sobre los húngaros, rumanos, búlgaros y franceses asesinados. Al mismo tiempo, se exageró desmesuradamente la historia de los sufrimientos judíos. Así se justificaron también los privilegios disfrutados por los judíos en la U.N.R.R.A. y la I.R.O. como autoridades de la ocupación que recibían la porción leonina de las raciones alimenticias y que se apoderaron del monopolio del mercado negro. De esa manera se trató de justificar la barbarie de haber entregado la élite de la Europa central a aquellos que no habían podido asesinar antes, a los soviéticos.

Despuntaba una nueva era en la que los judíos podrían evitar las consecuencias de cualquier hecho por alevoso que fuera, y toda la Europa se

convirtió en un coto de caza cristiana para la venganza de la judería.

Era suficiente hablar húngaro en las calles de Munich para ser inmediatamente apresado y entregado al verdugo comunista por la policía militar convocada por verdugos judíos. Así se creó una atmósfera en la que las autoridades militares aliadas no sólo fueron incapaces de controlar los excesos de la venganza judía sino también pusieron en peligro su existencia.

Lo que en realidad ocurrió en Europa entre los años 1945 y 1950, fue nada más que una misteriosa materialización de las profecías de los "falsos" *Protocolos.*

En esa forma, los triunfantes aliados occidentales perdieron su independencia, y, a la sombra de las banderas nacionales evocadoras de la Carta Magna, la Declaración de la Independencia y el Código Napoleónico, se iniciaron los procesos de Nuremberg.

CAPITULO DECIMO

NUEVOS PURIM Y NUREMBERG

¿Quién sabe algo acerca de aquellas antiguas enseñanzas en las que se basa la doctrina judía de la venganza? ¿Quién conoce el verdadero significado de la fiesta del Purim? ¿Quién la ha presenciado alguna vez? ¿Quién ha visto a los judíos emborracharse en sus sinagogas? Pues, aunque en otras ocasiones suelen ser totalmente abstemios, ese día su deber religioso consiste precisamente en emborracharse. ¿Quién, de todos los gentiles "lectores de la Biblia", sabe que el Purim es celebrado por los judíos hasta en la época actual como una fiesta de regocijo destinada a conmemorar uno de los mayores asesinatos en masa de la historia del mundo?

Han pasado casi 2.500 años desde el primer Purim, pero los descendientes de Mordecai y Ester aún hornean sus tortas decoradas con el león de Judá. Los varones de la comunidad judía todavía se embriagan el decimocuarto día del mes Adar, permaneciendo en un éxtasis provocado por el sentimiento de venganza. Y cuando en las sinagogas se lee el libro de la reina Ester, se sacan de los bolsillos de los caftanes los bastones de Haman; pues los judíos ortodoxos deben golpear con ellos simbólicamente el banco en la sinagoga, cada vez que el nombre del primer ministro del rey Asuero

aparece en el texto. También en las sinagogas de Oriente se ve ese día a los judíos ebrios, que han consumido ilimitadas cantidades de vino y otras bebidas espirituosas, tambalearse por todas partes. En Belz y Sadagora las bailarinas palestinas ejecutan sus lujuriosas danzas orientales. Se trata de una fiesta para disfrutar; está destinada a celebrar un asesinato en masa y una gran venganza.

Veamos qué se les enseña a los judíos en el Libro de Ester. ¿Qué sucedió en el primer Purim?

El Libro nos dice que Asuero, el rey de Persia, renunció a su mujer, dama también de ascendencia persa, y decidió buscarse otra. La nueva reina que eligió pertenecía a la comunidad judía que había sido reducida al cautiverio por Nabucodonosor. Pero Ester no reveló su origen ni su nacionalidad al rey y a la casa real. Mordecai, su tío, se lo prohibió. De ese modo colocó los cimientos de una nueva escuela política. Delineó, para las generaciones futuras, la política de seleccionar a mujeres judías para la cámara real, influyendo a reyes, emperadores, presidentes y otros hombres de Estado con el objeto de realizar en alto nivel las aspiraciones del nacionalismo judío. Aunque esas mujeres judías repudiaron el mandamiento de la ley mosaica, fomentaron, no obstante, la causa de su nación.

En esa época Haman, hijo de Hammedatha el Agagita, fue promovido por el rey Asuero a la función más elevada, al puesto de primer ministro del Imperio. Aunque la razón no se registra en la Biblia, Haman era el "enemigo de los judíos" y los acusó ante el rey del siguiente modo: "...Hay un pueblo diseminado por el extranjero y disperso entre las gentes de todas las provincias de tu reino: y sus leyes son diferentes de las de todos los pueblos; tampoco observan las leyes del rey..." (*Ester* 3. 8).

De acuerdo con el Libro de Ester, el rey ordenó en su edicto que los judíos debían ser muertos el decimotercer día del mes Adar. Pero el viejo Mordecai llegó a conocer el plan del rey y envió un mensaje a su sobrina para que acudiese ante el rey y "le suplicara y pidiese por su pueblo". Tras lo cual la reina invitó al rey y a Haman a un banquete.

"Y el rey dijo nuevamente a Ester en el segundo día de la orgía: ¿Cuál es tu petición, reina Ester? y te será concedida, y ¿cuál es tu ruego? y será realizado, incluso hasta la mitad del reino." (*Ester* 7. 2).

Del Libro de Ester se desprende claramente que cuando la reina comenzó a acusar a Haman, el "que odiaba", el rey se hallaba bajo la influencia del vino. Asuero, enfurecido, abandonó el banquete y se dirigió a los jardines del palacio con el objeto de calmarse; mientras tanto Haman comenzó a suplicar a la reina por su vida. Aquí puede reconocerse claramente la aplicación de los métodos empleados en Nuremberg: ¡mentiras y calumnias! Cuando Asuero volvió, la reina acusó a Haman de intentar violarla mientras el rey se hallaba afuera, tras lo cual éste ordenó que Haman fuese ahorcado de inmediato.

La transmisión del poder tuvo lugar antes de que el cuerpo del primer ministro se hubiera enfriado. Por orden de la bella judía el rey promovió a Mordecai al cargo de primer ministro, y simultáneamente empezaron a producirse sangrientas matanzas desde la India hasta Etiopía, perpetradas por judíos que de hecho no habían sufrido daño alguno. Después de todo, el plan de Haman quedó sólo como algo que nunca se llevó a cabo, y Haman, la persona responsable, fue ahorcado. Entonces, como siempre, cada vez que el poder caía en manos judías, la victoria se celebró con

sangrientas matanzas. El marido de la reina judía, antiguo símbolo del estadista títere, permitió benévolamente a los judíos "que se vengasen de sus enemigos".

Desde el primer Purim el nacionalismo mosaico se ha bañado repetidamente en la sangre de las víctimas asesinadas para lograr la perpetua venganza.

"¡Los judíos tenían luz, y alegría, y júbilo y honor!" (*Ester*, 8. 16), dice el Antiguo Testamento.

El Libro de Ester ofrece un informe detallado acerca de las víctimas de esta matanza en masa que fuera ejecutada con excepcional salvajismo. Relata que los diez hijos de Haman, cuyo único pecado consistía en que su padre era "antisemita", fueron muertos. En la ciudad de Shushan los judíos mataron en primer lugar a 500 hombres, luego asesinaron a otros 300 y finalmente en las provincias "...mataron setenta y cinco mil enemigos..." (*Ester* 9. 16) sin razón plausible alguna.

Para poder apreciar correctamente la magnitud de estas matanzas, no debemos considerar estas cifras en relación con la actual población de la tierra. Los ejércitos de Alejandro Magno que conquistaron la India contaban sólo con 47.000 hombres. La fuerza total del ejército persa en la batalla de Maratón fue de 5.000, y Aníbal libró la batalla de Cannas con 20.000 soldados. Por lo tanto, la cifra de 75.000 persas asesinados era un número excesivamente elevado desde un punto de vista estadístico.

Todo esto ocurrió "en el decimotercer día del mes Adar; y en el decimocuarto día del mismo descansaron y lo hicieron un día de festejo y alegría". (*Ester* 9. 17).

"Porque Haman, el hijo de Hammedatha el Agagita, el enemigo de todos los judíos, había pla-

neado destruirlos y había lanzado a Pur, para consumirlos y destruirlos." (*Ester* 9. 24).

"Pero cuando Ester se presentó ante el rey, éste ordenó por decretos que su malvado plan, ideado contra los judíos, se volviese contra él mismo, y que él y sus hijos fuesen ahorcados." (*Ester* 9. 25).

"Por esta razón a esos días se los llamó Purim, por el nombre de Pur. Por lo tanto, por todas las palabras de esa misiva, y de aquella relativa a este asunto, que ellos mismos habían visto, y que había llegado hasta sus manos." (*Ester* 9. 26).

"Los judíos ordenaron y se propusieron que tanto ellos y su progenie como todos aquellos que se les uniesen, con toda seguridad observarían esos dos días de acuerdo con la escritura, y con el tiempo establecido anualmente." (*Ester,* 9. 27).

"Y que esos días deberían ser recordados y observados en cada generación, cada familia, provincia y ciudad; y que esos días del Purim no dejarían de ser observados entre los judíos, y que su memoria no perecería entre su progenie." (*Ester,* 9. 28).

Jamás nación alguna ha mantenido un compromiso como los judíos la fiesta del Purim durante más de veinticuatro siglos. Año tras año celebran el aniversario de la venganza y las matanzas. El frenesí inducido por la sangre y el vino, y la exultación triunfal de la venganza satisfecha, se extendieron de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo. En la pequeña sinagoga de la aldea tanto como en el impresionante templo metropolitano con su cúpula, el Purim se convirtió en un día de fiesta a la vez religiosa y *nacional.*

Cuando el autor de estas páginas se encontraba en un pueblo de provincia en Hungría, pudo observar a las tropas vestidas con caftanes que salían

de la sinagoga en grupos de cuatro. Era la fiesta del Purim.

Los transeúntes comentaban al pasar: "Ah, los judíos están celebrando sus días festivos."

Este mismo odio eterno hierve tras las enseñanzas de Marx y de los Iluminados, *y ha convertido el socialismo marxista en un credo de odio.* Los apóstoles de ese odio han estado detrás de las revoluciones e insurrecciones comunistas, y accedieron al poder con el bolchevismo. Quizás algún día se publique la historia de los modernos Hamanes, la historia de aquellos políticos, sacerdotes, estadistas, escritores y periodistas que tuvieron la valentía de ver, en el odio manifestado durante el Purim, una amenaza al mundo cristiano, y se escriba el relato sobre cómo fueron perseguidos, cómo sus familias fueron llevadas a la ruina, cómo se despojó a sus hijos y, por último cómo se ahorcó a los odiadores.

La fiesta más importante de la raza judía es el Purim, o fiesta del odio. La fiesta más importante de la Cristiandad es el nacimiento de Cristo, el nacimiento del amor. En Nuremberg el Purim se revistió del ropaje de la legalidad, y la venganza se disfrazó bajo la apariencia de párrafos legales. Se creó un nuevo "título legal" con el objeto de llevar a cabo matanzas en masa, mientras el verdadero objetivo de tal título era mucho más ambicioso y siniestro. La ley cristiana y romana y, en general, *la ley misma,* debía ser invalidada. El fin que se perseguía era humillar a las naciones vencidas, intimidar al pueblo y, a través de la "nueva ley", asegurar la posibilidad política de alcanzar el dominio mundial total y absoluto.

¿La farsa de inventar "criminales de guerra" en Nuremberg fue un ejemplo de democracia en acción? ¿Existió realmente un tribunal exento de prejuicio formado por Estados Unidos, Gran Bre-

taña, Francia y la Rusia soviética, o el procedimiento no fue sino la espada de Jehová que golpeaba a un pueblo derrotado? ¿Tenían las "nuevas leyes", base de los veredictos, un carácter cristiano? ¿Prevaleció la justicia o la venganza?

Los veredictos de Nuremberg fueron pronunciados para castigar los crímenes cometidos contra la humanidad. Pero en el banquillo, junto a los responsables del bombardeo de Dresden, se hallaban sentados los asesinos de masas de Katyn. La propaganda bélica de los aliados protestó siempre con gran energía contra el principio de culpa colectiva. No obstante, dicho principio fue sancionado por los tribunales de Nuremberg cuando se inventó la ignominiosa teoría de las "organizaciones culpables". En todas partes las cadenas radiales predicaban frecuentemente en esa época sobre "la ley"; sin embargo, en Nuremberg se ignoró uno de los principios legales más importantes, a saber, que nadie puede juzgar su propio caso. La bandera norteamericana y la soviética fueron desplegadas una junto a otra en el tribunal, pero el principio legal básico de la constitución y la magistratura norteamericana fue ignorado: el *nulla poena sine lege*, lo cual significa que nadie puede ser condenado por actos que no estaban penados por la ley en el momento de ser cometidos. En la sala del tribunal se pronunciaron sentencias contra la barbarie, mientras que al mismo tiempo en los sótanos de los edificios de los tribunales, los guardias de Robert Kempner, el fiscal, torturaban brutalmente a los prisioneros. El principio del "fair play" fue observado sólo formalmente, puesto que las sentencias se basaron en documentos falsificados o incriminatorios.

Todo crimen cometido contra la humanidad en los campos de concentración debería haber sido colocado bajo la jurisdicción de un tribunal interna-

cional compuesto por jueces delegados por partes neutrales y bajo condiciones en las que la corte pudiese juzgar no sólo los actos de barbarie cometidos por las partes derrotadas, sino también aquellos llevados a cabo por las naciones victoriosas. Si esto hubiese ocurrido, los verdaderos criminales no habrían podido menos de quedar marcados a fuego con el negro estigma. Pero al adoptar los métodos de venganza judíos, se convirtió en mártires a ciertos culpables que, por otra parte, jamás habrían sido absueltos por un tribunal imparcial.

En el tribunal de Nuremberg presidían jueces norteamericanos, soviéticos, franceses e ingleses, pero un solo poder victorioso acusaba y juzgaba: ¡Judá!

Ahora sabemos qué pasó realmente detrás del escenario. Robert M. Kempner, judío por supuesto y que antes fue "oberregierungsrat" (consejero de gobierno) en Alemania, había estado trabajando por detrás del general Taylor, fiscal principal. Morris A. Amchan ayudaba a Kempner. En los edificios del tribunal de Nuremberg, si se exceptuaba a los jueces y a los acusados, casi todos eran judíos. La plana mayor de la Ljudljanka y de la M.V.D. no se diferenciaba en nada del personal de los tribunales de Nuremberg, Dachau y otros lugares que se ocupaban de los "criminales de guerra": estaba compuesta casi exclusivamente por judíos. La mayoría de los testigos eran también judíos, y sobre éstos escribe Maurice Bardèche que su única preocupación consistía en no mostrar demasiado abiertamente su odio y, por lo menos durante su exposición, tratar de dar una impresión de objetividad. Es característico de esta clase de "administración de justicia" que el número de testigos llamados a suministrar pruebas en el tribunal era sólo de 240; no obstante, se aceptaron 300.000 declaraciones juradas que formulaban cargos sin que esas pruebas fuesen

escuchadas bajo juramento. No es necesario aclarar que la mayoría de esas declaraciones eran falsas.

Los prisioneros acusados eran sometidos exactamente a la misma clase de torturas que en las prisiones soviéticas. Julius Streicher fue azotado hasta que estuvo cubierto de sangre, y se lo obligó a beber agua del retrete. Luego los judíos, que llevaban el uniforme del ejército de los Estados Unidos, le escupieron en la boca por turno, y lo obligaron a besar los pies de un negro. En la prisión del Schwabish Hall los jóvenes oficiales de la guardia de Adolfo Hitler fueron azotados hasta quedar empapados en sangre, y luego, se los obligó a echarse al suelo para que sus torturadores pisotearan sus órganos sexuales. Tal como en los juicios de Malmedy, los prisioneros eran atados por turno en la cuerda y luego soltados, hasta que firmaran la confesión que se les exigía. Sobre la base de tales "confesiones" extraídas por la fuerza a Sepp Dietrich y a Joachim Paiper, la Leibstandard Garde fue condenada como "organización culpable".

Oswald Pohl, un general de la S.S., fue tratado con verdadero salvajismo durante los juicios del personal de la oficina del contador de la S.S. Su rostro fue embardunado con heces, y se lo golpeó hasta que firmó la deseada confesión aceptando acusaciones falsas. Esos judíos, vestidos con el uniforme de las fuerzas norteamericanas, habían torturado de manera similar a Weiss, "Obergruppenfuehrer", de la S.S., en Frankfurt-am-Mein y en Dachau. En los juicios de Malmedy, los torturadores judíos vestidos con el uniforme norteamericano también extrajeron por la fuerza confesiones a los soldados rasos. Mc Carthy, el senador de los EE.UU., al tratar estos casos hizo la siguiente declaración a la prensa norteamericana el 20 de mayo de 1949: "Creo que el mundo esperaba que diésemos testimonio de los

principios legales americanos y de la práctica judicial americana, utilizándolos en nuestras relaciones con nuestros enemigos derrotados. En lugar de ello, se apeló a los métodos de la Gestapo y la M.V.D. He escuchado testimonios y leído pruebas documentales en el sentido de que las personas acusadas fueron golpeadas, maltratadas y torturadas físicamente empleando *métodos que sólo podían ser concebidos por mentes enfermas.* Se las sometió a juicios falsos y a ejecuciones simuladas, y se les dijo que se privaría a sus familias de sus tarjetas de racionamiento. Todas estas cosas fueron llevadas a cabo con la aprobación del fiscal para asegurar la atmósfera psicológica necesaria para extraer las confesiones que se necesitaban. Si los Estados Unidos permite que tales actos cometidos por unas pocas personas permanezcan sin castigo, entonces el mundo entero puede criticarnos con severidad y dudar para siempre de la corrección de nuestras motivaciones y de nuestra integridad moral."

Además de las torturas se presentaron documentos falsificados para condenar a las personas acusadas. No se permitió la consideración de circunstancias atenuantes contra las pruebas incriminatorias. Esto es en sí mismo una falsificación de la verdad y la justicia. Un periódico, "Madrid", informó, al referirse a los juicios de Nuremberg, que algunos comerciantes judíos norteamericanos habían convertido algunos de los campos de concentración en museos, y, mediante un precio organizaban en ellos visitas para mostrar los lugares de horror a los turistas americanos, a los periodistas y a otras personas invitadas. Mediante figuras de cera se reconstruyó la entrada a la "cámara de gas". Para demostrar la existencia de las mencionadas torturas en estos campos, se utilizaron figuras de cera que representaban formas humanas ho-

rriblemente deformadas. Si un campo no tenía una "cámara de gas" –y en la mayor parte de ellos no la había– construían una que improvisaban con métodos estudiados por expertos, como veremos más adelante.

No sólo la propaganda del Congreso Mundial Judío y de otras organizaciones judías similares utilizó fotografías falsas sino que la oficina del fiscal, encabezada por Robert M. Kempner, antiguo emigrante judío alemán, operó con "pruebas" de valor similar. En un filme sobre Funk, ministro de Economía, pudieron verse grandes pilas de dientes de oro, marcos de anteojos y lentes que pretendían probar que provenían de judíos exterminados en esos campos. Actualmente se sabe que los judíos norteamericanos trajeron consigo esas películas cuando llegaron a Frankfurt, pocos días después que la ciudad hubiese sido ocupada por las tropas norteamericanas. El notable filme *Todesmuhle* (El molino de la muerte), que fue exhibido en la sala del tribunal durante los juicios de Nuremberg con el objeto de indisponer a la opinión pública contra los prisioneros acusados, es también una falsificación.

Los judíos se mantuvieron fieles a su vieja táctica de permanecer entre bambalinas dejando en primera fila a los "gentiles". Aunque los jueces eran presumiblemente cristianos, carecían por completo de espíritu cristiano. Las pruebas más incriminatorias, como filmes falsificados, documentos, testimonios y confesiones forzadas, fueron aportadas por los fiscales judíos de la acusación, agentes de la C.I.C., falsos testigos y otros que trabajaban entre bambalinas. Los jueces temían a los fiscales. El general Taylor, jefe interino de la oficina del fiscal, junto con Robert M. Kempner, organizó y dirigió una especie de "servicio de inteligencia" para espiar y controlar las opiniones expresadas por los jueces

que habían trascendido de sus discusiones privadas. El sesenta por ciento del equipo de la oficina del fiscal se hallaba compuesto por personas que debieron abandonar Alemania cuando fueron promulgadas las leyes racistas hitlerianas. Earl Carrol, un abogado norteamericano, declaró que, de acuerdo con sus observaciones, ni el diez por ciento de los norteamericanos empleados en los tribunales de Nuremberg lo eran en realidad de nacimiento.

Un magistrado norteamericano, el juez Wenersturm, fue quien expuso el auténtico telón de fondo de la campaña de venganza de Nuremberg. Wenersturm presidía uno de los tribunales que juzgó los casos de ciertos generales alemanes que habían sido comandantes en el sudeste y a los que se acusaba de "crímenes de guerra". Este juez renunció a su cargo en el tribunal de Nuremberg y asumió el riesgo de volver a América. Media hora antes de su partida hizo una declaración al cronista del "Chicago Tribune" (periódico en manos de gentiles), con la condición estricta de que no se publicara antes que su avión aterrizase en América. Su declaración contenía los siguientes puntos:

1. Los elevados ideales prescriptos para el Tribunal Militar de Nuremberg jamás se materializaron en la práctica de los tribunales de Nuremberg.
2. El hecho de que sólo los vencedores juzgasen a los derrotados no promovía una auténtica justicia.
3. Los miembros del departamento del fiscal, en vez de tratar de formular y de alcanzar un nuevo principio legal que sirviera de guía, eran movidos sólo por la ambición personal y la venganza.
4. La fiscalía hizo lo posible para evitar que la defensa preparase su causa y para imposibilitarle el suministro de pruebas.

5. La acusación, encabezada por el general Taylor, hizo todo lo posible para evitar que se lleve a cabo la decisión unánime del Tribunal Militar, en el sentido de pedir que Washington suministrara a la corte más pruebas documentales, las que se encontraban en poder del gobierno norteamericano.
6. *El noventa por ciento del Tribunal de Nuremberg estaba compuesto por personas con prejuicios que, ya fuese por motivos políticos o raciales, apoyaban la causa de la acusación.*
7. La acusación por cierto se ingenió para llenar todos los puestos administrativos del tribunal militar con "americanos" cuyos certificados de naturalización eran muy recientes, y que ya fuese en el servicio administrativo o mediante sus traducciones, etc., creaban una atmósfera hostil a los acusados.
8. El verdadero objetivo de los juicios de Nuremberg consistía en mostrar a los alemanes los crímenes de su Führer, y ese objetivo era al mismo tiempo el pretexto sobre el que se basaban dichos juicios. Pero el único hecho que en realidad los alemanes percibieron claramente, fue que habían caído en las garras de brutales y endurecidos conquistadores. Si yo hubiese sabido siete meses atrás lo que estaba ocurriendo en Nuremberg, jamás hubiese ido allí. (*Das Letzte Wort über Nuremberg* —La última palabra acerca de Nuremberg—, edición *Der Weg*, página 57.)

Cuando alguien planteó el siguiente interrogante: "¿Por qué el juez Wenersturm no hizo publicar su declaración hasta después de su llegada a América?", un observador de la prensa inglesa manifestó agudamente: "El juez Wenersturm sabía muy bien

que los desastres aéreos son bastante comunes en la aviación civil norteamericana."

Así pues, ni siquiera las vidas americanas se hallan a salvo de la venganza de Jehová. Esto nos basta para llegar a la conclusión de que Nuremberg no fue obra de la mentalidad norteamericana o británica, sino del típico "nazismo" tribal judío. Resulta una clara demostración del hecho de que, una vez que la administración de la justicia cae en manos de los judíos, ésta desaparece puesto que, de acuerdo con la doble moral del judaísmo, contra los gentiles todo está permitido.

Por lo tanto, para los fiscales de los juicios de Nuremberg, el procedimiento no estaba regido por código alguno excepto el de los *Protocolos*.

El hecho de que en Nuremberg se llevó a cabo la venganza de Jehová ha quedado demostrado no sólo por la mentalidad que allí se puso de manifiesto, sino también por las estadísticas. De las 3.000 personas empleadas en el tribunal de Nuremberg, 2.400 eran judías. ¡Esta cifra habla por sí misma! Pero, en el trasfondo de la tragedia de Nuremberg es posible discernir otro objetivo de largo alcance: *aterrorizar al mundo entero a través de las sentencias de Nuremberg*. Se trataba de silenciar toda oposición, calificar de "criminal de guerra" a cualquiera que se atreviese a criticar al judaísmo y, en el esquema soviético, castigar con la muerte a todos aquellos que pudiesen convertirse en testigos embarazosos.

Además de los objetivos ya mencionados se logró cabalmente otro aun más importante: impedir toda reconciliación entre las naciones gentiles. La finalidad consistía en promover el odio del pueblo germano contra América. El judaísmo mundial calculaba que llegaría un momento en que Norteamérica necesitaría imperiosamente la ayuda de las divisiones alemanas contra el bolchevismo. Co-

mo la mayor parte de las sentencias eran anunciadas en nombre de EE.UU., debían, por tanto, ser redactadas de manera de asegurarse de que ninguna nación europea tomaría jamás las armas para apoyarla.

El judaísmo alcanzó su objetivo, y ello se reflejó en la opinión pública alemana, la cual, entre 1945 y 1951, colocó a EE.UU. al mismo nivel de la Unión Soviética.

Esta venganza no fue llevada a cabo por la América de Washington ni por la Inglaterra famosa por la Carta Magna o por la Francia de Descartes; fue el espíritu del Purim el que juzgó en Nuremberg "...y mató a setenta y cinco mil de sus enemigos...", dice el Libro de Ester. El falso acusador de Haman, el fantasma de la reina Ester, había retornado para contratar a falsos testigos en la Europa cristiana, para fabricar testimonios fraguados, para producir filmes falsos, para torturar a gente inocente en las celdas de las prisiones y para *falsificar la historia misma.*

La glorificación de la traición y la recompensa de los traidores fue una de las horribles consecuencias que afligen al mundo actual. Nuremberg absolvió a todos los que habían traicionado a su país y condenó a todos aquellos que habían mantenido su juramento de lealtad. ¿Así desapareció la división entre patriotismo y traición? ¿A qué país se debía traicionar? Al de Hitler por supuesto, pero probablemente también al de Washington. Los veredictos que absolvieron a gente como Julius Rosenberg y a los espías atómicos tuvieron su precedente en Nuremberg. Cuando ocurría que, a pesar de todo, los traidores eran judíos, las demostraciones antiamericanas evidenciaron que, desde el punto de vista del judaísmo, la traición cometida en contra de otras naciones estaba totalmente justificada. El código militar inglés exigía al soldado

británico lealtad incondicional, mientras que al mismo tiempo los soldados alemanes eran sentenciados a muerte por obedecer órdenes. Los traidores fueron recompensados. Con esto se derrumbaron todas las tradiciones de lealtad sustentadas por las naciones.

El tribunal de Nuremberg se convirtió no sólo en símbolo de venganza sino también en emblema de depravación moral. El propio edificio del tribunal fue centro de actividades del mercado negro en una Europa devastada por la guerra y que se moría de hambre. Mark Lautern hace un retrato impresionante del pozo de iniquidad que rodeaba al tribunal de Nuremberg. "Han llegado todos: los Salomón, los Schlossberger y los Rabinovich, quienes, como miembros del equipo del fiscal, en los intervalos entre dos sentencias de muerte o entre dos ejecuciones se ocupan de comerciar con cigarrillos americanos, porcelanas finas, plata, oro, pieles y obras de arte."

Salamonson se especializaba en relojes de pulsera; Sterling introducía cuadros de contrabando; Cohen encargaba cargamentos de café o cigarrillos americanos.

"Pero no era sólo el mercado negro", escribe Mark Lautern, "lo que convertía a los alrededores del tribunal de Nuremberg en el sumidero de Europa. La degradación moral que allí se originó era más horrible. Las orgías de los empleados extranjeros que se llevaban a cabo en departamentos privados y en hoteles causaban a menudo la indignación de todo el distrito. El número de jóvenes empleadas en el tribunal aumentaba continuamente. Entre ellas había tanto alemanas como aliadas, atraídas al remolino de depravación y corrupción. La incontinencia sexual y las más repugnantes perversiones prevalecían en esos círculos, y los escándalos sin límite de los cuales había amplias prue-

bas, suministraron material para varios años a ciertos periódicos y revistas. (*Das Letzte Wort über Nuremberg*, pág. 68.)

Los nuevos Hamanes, de pie ante el pueblo de la reina Ester, eran sentenciados a muerte o a cadena perpetua; tenían el privilegio de escuchar a aquellos que los odiaban, los involucrados en el mercado negro, los pervertidos y torturadores, cantar a coro una marcha de Nuremberg improvisada que remedaba a "La viudad alegre", de Lehar:

Da geh ich in PX,
Dort bin ich bis halb sechs!

El 16 de octubre de 1946, a medianoche, once "criminales de guerra" europeos partieron hacia la horca en Nuremberg. Y entonces sucedió un milagro: *En los umbrales mismos de la muerte los vencidos obtuvieron una victoria sobre sus conquistadores.* Pareció que ascendían no a un patíbulo sino al pedestal de una moralidad que aún podía salvar a Europa. Joachim von Ribbentrop fue el primero en morir; lo hizo en silencio. El general Wilhelm Keitel subió al cadalso tras él, con su uniforme prolijo y sus botas brillantes. Antes de morir, dijo: "Dos millones de soldados alemanes murieron por su país. ¡Ahora yo seguiré a mis muchachos!"

Luego le tocó el turno al Dr. Ernst Kaltenbrunner: "¡Yo amé a mi país y a mi pueblo alemán con todo mi corazón! ¡Buena suerte, Alemania!"

En silencio, con el rostro inmóvil y un inmenso desprecio, el Dr. Alfred Rosenberg enfrentó al verdugo, siendo seguido a la tumba por el Dr. Hans Frank, gobernador general de los territorios polacos. Estos dos hombres eran considerados responsables de los judíos que se decía habían perecido en el Este.

La siguiente víctima fue el Dr. Wilhelm Frick,

ministro del Reich: "¡Alemania para siempre!", gritó, antes de que se abriese la trampa.

Julius Streicher le sucedió en la horca. Pertenecía a ese pequeño círculo que poseía el don de clarividencia. Había sido capturado por un judío de New York llamado Blitt, quien, con el rango de mayor, se especializaba en exterminar "antisemitas". Quizá Streicher había previsto que la horca aguardaba a aquellos líderes que se animaron a defenderse y a defender a su nación. Mirando con desprecio a los espectadores, anunció sarcásticamente toda la verdad de Nuremberg: "¡Es la fiesta del Purim de 1946!"

El Dr. Fritz Sauckel fue el siguiente, y dijo: "Muero inocente. Respeto a los soldados norteamericanos y a sus oficiales, pero no a la justicia norteamericana!"

Con la cabeza erguida, el general Alfred Jodl subió al cadalso, seguido por Arthur Seyss-Inquart: "¡Creo que esta ejecución será el último acto de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial", dijo.

Quizá fuera simbólico el hecho de que incluso el verdugo militar, John C. Woods Short, fuese judío. Le llevó 143 minutos colgar a los "criminales de guerra".

"Este impecable trabajo", dijo orgullosamente, "¡merece un buen trago!". Mientras tanto, los reporteros de "Life" tomaban su fotografía, con la cuerda en la mano, de modo que esta conocida revista pudo, con gusto sumamente dudoso, reproducirla en su portada. Por cierto que todo eso podía merecer un buen trago. Pero una profecía de Julius Streicher se cernía amenazadora sobre las cabezas de jueces y verdugos. Lo habían escuchado pronunciar en el cadalso las siguientes palabras: "¡Recuerden! ¡La próxima vez les tocará a ustedes! ¡Serán colgados por los bolcheviques!"

Hermann Goering, que había ingerido cianuro de potasio que había logrado obtener media hora antes de la ejecución, había muerto. Los agentes británicos, norteamericanos y rusos buscaban febrilmente el cadáver de Hitler entre las ruinas del refugio del Führer. Goebbels pereció, junto con su familia; primero mató a sus seis hijos y luego se suicidó. Bormann desapareció. Himmler se suicidó con cianuro al caer en manos de los investigadores anglo-judíos. Robert Ley se suicidó en la cárcel de Nuremberg.

En Milán, Mussolini, que ya había sido fusilado, fue colgado por los pies cabeza abajo. La última escena de Nuremberg representaba los aviones que despegaban para esparcir sobre Alemania las cenizas de los "criminales de guerra". Este hecho simbolizaba el miedo provocado por la conciencia culpable en los jueces y participantes que despertaban del ebrio frenesí del Purim.

En Francia, el viejo y canoso general Petain, ya al borde de la tumba, fue sentenciado a cadena perpetua en un fuerte, como gratitud por defender otra fortaleza, la de Verdún, contra los alemanes. Luego Pierre Laval, el primer ministro francés, enfrentó valerosamente el pelotón de fusilamiento. También él había tomado cianuro, pero durante dos horas los médicos lucharon desesperadamente por salvarlo para la muerte. Y, finalmente, allí estaba de pie frente a los fusiles, mientras los jueces que habían sido designados para asistir a la ejecución, se guarecían tras el furgón de la prisión, incapaces de contemplar la escena que era la consecuencia de su juzgamiento. Laval, aunque físicamente arruinado por los terribles efectos del veneno, rechazó el ofrecimiento de ser ejecutado en una silla. Aunque trastabillando, reunió las suficientes energías para decir: "¡Un primer ministro francés muere de pie!"

El mismo dio la orden de disparar, pero las balas erraron el blanco. Finalmente el "premier" francés debió ser muerto por un tiro de revólver disparado en la parte posterior de su cabeza.

En Noruega el primer ministro Quisling fue ejecutado en el patio de la prisión de Akershus, y los miembros del pelotón del fusilamiento se sintieron profundamente impresionados por la forma valerosa y digna en que uno de los más antiguos enemigos del bolchevismo enfrentó a los fusiles.

El líder húngaro Ferenc Szalasi fue ejecutado junto con sus ministros. Miklos Horthy, el anterior jefe de Estado, sólo escapó al juicio de Nuremberg convirtiéndose en uno de los principales testigos de la acusación y negando haber tenido nada que ver con las llamadas "leyes judías" que él mismo había sancionado. Ferenc Szalasi hizo el saludo militar a sus colegas, los miembros de su gabinete, que ya habían sido ejecutados, cuando pasaba a su vez hacia el cadalso, y murió con tanto valor que el filme soviético sobre su ejecución tuvo que ser muy pronto retirado de todos los cinematógrafos, pues su heroica conducta inducía en sumo grado al respeto y la admiración de la nación entera. Laszlo Bardossy, Bela Imredy, Dome Sztojay y Jeno Szollodi, los cuatro ex primeros ministros de Hungría, murieron con similar valor en la horca o frente al piquete. Aquellos que promulgaron leyes retroactivas en su contra o los juzgaron pertenecían casi sin excepción a los conquistadores del mundo. En contra de Lazlo Bardossy no podía siquiera decirse que era "antisemita". Su único crimen consistía en haber declarado la guerra al bolchevismo. Cuando miró a la compacta muchedumbre salida de los ghettos y vio a los espectadores ávidos de venganza que se agolpaban en el lugar de la ejecución, gritó como última plegaria: "¡Oh Dios! ¡Libra a Hungría de estos bandidos!"

En Rumania el mariscal Antonescu, uno de los grandes héroes rumanos, fue ejecutado. En Yugoslavia el líder de los guerrilleros patriotas, Drazsa Mihajlovich, fue entregado a los carniceros de Mojse Pijade. El Dr. Josepf Tiso, sacerdote y primer ministro a la vez de la Eslovaquia independiente, también murió en la horca el 18 de abril de 1947. La venganza no se detuvo ante las personas de los dignatarios de la Iglesia. Ni el propio Papa pudo rescatar al sacerdote de Cristo de las manos de Eduard Benes, el gran francmasón, quien dijo torvamente: "¡Hay que colgar a Tiso!"

En ocho o nueve países los jefes de Estado, primeros ministros y líderes fueron ejecutados durante el nuevo Purim. Pero no son criminales de guerra ante los ojos de sus pueblos sino símbolos del martirio de su nación. Fueron seguidos por mártires anónimos, por soldados leales a sus juramentos, por intelectuales, periodistas, campesinos y hombres de iglesia. De ese modo, no sólo fueron asesinados los "nazis antisemitas" y los "fascistas", sino también cualquier persona de cierta calidad que pudiese ser un testigo incómodo contra los perpetradores de ultrajes. Por ejemplo, Ferenc Orsos, el profesor universitario húngaro, autoridad europea en medicina forense, fue "criminal de guerra" porque firmó el informe sobre Katyn confirmando que no eran los alemanes sino los bolcheviques los que asesinaron a los oficiales del ejército polaco.

Posiblemente los norteamericanos ya empiezan a sentir que se acerca el momento de cumplirse la profecía de Streicher: "¡Recuerden! ¡La próxima vez les tocará a ustedes! ¡Serán colgados por los bolcheviques!"

El mayor servicio que podría hacérsele a Estados Unidos consistiría en que alguien tuviese el valor de explicar que todos esos atropellos no fueron actos de los norteamericanos sino del judaísmo

mundial, y que *Nuremberg no representó una nueva ley sino el terror del Purim.* Después de todo no sólo los vencidos y los colaboradores fueron asesinados en Nuremberg. Uno de los primeros mártires de las finanzas judías fue el épico héroe norteamericano, el general Patton, comandante del ejército de los Estados Unidos que invadió a Alemania, el "caballero de las divisiones blindadas". Descendiente de los pioneros norteamericanos, consideraba al nazismo como un mal satánico. Al menos, eso era lo que él había oído decir a propagandistas, periodistas y hombres de estado. Llegó a Alemania odiándola. Creía que los nazis debían ser castigados. Fue entonces cuando una granjera alemana que vivía en la vecindad de su cuartel general, acertó a cruzarse en su camino y durante una conversación casual le contó las cosas que ocurrían detrás de la "villa del comandante", o sea su casa. Describió cómo la leche destinada a las ciudades era vaciada en las calles por la policía militar por orden de los muchachos de Morgenthau; cómo, no ya los nazis sino los soldados alemanes comunes eran detenidos en atestados campos de internación simplemente porque cumplían con su deber; cómo los trabajadores habían sido expulsados de sus casas a causa de los sentimientos vengativos de los antiguos huéspedes de los campos de concentración, y cómo los médicos judíos en los hospitales recomendaban que cada cuarto bebé recién nacido fuese muerto con una inyección porque no había suficiente leche.

Y el general Patton se dirigió, como caballero andante medieval, para comprobar con sus propios ojos si la historia de la campesina alemana era verdadera o no. Sin manifestar su rango, vestido con el uniforme de soldado raso, recorrió todo este infierno terrestre: las prisiones, los campos de internación y los de la prisión en donde

comprobó por sí mismo que aquellos que torturaban a los alemanes y que enseñaban la teoría de la culpa colectiva y pregonaban el castigo colectivo no eran muchachos norteamericanos sino hijos de Jehová. A partir de ese momento los oficiales del ejército de los Estados Unidos recibieron órdenes estrictas de dar suficiente alimento a los prisioneros de guerra, ya medio muertos de inanición, y se le prohibió a la policía militar que vaciase en las calles la leche destinada a los bebés. El general Patton no estaba preparado para llevar a cabo el plan Morgenthau, aunque había luchado por Estados Unidos, y, ¡ay!, también por Judá. Pero había otro general deseoso de servir a dicho plan: su nombre era Dwight Eisenhower.

No era posible condenar al "caballero de las divisiones blindadas" en Nuremberg. Por lo tanto se condenó a Patton y se lo sentenció a muerte entre bambalinas. Pero las personas que lo juzgaron eran las mismas que habían condenado a los líderes alemanes en Nuremberg. A pesar de que el hecho ha sido acallado, es bien sabido hoy que, por orden de los agentes de la C. I. C. * un automóvil "norteamericano" chocó al de Patton. Como resultado de ese "accidente", el general Patton quedó herido. Fue rápidamente trasladado a una ambulancia, pero en camino hacia al hospital la ambulancia chocó con un pesado camión norteamericano, y esta vez murió. En ese mismo momento algo desapareció de su bolsillo, algo que los conquistadores temían con mucha razón.

"¡Tengo un pequeño libro negro!", había dicho antes el general, "y cuando vuelva a los Estados Unidos haré estallar la bomba".

Pero antes de cerrar los ojos por última vez,

* C.I.C. es la sigla de *Counter-Intelligence Corps.* (Cuerpo de Contra-Inteligencia).

seguramente vio al mismo enemigo que Keitel, Jodl y Streicher cuando estaban de pie bajo la horca de Nuremberg.

Sin embargo, hubo algunos que no fueron llevados a juicio en Nuremberg. Los miembros del *Instituto de Investigaciones de Frankfurt para la Indagación de la Cuestión Judía* y los representantes y el equipo del *Welt Dienst* (Servicio Mundial) jamás fueron tocados, aunque habían sido los primeros en ser capturados por ciertos miembros judíos de la C.I.C. americana, y en ser llevados a Nuremberg y amenazados por el verdugo *antes* de que despachase a los ministros del Reich. Pero estas personas simplemente respondieron a sus interrogadores: "¡Muy bien! Estamos listos para enfrentar el juicio en el tribunal de Nuremberg; pero, con la ayuda de nuestros documentos ocultos, probaremos que el judaísmo mundial es el verdadero autor de los crímenes de guerra. Al mismo tiempo nos veremos obligados a descubrir que el Servicio Mundial no era en absoluto una organización nazi. En sus columnas colaboraron los miembros de veintiséis naciones. Entre ellos se encontraba un ex presidente norteamericano, oficiales del estado mayor sueco, varios de los más eminentes miembros de la aristocracia inglesa y un ministro de Sudáfrica".

Los líderes de estas organizaciones alemanas, aunque detestados por los conquistadores del mundo, no fueron ni siquiera procesados. Se los puso pronto en libertad, y cualquiera que lea las sentencias de Nuremberg verá que ni el Instituto de Investigaciones de Frankfurt ni el Servicio Mundial son mencionados entre las «organizaciones culpables» ".

Habría resultado sumamente desagradable para los conquistadores del mundo si los líderes de estos

grupos hubiesen presentado su "defensa" en el tribunal.

"Unión", un periódico inglés, en su edición del 19 de junio de 1952, publica que acababa de recibir noticias de Alemania que parecían evidenciar bastante mal gusto por parte de las autoridades de la zona de ocupación norteamericana. La primera sinagoga judía había sido instalada en el palacio del Tribunal de Nuremberg, en el mismo lugar donde Göering y los otros líderes nacional-socialistas habían sido sentenciados a muerte. Si hicieran falta más pruebas para convencer a la opinión pública alemana de que sus líderes habían sido asesinados por designios del judaísmo mundial, la instalación de esa sinagoga sería suficiente.

Y de ese modo la sala del tribunal de Nuremberg permanecerá para siempre como un símbolo del nuevo Purim, pues en 1952 se estableció allí una nueva sinagoga dedicada a la gloria de Jehová y como prueba del hecho de que Judá, y no los aliados, fue quien llevó a cabo los juicios de Nuremberg.

CAPITULO DECIMOPRIMERO

¿QUE SUCEDIO CON LOS SEIS MILLONES DE JUDIOS?

En la Segunda Guerra Mundial el judaísmo, que se declaró parte beligerante, sufrió pérdidas desconocidas en cuanto a sus muertos. Otras naciones lloran a sus muertos, les erigen monumentos y fijan aniversarios para venerar su memoria. En cambio el judaísmo en su mayoría los aprovechó para hacer con ellos un buen negocio y usó sus cadáveres como un paso hacia la dominación mundial. Los consideró como una inversión política y como un medio de alcanzar el poder. Mientras que sobre las tumbas y los monumentos conmemorativos de los héroes de otros pueblos se abren las dulces flores del recuerdo, alrededor de las tumbas de los muertos judíos los altavoces de la propaganda aún hoy resuenan ruidosamente. Los sobrevivientes de otras naciones llevan tributos florales a las tumbas de sus madres, pero alrededor de las tumbas de las madres judías sólo se escuchan los gritos profanadores de: "¡Dénme *a mí* también un paquete de la U.N.R.R.A.! ¡Mi madre fue asesinada por los nazis!"

Para los sobrevivientes, las tumbas de Auschwitz y Bergen-Belsen no representan un símbolo de eterna protesta contra la barbarie. Hollywood hizo un espléndido negocio con ellas, y los gentiles se

reunieron consternados en torno de las tumbas judías. El judaísmo también lo hizo, equipado con cámaras filmadoras, altavoces y toda clase de aparatos fotográficos. Al enterarse de los hechos ocurridos en los campos de concentración, el comentario espontáneo del mundo cristiano, escandalizado, fue: "¡Se ha cometido un vergonzoso ultraje!" Pero los titulares del nacionalismo judío tronaron: *¡Una sensación mundial!* ¡Los sobrevivientes se han ganado la compasión del mundo, así como el derecho a la venganza, a una rápida emigración y, por supuesto, a la *dominación mundial!*

Todo esto no tiene paralelo en la historia del mundo.

La compasión, el escándalo y la indignación fueron las reacciones del mundo cristiano, pero los sobrevivientes judíos dijeron: "¡Exigimos privilegios! ¡Mi madre, mi hermana y mi padre cayeron víctimas de los nazis!" Los mártires descansaban en sus tumbas comunes, mientras el millonario neoyorquino y el pequeño tendero de Brooklyn proseguían sus negocios con la aureola del martirio sobre la frente y demostrando una tristeza que no podría haber sido más elocuente si ellos mismos hubiesen yacido en el campo de Bergen-Belsen.

Otras naciones también tienen sus muertos y sus mártires, quizá mucho más que los judíos. Seis millones de personas murieron de inanición en Ucrania, víctimas de los planes del "dumping" de alimentos de los judíos del Kremlin, pero el mundo jamás otorgó privilegio alguno a los ucranianos. Nadie dio jamás raciones dobles a los que dependían de las víctimas sepultadas en las tumbas comunes en los bosques de Katyn; ni los sobrevivientes de la marcha de la muerte de Brno recibieron jamás compensación alguna. Ni uno solo de los autores de las matanzas de Bromberg, Praga o Yugoslavia fue colgado en Nuremberg.

"¡Seis millones de mártires!" anunciaban los periódicos judíos, los jueces de Nuremberg, los filmes y las emisoras radiales.

¡Seis millones! El mundo de los gentiles tembló horrorizado y nadie se atrevió a alzar la voz en disidencia aun cuando resultó evidente que la supuesta cifra se había convertido en el centro de una maniobra de chantaje mundial.

¡Seis millones!, gritaron los alemanes consternados, que nada sabían de los campos de concentración hasta el día del armisticio, y sobre cuyas cabezas el flagelo del castigo colectivo flotó de manera amenazadora.

En realidad, ¿hubo seis millones de víctimas?

Cuando se le preguntó al general Taylor, fiscal principal de Nuremberg, dónde había obtenido esa cifra de seis millones, contestó simplemente que se basaba en la confesión del general Ohllendorf de la S. S. Durante los interrogatorios de Nuremberg, Ohllendorf supuestamente dijo que esa era la cantidad de judíos asesinados. Más adelante se supo que los judíos norteamericanos habían extraído esta "confesión" de Ohllendorf bajo tortura. Oswald Pohl y Berger, ambos líderes de grupo de la S. S., fueron torturados de manera similar. También se utilizaron testimonios fraguados para apoyar esa cifra sin precedentes de "mártires" judíos. El Dr. Wilhelm Hoettl, persona más bien ajena al servicio de la C.I.C. norteamericana y autor de varios libros escritos con el seudónimo de Walter Hagen, también suministra esa cifra. Este hombre apareció en Nuremberg como testigo de la acusación a favor de los norteamericanos. Sabemos por "Der Weg" (3er. número, 1954, pág. 203) que su testimonio fue la única "prueba" referente a la suposición del asesinato de seis millones de judíos. *También fue contratado por el Soviet como espía,* y trabajó con dos judíos emigrados de Viena,

Perger y Verber, como oficiales de los EE.UU. durante las indagaciones preliminares a los juicios de Nuremberg.

Por lo general se supone que la intención de exterminar a los judíos se prueba mediante la referencia al anuncio que hizo Hitler en el transcurso de uno de sus discursos anteriores a la guerra: "¡Si el judaísmo desata esta guerra, los tratados de paz no encontrarán más judíos en Europa!"

Pero el interrogante subsiste: ¿cómo pretendía solucionar la cuestión judía?

En 1939 Sven Hedin presentó a Göering un plan para la *expatriación* del judaísmo de Europa.

"El plan es muy práctico e interesante", dijo Göering, "y siento verdadero placer en darle mi apoyo. Si resulta práctico estaré de buen grado a su disposición." (Sven Hedin: *Ohne Auftrag in Berlin.*)

El otro proyecto, publicado como panfleto por el partido, consistía en establecer a los judíos en Madagascar. Una nación sin un territorio propio debía ser provista de una patria. Palestina no podía recibir y alimentar a todas las masas de judíos europeos, y el resurgimiento de Israel, seguía diciendo el panfleto, iba a ser una fuente de perpetuos problemas, incidentes y guerras en el mundo árabe. Es lo que en realidad ha ocurrido hasta el momento actual.

El "New York Times" suministró las pruebas más fidedignas en lo concerniente a la política hitleriana cuando, después de la guerra publicó ciertas estadísticas relativas a la población mundial judía y admitió que Hitler permitió que 400.000 judíos emigrasen del Reich. Si hubiese abrigado la intención de exterminarlos, jamás se habría permitido que esos emigrantes abandonaran Alemania.

El Congreso Mundial Judío admite en su publi-

cación *Unidad en la Dispersión* (pág. 377), que: *"La mayoría de los judíos alemanes lograron abandonar Alemania antes de que hubiese estallado la guerra..."*

El judaísmo mundial sabía y previó claramente que la Segunda Guerra Mundial, especialmente en el caso de una derrota de los bolcheviques, saldría cara en vidas de judíos, pero nada hizo para promover la emigración mientras aún había tiempo para ella. Necesitaba a toda costa víctimas para poder chantajear al mundo con la historia de los seis millones de mártires judíos. Le resultaba evidente que esa constituía una preciosa oportunidad de obtener una excelente arma psicológica para silenciar al "antisemitismo" y para alcanzar el poderío mundial. Después de los sucesos de la Kristallnacht (noche de cristal) en Alemania, cuarenta y ocho estados, encabezados por EE.UU., Francia y Gran Bretaña, mantuvieron una conferencia cuyo único tema consistió en cómo salvar a los judíos que se hallaban amenazados en Alemania. Aunque todas las partes interesadas sabían que en caso de guerra la posición del judaísmo europeo sería precaria, la conferencia terminó sin haber obtenido ningún resultado positivo. Gran Bretaña no estaba preparada para recibir a los judíos alemanes. Aunque EE.UU. estaba dispuesto a concederles la admisión, ciertas fuerzas judías que trabajaban entre bambalinas sabotearon esa solución. Ellas sabían muy bien que eso habría significado el fin de la propaganda antinazi. Puede parecer paradójico, pero el carácter antisemita del nacional-socialismo alemán le resultaba útil al judaísmo mundial. Este necesitaba una segunda guerra mundial, a pesar de saber que ello costaría cierto número de vidas judías.

Después del estallido de la guerra todos esos planes de expatriación se tornaron impracticables.

Pero, ¿deseaban realmente los alemanes destruir a los judíos que se encontraban en sus manos? Esto es apenas creíble. Después de la ocupación de Polonia se publicaron fotografías de los ghettos polacos en la revista alemana "Signal". El hecho de que esos judíos estuviesen viviendo separados por razones de seguridad resulta *perfectamente comprensible en tiempos de guerra.* Pero si los alemanes hubiesen tenido la intención de exterminarlos, sus fotografías no habrían sido publicadas bajo ninguna circunstancia por las agencias oficiales de propaganda alemanas; dichas fotografías los mostraban ocupados en diversas tareas, tales como la preparación de paquetes y otras tareas livianas para el ejército alemán, ganando de ese modo salarios fijos. La revista "Signal" publicó también una reproducción de los billetes especiales que se introdujeron en los ghettos para evitar la especulación. La administración interna de los ghettos estaba en manos de consejos judíos elegidos por ellos mismos. Si ese arreglo era bueno o malo puede ser materia opinable. Quizás el ghetto sea un establecimiento social humillante, pero no es en absoluto bárbaro. No es una organización destinada a la destrucción de una raza. No olvidemos que los Estados Unidos internaron a ciudadanos alemanes y japoneses mientras Inglaterra ubicó a los fascistas de Mosley y a muchos otros en campos de internación. Ese número de la revista "Signal" podía obtenerse en toda Europa en esa época.

"La conciencia mundial" no formuló objeción alguna a los ghettos en ese entonces.

¿Qué se entendía por la solución a la cuestión judía? El libro *Nuremberg ou la terre promise,* de Maurice Bardèche, responde a esta pregunta referida a los juicios de Nuremberg: "De los documentos de los juicios resulta claro que la solución a

la cuestión judía, tal como fue aprobada por el líder del nacional-socialismo, significaba simplemente concentrar a todos los judíos en un lugar separado especialmente para ellos, y *dicho lugar sería conocido como la reservación judía.*

Habría sido un tipo especial de ghetto europeo, y esa es la intención que traslucen diversas resoluciones ministeriales y ciertas órdenes interdepartamentales emanadas de las altas autoridades del Reich. ¡No hay otra cosa! Los acusados de Nuremberg pudieron afirmar repetidamente con la conciencia tranquila que durante toda la guerra no supieron absolutamente nada de ejecuciones en masa, ni de Auschwitz o Treblinka, y que la primera vez que las oyeron mencionar fue de labios del fiscal.

Entonces, ¿cómo surgieron los campos de concentración alemanes?

De acuerdo con ciertos informes que aparecieron en el "Munchen Illustrierte" en 1958, en los juicios de Nuremberg se dio una respuesta muy interesante a esta pregunta. Raymond H. Geist, judío y primer secretario de la Embajada de EE. UU. en Berlín, cuando el nacional-socialismo tomó el poder en 1933 hizo una declaración bajo juramento. En ella dijo que durante los primeros días que siguieron a la toma del poder, las víctimas de la Gestapo alcanzaron la cifra de *varios cientos de miles.*

Pero Hermann Göering, el principal acusado en los juicios de Nuremberg, respondió al juez norteamericano cuando se le preguntó sobre esto: "Al principio hubo naturalmente ciertos abusos de poder y, por supuesto, a veces sufrieron algunas personas inocentes, pero en total, a la luz de la acción emprendida y de todo el movimiento en general, este impulso alemán hacia la independen-

cia constituyó *la revolución menos sangrienta y más disciplinada de la historia.*"

Al principio sólo los líderes comunistas fueron enviados a los campos de concentración. Después de enterarse de que Thälmann, el líder del Partido Comunista Alemán, había sido maltratado en la "detención preventiva", Göering ordenó que fuera traído a su presencia y le dijo: "Mi querido Thälmann, si usted hubiera tomado el poder, no habría sido golpeado; pero por otra parte, no dudo que habría ordenado mi inmediata ejecución."

"Naturalmente", retrucó el líder comunista.

Este incidente demuestra mejor que ninguna otra cosa que en un principio no había judíos en los campos de concentración alemanes y que los propios líderes nacional-socialistas impidieron el maltrato de los internados.

El verdadero objetivo consistía en establecer un territorio especial para los judíos en el Este. Ese era el proyecto aludido y los periódicos y revistas que contenían propaganda bélica alemana publicaron fotografías ilustrativas al respecto. Esos eran los ghettos modernos y en cada uno de ellos vivía y trabajaba la población judía de todo un distrito. Los alemanes estaban convencidos de que ganarían la guerra y, por lo tanto, querían expatriar a los judíos de Europa. Los ghettos orientales, pues, no representaban la patria judía permanente sino tan sólo una reservación temporaria. Bien, ¿hasta qué punto este hecho era bueno o malo? Quizá los ingleses puedan dar la mejor respuesta, puesto que ellos durante la guerra de los boers internaron a todas las mujeres y niños de la población de modo que perecieron más mujeres que hombres.

No obstante, los ingleses no pudieron ser acusados bajo ninguna circunstancia de pretender exterminar a los boers. Simplemente adoptaron ciertas medidas de seguridad. Resulta aun más comprensible

que los alemanes deseasen poner en práctica tales medidas de seguridad, puesto que los judíos jamás negaron que se opusieron a los alemanes con odio fanático ni que tuviesen escrúpulos en resistirles ya fuese a través de la lucha partidaria o de los actos de sabotaje. Más aún, había suficientes motivos para tales medidas bajo la ley internacional, puesto que el judaísmo se declaró parte beligerante.

¿Los alemanes tuvieron alguna vez la intención de exterminar al judaísmo en Oriente? Existe una prueba indirecta de que jamás la tuvieron. Durante las incursiones aéreas y los "bombardeos de saturación" de distritos residenciales, iglesias, hospitales y colonias de trabajadores, ciertas personas irresponsables de la población cansadas de la guerra a menudo formulaban la exigencia de que todos los trabajadores judíos del Reich deberían ser considerados rehenes. El "hombre de la calle", a manera sencilla y decente, argumentaba que si los judíos occidentales ordenaban realizar bombardeos contra mujeres y niños inocentes, dicho ultraje justificaba que las mujeres y niños judíos inocentes fuesen enviados a perecer también bajo las bombas. Pero ni el partido ni sus líderes accedieron jamás a tales exigencias, aun cuando la ejecución de semejante política sólo habría querido notificar a través de la radio que los ocupantes de los campos judíos serían trasladados a los distritos residenciales y a los objetivos no militares que eran bombardeados con mayor frecuencia, de modo que fuesen los primeros en perecer en el bombardeo de saturación.

En los territorios del Este, es decir en Polonia, Ucrania y Lituania, el judaísmo experimentó sus mayores pérdidas. Pero hasta 1943 nadie sabía una palabra de los llamados asesinatos en masa. Esas pérdidas tuvieron lugar en la acción bélica de la "resistencia" ucraniana, cuando los alemanes

se vieron obligados a tomar rehenes. Entre estos últimos había gran cantidad de judíos puesto que era sabido que se aliaban con los guerrilleros. La gran cuestión consistía en si un ejército en lucha tiene derecho o no a tomar rehenes durante el combate feroz y exterminante contra la guerrilla, lo cual es muy dudoso desde el punto de vista humanitario. De cualquier manera, en el transcurso de los juicios de Nuremberg varios testigos declararon que en las montañas Harz se encontró una orden escrita y firmada por el general Eisenhower en la que se indicaba que se debía matar a veinte rehenes alemanes por cada soldado norteamericano asesinado. También es digno de ser observado el hecho de que durante la guerra de Corea los norteamericanos se vieron obligados a adoptar "métodos alemanes" contra los guerrilleros. Aldeas enteras fueron barridas de la faz de la tierra porque se sospechaba que los guerrilleros podrían encontrarse escondidos en ellas. En la página número veinticinco de la revista "Colliers" del 26 de agosto de 1950, se publicaron varias fotografías de guerrilleros y rehenes capturados. El epígrafe de las fotografías dice: "Los acontecimientos de la guerra demuestran que en Asia se tiene muy poca consideración por la vida humana. Los coreanos del sur sospechosos de traición eran cargados en camiones y llevados al lugar de la ejecución. (En ciertos casos se les rompía la columna vertebral antes de fusilarlos.)"

En esas fotografías los guerrilleros coreanos están vigilados por soldados norteamericanos. Así puede verse que tanto Eisenhower como McArthur consideraban justificable la toma de rehenes. Sin embargo, muchos miembros de las fuerzas de seguridad alemanas fueron sentenciados a muerte por obedecer precisamente órdenes de esa índole.

Resulta sumamente interesante comparar los

acontecimientos actuales con los de la Segunda Guerra Mundial. Casi diariamente podemos leer en cualquier periódico cómo los ingleses matan a los Mau-Mau sin el menor sentimentalismo. Un día mueren 130 y al otro son ejecutados 34 de sus miembros. Pero la "conciencia mundial" desecha sencillamente estos horrores admitiendo negligentemente que Inglaterra debe emplear esas medidas drásticas para imponer el orden. Pero no hay duda alguna de que los rebeldes del ghetto de Varsovia eran por lo menos tan sanguinarios y fanáticos como los miembros asesinados de la tribu Mau-Mau, y el judaísmo se había declarado parte beligerante y actuado como tal en toda Europa. Pero las cadenas de radio occidentales y soviéticas jamás perdieron la oportunidad de fomentar el fanatismo del judaísmo europeo. Los locutores judíos de las diversas estaciones de radio, que lanzaban al aire su prédica desde la seguridad de los refugios antibombas, provocaron de hecho el destino sufrido por los judíos a manos de los alemanes.

Las vidas humanas perdidas en la lucha contra la guerrilla no prueban la intención de exterminar al judaísmo. Los campos de concentración estaban bajo la supervisión permanente de las autoridades sanitarias y eran inspeccionados regularmente hasta el momento de la invasión de Europa, o sea, hasta el mes de junio de 1944. Se calculaba un espacio mínimo de cuatro metros cúbicos para cada ocupante. Belsen, cerca de Bremen, albergaba a 15.000 internos. Ese campo era de hecho el sustituto de una prisión. Los internos se hallaban bajo atención médica regular. Los enfermos graves, transferidos al hospital; los casos más leves eran tratados en el mismo campo. Los internos de origen extranjero también podían recibir paquetes, exáctamente como los alemanes. La oficina del fiscal

llevaba a cabo minuciosas investigaciones en cada caso, y aquellos que eran declarados inocentes eran enviados de vuelta a su país. Pero los culpables eran sentenciados a muerte por los tribunales militares y ejecutados. El número promedio de muertes naturales en 1944 fue de 200 al mes. Pero cuando el bombardeo de saturación paralizó el transporte y el sistema de comunicaciones del Reich, el sistema de racionamiento se tornó cada vez más caótico y, en consecuencia, se declararon varias epidemias. El comportamiento de los guardianes del campo hacia los internos se hizo más estricto y subió la tasa de mortalidad. Pero a pesar de todas las desventajas, Belsen no era un campo de exterminio. ¿Por qué entonces se lo mostró como un lugar terrorífico en el filme de propaganda preparado por los judíos norteamericanos? ¿Qué clase de propaganda de horror era esa? ¿Quién es el responsable si, como consecuencia directa del bombardeo aliado, cundió el hambre? ¿Los alemanes o los aliados? ¿Cuál de ellos causó mayores bajas en los campos de concentración?

"Shem", el periódico secreto de los nacionalistas judíos en Francia, publicó el 8 de julio de 1944 un notable artículo que describía las condiciones existentes en los campos de internación de Alemania oriental. Deberíamos considerar esos informes como fuentes de información dignas de confianza puesto que eran trasmitidos por los judíos a los de su misma raza y se basaban en la experiencia directa. Se ocupan en detalle de las condiciones reinantes en los campos de Byslowitz, Shrszno, Kattowitz-Berkenau-Wadowitz, Meisso, Lager Oberlagenbielau, Waldenburg y Theresienstadt. La vida en un campo podía parecer más bien dura a los internos, mientras que en otro parecía ser más tolerable, y en un tercero las condiciones podían ser bastante buenas. Hablando en general, los ocupantes de los

campos recibían un trato estricto pero bueno. Las mujeres debían hacer tareas domésticas livianas. Los hombres trabajaban en la construcción de caminos y en la edificación, pero los trabajadores especializados eran empleados en sus propias ocupaciones. En el informe de este periódico judío no hay una sola palabra acerca del exterminio o el maltrato de los internos. Tampoco se mencionan cámaras de gas, campos de exterminio ni infanticidios. ¡Todo lo contrario! "Shem" informa que los niños muy pequeños, entre dos y cinco años de edad, eran enviados a diversos jardines de infantes en Berlín para ser cuidados por la Cruz Roja alemana y el Departamento de Bienestar Público.

¿Cómo, entonces, pudo el mundo ser engañado por la ficción del exterminio de seis millones de judíos? ¿Dónde estaban las escenas que supuestamente tenían lugar en la cámara de gas y los cadáveres que mostraba el filme de propaganda *Todesmuhle* (El molino de la muerte), y que habían sido fotografiados?

Al terminar 1945 aparecieron nuevos ocupantes en el campo de concentración de Dachau. Pero éstos ya no eran judíos sino algunos de los alemanes derrotados, los "criminales de guerra". Se les ordenó que construyesen varios edificios adicionales con la mayor rapidez posible. Pero antes que nada las bellezas de horticultura de los campos debieron ser destruidas porque resultaría difícil que el público del cine estadounidense creyese que los judíos estaban sufriendo entre hermosos jardines y canteros de flores, en especial porque concurrían al cinematógrafo anticipándose a ver horrores. Por lo tanto, los obreros recibieron órdenes de cavar un pozo de sangre con un desagüe destinado a desagotar la sangre, porque debía aparentarse que allí la sangre judía había corrido en verdaderos ríos. Las duchas, los vestuarios y los salones de

recepción debieron ser reconstruidos con el objeto de que pareciesen cámaras de gas. Para obtener esa apariencia se edificó una estructura de concreto separada con aberturas como escotillas y estos artificios se muestran aun hoy pretendiendo demostrar que el mortífero "gas letal" pasaba por esas escotillas. Los trabajadores cautivos recibieron también órdenes de construir *"un patio de ejecución especial que pretendía mostrar el lugar en que se disparaba a las víctimas en la parte posterior de la cabeza."*

Philip Auerbach, que llegó a ser subsecretario de Estado en el gobierno de Baviera así como líder y promotor del judaísmo alemán liberado de los campos de concentración, tuvo la brillante idea de que debería haber también en el campo un "árbol que sirviese de horca". Un gran abeto que se erguía en el parque fue arreglado y embellecido; además, para suerte de Auerbach, dicho árbol tenía una gruesa rama que sobresalía horizontalmente. De modo que se cortó el extremo de esta rama y se frotó la parte que quedaba con cuerdas durante un largo rato hasta que quedó bien pulido y capaz de suministrar la evidencia de que cada día cientos de judíos ejecutados habían sido colgados de ese árbol.

Los judíos convirtieron ese campo en una cámara de horrores y se descubrió una placa recordatoria, cuya inscripción dice que allí fueron cremadas 238.000 personas. Pero el crematorio sólo tenía dos hornos. Para cremar los supuestos 238.000 cadáveres, dichos hornos deberían haber sido mantenidos en funcionamiento durante tres años sin tregua, y en este caso se deberían haber recuperado unas 530 toneladas de cenizas humanas.

De acuerdo con la información recibida de un polaco sobornado en 1949, un oficial judío americano de la C.I.C. comenzó a hacer excavaciones

en gran escala en el huerto del campo. Pero, a pesar de sus incansables esfuerzos y del dinero que invirtió en ellos, no se encontraron cenizas ni cadáveres de judíos. Ello no es extraño puesto que uno de los dos hornos del crematorio había sido construido *después* de la guerra para rodar las escenas del filme *Todesmuhle.*

El cardenal Faulhaber, arzobispo alemán, informó a los norteamericanos que durante los bombardeos de Munich, en setiembre de 1944, fueron muertas treinta mil personas. El propio arzobispo pidió a las autoridades de Alemania de entonces que se cremaran los cadáveres de esas víctimas en el crematorio de Dachau. Pero, lamentablemente, este plan no pudo ser llevado a cabo. *Dado que el crematorio tenía sólo un horno, no podía quemar los cadáveres de las víctimas, ni podría haber dado cabida a los supuestos cuerpos de los judíos.* Los únicos cuerpos que fueron cremados eran los de los ocupantes del campo muertos por causas naturales.

Para completar la historia de Auerbach, diremos que éste fue condenado en 1952 y sentenciado a prisión por falsificar documentos que pretendían demostrar que había pagado enormes sumas en concepto de indemnizaciones a judíos no existentes.

Las otras "pruebas" habían sido urdidas de manera similar. Los judíos que vestían el uniforme del ejército de los EE. UU. mostraron una fotografía al alguacil mayor de una importante ciudad alemana y le dijeron: "Observe, entendemos que usted ordenó la matanza de casi 20.000 judíos cuyos cadáveres pueden verse en esta fotografía". La misma mostraba el macabro espectáculo de pilas de cadáveres humanos horriblemente retorcidos. Pero el alguacil mayor respondió lacónicamente: "*Esos cadáveres no son de judíos. Son los cadáveres de los habitantes de esta ciudad que murieron en*

los bombardeos. Son todos alemanes. A propósito, puedo probar que yo mismo ordené que se tomara esta fotografía cuando era jefe de la fuerza policial."

Miles y miles de pruebas similares pueden ser suministradas en la actualidad para poner de manifiesto los increíbles métodos y trucos utilizados con el fin de esparcir la historia ficticia de los seis millones de judíos exterminados, inventada por propagandistas judíos, productores cinematográficos, periodistas, oficiales de la C.I.C. y torturadores.

¿Qué ocurrió realmente con esos seis millones de judíos para quienes se está planeando un monumento recordatorio en Manhattan?

El "Baseler Nachrichten" del 12 de junio de 1946 publicó la noticia de que los principales miembros del Congreso Mundial Judío tuvieron en Ginebra una conferencia de prensa; en dicha conferencia el Dr. M. Perlzweig, delegado de New York, efectuó la siguiente declaración: "El precio de la caída del nacional-socialismo y del fascismo es el hecho de que siete millones de judíos perdieron la vida debido al cruel 'antisemitismo'. El número de judíos sobrevivientes en Europa en la actualidad alcanza al millón y medio."

Pero en su edición siguiente el "Baseler Nachrichten" se vio obligado a dejar espacio al informe de un corresponsal norteamericano, que desafiaba la autenticidad de esa cifra de propaganda en los términos más enérgicos. Dicho informe señala en primer lugar que, si tal cifra fuese correcta, *las pérdidas que el judaísmo sufrió en la guerra* serían mayores que las pérdidas totales de *Gran Bretaña, Norteamérica, Australia, Canadá, Nueva Zelandia, Francia, Bélgica, Holanda y Dinamarca sumadas.*

Lo más notable de todo esto es que en 1933 el número total de judíos europeos, exceptuando a

los de la Unión Soviética, era de 5.600.000. Esa cifra era bien conocida por el Congreso Judío Americano por las estadísticas que fueron publicadas en el "New York Times" el 11 de enero de 1945. De esos 5.600.000 debe restarse un millón por el número de judíos que permanecían en el este de Polonia más allá de la línea Molotov-Ribbentrop, a los cuales nada les sucedió hasta el 21 de junio de 1941, cuando estalló la guerra entre Alemania y Rusia. De acuerdo con las estadísticas del "Baseler Nachrichten", en Europa vivían cinco millones de judíos, sin contar los de la Rusia Soviética. Pero de esos cinco millones *debía restarse el número de judíos que vivían en países neutrales, puesto que nunca les ocurrió nada.* De acuerdo con las cifras estadísticas del *Almanaque Mundial* de 1942, el número de judíos que vivían en Gibraltar, las Islas Británicas, Portugal, España, Suecia, Suiza, la República Irlandesa y Turquía era de 420.000.

Por lo tanto el número de judíos que se hallaba al alcance del nacional-socialismo nunca fue mayor que 4.500.000. La misma fuente neutral de información, el "Baseler Nachrichten", al referirse a los datos estadísticos disponibles sobre los judíos establece que entre 1933 y 1945, 1.500.000 judíos emigraron a Gran Bretaña, Suecia, España, Portugal, Australia, China, India y Palestina, sin mencionar a los Estados Unidos, donde el ochenta por ciento de los inmigrantes que llegaron con pasaportes alemanes, australianos, polacos o checoslovacos, era judío. Según el informe del "Baseler Nachrichten", medio millón de judíos escapó a Siberia antes de que los ejércitos alemanes lanzaran su ataque a Rusia Soviética. Por lo tanto, el número de judíos que permaneció dentro de la esfera de influencia de Hitler no pudo haber sido mayor de 2.500.000. ¡Pero en 1946, también ex-

ceptuando a Rusia, había aún 1.559.600 judíos que vivían en Europa!

"Hoy en día hay una cosa segura: *la presunción de que las pérdidas judías* fueron de cinco a seis millones (presunción sostenida incluso por el Comité de Palestina) es totalmente absurda. El máximo número concebible de víctimas judías podría ser calculado entre 1 y 1,5 millones, puesto que no había más judíos al alcance de Hitler y Himmler, y podemos calcular razonablemente que las verdaderas pérdidas experimentadas por el judaísmo se hallan muy por debajo de esa cifra."

Las autoridades de la ocupación norteamericana llevaron a cabo una investigación de posguerra para determinar el número de personas que perecieron en los campos de concentración. De acuerdo con su informe publicado en 1951, 1,2 millones de personas murieron en esos campos durante el período total de su existencia. Esa cifra incluye a judíos, gitanos, ucranianos y todas las demás nacionalidades, o sea, todos los prisioneros que murieron de muerte natural en los campos de concentración. Por lo tanto, aun haciendo un cálculo muy elevado, el número de judíos que perecieron no puede ser mayor de 500.000 ó 600.000 personas. En comparación con esto, las naciones cristianas sufrieron pérdidas inmensamente mayores. Consideremos la pequeña nación húngara cuya población total es más o menos la misma que la del judaísmo mundial. Las pérdidas de guerra sufridas por Hungría, incluyendo a las víctimas de los bombardeos y a los que murieron congelados o de inanición en los campos de exterminio siberianos, alcanza por lo menos a un millón. ¿Y cuáles son las pérdidas de Alemania? Tres millones seiscientos mil soldados alemanes murieron en acción en la guerra que el judaísmo mundial forzó al Reich a llevar a cabo. Un millón doscientos mil civiles fue-

ron muertos en el bombardeo de saturación, mientras que al fin de la guerra murieron dos millones cuatrocientos mil alemanes orientales, junto con seiscientos mil de los Sudetes y doscientos mil personas de origen alemán. Un millón cuatrocientos mil alemanes perecieron o fueron asesinados en las cárceles, los campos P.D.W. y de internación de los aliados y en la Unión Soviética.

Frente a la horrible verdad demostrada por estos hechos y cifras, los verdaderos criminales de guerra se vieron obligados a inventar una leyenda de martirio judío, y su gigantesca propaganda plagada de mentiras fue sostenida por todas las organizaciones oficiales judías, por todos los periódicos mundiales judíos, tales como el "New York Times", etc., y por todos los judíos, ya fuesen importantes estadistas o pequeños agentes del mercado negro de las sombrías callejuelas laterales. El "New York Times", en su edición del primero de mayo de 1946, publicó sus notables estadísticas según las cuales el número de víctimas judías superaba los seis millones. En "Die Neue Zeitung" del 4 de febrero de 1946, órgano semioficial de las fuerzas de ocupación norteamericanas, el Comité de Distribución Conjunta publicó sus estadísticas de acuerdo con las cuales el número de judíos que había perecido durante la Segunda Guerra Mundial se calculaba en 5.012.000. Ambas estadísticas constituyen obras maestras del engaño y son resultado de una serie de falsedades. Sus compiladores aparentemente aprovecharon la ignorancia del resto del mundo.

Churchill dijo que existen dos clases de mentiras: las mentiras descaradas y las *estadísticas*. Pero las mentiras a que aludimos representan y combinan ambas clases. El hecho de que los judíos, con el objeto de alcanzar el resultado que necesitaban,

sencillamente elevaron el número de los que vivían en Europa en 1939 es muy revelador.

Pero el problema principal que subsiste radica en dilucidar si el número de sobrevivientes ha sido correctamente informado por el judaísmo. Los diversos periódicos judíos escritos en húngaro y publicados en diferentes partes del mundo destacan continuamente que en Hungría perecieron seiscientos mil judíos. En cambio, las estadísticas del "New York Times" dan, para los judíos muertos en Hungría, la cifra de doscientos mil, mientras que la Oficina Central de Estadísticas de Budapest, que desde 1946 bajo el control exclusivo del judaísmo y de los demócratas del pueblo, afirma que las pérdidas de los judíos húngaros eran de ciento veinte mil. Pero incluso las cifras de la Oficina de Estadísticas húngara fueron obtenidas comparando únicamente los datos de las declaraciones legales de defunción con los de los judíos que retornaban a Hungría. Es notable que en la sección relativa a Hungría aparezca una línea de puntos sin cifras frente a los húngaros desplazados. De esto puede deducirse que ningún judío húngaro desplazado había quedado en Austria o Alemania. Pero la verdad es que 35.000 judíos húngaros jamás regresaron a la Hungría dominada por los soviéticos. De modo que si se toma en consideración esa cifra, las pérdidas del judaísmo húngaro no serían de 120.000 sino de 85.000. El "New York Times" destaca que 25.000 judíos húngaros que llegaron a Rusia como miembros de divisiones de trabajo y fueron más tarde encarcelados allí, no son tomados en consideración en la lista de judíos húngaros desaparecidos; todos regresaron después a Hungría en excelente estado de salud. Por lo tanto, un cálculo más aproximado de las pérdidas sufridas por el judaísmo húngaro giraría alrededor de las 60.000 personas.

También en lo concerniente a los judíos franceses es posible detectar fraudes estadísticos similares. El fiscal que representaba a la parte de la acusación que se relacionaba con Francia durante los juicios de Nuremberg declaró que 120.000 judíos habían sido deportados por razones raciales. El "New York Times" afirma que de 320.000 judíos franceses sólo hubo 180.000 sobrevivientes. Por lo tanto, habrían perecido 140.000. Pero, ¿cómo (podrá preguntar el lector), si, según el mismo fiscal francés, había 120.000 deportados? En el libro *Your France*, escrito por Bradley, podemos leer el relato de los horrores cometidos por los judíos liberados de los campos de concentración contra el pueblo francés.

Pero pueden verse fraudes mayores y aún más llamativos en las estadísticas que se refieren a los contingentes más numerosos de judíos, como los de Polonia y Rusia. Según las historias contadas por el Comité de Distribución Conjunta y el "New York Times", sólo quedaron ochenta mil sobrevivientes de tres millones doscientos cincuenta mil judíos polacos y rusos. El fraude más flagrante consiste en que, de acuerdo con la columna "Polonia", *no quedan judíos desplazados polacos en Alemania occidental o en Austria.* Por el contrario, ¡hay enjambres de miles de ellos en los mercados negros! Pero, lamentablemente, una sorpresa muy desagradable vino a estropear la creencia generalizada en todo el mundo de que sólo había ochenta mil sobrevivientes del judaísmo polaco. Ciento cincuenta mil judíos polacos llegaron sorpresivamente a Occidente huyendo de los "pogroms" polacos. Fueron despachados rápidamente hacia Palestina y América, y su emigración se llevó a cabo en un lapso excepcionalmente breve.

He aquí otro punto digno de ser observado En las estadísticas del Comité de Distribución Con-

junta no se menciona en absoluto a la Rusa Soviética. ¿Cuál es la posición del judaísmo ruso? El Comité da solamente la siguiente información: "Otros países del Continente" - "Pérdidas: 1.391.000 personas." Pero el "New York Times" corrige esa cifra y dice que, incluyendo a la población judía de Estonia, Letonia y Lituania, de 3.500.000 judíos rusos sólo sobrevivieron 2.665.000. Esto significa que perecieron 885.000 judíos bálticos y rusos.

No cabe duda que el judaísmo sufrió grandes pérdidas en esos territorios, y no sólo en la acción guerrillera. Las tropas alemanas del Este no cometieron atrocidades contra los judíos. *La población ucraniana mató unos pocos miles de judíos pero lo hizo no en cuanto judíos sino en cuanto opresores y torturadores bolcheviques.* En Odessa las tropas rumanas planificaron una matanza como represalia por un intento de ataque a sus cuarteles. Pero la intervención de las tropas alemanas suprimió esos incidentes.

Como lo demostró "Der Weg", los llamados "investigadores" fueron enviados a Europa a principios de 1945. Esos "investigadores" eran ciento por ciento judíos norteamericanos y judíos alemanes que habían emigrado para escapar de Hitler. Comenzaron sus interrogatorios en 1945 y, cuando se resumieron los datos obtenidos, resultó que doce millones de judíos habían sido muertos por los alemanes en las cámaras de gas. Este resultado era aparentemente demasiado, incluso para el judío Walter Lippman, quien previno a los judíos en las columnas del "New York Herald Tribune" que al usar esas cifras tan patentemente fraguadas sólo lograrían perjudicarse ellos mismos. Como resultado de su artículo la cifra de los judíos "asesinados" por los alemanes bajó de repente a seis millones.

Siempre es posible preguntarse si hubiese sido físicamente posible destruir a tantos judíos como decla-

ran los propagandistas. ¿Tenían los alemanes tiempo suficiente para hacerlo? ¿Poseían las instalaciones adecuadas para ello? Si así era, ¿por qué fue necesario construir crematorios adicionales tan rápidamente para rodar escenas en filmes de propaganda? ¿Es acaso posible que los judíos construyesen esos crematorios adicionales para que sus estadísticas increíblemente altas resultasen más verosímiles? ¿Necesitaban los alemanes destruir por sistema a los judíos, cuando permanentemente sufrían escasez de mano de obra y bien podían utilizarlos para fines de producción bélica?

El supuesto "exterminio" no habría comenzado antes de los primeros meses de 1944. ¿Es acaso verosímil que durante ese breve tiempo, desde principios de 1944 hasta el fin de la guerra, los alemanes pudieran destruir a seis o cinco o incluso tres millones de judíos, tal como lo declaran las diversas "fuentes"? Después de todo, es un hecho bien sabido actualmente que la población alemana ignoraba por completo la existencia de los campos judíos. Por lo tanto, resulta inconcebible que los alemanes hayan podido realizar matanzas del calibre de las cometidas por sus enemigos en las plazas públicas de Praga. Sólo había pequeñas unidades de guardia en los campos, y éstas fueron remplazadas más tarde por la policía del campo, que a menudo consistían en parte en unos cuantos judíos que mantenían el orden y vigilaban a los prisioneros. Difícilmente puede concebirse una cantidad tan enorme de judíos, que igualaría a la totalidad de las fuerzas armadas alemanas. En una época en que los alemanes enfrentaban los problemas más difíciles concernientes al transporte de municiones, alimentos y petróleo, ¿es acaso probable que en lugar de ello hubiesen transportado y concentrado tan sólo judíos? ¿Puede suponerse razonablemente que la destrucción masiva de millones de seres a

tan gran escala hubiese podido ser mantenida en secreto? ¿Por qué la radio soviética permaneció silenciosa? ¿Y por qué los propagandistas occidentales no dijeron una palabra acerca de esos supuestos exterminios? Puesto que conocían los secretos más íntimos del Estado Mayor General alemán y del partido nacional-socialista a través de los espías y los traidores, seguramente habrían sabido algo de esos "exterminios". ¿Por qué sólo hacia el fin de las hostilidades empezaron a hablar de esos horrores?

La auténtica realidad en cuanto al exterminio de seis millones de judíos debe encontrarse, por lo tanto, detrás de la Cortina de Hierro, y tras las afelpadas cortinas purpúreas de la política estadounidense de 1945.

"¿Cómo fue posible que en el otoño de 1945 y en la primavera de 1946 apareciesen en Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Bulgaria cantidades tan enormes de judíos que las poblaciones de esos países tuvieron que enfrentar una segunda ocupación?

Un testigo judío aparentemente auténtico suministra la respuesta correcta a muchos de estos interrogantes. Se trata de Louis Levine, presidente del Consejo Judeo-Americano para el socorro a Rusia, quien realizó un viaje por toda la Rusia Soviética una vez finalizada la guerra, y presentó después un informe completo acerca de la situación de los judíos en dicho país.

"Al empezar la guerra", dijo Levine en Chicago el 30 de octubre de 1946, "los judíos se encontraban entre los primeros que fueron evacuados de las regiones occidentales amenazadas por los invasores hitlerianos y embarcados hacia un lugar seguro al este de los Urales. De ese modo se salvaron dos millones de judíos."

Aquí están, pues, los dos millones de judíos que

fueron anotados como muertos y colocados en la lista de seis millones de mártires para obtener publicidad mundial y "pruebas" en los juicios de Nuremberg. Después de que los "criminales de guerra" fueron ejecutados, esos dos millones de refugiados judíos salieron de sus escondites detrás de los Urales y de otros puntos de la Unión Soviética donde habían permanecido seguros. De allí salieron como una madura clase dirigente bolchevique dispuesta a tomar el poder en los países que habían quedado detrás de la Cortina de Hierro.

¿Qué le ocurrió al resto? ¿Dónde están los otros judíos "muertos"? El crecimiento increíblemente rápido de la población judía en EE.UU., Canadá y Sudamérica suministra una respuesta más a esta pregunta. Ya nos hemos referido a aquel millón y medio de judíos que emigró de Europa en 1945. También sabemos que cuarenta y un mil judíos, con la ayuda de relaciones influyentes y declaraciones juradas, lograron emigrar de Europa a EE. UU. antes de que se promulgara la Ley de las Personas Desplazadas. También hemos mencionado el hecho de que antes de la Segunda Guerra Mundial y también durante ésta, del veintisiete al cincuenta por ciento e incluso a veces el ochenta por ciento de los inmigrantes que ingresaron a los EE.UU. eran judíos. Durante los cinco años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, otra corriente de inmigración judía se desplazó a través de EE.UU. Llegaban como desplazados o como inmigrantes comunes procedentes de Inglaterra y de Francia, o quizá como pasajeros de lujo desde detrás de la Cortina de Hierro. Llegaban luciendo los distintivos de organizaciones tales como la Conferencia Católica Pro Bienestar o el Servicio Mundial de la Iglesia. Algunos tenían sus papeles en orden, otros traían pasaportes falsos. El judaísmo tuvo en la cuota de desplazados una participación

mayor que la de todas las demás naciones juntas. Pero esto no contentó a Herbert H. Lehman, senador por New York, quien declaró que la Ley de Personas Desplazadas era "antisemita". Pero las autoridades de inmigración de los puertos de New York y Boston y los funcionarios de los consulados norteamericanos estaban lejos de ser "antisemitas" pues ellos mismos eran, casi exclusivamente, judíos.

De acuerdo con las últimas estadísticas el número total del judaísmo mundial alcanza a unos quince millones. Pero si así fuera, resulta absolutamente imposible que seis millones o aun un millón de judíos haya sido "destruido". El número de judíos norteamericanos ha aumentado casi en dos millones desde la guerra. Antes de la guerra las sinagogas sólo tenían 4.081.242 miembros activos. Los ateos, agnósticos, conversos y comunistas que se consideraban judíos sobre bases políticas pero no religiosas, no están incluidos en esa cifra; de todos modos, debe ser considerada poco confiable, puesto que fue preparada con el exclusivo propósito de promover los intereses judíos. Pero sobre la base de las cifras contenidas en las estadísticas lingüísticas podemos demostrar el enorme aumento que sufrió la población judía americana; dichas cifras son, en todo caso, más dignas de crédito que las relacionadas con el credo y la religión. De acuerdo con ellas sólo en New York 2.270.000 personas hablan idisch, y las estadísticas de 1950 del Congreso Mundial Judío nos dicen que el número total de judíos en el mundo sólo alcanza a 11.473.353. Pero a pesar de esa cifra estadística, parece seguro que en los Estados Unidos la población judía ha alcanzado los siete millones. Es probable, sin embargo, que el Dr. Cecil Roth, historiador judío y conferencista en la Universidad de Oxford, haya llegado a la conclusión más exacta.

Este valeroso historiador y líder judío dio una conferencia en la sinagoga B'nai B'rith Jehuda en Kansas City el 18 de marzo de 1952; en dicha conferencia declaró que *dos tercios de la población judía mundial vivía en los Estados Unidos. Según Cecil Roth, la totalidad de la población judía mundial, incluyendo a los miembros secretos, alcanza a los diez millones de personas.* (Edmondson: *I Testify,* página 57).

Los judíos "muertos", tal como fueron representados por las cifras fraguadas de las falsas estadísticas de Nuremberg, en realidad están vivos, o bien tras la Cortina de Hierro en la Unión Soviética, o bien tras las afelpadas cortinas purpúreas de la política rooseveltiana. De esa forma, estas estadísticas fraudulentas multiplican por diez la *cifra real* de judíos que perecieron en la Segunda Guerra Mundial. La O.N.U. jamás se atrevió a hacer una investigación imparcial del caso de las supuestas seis millones de víctimas judías, y Alemania mientras se hallaba bajo la ocupación militar, no tuvo oportunidad de publicar las estadísticas oficiales referentes a los campos de concentración de que disponía, y que podrían haber suministrado la verdad de los hechos. De todos modos, las listas que contienen los nombres de los ocupantes de los diversos campos de concentración, junto con todas las demás pruebas, se encuentran en los archivos del gobierno federal alemán. *¿Por qué los alemanes no se atreven a publicarlas? Porque si lo hicieran, los conquistadores del mundo provocarían el colapso inmediato de la increíble recuperación financiera de Alemania.*

Esta cifra propagandística era necesaria para asegurarse la compasión mundial. Al elevar el número de los mártires, la conquista del mundo se hacía más fácil y se podía aterrorizar a los pueblos gentiles.

Si el judaísmo mundial hubiese declarado la verdad a secas y suministrado las cifras correctas de las víctimas judías, habría obtenido una victoria moral en este debate. Pero con sus mentiras ha desperdiciado su ventaja moral más importante y ha perdido la compasión mundial. Cientos de miles de personas fueron torturadas en un frenesí de venganza por el mal trato que recibieron los judíos. *Sin embargo, el número de víctimas judías en la actualidad en Europa es mucho mayor que el número de mártires judíos bajo el régimen de Hitler.* Llegará el día en que la historia habrá de decidir quiénes fueron los auténticos torturadores de judíos y quiénes los trataron más salvajemente.

El 6 de abril de 1951, en "Aufbau", el periódico judío de New York, se publicó el siguiente pedido en alemán bajo el título: *Israel busca testigos*: "El Ministerio de Justicia israelí en Jerusalén está buscando testigos en los casos de varias personas que están siendo investigadas por haber cometido graves crímenes contra la humanidad y contra la nación judía durante la Segunda Guerra Mundial. Casi todas ellas están acusadas de haber cometido crímenes contra los internos (judíos)." Y a continuación se suministraban los siguientes nombres: Andre Banek, Mordechai Goldstein, Ria Regina Hanzova, Jacob Honnigmann, Pinkus Pshetitzky, Moisés Puesitz, Dr. Joshua Sternberg y Trank Elsa. De estas ocho personas, siete son judíos.

"¿Cómo puede ser eso posible?", podrá preguntar el hombre de la calle, quien sólo ha sido informado de las supuestas atrocidades cometidas por la S.S. "¿Cómo pudieron los judíos cometer atrocidades contra otros judíos en los campos de concentración? ¿No será algún invento ideado por los nazis?"

El "Hungarian Daily Journal" (Magyar Jovo), periódico comunista judío de New York, reimprimió

el 27 de abril de 1951 un artículo escrito por Sandor Grossman, publicado originalmente en el periódico sionista "Hatikva", editado en Buenos Aires, que decía lo siguiente: "La atención de la prensa mundial ha sido concitada por ciertos informes publicados en algunos periódicos israelíes. De acuerdo con ellos, el tribunal de Tel-Aviv está dedicando largas sesiones a esclarecer las actividades de ciertos miembros de la Policía KZ (KZ= campo de concentración). Así se supo que un médico judío de Chedera había tratado con gran crueldad a ciertas personas deportadas. *Mataban judíos administrándoles inyecciones letales.* Se negó a brindar asistencia médica en muchos casos, observando: "¡De todos modos usted morirá como un perro!" Algunos testigos en sus declaraciones dijeron cosas aún peores de otro médico. Un tercer ex miembro de la Policía KZ (campos de concentración) maltrataba y torturaba a sus hermanos judíos y causó la muerte de muchos de ellos.

"Estos tardíos cargos formulados contra ex miembros de la Policía KZ trajeron a la luz muchos hechos de violencia increíblemente crueles y horribles... Se trata del crimen de una década de conducción judía oficial que se permitió desarrollar a una clase social cuyos miembros están dispuestos a emprender cualquier cosa, por inescrupulosa que sea, *sobrepasando incluso las más horribles aberraciones mentales de los rufianes fascistas, y para gratificar sus instintos egoístas torturando y dejando inválidos a sus propios hermanos y hermanas en la sangre.* También en Hungría o en cualquier otro país fascista resulta fácil encontrar a los verdaderos culpables, los educadores de la Policía KZ y sus predecesores. Estos hombres se hallaban siempre en primera fila en las comunidades y oficios religiosos judíos y en las organizaciones sociales judías."

Esto no lo escribe ningún "antisemita" con prejuicios sino un nacionalista judío en las columnas de un periódico judío. Y aunque la lista completa de casos similares no se halla en nuestras manos, vale la pena anotar aquí uno o dos de ellos.

En la cuarta página de la edición del periódico social-demócrata "Nepszava" de Budapest de diciembre de 1946, apareció el artículo que a continuación citamos. Se titulaba "Los horribles actos de «Flogging Nelly»" y continuaba así: "El fiscal del pueblo acusó a la Sra. Mor Klein, empleada en el tribunal del pueblo. De acuerdo con la información recibida como resultado de la investigación llevada a cabo por el fiscal, la acusada, Sra. Mor Klein, era conocida por los ochocientos desdichados que se hallaban bajo su cuidado en Bergen-Belsen por el mote de «Flogging Nelly» *. Siempre se cuidó de ocultar su nombre y su origen, y causó la muerte de todos aquellos que hubiesen podido desenmascararla. Según la acusación, «Flogging Nelly» era comandante de pabellón, y bajo ese título cometió sus atroces actos. En pleno invierno ordenaba a las mujeres que se alineasen desnudas frente al baño y las hacía esperar varias horas antes y después de tomar su baño. Exponiéndolas así al frío, causó la muerte de muchas mujeres que se hallaban a su cargo. Maltrataba a una de las deportadas —una joven llamada Magda Lowi, que no se hallaba en su pabellón ni por lo tanto a su cargo— azotándola y golpeándola continuamente durante media hora, hasta que la joven era apenas reconocible pues todo su cuerpo se hallaba cubierto de heridas. «Flogging Nelly» a menudo vertía bebidas hirvientes sobre las desdichadas internadas, de modo que a consecuencia de ello sufrían graves quemaduras. En vez de distribuir la comida destinada a su pabellón la

* *Nelly la que azota.* (N. de la T.)

robaba, y así la cantidad de personas muertas de inanición era varias veces mayor que en cualquiera de las restantes barracas. No distribuyó las provisiones más necesarias durante el crudo invierno de 1945, destinándolas en cambio a su provecho particular."

La Sra. Mor Klein fue sentenciada a muerte por el tribunal del pueblo y así se convirtió en *el único auténtico criminal de guerra que pagó el precio de sus crímenes.*

Otro periódico de Budapest, "Vilag" (El Mundo), publicó en 1947 un relato de otro caso similar bajo el título: "Azotaba a sus camaradas en Auchwitz". El periódico relata que la "Tigresa Klara" fue capturada en uno de los restaurantes de moda. El relato continúa así: "Esta sádica mujer era comandante de la Barraca Nº A/7 en el campo de concentración de Auschwitz. Según las declaraciones de varios testigos, esta mujer de veinticinco años, circulaba con un garrote en una mano y un látigo en la otra. Azotaba despiadadamente a las mujeres deportadas y, por la más leve falta en su conducta, les ordenaba acostarse en el suelo con una pila de ladrillos sobre el pecho o la espalda. También obligaba a cientos de jóvenes y mujeres mayores a permanecer de rodillas durante horas hasta que se desmayaban."

Como se demostró en Nuremberg, los guardias de la S.S. fueron separados de los campos de internación hacia fines de 1943, y a principios de 1944. En los campos quedaron, aparte del equipo personal del comandante, sólo la Policía KZ judía y los comandantes de pabellón.

Si alguna vez llega el día en que se diga la verdad, el mundo sabrá quiénes fueron los verdaderos torturadores de los judíos y qué ocurrió con los seis millones de judíos "errantes".

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

PERSECUCION ESPIRITUAL Y ECONOMICA

Seis millones de fantasmas, la impresionante leyenda de judíos asesinados, sirvió como gran inversión de capital para los conquistadores del mundo. No pretendemos absolver a nadie ni a nada, y reconocemos gustosamente que aun cuando el número de judíos que perecieron durante la Segunda Guerra Mundial fuese sólo de 600.000, esto constituiría un crimen tan grande como si hubiese sido de seis millones. Pero también los asesinatos de los alemanes de los Sudetes en Praga, la matanza de los rumanos de Moldavia, de los griegos y de los húngaros, etc., etc., fueron grandes crímenes.

Estos crímenes se tornaron realmente siniestros cuando una historia propagandística que multiplicaba por diez la cifra real de víctimas judías se usó no sólo para llevar a cabo una venganza digna del Antiguo Testamento, sino también como excusa para implantar un renovado terror mundial. Para establecer firmemente ese terror no bastaba matar simplemente cuerpos físicos en Nuremberg, sino que *también el espíritu debía ser asesinado;* no sólo el espíritu del "nazismo" alemán sino también el espíritu de la Cristiandad. En el "Nuremberg espiritual", los verdaderos acusados no fue-

ron Göering, Rosenberg y los otros líderes sino *la persona misma de Nuestro Señor Jesucristo.*

En 1946 se realizó una conferencia en Suiza en cuya agenda, entre otras cosas, figuraba una proposición para rectificar el Nuevo Testamento en las partes en que describe al judaísmo desfavorablemente, y se sugirió que se confiscasen todos los ejemplares que pudiesen obtenerse en todo el mundo. (Maurice Bardèche: *Nuremberg ou La Terre Promise;* hay una edición española: *Nuremberg o la tierra prometida*). Al mismo tiempo los judíos de Amsterdam querían representar un nuevo proceso a Cristo ante el tribunal de Jerusalén con el objeto de "rehabilitarlo". Y justamente en ese momento se estaba preparando en Hollywood una nueva atracción: La prensa mundial informó que se estaba rodando un nuevo filme sobre Cristo con el chueco Charlie Chaplin en el papel principal. Mientras tanto los rabinos judíos exigían que se prohibiese cantar los cantos religiosos cristianos en las escuelas de los EE.UU. porque herían su sensibilidad. Anna Rosenberg, la subsecretaria auxiliar de Guerra, no permitía que se colocaran cruces en las tumbas de los soldados muertos en acción durante la guerra de Corea si en los cementerios había algún muerto judío.

Knut Hamsun, uno de los más grandes escritores europeos de nuestro siglo, sordo y medio ciego, fue una víctima típica del terror espiritual. Aunque tenía ochenta y cinco años, este hombre famoso y ampliamente respetado fue silenciado mediante confinamiento en un asilo para dementes. Knut Hamsun apoyaba no tanto al nazismo como a la ideología alemana, pues él mismo descendía de antepasados germanos puros. Pero precisamente el hecho de que una autoridad intelectual de fama mundial apoyase las concepciones del nacionalsocialismo le resultaba intolerable al judaísmo. No

era posible presentar a Knut Hamsun ante el mundo como un payaso ignorante y sin educación, del mismo modo que el otro gran genio alemán, Sven Hedin, no podía ser tratado como hombre de la S.S. o como vagabundo. Por lo tanto, el anciano Knut Hamsun a los ochenta y cinco años fue arrastrado ante el tribunal "noruego" bajo el cargo de "traición". Fue sentenciado a treinta días de cárcel, junto con su mujer, sólo para marcarlo. El que no es sirviente de los conquistadores del mundo es culpable. ¡Y lo es porque detrás de él se cierne la sombra de seis millones de mártires judíos! Pero el gran escritor, impávido, al hablar en favor de la élite cristiana europea que fue acusada y ahorcada, declaró desafiante: "Puedo esperar otra ocasión y otro tribunal. Llegará el día, quizá mañana o dentro de cien años, pero puedo esperar. Tengo tiempo suficiente. No importa que esté vivo o muerto. Pero puedo esperar y esperaré."

Y cuando, ya medio ciego, aún trataba de escribir y ganar su diario sustento para ayudar a sus nietos, fue encerrado en un asilo para enfermos mentales.

"¡Puedo esperar!": su voz resuena desde las cumbres de la inmortalidad, vibrando con la fe inquebrantable de una Europa desmembrada.

Similar casi en sus menores detalles a la de Knut Hamsun es la tragedia de Ervin Guido Kolbenhayer, uno de los más grandes escritores alemanes, autor de la historia de Paracelso. Fue desalojado de su casa, y un judío emigrante presidió el tribunal "alemán" que lo sentenció. Se le prohibió seguir su "vocación", como si se pudiese prohibir a un escritor, en nombre de la libertad y la democracia, realizar su divina misión usando los talentos que Dios le otorgó. Sin embargo, enfrentado al espíritu de Morgenthau de persecución y destrucción, Kolbenhayer también declaró la ver-

dad: "*¡Todo el que intenta defenderse o justificarse es considerado culpable!*"

Actualmente se sabe que las listas negras compiladas contra los intelectuales fueron introducidas en Alemania mucho antes que las listas referentes a los miembros de la S.S. citados como criminales de guerra. Estos conquistadores del mundo que volvieron de los Estados Unidos y que en su mayor parte eran comunistas fanáticos, compilaron y trajeron esas listas cuando llegaron en calidad de oficiales de prensa y entretenimiento teatral del ejército norteamericano. Aunque vestían uniformes estadounidenses no representaban a la Norteamérica de Jefferson, puesto que sólo ostentaban el espíritu intolerante y vengativo del chauvinismo judío. Esta muchedumbre, compuesta por fanáticos intelectuales judíos, fue un nefasto regalo de la tierra de la libertad, y repudiaba todas las anteriores doctrinas del judaísmo relativas a la humanidad, la filantropía y el progresismo, o sea, todos aquellos principios que se invocaban como máscara cuando el judaísmo previamente había vestido el ropaje de la democracia. Esta gente tenía un solo objetivo: destruir toda competencia en las profesiones y las clases sociales intelectuales, y eliminar la intolerable superioridad de la cosmovisión cristiana.

Se decía que tanto en los campos de batalla como en el terreno de la propaganda se libraba un combate por la libertad de la humanidad y del espíritu humano. Pero ahora se traían listas negras, censuras, la exclusión de las profesiones, el silenciamiento de la verdad y las amenazas del terror, desde los EE.UU. de Roosevelt al continente europeo, donde se hallaba el centro de la cultura humana.

Ese terror espiritual, llevado a cabo bajo el escudo de la bandera de EE.UU., deshonró a

América y desacreditó para siempre los lemas de la libertad americana, puesto que *hasta el presente EE.UU. no se ha disculpado oficialmente por haber permitido tal persecución.*

En la lista negra se encontraban los nombres de Sauerbruch, el genio de la medicina más grande de este siglo, y Wilhelm Furtwängler, el director más importante del mundo occidental. Esas listas negras del judaísmo contenían además nombres como los de Richard Strauss, Luise Ulrich, Emil Jannigs, Herbert von Karajan, Clemens Krauss, Julius Patzak, Walter Gieseking, el violinista de fama mundial Vasa Prihoda, Paul Linke, Werner Krauss y muchos cientos más. Fredl Weiss, el celebrado comediante, que a menudo hizo bromas sobre Hitler, también fue llevado ante el tribunal. El terror judío no vaciló en tildar de "sospechoso" a un genio intelectual del calibre de Gerhardt Hauptmann, porque osó escribir unas tristes líneas sobre las ruinas de Dresden. Leo Slezak fue tildado de "nazi", y Max Schmerling descripto como líder de los campos de concentración. Incluso algunos muertos fueron incluidos en esas listas, como Heinrich George, que murió en un campamento de trabajos forzados soviético, y Paul Linke, el gran compositor, que había muerto mucho antes de que tuviese lugar la "liberación de Hollywood".

Gerhard Eisler fue el líder de esa pandilla de exterminio espiritual. Era una figura típica del "chauvinismo" judío, un verdadero comunista a quien Eleanor Roosevelt introdujo subrepticiamente en EE.UU., de donde retornó más adelante para ingresar ilegalmente en la zona oriental de Alemania. Con él retornó también una gran cantidad de funcionarios de la prensa y del teatro vistiendo el uniforme norteamericano. Los emigrantes citados en "Aufbau", el periódico judío de New

York, junto con una multitud de plumíferos asesinos de reputaciones, se establecieron en Alemania occidental. No estaban satisfechos con el exterminio de la élite del nacional-socialismo alemán. Deseaban responsabilizar colectivamente a toda la vida espiritual de Alemania. Simultáneamente el comunismo empezó a extenderse. El precepto es tan viejo como las montañas: un uniforme democrático norteamericano para disimular, y el bolchevismo oculto entre bambalinas. Se trata del judío oriental con una máscara occidental. De acuerdo con los archivos del comité de investigación Mc Carthy, Cedric Henni Belfrage, agente del Servicio de Inteligencia de New York, fue el principal dirigente de prensa. Era, por supuesto, un criptocomunista. James Aaronson, otro comunista, aconsejó a los periodistas alemanes lo que debían hacer para construir la democracia alemana. Este hombre ideó una campaña de prensa para el general Eisenhower, quien, con la experiencia política de un soldado, firmaba todo lo que el excelente Aaronson o, más tarde, Kagan, le ponían por delante sin hacer preguntas.

Pero esta conquista mundial espiritual no sólo se hizo manifiesta en el estrangulamiento de la vida espiritual europea. Siguió lo que se llamó la reeducación. Los funcionarios de la prensa judía llenaron las librerías de las "Casas Norteamericanas" de Alemania con obras comunistas escritas, por supuesto, por los judíos para la reeducación del pueblo alemán nazi. La publicación de periódicos fue restringida por decreto en nombre de la libertad y la democracia. Al principio sólo se les otorgó licencia para publicar diarios a los inmigrantes perseguidos por cuestiones raciales y a los comunistas alemanes. El judío occidental que había establecido tantos contactos con el judío bolchevique oriental (como señaláramos antes),

intentó ahora, envolviéndose en la bandera norteamericana, "reeducar" al pueblo alemán, lo que equivale decir: hacerlo comunista. Los conquistadores del mundo tenían la sensación de que la democracia americana no les ofrecía suficiente seguridad. La ametralladora soviética resultaría más eficaz para ocultar los crímenes que habían cometido contra la humanidad. El judaísmo trató de *establecer* un estado de cosas excepcional en el que un judío pudiera hacer lo que quisiera. Este proceso empezó en realidad con los juicios de Nuremberg, donde no se castigaban "crímenes de guerra" sino que se vengaban actos cometidos contra los judíos. El judaísmo mundial declaró allí casi abiertamente que *los judíos se consideraban como los únicos vencedores de la última guerra.* Esta perspectiva se puso de manifiesto en los códigos, jurisdicción y procedimientos de los llamados tribunales del pueblo en los diversos estados sujetos al dominio bolchevique. El Código y la Ley de Procedimiento Criminal en Hungría fueron compuestos por un abogado judío, István Ries, ministro de Justicia, y por su subsecretario Zoltán Pfeiffer, casado con una judía, y según esas leyes *aun las más pequeñas e insignificantes cosas que se hiciesen contra los judíos constituían crímenes contra el Estado y el pueblo.* El Código del Pueblo y la Ley de Procedimiento Criminal establecen que todos los miembros de cualquiera de las fuerzas armadas son responsables si uno de sus miembros hace algo contra los judíos. De ese modo, cientos y miles de inocentes fueron ahorcados o encarcelados. Un individuo fue llevado a juicio con la "seria acusación" de que supuestamente se había sonreído cuando un judío había sido deportado; fue sentenciado a dos años de prisión. De acuerdo con el Código, "si una persona no evitaba" los preparativos para atacar a

los judíos o si cometía de manera activa un ataque contra ellos, la pena era de muerte en ambos casos.

El establecimiento de derechos y privilegios especiales para los judíos se hace evidente en Austria y Alemania. A ese respecto fueron instituidas las medidas más severas contra los alemanes. *Sólo los judíos gozan de reparaciones personales entre sesenta millones de víctimas, por lo menos, de la Segunda Guerra Mundial.* Los bienes judíos, aunque ya habían sido indemnizados y pagados en efectivo por el régimen de Hitler, tuvieron que ser pagados nuevamente por los alemanes después de la Segunda Guerra Mundial. Ni una sola de los doce millones de personas expatriadas y expulsadas por la Convención de Potsdam recibió indemnización; tampoco la recibió miembro alguno de las naciones que fueron asoladas, violadas y despojadas por los bolcheviques rusos, para no mencionar a los intelectuales que se convirtieron en apátridas. Millones de personas fueron despojadas de sus haberes, tierras y casas y millones expulsadas de su patria llevando con ellas sólo cien libras de equipaje. Pero nadie, ni la O.N.U. ni la Liga de los Derechos Humanos, sugirió jamás que debía darse una compensación a esas víctimas. Tampoco recibieron reparación alguna los árabes expulsados de sus hogares en Israel, ni aquellos prisioneros de guerra que, contra todas las convenciones, fueron mantenidos en cautiverio o cumpliendo trabajos forzados durante ocho, diez o más años después de terminada la guerra. En cambio la I. G. Farben Industrie cerró, y el heredero de Krupps fue castigado por incluir en sus nóminas, con tarifas normales, a los llamados trabajadores desplazados, entre los cuales había algunos judíos, a los que debió emplear en su fábrica por orden del gobierno alemán.

El judaísmo recibió amplias compensaciones, no

sólo por la múltiple indemnización de las pérdidas realmente sufridas, sino por el saqueo sistemático del pueblo derrotado. La leyenda de los seis millones de judíos muertos otorgó a Shylock el derecho a su libra de carne, pero ésta saldría del cuerpo y de los erarios de las naciones derrotadas una y otra vez. Aquellos judíos liberados de los campos de concentración habían ocupado las casas del pueblo alemán ya en 1945. Saquearon y dilapidaron el contenido de esos hermosos departamentos modelo ocupados por los obreros alemanes. Luego, sobre la base de la Ley de Indemnizaciones, extrajeron un múltiplo de los costos de sus propios departamentos al empobrecido pueblo alemán. Tomaron las asignaciones en efectivo de la I.R.O., de la U.N.R.R.A., de las naciones derrotadas y de las victoriosas, que fueron pagadas a los perseguidos. La mayor parte de los costos de la guerra israelí contra los árabes fue costeada por la venta de las reservas de la U.N.R.R.A. y la I.R.O. en el mercado negro. De ese modo estafaron a los refugiados ucranianos rusos y polacos no judíos quienes, como ellos mismos, eran también personas desplazadas.

Pero con todo esto no han terminado de chantajear al mundo. El gobierno israelí obligó al gobierno de Alemania occidental al pago de tres billones y medio de marcos a Israel en concepto de indemnizaciones. ¡Ahora bien, *Israel no existía como estado durante la Segunda Guerra Mundial.* El Comité de Reparaciones israelí exigió de manera inflexible el resarcimiento de los bienes judíos confiscados antes y durante la guerra. Posiblemente ni los mismos alemanes sepan *cuántas veces esos bienes judíos fueron objeto de pago como reparación!*

Schäffer, ex ministro de Finanzas del gobierno federal de Alemania occidental, dijo recientemen-

te en una reunión pública durante la primera parte del año 1958, que *los judíos habían formulado una nueva exigencia de veintisiete billones de marcos alemanes* en concepto de indemnización al Estado alemán occidental. Si Alemania pagase esta enorme suma, continuó diciendo, seguramente se arruinaría su sistema monetario, y la consecuencia sería la bancarrota. En ese caso Alemania occidental caería en la trampa soviética.

¡Pero quizá ese fuera el verdadero objetivo de los conquistadores del mundo!

Pero Schäffer dijo algo más, lo cual produjo una nueva prueba reveladora. Dijo que como aparentemente el cuarenta o el cincuenta por ciento de las reparaciones pagadas sólo cubrían los honorarios legales, casi la mitad de ellas eran destinadas a los abogados. Toda esa cuestión surgió en conexión con los 41.000 D.M. de reparación adjudicados a Sarah Katz. Uno de sus abogados, un Sr. Greve, recibió 9.069 D.M. de esta suma en concepto de honorarios. El problema surgió porque este Sr. Greve era no solamente uno de los abogados del caso, sino también el presidente del Comité de Reparación del Parlamento de Bonn. Pertenecía al partido social-demócrata (S.D.P.). Jakob Diel, un M.P. demócrata-cristiano, comenzó a hacer una investigación de las actividades del Sr. Greve, y así salió a la luz que este valiente patriota marxista había reunido hasta el momento 30.000 D.M. de honorarios, en conexión con casos de reparación judía dirigidos por intermedio de su oficina. En todo el mundo, y en especial en EE. UU., ciertos abogados se unieron formando sus propios "koljoses", con el objeto de sacarle más dinero al Estado de Alemania occidental. Esos abogados y procuradores disfrutaban del apoyo de las organizaciones mundiales judías y se hallaban, por tanto, en posición de inspirar terror a

las autoridades alemanas y de ejercer presión sobre ellas.

El resto de este escándalo consiste en el hecho de que los judíos podían exigir reparaciones simplemente firmando una declaración jurada, y así, gracias a numerosos testimonios fraguados, el Estado alemán occidental está siendo despojado de muchos billones de marcos.

Cuando un periodista preguntó a uno de los principales oficiales de la Comisión de Reparaciones qué clase de daño, enfermedad o aflicción había de sufrir una persona para poder recibir, digamos, 10.000 D.M. en concepto de indemnización, éste respondió:

"Incluyendo los desórdenes circulatorios, cubrimos cualquier posible enfermedad, incluso cuando las personas enfermas no han sido perseguidas en absoluto."

Jakob Diel, el parlamentario demócrata cristiano, descubrió en el transcurso de sus investigaciones que se estaban pagando *reparaciones inclusive a comunistas y criminales profesionales que habían sido enviados a prisión por crímenes comunes.*

Será difícil acallar este escándalo ahora, pues Jakob Diel recalcó también el hecho de que el partido social-demócrata de Alemania quiere gastar el dinero destinado a cubrir el adiestramiento y equipamiento de las divisiones con las que Alemania Occidental se propuso contribuir a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

De este modo el plan del judaísmo mundial se torna claro y comprensible: consiste en chantajear al Estado alemán occidental con testimonios falsos y, a través de honorarios legales muy elevados, despojar a los alemanes de los fondos que deberían servir para el rearme de las nuevas divisiones. En esa forma, el trabajador alemán se convertirá en eterno contribuyente al judaísmo mun-

dial, se evitará la unificación de Alemania oriental y occidental y se preparará el camino a la inflación y el bolchevismo.

Naturalmente, el judaísmo mundial no perdió tiempo en catalogar a Jakob Diel de "antisemita" por desenmascarar el mayor chantaje de todos los tiempos.

La extorsión por "indemnizaciones" no es la única que se practica, sino que existen además muchos otros tipos.

La revista alemana "Der Weg", publicada en la Argentina, en su edición Nº 6 del año 1954 suministra detalles estadísticos realmente impactantes acerca de los horribles robos cometidos en detrimento de Alemania. Hasta mayo de 1945 los aliados destruyeron bienes y propiedades por valor de 320 billones de D.M., y la población alemana sufrió una pérdida de 15 billones de D.M. por saqueos. Bajo pretexto de desnazificación, se confiscaron diversas posesiones hasta alcanzar los 109,5 billones de D.M., mientras que, mediante las muchas formas de confiscación indirecta, así como a través de las actividades de una organización norteamericana de exportación llamada J.E.I.A. y además por la captura de la flota comercial alemana, se infligió a la región un perjuicio de 1,381 billones de D.M. Además, la población alemana sufrió la pérdida de 198 billones de D.M. debido a la reforma monetaria. Los "billetes de la ocupación" emitidos por las potencias aliadas, representaron otra pérdida de 46 billones de D.M. que los alemanes contribuyentes debieron soportar. En los territorios no anexados las pérdidas de los ciudadanos alemanes alcanzaron la suma de 457 billones de D.M., mientras que la implacable deforestación de las selvas alemanas por parte de los franceses produjo una pérdida de

14 billones de D.M. El precio artificial fijado para el carbón tuvo como consecuencia para los alemanes una pérdida de otros 84 billones de D.M. Pero el perjuicio más característico que se infligió fue el robo de patentes: los inventos alemanes cayeron casi exclusivamente en manos de los judíos, y las firmas judías norteamericanas obtuvieron una ganancia de 78,5 billones de D.M. explotando especificaciones de patentes alemanas, cuyos archivos llenaban 2.000 vagones. El monto de sueldos adeudados a los prisioneros de guerra se calculó en 11,5 billones de D.M., mientras los alemanes soportaron gastos de transportes por 72 billones de D.M. Durante el período de la ocupación nacieron 305.000 bebés mestizos cuya manutención ha costado hasta el momento 135 billones de D.M. al contribuyente alemán. Los bienes alemanes confiscados en el extranjero representan una pérdida de 18 billones de D.M., y aunque los alemanes debieron pagar varias veces el valor por bienes de judíos confiscados por ellos, EE. UU., merced a una intervención directa del judaísmo, se negó recientemente a devolver las posesiones alemanas capturadas. Al actuar así EE. UU. repudió de hecho los principios que sustentaba la relación con la "inviolabilidad" de la propiedad privada. Los alemanes debieron pagar también más de 15 billones de D.M. sobre las viejas deudas originadas en los tratados de Versalles, y se les cobró 8,6 billones de D.M. en el Plan Marshall. El Estado alemán occidental ha pagado hasta el momento 9,5 billones de D.M. a los judíos en concepto de "indemnizaciones".

Los grandes capitalistas judíos norteamericanos recaudan anualmente una ganancia de 2 a 3 billones de dólares tan sólo del producto de las patentes alemanas. Más de 100.000 judíos (en una época medio millón) recibieron 300 D.M. men-

suales por estar en los campos de concentración en época de Hitler. Como lo probó el procedimiento contra Aubarch, esa compensación se pagó en muchos miles de marcos a judíos que en realidad no existían.

El chantaje y el saqueo de las naciones bajo apariencias de legalidad habrá de continuar mientras el Estado parásito de Israel necesite dinero y mientras las naciones gentiles se nieguen a restaurar el derecho internacional tal cual se practicaba en 1945 y antes de este año.

Pero el judaísmo no sólo ha establecido precedentes peligrosos con respecto a las leyes relativas a la propiedad privada, sino que pretende establecer un *status privilegiado y supranacional para los judíos* en todos los niveles. Esto resultó evidente en las llamadas actividades para el "bienestar" después de la última guerra. La U.N.R.R.A. ayudó casi exclusivamente a judíos y comunistas, y cualquiera que se atreviera a decir una sola palabra en contra de esa discriminación era silenciado o tildado de "nazi". La U.N.R.R.A. no se preocupó por el bienestar de los gentiles que habían estado en el mismo campo que los judíos. La I.R.O. generalmente hacía depender la emigración de las personas sin patria de su opinión sobre los judíos. Los reglamentos de la I.R.O. fueron ideados para aclarar los siguientes interrogantes: "¿Ayudó a los judíos perseguidos?" "¿Saboteó la obra de su propio gobierno?" "¿Hizo alguna vez alguna declaración «antisemita»?" o "¿Escribió algún artículo «antisemita»?" El ocultamiento de los emigrantes fue llevado a cabo en su mayor parte por los cónsules judíos y por el equipo de la oficina consular, que hicieron lo posible por mantener el número de inmigrantes gentiles en los Estados Unidos lo más bajo posible. El trabajo de la I.R.O. era la evidencia de una perfecta colaboración entre los

judíos orientales y occidentales. Más tarde se descubrió que varios oficiales que actuaban como ejecutivos en los centros de la I.R.O. eran en realidad agentes secretos soviéticos de la M.V.D. La I.R.O., en nombre de la "humanidad", entregó a los soviéticos a varios refugiados contra los cuales no existía cargo alguno y cuyo único "crimen" consistía en pertenecer a una élite intelectual que debía ser exterminada.

El judaísmo ha establecido un estado de cosas sumamente peligroso en lo que respecta a los derechos civiles y a las leyes de naturalización, en especial desde que Israel se convirtió en un estado aparte. En los derrotados estados de Alemania, Hungría, Eslovaquia, Rumania, etc., se garantizó prontamente a los judíos la ciudadanía sin restricciones, sin satisfacer ninguna condición legal. Muchos de ellos jamás habían pertenecido a dichos estados, y por lo tanto no tenían en absoluto ningún derecho legal a solicitar la ciudadanía. En los estados que se encontraban detrás de la Cortina de Hierro, los judíos fueron los únicos en recibir autorización de salida para poder emigrar a Israel. Esos mismos estados se vieron obligados a admitir a dichos emigrantes judíos si decidían volver, ya para librarse del servicio militar, o porque no estaban satisfechos con las condiciones existentes en el nuevo Estado judío. En las leyes norteamericanas de inmigración, así como en las leyes y reglamentos de algunas otras naciones, existe un decidido intento de *establecer una ciudadanía mundial supranacional, para los judíos.*

El tribunal de Nuremberg también creó ciertos precedentes peligrosos. Maurice Bardèche señala que *se descartó el concepto de tener un país de origen.* Todos, o, mejor aún, todos los judíos, eran ciudadanos del mundo. El judío que emigra de Zhitomir es tan ciudadano de nuestro país como

lo somos nosotros. Tiene los mismos derechos a nuestra tierra. Los trabajadores agrícolas deben respetar los derechos de los negros a la tierra y deben hacerle un lugar en su mesa. Vendrán y se establecerán en nuestra ciudad o consejo rural, para que nos familiaricemos con la "conciencia mundial" exterior. Quizá sus hijos lleguen a dominarnos y *quizá también juzguen a nuestros hijos.* Gobernarán en nuestra propia ciudad y nos revenderán a nosotros nuestra propia tierra, pues la "conciencia mundial" se lo permite.

¡Esto no es una broma! El Dr. Levy, un médico judío, deseaba establecer su residencia en la ciudad alemana de Offenbach, aunque jamás había sido ciudadano alemán. Cuando las autoridades cívicas se negaron a nombrarlo para el cargo de funcionario de Salud Pública, los periódicos "democráticos" amenazaron al Consejo de la ciudad con intervenir en nombre de las autoridades de la ocupación. En EE. UU., la información ficticia proporcionada por un solo judío es suficiente para prohibir la inmigración de una persona. Si el judío declara que el que desea inmigrar es "antisemita", el apoderado general de los EE. UU. puede afirmar que dicho inmigrante es un indeseable que "pondría en peligro la seguridad nacional". Esto significa que, en lo que se refiere a quiénes deben ser aceptados como ciudadanos de los Estados Unidos, Norteamérica depende de la opinión del judaísmo.

Pero los países del mundo occidental, aunque quizá no suelan tener conciencia de ello, han adoptado en realidad el sistema soviético al establecer los privilegios judíos como parte de su Constitución. Como lo señalamos anteriormente, no está permitido referirse a un ciudadano soviético empleando el adjetivo "judío". Esto sería castigado con la muerte o la deportación. Immanuel Bimbaum

mencionó este asunto con gran satisfacción en "Aufbau" el 17 de marzo de 1950, y su artículo puso de relieve que esa ley se halla actualmente en vigor. En la Unión Soviética, en la que supuestamente nadie tiene privilegios, las leyes comunistas garantizan que los judíos pueden ejercitar sus poderes y evitar ser señalados como tales. *"El secreto es el rasgo distintivo de nuestro poder"*, dicen los *Protocolos de los Sabios de Sión*: ¡Puede discutirse el origen de Malenkov pero no el de Kaganovich!

Con la ayuda de la O.N.U. se formuló una nueva ley internacional para preservar el status supranacional del judaísmo. Esta nueva ley ha inmortalizado a Nuremberg. Es la llamada *"Convención del Genocidio"*, o sea, la ley que se refiere al exterminio sistemático de los grupos raciales y nacionales. La creación de dicha ley parece muy oportuna en el momento en que millones de personas, e incluso naciones enteras, desaparecen en los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética. Pero la ley del genocidio no ha sido hecha para castigar esos crímenes precisamente.

La ley considera asesinato racial el exterminio parcial o total de una nación, o de un grupo étnico, racial o religioso, e incluso la mera intención de llevarlo a cabo. Pero esta convención también dispone que el insulto o la violación física o espiritual de los miembros de cualquiera de los grupos antes mencionados cae bajo la denominación de crimen racial. Por supuesto, era natural que la O.N.U. haya olvidado aplicar esta nueva ley en relación con la rebelión húngara y la lucha por la libertad el 23 de octubre de 1956.

Con esa convención del genocidio se suprimió toda libertad, inclusive la libertad de hablar en público y el derecho de realizar reuniones públicas. Si alguien objeta el terrorismo del líder comunista

judío o no tiene buena opinión del gobierno mundial judío o de las actividades públicas de Mendès France, Frankfurter o Morgenthau, puede ser rápidamente acusado por la convención del genocidio por insulto o violación espiritual del grupo étnico o racial respectivo. Esto se denomina crimen racial y está penado con cinco años de cárcel en cualquier parte del mundo. Ello presupone que está en juego la protección de los judíos, pues naturalmente, *los chinos, los ingleses, árabes, etc., pueden ser violados o insultados "espiritualmente"* con total impunidad. Esta ley ofrece posibilidades ilimitadas al terrorismo. La ciudad de Cincinnati (Ohio, EE. UU.) adoptó a Munich como a su ciudad hermana. El judaísmo norteamericano inmediatamente protestó, afirmando que Munich era un campo de cultivo del hitlerismo. La acción benéfica de las organizaciones benefactoras de Cincinnati equivaldría así a una "violación del judaísmo". Por lo tanto, de acuerdo con la convención del genocidio, Cincinnati debería ser borrada de la faz de la tierra como Sodoma y Gomorra, o quizá como Dresden e Hiroshima.

Sobre la base de la convención del genocidio, Asuero y Shylock pueden ser desterrados de la literatura, y la historia de Oliver Twist, de Dickens, debe ser prohibida tanto como novela y como película cinematográfica, puesto que incita al crimen contra los "usureros" e insulta "espiritualmente" la sensibilidad de los nacionalistas judíos. Auerbach, el comisario judío que había sido impuesto al pueblo alemán y que, al ser desenmascarado, apeló al suicidio para huir de los crímenes que había cometido, había desterrado la historia de Asuero de los libros de texto alemanes por su "antisemitismo". La razón que se invocó fue la siguiente: "Después de Auschwitz, esta leyenda bíblica judía insostenible no puede ser tolerada". Los niños gentiles sólo pue-

den aprender lo que la censura judía considera apropiado.

La convención del genocidio, aunque apoyada por Félix Frankfurter y Robert M. Kempner, el fiscal judío de Nuremberg, encontró no obstante grandes críticas. Ciertas personas clarividentes en la vida pública norteamericana llamaron la atención en las reuniones públicas hacia el hecho de que *la convención del genocidio era no sólo tiránica y traicionera, sino que constituía además una especie de guerra permanente contra el pueblo americano.* Mervin K. Hart señaló que, independientemente de tal convención, los sionistas palestinos asesinaron a todos los hombres y mujeres del pueblo árabe de Dair Yassin, y se libraron de toda acusación porque eran judíos. Destacó el hecho de que una vez que entrara en vigor la convención del genocidio, "la más leve referencia a un solo miembro de alguna minoría racial o religiosa constituiría un acto criminal". James Finucane, delegado del Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra, dijo que: "*Quebec, Yalta y Potsdam eran crímenes raciales cometidos bajo la bandera estadounidense*".

El hecho de que la convención del genocidio fuera obra del grupo Morgenthau es la mejor prueba de que esta Ley del Crimen Racial estaba destinada a ser tan sólo un privilegio exclusivo para el judaísmo, así como un medio, aprobado por la O.N.U., de ejercer el terror mundial. "¡Guerra permanente contra el pueblo norteamericano!": así la describió Agnes Wather, una lucha permanente contra la libertad de espíritu; un privilegio, a cuya sombra los árabes, franceses, alemanes, rumanos, etc., pueden ser asesinados con total impunidad.

La convención del genocidio —no aplicada, por supuesto, contra los líderes de los países detrás

de la Cortina de Hierro dirigidos por los judíos— debe ser considerada sobre el siniestro trasfondo de ciertos acontecimientos que muestran cómo el judaísmo intenta silenciar a toda opinión disidente. Actualmente se sabe que las listas negras reunidas por el judaísmo se encuentran incluso en las editoriales llamadas gentiles. De esa manera, no es posible publicar ninguna obra de un autor "cuyo nombre no sea bueno" desde el punto de vista del nacionalismo judío. Cualquiera que aparezca en una película o en una obra de teatro que el judaísmo no apruebe, no podrá volver a aparecer en ningún papel, por más talento artístico que posea.

Veit Harlan, director de *El judío Suss,* fue sobreseído por todos los tribunales. No obstante, las organizaciones judías aún impiden que exhiba ciertos filmes sociales que podrían perjudicarlos. Muchas organizaciones judías protestaron contra la exhibición de la película *Oliver Twist.* Al mismo tiempo los judíos acusaron a ciertas organizaciones religiosas norteamericanas de "antisemitismo", porque deseaban proscribir la exhibición del filme blasfemo de Ingrid Bergman y Rosellini sobre Cristo. Las organizaciones judías protestaron nuevamente porque una compañía editora norteamericana publicó los ensayos políticos de Dostoievsky. Entre éstos hay algunas obras maestras que tratan el problema judío. Gieseking fue expulsado de la "tierra de la libertad" porque daba conciertos durante la era de Hitler. Ernst Dohnanyi, el compositor, no pudo presentarse durante años en el Carnegie Hall simplemente porque los veteranos de guerra judíos lo tildaban de "fascista". Friedrich Gulda, el pianista de fama mundial, ¡fue enviado a Ellis Island por haber sido miembro de la juventud hitleriana a los diez años de edad!

Aquí podemos reconocer el terror mundial espiritual ejercido en toda su dimensión. Consecuente

y persistente, se remonta al mismo Cristo. Los escritores alemanes cuyas obras no eran ni "antisemitas" ni nazis recibían, no obstante, sentencias en los tribunales alemanes. Era suficiente que se sospechara que tenían inclinaciones "antisemitas" para que fuesen castigados con el despido en los empleos o la confiscación de sus propiedades, sin tener en cuenta que fuesen personas inofensivas desde el punto de vista político, tales como artistas, escritores o actores. Lajos Docvenyi Nagy, autor de la novela *Los Khaganovich,* fue sentenciado a prisión en Hungría. Alfonz Luzsenszky, traductor del Talmud, estuvo en la cárcel durante cinco años. Lajos Méhely, uno de los biólogos europeos más importantes, quedó encarcelado durante siete años a los noventa y tres años. Aloysius Dolány-Kovács, cuyo crimen consistió en la preparación de algunas secas estadísticas que mostraban la distribución de la riqueza nacional en Hungría, también fue enviado a prisión. En Rumania, Checoslovaquia y otros países detrás de la Cortina de Hierro se decretaron sentencias semejantes.

El Estado de Israel, de reciente formación, ayudó mucho al establecimiento del terror mundial en el hemisferio occidental. Cinco años después de la guerra, el Parlamento israelí promulgó una resolución que otorgaba a Israel el derecho a castigar a los "criminales de guerra" y a exigir su extradición a cualquier otro estado. *Esto sobrepasa los límites de cualquier clase de justicia legal.* Aquí un estado se arroga el derecho de ser juez de los llamados "crímenes de guerra" que se decía habían sido cometidos antes de que existiese dicho Estado. Aquí nos enfrentamos no sólo con una *ley post facto* sino con un Estado que se beneficia directamente con ella. Puede enjuiciarse cualquier forma de crítica o de actividad literaria puramente teórica. Israel tiene el derecho de pedir

la extradición de los intelectuales suecos, chinos o argentinos, y de ahorcarlos.

El rasgo característico de esta ley consiste en que, *mientras intenta colocar a todos los gentiles bajo la ley judía, se propone exceptuar a todos los judíos de las leyes de los estados gentiles.*

En el libro de Henry Ford *El Judío Internacional* podemos reunir bastante información relativa a los tribunales judíos especiales de New York, y ciertamente en la actualidad conocemos varios casos que sólo podrían ser llevados a dichos tribunales. En 1950 un cierto Mayer Mittelman fue acusado en New York de matar a golpes a otro judío llamado Benjamin Krieger en uno de los campos de concentración alemanes durante la guerra. El judaísmo mundial se ocupó de que este desagradable caso no fuese llevado ante un tribunal americano. El Congreso Judío Americano convocó un tribunal especial para juzgar este caso de asesinato. El juicio terminó con el sobreseimiento del acusado y con el descubrimiento de que, después de todo, no había cometido ningún crimen.

Una vez más nos enfrentamos aquí con una doble moral reforzada por el terror. La revista alemana "Der Weg" publicó un artículo muy interesante de Felix Schwartzenborn, con el título de: "¿Tiranía mundial de 1955 en adelante?", que describe los planes que se refieren al establecimiento del reino mundial judío. La O.N.U. es considerada como la suprema organizadora de ese terror mundial. El semanario norteamericano "Common Sense" también confirma la existencia de tales planes.

"Los planes para el establecimiento de la dominación mundial judía están avanzando hacia su culminación", escribe. "Es probable que el futuro gobierno mundial ha de ser lo que actualmente se conoce como la Organización de las Naciones Uni-

das." El mundo se halla dividido actualmente en dos hemisferios por dos grandes grupos de poder opuestos entre sí. Uno de ellos está gobernado por los judíos moscovitas bajo el "sello de Salomón" (la estrella de cinco puntas), mientras que el otro se encuentra bajo la bandera de la O.N.U. Bernard M. Baruch fue comisionado para llevar a cabo la unificación de las fuerzas económicas de EE.UU., lo cual significaba en realidad el traspaso del poder y los recursos económicos norteamericanos a manos de los judíos de Wall Street. La internacionalización de las materias primas, el ejército europeo, el Parlamento europeo en Estrasburgo, y el Plan Schuman (ideado en realidad por David Lilienthal), han sido concebidos para entregar al mundo no comunista al yugo del terror económico de los judíos. Y ahora sólo falta una cosa: la unificación de los dos bloques gigantes, regidos por la estrella roja y la bandera azul y blanca de la O.N.U., en un "súper Estado", o sea, un Estado por encima de todos los demás. Una vez que esto se realice, las estrellas y franjas norteamericanas y la estrella roja moscovita serán reemplazadas por la estrella de seis puntas del rey David. De acuerdo con los últimos planes, todas las bombas atómicas y de hidrógeno, los ejércitos, flotas y fuerzas aéreas deberán ser entregados a la O.N.U., pues, como se ha dicho, "sería demasiado peligroso dejarlos en manos de una sola potencia o de un solo grupo de poder". Finalmente, las fuerzas armadas y el poderío atómico de la O.N.U., con su centro de operaciones en Jerusalén, podrá sofocar fácilmente todas las "rebeliones" de los gentiles. La O.N.U., gobernada por los judíos, será el poder supremo del mundo, y sobre la base de la convención del genocidio, ideada por el judío polaco Raphael Lemkin, profesor de la Universidad de Yale, todo

lo que pueda llamarse "antisemita" será penado con la muerte o con la cárcel.

La humanidad vive ahora bajo una amenaza que jamás ha tenido paralelo en la historia. El terror mundial ha comenzado a ponerse en marcha y la sombra siniestra de la tiranía mundial extiende su mano sobre todo el globo.

Los planes de los conquistadores del mundo se hallan grandemente facilitados por un proceso en parte natural y en parte artificial, y que puede describirse como la reducción de las masas al nivel de un rebaño de ganado.

CAPITULO DECIMOTERCERO

GUERRA BIOLOGICA DE CLASES CONTRA TODAS LAS NACIONES

Ortega y Gasset escribió *La rebelión de las masas* en 1929; dicho libro puede ser considerado obra fundamental en lo relativo a la naturaleza y al problema de las masas en la sociedad humana. Pero la importancia de las masas fue reconocida mucho antes de que el gran sociólogo español escribiera su obra. *Los Protocolos de los Sabios de Sión* mencionan el hecho de que, ya en 1897, habían "reemplazado al gobernante por la caricatura de un gobierno", o sea "por un presidente, surgido de la muchedumbre, de entre nuestros títeres, nuestros esclavos."

¡Nuestros títeres, nuestros esclavos! Esta definición tiene importancia decisiva en la evaluación del problema de la conquista mundial judía.

No cabe duda de que el capitalismo, con su nivel de vida más elevado, sus mejores condiciones sociales, su expectativa de una vida más prolongada, su reducción de la tasa de mortalidad, etc., ha aumentado enormemente el número de masas. Tanto Hegel como Malthus y Marx observaron este aumento de las masas, así como la amenaza del aumento excesivo de población, lo que en sí mismo no es sino un simple hecho biológico y

estadístico. Ni el judaísmo ni el bolchevismo tienen nada que ver con este fenómeno biológico, que puede considerarse como ejemplo de la natural fecundidad de la vida. Después, Marx, y luego los *Protocolos,* reconocieron la siniestra posibilidad de "derretir" grandes muchedumbres para formar una masa indiferenciada. *Obtener una multitud con características de rebaño es el modo más seguro, no sólo de alcanzar el poder mundial judío sino también de obtenerlo para cualquier grupo minoritario.*

"Sin un despotismo absoluto no puede existir la civilización..." declaran los *Protocolos,* pues: "Debemos lograr que en todos los Estados del mundo, aparte de nosotros, existan únicamente las masas del proletariado, unos pocos millonarios fieles a nuestros intereses, la policía y los soldados."

"La división de la sociedad en masas y élite", escribe Ortega y Gasset, "no es tanto una diferenciación social como una clasificación de la gente en categorías que no coincide necesariamente con los rangos de las clases sociales superior e inferior. *Estrictamente hablando, cada clase social tiene sus masas y su élite".*

No resulta difícil reconocer esa lucha incesante por aumentar las masas a expensas de la élite, que ha ido desarrollándose durante todo el siglo. A lograr ese resultado contribuyeron sin duda ciertos factores biológicos y hereditarios, que son estudiados por el profesor norteamericano Lothropp Stoddard en su libro *Rebellion against Civilization.* Stoddard atribuye la actual crisis de la humanidad a la degeneración biológica de las diversas razas y al desproporcionado aumento de la población mundial, en especial de los especímenes más bajos y menos valiosos. *Pero el judaismo mundial hizo todo lo posible por acelerar ese proceso* durante el siglo transcurrido a partir del manifiesto marxista.

Los proletarios tales como los que componían las tropas de asalto de Bela Kun o Sidney Hillman, que jamás se tomaron el trabajo de considerar cuáles eran las verdaderas aspiraciones de sus líderes, se convirtieron en las tropas de choque naturales de las masas. La teoría de la lucha de clases, una invención judía típicamente destructiva, tiende por sí misma a aumentar el número de la plebe. Produce una nivelación por lo bajo y corta las cabezas que se elevan sobre la medianía. La prensa, y más tarde la radio y la televisión, reforzadas por la mentalidad judía de la industria cinematográfica de Hollywood, contribuyeron también a la producción de hombres con mentes de autómatas. Además, el espíritu mercenario no educará a las masas ni elevará su nivel intelectual; por el contrario, al descender al bajo nivel intelectual de la persona mediana, mejorará las condiciones de los comerciantes. En los países conquistados por el bolchevismo, la producción de masas errantes e incoloras, bajo el exclusivo control de los "elegidos" concuerda con ciertos planes cuidadosamente elaborados. La aristocracia rusa, la clase media, la élite intelectual, el campesinado terrateniente y los trabajadores que podían ser considerados como la élite de la clase obrera, fueron todos ejecutados. El campesinado terrateniente independiente fue despojado de sus tierras, y deportado a Siberia. Las pequeñas propiedades individuales fueron reemplazadas por el sistema del koljós, y los proletarios "liberados" fueron enrolados en las divisiones de trabajo de las fábricas donde ya *no tenían líderes sino amos, dueños y señores.*

Los judíos que integraban el grupo consejero de gobierno de Stalin tenían conciencia de que el "implacable despotismo" de los *Protocolos* sólo puede ser ejercido sobre masas semejantes a rebaños. La mayor amenaza del bolchevismo consis-

te en su creación de una mentalidad de rebaño en el pueblo, que piensa de acuerdo con los más bajos niveles intelectuales, que destruye toda iniciativa en el individuo y elimina toda diferenciación en el gusto y la personalidad. Ya no existe el pueblo ruso sino tan sólo las masas rusas, y dentro de treinta años esta afirmación podrá aplicarse a todos los demás países esclavizados detrás de la Cortina de Hierro. Desde Vladivostok hasta Stettin sólo existirá la masa. El color de la piel de sus integrantes podrá ser blanco en general, a veces amarillo, pero su característica distintiva será la condición puramente negativa de pertenecer a las masas. Esta consistirá en pasta humana producida en montón, homogénea y sin rasgos distintivos, amasada en las filas de los campos de concentración y en las retortas de la propaganda de la educación comunista. Esta es la juventud producida por el comunismo y adiestrada para que no tenga pensamientos individuales o ideas propias. Sólo tiene lemas ya preparados, elaborados por la propaganda. Es un rebaño de seres antropomórficos, guiados por comisarios judíos armados con ametralladoras. Ya no se ven los brillantes miles de millones de gotas diferenciadas sino tan sólo las aguas turbias y fangosas de la creciente.

El llamado hombre civilizado del mundo occidental todavía no tiene conciencia del significado y la importancia de esas masas antropomórficas que han perdido todo conocimiento del mundo exterior, de las bellezas de la vida, y del valor de la personalidad. La Cortina de Hierro los ha encerrado herméticamente lejos de pensamientos e ideales vivientes. Tienen menos conocimiento del mundo exterior del que tenía la gente de la Edad Media. No saben nada de la historia, la cultura o la vida actual en Occidente. Viven en un distor-

sionado mundo de sueños producido y proyectado para ellos por Ilya Ehrenburg y David Zaszlavszky.

Pero lamentablemente los orgullosos ciudadanos de Occidente no se encuentran en mejores condiciones a este respecto. De manera similar, su conocimiento, su perspectiva general, y sus ideas políticas son producidos en masa, controlados y dirigidos por los monopolios judíos del entretenimiento. La personalidad del hombre occidental se ha atrofiado y sus héroes nacionales han sido olvidados. Su lugar ha sido ocupado por esa ridícula figura de la democracia occidental, el *"hombre de la calle"*, o sea, el hombre medio semieducado, ignorante, incapaz de pensar por sí mismo. En la actualidad dicho hombre expresa sus opiniones por la prensa, responde a las preguntas de las encuestas, y representa a la opinión pública y a la "conciencia mundial" en cuyo nombre se puso en escena el escándalo de Nuremberg y se ocultó la matanza de Katyn. ¿Qué sabe ese "agudo" individuo, ese permanente lector de revistas de historietas y cuentos policiales, acerca de los "Estadistas Mayores" que actúan tras la pantalla de los partidos políticos, acerca de los planes de los "iniciados", acerca de las decisiones de las logias y de las mentiras de la prensa? Simplemente repite todo lo que los periodistas y los reyes de los periódicos de origen judío han introducido en su cabeza a fuerza de machacarlo. Y, por supuesto, los columnistas de los órganos democráticos y republicanos sólo divulgarán aquellas "opiniones" que favorezcan a los conquistadores del mundo.

Así podemos comprender fácilmente cómo los llamados estadistas que parecen gobernar el mundo son, por una parte, títeres de los poderes que se mueven entre bambalinas, y por otra, esclavos de la muchedumbre. Los políticos ya no actúan de acuerdo con las reglas del sentido común, sino

que se ven obligados a confiar en el gusto y en el estado de ánimo de las masas. Piensan en función de las masas, y permiten que éstas los conduzcan. Los estadistas del pasado, después de idear un programa inteligente, lo sometían a los electores, esperando convencerlos de hacer lo adecuado, o sea, adoptar sus propuestas. El político actual intenta primero descubrir la inclinación general de la opinión pública, y luego adecua su propio punto de vista a ésta. Pero cuando el judaísmo, al disponer de todos los modernos medios de propaganda, hizo de las masas su caja de resonancia, los estadistas que dependían de ellas cayeron víctimas de la voluntad de aquél.

En esta época de "paz" el político exitoso es aquel que puede conducir a las urnas a las muchedumbres más grandes para que con sus votos apoyen la política que previamente difundió a través de la radio y la televisión.

Ni siquiera la guerra sirve ya como último recurso en la prosecución de ideales más elevados; sólo tiene un propósito, y ése es el exterminio de grandes masas de gente. Las bombas atómicas, de hidrógeno y el bombardeo global no son ya armas de guerra entre las naciones, sino entre las *masas*. Un crimen espeluznante, o un escándalo social relacionado con una estrella de cine, ocupa los titulares de los diarios en la actualidad, pero 300.000 muertos en Dresden o 70.000 en Hiroshima pueden ser ignorados o quizá mencionados en un párrafo de cinco líneas.

Ya hemos dicho que el judaísmo mundial, para aumentar el número de las masas desposeídas, utiliza el impulso natural del hombre hacia la venganza. Después de la última guerra mucha gente pensó que el aumento de masas desposeídas era obra del bolchevismo, y Yalta y Potsdam fueron puestas en la cuenta de Stalin. Sin embargo,

después de un tiempo, se hizo evidente que durante la conferencia de Potsdam, que fue llevada a cabo bajo el triunvirato de Stalin, Truman y Attlee, el judaísmo mundial, bajo la forma del Plan Morgenthau y el Plan Gomberg, estuvo presente todo el tiempo bajo el disfraz bolchevique o democrático. La finalidad perseguida por ambos era el exterminio de la élite y la reducción del pueblo a una masa desposeída, indiferenciada y con características de rebaño.

El acuerdo de Potsdam dejó de doce a dieciséis millones de personas sin patria. El campesinado independiente de la Europa oriental, y los hábiles artesanos de los Sudetes quedaron reducidos a una masa proletaria desposeída que fue lanzada más allá de las fronteras con un equipaje de cien libras de peso por persona. Los profesores nazis fueron obligados a trabajar de barrenderos, y los barrenderos nazis fueron despedidos. Los sajones de Transilvania fueron llevados a Siberia, mientras que los colonos alemanes, muy cultos, del sur de Hungría y del norte de Yugoslavia fueron enviados a los campos de exterminio de Tito, donde se mezcló vidrio molido en su comida. Dieciséis millones de personas fueron arrancadas de su país de origen y convertidas en una muchedumbre sin raíces, sin patria, desposeída y hambrienta. Estas personas fueron llevadas como ganado hacia Alemania occidental en nombre de la humanidad.

Anteriormente, Beria había liquidado a los intelectuales polacos y a los líderes nacionales en los bosques de Katyn. Once mil funcionarios, en su mayor parte médicos, profesores y artistas, fueron apartados de sus profesiones civiles y exterminados, y más de un millón de polacos llevados a Siberia. ¿Quiénes fueron los responsables de esto? Según los archivos oficiales de la Comisión investigadora del Congreso de los EE. UU., el padre

Braun informó, en lo concerniente a sus peripecias en Rusia ("Informes de las investigaciones", pág. 197), que había visto actuar a la policía secreta entre 1936 y 1937, durante la época de los camaradas Jeshov, Jagoda y, más recientemente, Beria (los tres judíos). Ellos fueron los sucesivos jefes de la policía secreta. También vio a los rusos (judíos) asesinar a sangre fría a sus propios compatriotas. En vista del hecho de que se asesinaba a los internados de a miles en los campos de concentración de la Unión Soviética y que tales atrocidades eran consideradas meramente como trabajo de rutina indigno de mención, puede entenderse que el exterminio de polacos influyentes tales como médicos, escritores, profesores, maestros y funcionarios civiles, etc., fuese considerado de la misma manera. El informe agrega que *esta era sólo una parte de un plan general, que consistía en el exterminio sistemático de los grupos raciales y nacionales.*

¿Jeshov, Jagoda-Herschel y Beria son acaso los únicos culpables que rondan las tumbas comunes de las víctimas de los bosques de Katyn? Goriczki, un testigo polaco que escapó a las ejecuciones en masa, dijo al Comité norteamericano que investigaba la matanza de prisioneros polacos en Katyn: "... cuando los grupos estaban listos para marchar, dos oficiales de la policía política, el coronel Urbanovitz y un judío moscovita, el comisario Sirotky, se hallaban de pie cerca mío. Escuché que Sirotky hacía a Urbanovitz el siguiente comentario: 'Sí, ahora son felices y ríen, pero si supieran lo que les espera...!'" ("Informes de las Investigaciones", página 176).

Así pues, parece que los judíos no sólo organizaron y llevaron a cabo los asesinatos en masa de los bosques de Katyn, sino que, a través de Robert Kempner, el fiscal norteamericano en Nuremberg, trataron de ocultar la verdad a los ojos del mundo.

De ese modo, en pocos días o quizás en pocas horas exterminaron a la élite de la nación polaca y con ella a la mayor parte de la clase intelectual.

La élite de Hungría con su modalidad tan personal y colorida, fue aniquilada de manera similar en 1945 con ayuda de la ley del tribunal del pueblo, cuando la lista de "criminales de guerra" fue entregada a los norteamericanos.

De ese modo la *guerra biológica de clases*, basada en los mandamientos talmúdicos, prosiguió sin descanso. La teoría marxista ha alcanzado ahora un escalón más alto. Para el exterminio físico de la élite cristiana, existen las cárceles soviéticas así como los campos de buscadores de oro en el círculo ártico donde, según ciertos prisioneros de guerra que han retornado recientemente de allí, cinco millones de personas viven esclavizadas. El judaísmo mundial, cuya fuerza total consta de unos quince millones, es perfectamente consciente de que puede convertirse en la única clase dirigente de todas las naciones, una vez que logre exterminar esas capas sociales cuya vocación, en razón de sus facultades intelectuales y de su integridad de carácter, consiste en ser líderes de sus respectivas naciones. Con vistas a ese fin, las masas ignorantes, los intelectuales "rosados", y otros personajes susceptibles de soborno, son invitados a servir a los objetivos de los conquistadores del mundo hasta el extremo de traicionar su propia raza y su propia nación. Las condiciones que prevalecen tras la Cortina de Hierro demuestran más claramente que ninguna otra cosa que los quince millones de judíos podrían convertirse muy pronto en una clase media supranacional que gobierne naciones y continentes enteros, una clase dirigente que ya no necesitará realizar ningún trabajo inferior o subordinado. La generación que le suceda podrá ocupar con tranquilidad los puestos directivos en todos los Estados. Sin duda desean repetir la hazaña realizada en la Rusia soviética

donde el judaísmo se desplazó desde la base hasta la cumbre de la escala social.

Para alcanzar esta aspiración basta con poner en práctica el mandamiento talmúdico: "¡Maten a los mejores Goyim!"

Gunnar D. Kümlien ha escrito un artículo muy interesante sobre la guerra biológica de clases en el "Rheinischer Merkur" del 4 de octubre de 1957. Este artículo se relaciona íntimamente con el canciller Adenauer. En él registra una conversación que mantuvo recientemente en Moscú con un intelectual ruso que acababa de ser liberado de uno de los campos de trabajos forzados de Siberia. Sólo pudo hablar en el mayor secreto con este hombre intimidado y asustado, porque hablaban del cuadragésimo aniversario de la "revolución" bolchevique.

"Aquel sector de la sociedad que retuvo una independencia ideológica", dijo el ruso, "ya no cuenta en la actualidad. Veinte años atrás su fuerza era alrededor del veinte por ciento de la población. Seguía siendo de un diez por ciento hace diez años. Suponiendo que haya sido reducida en un uno por ciento anual, puede usted imaginarse lo que queda de ella."

Un periodista sueco que informó recientemente sobre los niveles de vida en la Unión Soviética, suministró un cuadro impresionante de las masas proletarias apiñadas en los arrabales. El partido las mantiene en tal nivel de pobreza y en tan bajas condiciones de vida que toda su existencia consiste en una lucha sin tregua para mantenerse vivos y, por lo tanto, no les queda tiempo para encarar los problemas políticos o para ningún pensamiento propio.

Si la guerra biológica de clases se aplicase a los líderes espirituales del judaísmo, los judíos lo llamarían inmediatamente "antisemitismo". ¡Pero la matanza sistemática y a sangre fría de la élite del pueblo ruso y de las naciones detrás de la Cortina

de Hierro no es antihúngara, antirrusa o antichina! Sin embargo, las consecuencias de esta guerra biológica de clases seguirían teniendo rasgos permanentes incluso después de la caída del bolchevismo.

El exterminio sistemático de la élite implica una serie de consecuencias alarmantes. Debido al hecho de que los individuos más cultos, los trabajadores más capaces, los granjeros más inteligentes, y los comerciantes y artesanos más hábiles fueron eliminados en los países detrás de la Cortina de Hierro, *en todos los gremios declinó paralelamente la calidad de la producción.* Las diversas mercaderías manufacturadas no poseen el adecuado gusto o "terminación". La habilidad para la ornamentación se ha convertido en un lujo; las patas de las sillas no se cepillan ni se pulen, y los bienes de consumo más comunes ya no se consiguen. Los "nuevos intelectuales", producidos en masa a través de cursos "estereotipados", no son sino los esclavos de las masas y, por lo tanto, incapaces de dirigir el comercio, la economía o la agricultura. El nivel de las ciencias se ha reducido al mínimo; el médico se convierte en un simple curandero, y el científico común tiene apenas más conocimientos que un capataz. En la tierra de Ucrania, la más fértil del mundo, el rendimiento del trigo es actualmente más bajo que nunca (ocho quintales por acre); las mundialmente famosas viñas de Tokai están en ruinas y las plantas secas; el nivel del cultivo de frutas ha vuelto a ser lo que era cien años atrás. Los campos de trigo del Banat (al sur de Hungría y al norte de Yugoslavia) donde, debido a la laboriosidad y habilidad de los colonos alemanes, florecía la mejor agricultura de la tierra, se hallan actualmente cubiertos de malezas, y las casas de los Sudetes están en ruinas. La población vive y muere de hambre en la miseria. Los únicos artículos de vestir que las masas esclavizadas pueden obtener son las informes botas de fieltro y las chaquetas acolchadas y forra-

das hechas en serie. Quienquiera que sea capaz de mirar hacia adelante sólo puede visualizar un tétrico futuro: el de la civilización sepultada bajo las arenas movedizas del desierto o devorada por la selva. Debido al exterminio de la élite, esta amenaza se cierne sobre la civilización de todas las naciones cristianas así como sobre la cultura de todas las razas.

El gran patriota mártir húngaro, László Endre, profetizó desde la prisión: "La Europa proletarizada los enfrentará (a los judíos) con tan bajos y brutales instintos que, para mantener al pueblo en la servidumbre, deberán usarse los medios más salvajes, necesarios para sofocar la más salvaje rebelión de esclavos".

Ya no habrá revoluciones ni guerras de independencia, sino tan sólo rebeliones de esclavos. ¡Qué futuro!

En esta coyuntura alguien podrá señalar que cuando se alcance esa etapa, muy probablemente también llegarán a su término el poder y los privilegios de los conquistadores del mundo. Tal vez así sea. Pero los conquistadores del mundo no quieren mirar hacia el futuro y siguen sentados en el trono de los poderosos.

CAPITULO DECIMOCUARTO

LOS JUDIOS TIENEN LA BOMBA ATOMICA

El 6 de agosto de 1945 Harry Truman, presidente de los Estados Unidos, sorprendió al mundo con el siguiente anuncio: "Hace veinticuatro horas un bombardero de la fuerza aérea de los EE.UU. dejó caer una sola bomba sobre Hiroshima. El efecto de esta bomba fue mayor que el de 20.000 toneladas de trinitrotolueno (T.N.T.). Se trataba de una bomba atómica".

Dos años después el rabino Korff, de treinta y un años, uno de los líderes de la organización terrorista "Stern", encabezó una marcha de 600 rabinos fanáticos a Washington, donde exigió, en su calidad de portavoz, que debido a los acontecimientos de Palestina, los Estados Unidos dejasen caer otra bomba atómica, en Londres. El rabino Korff amenazó abiertamente al sucesor de Washington con el poder del judaísmo mundial. (*The Jews have got the atom bomb*, página 3, publicado por Gerald K. Smith.)

Dos años después, el presidente Truman hizo otro anuncio. El 23 de setiembre dijo: "Tenemos en nuestro poder pruebas de que durante las últimas semanas tuvo lugar una explosión atómica en la Unión Soviética".

No mucho después de ese anuncio llegó un in-

forme de Inglaterra en el sentido de que las autoridades habían detenido a Klaus Fuchs, un físico atómico judío que era íntimo amigo de Einstein. *¡Los judíos habían transmitido el secreto de la bomba atómica a la Unión Soviética!*

La fórmula de la bomba atómica cayó en manos de los judíos en sus primeras etapas, en seguida de que empezaran las investigaciones. En la época en que llegó a EE.UU., Einstein poseía una información completa relacionada con la teoría de la fisión atómica del profesor Otto Hahn y los resultados alcanzados hasta ese momento por el Instituto Kaiser Guillermo. Einstein aconsejó al presidente Roosevelt que continuase con esos experimentos con la finalidad ulterior de producir la bomba atómica para los EE.UU. A partir de ese momento los judíos nunca cesaron de pulular alrededor del secreto del átomo. Entre ellos debe mencionarse de modo especial a Lise Maitner, una científica judía, que pasó los resultados de los experimentos del profesor Otto Hahn a EE.UU. a través de un físico atómico danés, que también era judío. Leo Szilárd, otro judío de Budapest, apareció también en escena, y desde entonces el mayor secreto de nuestro siglo fue rodeado por un extraño y misterioso equipo de protegidos de Einstein. Súbitamente el judío alemán Robert Oppenheimer, graduado en la Universidad de Gotinga, se unió a ese equipo de judíos. Era un comunista con conexiones comunistas, porque *veía en el comunismo una realización más implacable y fanática de los intereses judíos que en el sistema democrático.* Robert Oppenheimer era, sobre todo, judío. Es uno de los representantes más característicos y venerables del chauvinismo judío conquistador del mundo. Mientras que el profesor Otto Hahn vacilaba acerca de si debía hacer la bomba atómica para Hitler o sabotearla, o bien entregarla a su propio grupo y país, Robert Oppenheimer dedicó todo su conocimiento, su imaginación creadora

y su inspirada inteligencia a inventar la bomba atómica. Trabajó día y noche sin descanso ni respiro. Se tornó flaco y macilento; y bajó notablemente de peso. Alcanzó resultados científicos casi fantásticos con el único objeto de destruir a los alemanes, enemigos de los judíos.

Por supuesto inmediatamente se vio rodeado por los directivos y presidentes de los diversos bancos mundiales y casas financieras judías, que vieron en la producción de la bomba atómica no sólo una espléndida ventaja sino también una misión nacional. L. Strauss, uno de los directores de Kuhn, Loeb y Co., había sido anteriormente consejero financiero de David Lilienthal. Por consiguiente, J. Robert Oppenheimer fue puesto a cargo de la investigación atómica y de los experimentos respaldado por un inmenso fondo económico. Einstein permitió que Klaus Fuchs compartiera los secretos experimentales y de producción de la bomba atómica. Los trabajos y las oficinas comprometidos en la producción se llenaron rápidamente de judíos oriundos de diversos países. Refugiados indignos de confianza, inmigrantes tenebrosos, judíos alemanes, ucranios, polacos y húngaros, asumieron no sólo puestos clave sino también los pequeños puestos. Julius Rosenberg, David Greenglass y sus semejantes ocuparon todos los cargos en Los Alamos.

Sin duda, existen muchas razones para ello. Entre los judíos hubo siempre buenos matemáticos. Además, la investigación atómica parecía adecuarse a la mentalidad judía. La fisión atómica es una ciencia típicamente judía. Sólo podía destruir, y no creaba nada.

Todo lo que siguió fue sólo la consecuencia natural del chauvinismo judío. Si un judío logra ocupar algún puesto clave, de inmediato tratará de colocar a todos los judíos que pueda. Esto es en realidad lo que ocurre durante la judaización de cualquier institución, sector de la sociedad o pro-

fesión. Los judíos que logran establecerse ayudarán y apoyarán a otros judíos a que se establezcan a su vez, puesto que, según ellos, sólo se puede confiar en los de su raza para la promoción de las aspiraciones nacionales judías. Así pues, alrededor de la persona de J. Robert Oppenheimer se formó un fanático grupo chauvinista judío. Según fuentes norteamericanas, los únicos no judíos eran los que trabajaban en los laboratorios de Los Alamos y Honmouth. Los nombres de Julius Rosenberg, Martin Sobell, Harry Gold y David Greenglass se hicieron conocidos después durante los juicios de los espías atómicos más notorios. El profesor Pontecorvo, el profesor húngaro Jánosi, inventor de la bomba de hidrógeno, y Edward Teller pertenecían todos ellos a esa secta atómica.

Los anillos de la serpiente simbólica se cerraron fuertemente alrededor de la producción de la bomba atómica. El gran secreto de América, cuidado, producido y administrado por los judíos, fue considerado por éstos como propiedad nacional. *El judaísmo consideró muy natural compartir ese secreto con la Unión Soviética.* Las relaciones entre los judíos orientales y occidentales se reanudaron también en ese campo. Aunque los miembros, o los padres y abuelos de los miembros de la secta atómica habían emigrado tiempo atrás para escapar de los "pogroms" rusos, *consideraban a la Rusia bolchevique como más digna de confianza que a América.* Los bolcheviques lucharon fanáticamente contra Hitler. Pero en EE.UU. había gente como Lindbergh, Taft y los aislacionistas. Por lo tanto, la bomba atómica debía ser entregada a la Unión Soviética, a la que consideraron más despiadada y resuelta que EE.UU.

El hecho de que hubiera cierto número de comunistas entre los científicos atómicos norteamericanos tenía sólo una importancia secundaria. Tenían todo el tiempo los ojos fijos en los judíos soviéticos, más salvajes, implacables, fanáticos y vengativos, y sólo

confiaban en ellos. Los judíos orientales lo sabían. David Zaszlavszkij e Ilia Ehrenburg en *Pravda* se referían constantemente a Albert Einstein como a uno de los seis mejores amigos que la Unión Soviética tenía en los EE.UU., y como uno de los amigos personales de Stalin. Y, para merecer aun más la confianza del judaísmo norteamericano, nombraron a Salomón Abrahamovich Rebach, uno de los principales organizadores de la policía secreta bolchevique, en el puesto de comisario principal de la investigación atómica soviética, y el camarada Abrahamovich aún ocupa dicho puesto en la actualidad. Del otro lado del Atlántico, los representantes de Kuhn y Loeb, los banqueros internacionales, desempeñaron un papel sumamente importante en la producción de la bomba atómica. Esta vez los mismos grandes capitalistas occidentales que financiaron la revolución bolchevique en 1917 y que tenían tan espléndidas conexiones con Trotsky (Bronstein), no se molestaron en disimular sus sentimientos respecto del judaísmo oriental. El propio Albert Einstein jamás negó que, en cuanto firme demócrata, sentía gran entusiasmo respecto de la Unión Soviética. John Rankin, congresal de los EE.UU., *acusó públicamente a Einstein de tener conexiones con los bolcheviques.* Así pues, no debe sorprendernos el testimonio del mayor George Racey Jordan, de la fuerza aérea de los EE.UU., quien declaró que ya en 1943 *ciertas manos misteriosas empezaron y mantuvieron un envío constante a la Unión Soviética de materias primas, equipos y secretos necesarios para la producción bélica de la guerra.* Durante las investigaciones del espionaje de radar y la *bomba atómica, o sea, en las horas más críticas de la Segunda Guerra Mundial,* íntimamente relacionada con el espionaje atómico, se descubrió que veintiséis de los cincuenta y siete archivos secretos del Signal Corps de Monmouth de los EE.UU., que habían desaparecido, fueron recuperados en Ale-

mania oriental. Todos aquellos "científicos" suspendidos como resultado de esas investigaciones pertenecían sin excepción a la raza de los conquistadores del mundo.

Eventualmente se hizo evidente durante los juicios en el tribunal de New York que *el espionaje atómico era más bien obra de los judíos que de los comunistas.* Los acusados admitieron que ya en 1943 habían entregado secretos atómicos a la Unión Soviética. Y transmitieron esa vital información gratis, o sea, sin esperar recompensa alguna por ello, simplemente llevados por el celo propio de su chauvinismo judío. El rasgo más característico en el caso de los espías atómicos consistía en que ninguno de los acusados exigía dinero alguno a la Unión Soviética a cambio de sus servicios. Julius Rosenberg en una ocasión sólo recibió u$s 500 para costear los gastos. Completamente obsesionados por el chauvinismo judío más fanático, estaban perfectamente convencidos de que traicionar a EE.UU. y de ese modo ayudar a la Unión Soviética era el *deber* más sagrado *del judaísmo.*

Todos los acusados en los procesos por espionaje atómico eran, sin excepción, judíos. Veremos que detrás de ellos se hallaba el judaísmo mundial en pleno. Durante los juicios EE.UU. debió evitar la más leve apariencia de tendencia "antisemita" a menos que desease ser declarado en bancarrota o sufrir una crisis económica. Así, la causa contra Julius y Ethel Rosenberg debió ser asignada a un juez judío, el magistrado Irving Kaufmann, a quien el judaísmo mundial en pleno consideró como un destructivo y oportunista traidor a la raza judía. También Sypol, el apoderado del distrito, era judío. Finalmente, además de los acusados, un judío llamado Bloch era el asesor de la defensa.

Detrás del secreto del átomo se halla entronizada una de las personalidades más misteriosas y poderosas del judaísmo mundial, Bernard Baruch, el

banquero "filántropo", quien, en circunstancias muy oscuras, amasó una fortuna personal durante las dos guerras mundiales. En la imaginación del pueblo norteamericano, quizá no sin razón, Bernard Baruch se presenta como el "presidente no oficial de los EE.UU.", e incluso Churchill debe visitarlo antes de presentarse en Washington para ver al presidente oficial. Cuando Roosevelt fue presidente, el poder y la influencia de Baruch se multiplicaron. Mientras los soldados estadounidenses perdían sus vidas en el frente durante la Segunda Guerra Mundial, Bernard Baruch, que controlaba 351 de las ramas de la industria más importantes de los Estados Unidos y dos tercios de las materias primas de todo el mundo, hizo todo lo posible para quitar al presidente y al ejército de los Estados Unidos la autoridad sobre la bomba atómica. En este caso, *el judaísmo casi se sacó completamente la máscara.* De hecho y a través de la propaganda, si no de palabra, declaró enfáticamente que consideraba la bomba atómica como *exclusiva propiedad nacional* y el medio por el cual esperaba establecer su poder supranacional. Varios escritores y publicistas norteamericanos admiten que el Congreso cometió delito de alta traición cuando, bajo el látigo de Baruch, promulgó la ley que asumió el control de la bomba atómica y el secreto de su producción sustrayéndolo al presidente y a las fuerzas armadas, y estableció la Comisión de Energía Atómica de los EE.UU. El presidente Truman, sin darse cuenta de las consecuencias, firmó esta ley.

Esta comisión es más poderosa que el presidente de los EE.UU. Puede actuar con independencia de cualquier gobierno del mundo, incluyendo al de los EE.UU. De acuerdo con las declaraciones de ciertos círculos oficiales norteamericanos, esta comisión tenía más poder que Hitler, Roosevelt y Stalin juntos.

Una vez que todo estuvo cuidadosamente planeado y preparado, fueron designados los miembros

de la Comisión de Energía Atómica. De los primeros cinco miembros, tres, o quizás hasta cuatro, eran judíos. Ellos eran: David E. Lilienthal (judío), Lewis L. Strauss (judío), Robert F. Bacher (judío), William Wymack (?), y Sumner T. Pike (?). Es digno de observar el hecho de que, aunque en realidad ocurrieron ciertos cambios en EE.UU., donde las investigaciones del comité Mc Carthy llamaron la atención de la opinión pública norteamericana hacia muchas cosas, no fue posible cambiar la estructura de la Comisión de Energía Atómica. Como resultado del caso Oppenheimer, David E. Lilienthal fue sacado de la presidencia de la C.E.A., pero Lewis L. Strauss ocupó su lugar. Durante este tiempo el profesor Pontecorvo, judío italiano, se convirtió en dirigente de la investigación atómica en la Unión Soviética. Bajo sus órdenes trabajan los científicos atómicos alemanes secuestrados, mientras Salomón Abrahamovich Rebach, comisario jefe atómico de la policía secreta comunista, ejerce un control supremo sobre todos ellos.

La bomba atómica cayó totalmente en manos de los judíos. De ese modo se produjo la mayor tragedia de la historia, y la más terrible amenaza se cierne sobre la humanidad. La bomba atómica es un arma sumamente peligrosa inclusive en manos de los estadistas democráticos debidamente elegidos. Pero la marcha a Washington del rabino Korff y sus 600 colegas recordó al mundo que la bomba atómica podía transformarse en un grave peligro en manos de un fanático grupo nacionalista tribal. Mediante el uso de la bomba atómica no sólo podía ser destruida la civilización sino que también podría perderse para siempre la libertad de la humanidad. La bomba atómica en manos del judaísmo mundial constituye una amenaza permanente a la democracia, a la independencia de todas las naciones y a todo movimiento espiritual o político que sea desfavorable a los conquistadores del mun-

do. Las naciones que desobedecen al judaísmo mundial o que pudieran considerar que la tasa de interés fijada por Kuhn y Loeb es demasiado elevada, pueden ser eliminadas fácilmente de la faz de la Tierra. En manos del judaísmo la bomba atómica representa el terror y una horrible amenaza aun cuando nunca llegue a ser arrojada. La psicosis atómica, el miedo a ser destruido por la explosión atómica o la radiación, pueden ser explotados en detrimento de naciones enteras. "*¡Entreguen su libertad e independencia, abandonen su fe cristiana, porque nosotros mantenemos la bomba atómica sobre sus cabezas como la espada de Damocles!*" Cuando se produjo la explosión de la primera bomba de hidrógeno, los judíos lograron crear la impresión de que si EE.UU. desataba una guerra contra la mitad oriental de su reino mundial, probablemente también estallaría el universo entero. Esa no es sólo una posibilidad política, sino la materialización de la visión de la Revelación de San Juan relativa al poder de la bestia "*sobre todas las castas, lenguas y naciones*" (*Revelaciones*, XIII, 7), y que predice el exterminio de las dos terceras partes de la humanidad. Ni los Sabios de Sión, autores de los *Protocolos*, se atrevieron a contemplar semejante visión hace cincuenta o sesenta años: "*De nosotros procede el terror que todo lo abarca*".

La bomba atómica es el horrible agente de ese terror que todo lo abarca, y al mismo tiempo la prueba más espeluznante de que las aspiraciones hacia el dominio y la conquista mundiales existen en realidad. De 1934 a 1948 la propaganda judía proclamó constantemente que la democracia norteamericana y la libertad de la humanidad podían coexistir en relaciones de buena vecindad con la tiranía soviética. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial su programa total incluía el poder mundial dividido entre los judíos orientales y occidentales. Se trata en realidad de repartirse el globo

entre ellos. ¡Se trata de gobernar en base al oro en el Oeste y de la ametralladora en el Este! *El objetivo supremo consiste en la prevención de la guerra y en el enfrentamiento con el bolchevismo. Tal como señaláramos anteriormente, esta es la razón por la cual Morgenthau organizó la «Sociedad para la prevención de la tercera guerra mundial».*"

El escritor francés Marcel de Briançon demuestra captarlo claramente cuando escribe: "Estos dos conceptos del poder aparentemente opuestos, antagónicos e irreconciliables, que de hecho se complementan, se dicen: «Si la Unión Soviética derrota a EE.UU., el poderío mundial se establecerá en forma de un Estado mundial comunista a través de la organización de un soviet mundial. Si ocurre lo contrario, y EE.UU. derrota a la Unión Soviética, se establecerá inevitablemente un nuevo Estado mundial plutodemocrático tras la victoria norteamericana. Después de todo, poco importa si los judíos detentamos el poder político mundial por nuestra exclusiva posesión del capital privado concentrado, o si lo ejercemos desde una posición clave en el capitalismo estatal. No nos importa cuál de estos dos conceptos triunfe, pues en cualquiera de los dos casos la única victoria final será nuestra. En estas circunstancias, ¿hay acaso necesidad de mostrar las cartas?»"

Pero más adelante, cuando el judaísmo mundial vio que después de todo podía producirse un choque, y cuando la opinión pública norteamericana había empezado lentamente a darse cuenta de que la coexistencia del bolchevismo y la libertad no era posible, Klaus Fuchs fue súbitamente arrestado por entregar a la Unión Soviética todos los detalles del secreto atómico. Dos nombres surgieron de pronto de la oscuridad: los de J. Robert Oppenheimer y Julius Rosenberg. Ambos, como ya veremos, pueden ser considerados figuras simbólicas del nacionalismo judío conquistador del mundo.

Cuando había que destruir al nacional-socialismo alemán J. Robert Oppenheimer trabajó con la abnegación de un asceta y la inspiración de un genio en la producción de la bomba atómica. Era un judío occidental en todo el sentido de la palabra, *pero aun así, sólo confiaba en la implacabilidad, en la sed de sangre y en el fanatismo de sus hermanos orientales del este, y en nada más.* De acuerdo con las acusaciones que se le hicieron, entre 1940 y 1942 apoyó ciertas actividades subversivas bolcheviques antiamericanas en los EE.UU. con grandes sumas de dinero. Se casó con una comunista. Su hermano y su cuñada eran también comunistas. El primer marido de su mujer era también un bolchevique de pura cepa que halló la muerte durante la guerra civil española. Oppenheimer había empleado a comunistas en Los Alamos durante la Segunda Guerra Mundial.

En esa época dedicó todos sus conocimientos y su talento al problema de la producción de la bomba atómica. No sentía remordimientos ni ningún escrúpulo de conciencia, puesto que sabía que sólo los nazis serían destruidos por dicha bomba. Pero cuando la derrota del nazismo se consumó, y cuando la bomba H debió inventarse y producirse para frenar la tiranía real del sistema soviético, el gran hermano occidental se tornó de repente falto de confianza y poco proclive a actuar en contra de los conquistadores orientales del mundo. El, entre todos, sabía muy bien que esos déspotas y represores bolcheviques, aunque pudieran ser mil veces peor que Hitler, eran no obstante sus hermanos. Podían recitar junto con él: "¡Somos todos una misma nación! ¡Una misma tribu! ¡Una misma raza! ¡No somos rusos, portugueses ni judíos norteamericanos, sino *sencillamente judíos*!"

K. D. Nicholson, gerente general de la Comisión de Energía Atómica, escribió: "En su carácter oficial de presidente del Comité Asesor General de la

Comisión de Energía Atómica, Oppenheimer se opuso enérgicamente al desarrollo de la bomba H e intentó por todos los medios persuadir también a los demás de no apresurar ese proyecto, incluso después de que el presidente Truman dio instrucciones precisas para continuar con los experimentos". ("American Hungarian Voice", 19 de abril de 1954, pág. 7).

En ese momento la bomba H debió haber sido arrojada en la mitad oriental del reino judío. Y el judío occidental no deseaba la destrucción de la mitad oriental de sus dominios. La mente matemática magistral, el mago de la física con su cerebro satánico, percibió claramente que *las condiciones más favorables para la conquista mundial consistían en la división del globo en dos hemisferios, que poseyesen ambos la bomba atómica y se encontrasen en la posición indicada como para resultar una constante amenaza el uno para el otro.*

Las otras figuras simbólicas de este nacionalismo conquistador del mundo eran los Rosenberg. Se trataba de gente típicamente insignificante, sin importancia, que quizá no ayudó tanto a la Unión Soviética como creyeron muchos observadores. Entregaron el secreto atómico por pura convicción racial, o sea, como parte de su deber hacia su propio pueblo. Lo entregaron todo a la Unión Soviética y resulta muy característico el hecho de que en su defensa dijeran que Norteamérica era la aliada de aquélla.

Pero las llamaradas sulfúricas del "nazismo" supranacional ardían con un calor sumamente intenso y violento cuando el matrimonio Rosenberg se hallaba a punto de ir a la silla eléctrica. Según la ley los Rosenberg eran espías; eran traidores a Norteamérica. No obstante, el noventa y nueve por ciento del judaísmo mundial los apoyó solidariamente. Los millones que integraban el judaísmo mundial, los capitalistas y los proletarios, los resi-

dentes de las lujosas villas y de los arrabales, los judíos de los barrios bajos de Londres así como los de todas las capitales del mundo, se unieron firmemente en la realización de manifestaciones destinadas a obligar al "hitlerista nazi-fascista" Eisenhower a ejercer la prerrogativa de clemencia que como presidente le competía. A los ojos de los ciudadanos norteamericanos patriotas y decentes, esa campaña, con sus manifestaciones apareció como demostración comunista. "Si Ilse Koch, la *asesina de judíos*, pudo ser perdonada" –decían los carteles que portaban los manifestantes– "¿por qué debían morir los Rosenberg?" "¡Los profesores Urey y Einstein exigen el perdón!"; y en otros carteles podía leerse: "¡Distinguidos líderes de Israel piden la suspensión de la ejecución!"

En cinco continentes, capitalistas y comunistas, intelectuales de gran cultura y simples talmudistas unieron fuerzas para salvar a dos espías comunistas. La nación entera de conquistadores mundiales totalitarios se alió para apoyar a los traidores. En Londres los de la misma raza de los Rosenberg se arrodillaron y se acostaron en las calles y clamaron perdón a gritos en una manifestación que detuvo el tránsito por kilómetros enteros. En Moscú, Budapest y Bucarest, así como en otras capitales de todo el mundo, en la prensa nacional se escribieron patéticas historias acerca de la carrera de esos traidores. En New York, los agentes de policía irlandeses apenas podían dominar la situación desencadenada por ciertas judías fanáticas que se desmayaban cuando escuchaban que su patria de adopción, Estados Unidos, había ejecutado a los traidores de acuerdo con la sentencia librada en el tribunal.

"Era interesante escuchar la radio de New York después de las ejecuciones", escribió la "American Hungarian Voice". "Algunos locutores casi sollozaban cuando transmitían la noticia. Otras estaciones comenzaron a tocar música fúnebre después de

anunciar las noticias. En Union Square algunas judías se arrojaron al pavimento, gimiendo y lamentándose histéricamente, e incluso unos hombres empezaron a llorar, gritando: "¡Los mataron... los mataron!" ("American Hungarian Voice", 29 de junio de 1953, página 8).

Y finalmente, en Church Avenue (Brooklyn), el "nazismo" conquistador del mundo realizó una reunión notoria por su fanatismo. Decenas de miles de personas confesaron y demostraron su solidaridad con los criminales en nombre de su "nazismo" tribal puesto que, como los judíos orientales, también ellos consideraban como mártires de su causa a los espías ejecutados.

En la ceremonia fúnebre Emmanuel Bloch, abogado defensor del matrimonio Rosenberg que había sido ejecutado, dijo: "Achaco la culpa del asesinato de los Rosenberg al presidente Eisenhower, al fiscal general Browell y a J. Edgard Hoover, director del F.B.I. Ellos dieron la orden de apretar el botón de la silla eléctrica. Esas dos personas queridas, sensibles, tiernas y cultas, fueron las víctimas de un asesinato voluntario ejecutado a sangre fría. Los dos lucharon contra el despotismo. Norteamérica actualmente está bajo el despotismo de una dictadura militar, vestida con ropaje civil". ("American Hungarian Voice", 19 de junio de 1953).

A partir de ese momento el presidente Eisenhower, último sucesor de Washington y uno de los ejecutores del Plan Morgenthau, podía contar con que también su nombre estaría en la lista negra de los "criminales de guerra" y de los "enemigos del pueblo". La horca de Nuremberg miraba ahora hacia la Casa Blanca y su sombra se cernía sobre ella. El "nazismo" supranacional ha declarado la guerra a Norteamérica y a su fiel servidor el presidente Eisenhower. Posiblemente no sólo se oiga la voz de Emanuel Bloch junto a los ataúdes de los Rosenberg, sino también el eco de las palabras que

Julius Streicher pronunció en Nuremberg: "... *¡serán colgados por los bolcheviques!*"

CAPITULO DECIMOQUINTO

COMO SE TRAICIONO A LOS ESTADOS UNIDOS

Al traicionar, por último, a los Estados Unidos, el judaísmo internacional se sacó la máscara que lo encubría.

Tal vez el judaísmo considere que tiene motivos de queja contra todos los países del mundo. Sin embargo, los judíos recibieron de los Estados Unidos todo lo que un país puede ofrecer: dinero, trabajo, riqueza, seguridad, una vida pacífica y libertad irrestricta, que se convirtió en exuberancia desmesurada y hasta en influencia política. Los Estados Unidos entraron en combate en dos oportunidades y sacrificaron a sus hijos para beneficiar los intereses comerciales, el acaparamiento y la influencia política del nacionalismo judío, ya que fueron éstas las fuerzas que impulsaron a ese país a intervenir en ambas contiendas mundiales. Luego, los norteamericanos no sólo derrotaron a Hitler sino que también otorgaron a la Unión Soviética la suma de once mil millones de dólares con el objeto de ayudar a liberar a los presos judíos de los campos de concentración. Y más tarde recibieron su cuota del odio resultante de los juicios de Nuremberg y de haber complacido el deseo judío de venganza.

A la judería le bastaron apenas setenta años para

adquirir y controlar la mayor parte de la vida comercial y financiera estadounidense. Ese pequeño judío indigente, que huyó de los "pogroms" llevados a cabo por los rusos, descubrió la caricia del sol de la vida estadounidense ya que allí gozaba de derechos cívicos y de muchos privilegios. Durante la presidencia de Roosevelt ese pequeño judío ocupó posiciones clave en la vida política y se adueñó de un paraíso terrenal, constituido por la mayor parte de la riqueza y la fortuna de Miami, Florida y California. La Tierra Prometida ya no era Palestina sino los Estados Unidos de América. De hecho, se estableció Palestina —o Israel tal como se la denomina en la actualidad— con el único fin de recibir a ese tipo indeseable de judío indigente y mendicante temido por los millonarios neoyorquinos, puesto que lleva consigo los gérmenes del "antisemitismo" adondequiera que vaya.

Durante la presidencia de Roosevelt el país se convirtió en tierra de judíos. Por lo tanto, era de esperar que los conquistadores del mundo se mantuvieran fieles, por lo menos, a ese país entre todos los demás y que no se volvieran en su contra cuando le tocara el turno de combatir el comunismo. Pero, en el caso de los Estados Unidos, los judíos demostraron que *se sienten seguros siempre y cuando sean ellos los que gobiernen; asimismo se mantendrán fieles a un país si y sólo si los intereses del mismo son idénticos a los suyos.*

Al desconocer el problema que el judío representaba, quizás habría sido lógico que los estadounidenses esperaran que el judaísmo internacional los apoyara en la guerra fría que siguió a la segunda guerra mundial. Mas ocurrió exactamente lo contrario. Oculto tras la velada privacidad de las logias B'nai B'rith, el judaísmo internacional decidió el destino de los Estados Unidos. Por cierto, aunque se encontraban en manos judías, los políticos gentiles estadounidenses no desearon ganar la segunda

guerra mundial para los judíos exclusivamente y, a excepción de Roosevelt, tal vez nunca creyeron en la posibilidad de un acuerdo duradero con la Unión Soviética. El 21 de junio de 1941, fecha en que estalló la guerra entre Alemania y Rusia, el senador Truman, sucesor de Roosevelt, afirmó lo siguiente: "De ser Alemania la que se perfile como vencedora ayudaremos a Rusia, pero si resulta lo contrario, tendremos que apoyar a los alemanes. *Dejémoslos solos para que se debiliten lo más posible el uno al otro*".

A pesar de que los Estados Unidos estaban tan interesados en entablar relaciones amistosas con los soviéticos como en participar de la guerra fría posterior a 1945, ambas maniobras sirvieron única y exclusivamente a los intereses del judaísmo internacional, que desempeñaron un papel decisivo en el desencadenamiento de las dos contiendas mundiales. No obstante, una tercera guerra mundial que tuviera como objetivo no sólo liquidar a los soviéticos sino también liberar a las naciones esclavizadas *no figura entre los intereses de los judíos.* Por el contrario, el poder mundial quedó repartido entre ellos en Yalta y Potsdam.

Como dicen los *Protocolos:*

"De nosotros proviene el terror que todo lo envuelve."

De acuerdo con la frase popular, Norteamérica es la "tierra de la libertad", y, en el estuario del río Hudson, la estatua de la Libertad sostiene en lo alto la antorcha simbólica. Mas, en realidad, "el terror que todo lo envuelve" ha reinado más allá de la isla Ellis desde que Roosevelt accedió a la presidencia. Felix Frankfurter, uno de los jueces de la Corte Suprema estadounidense, afirmó que *"los verdaderos soberanos de Washington son invisibles y ejercen su poder entre bastidores".* El ciudadano estadounidense tiene el derecho de votar ya sea por el Partido Republicano o por el Demócrata; aquellos que se

encuentran entre bastidores, empero, saben a ciencia cierta que el verdadero poder permanecerá en sus manos independientemente del partido que resulte elegido. El que se atreva a rebelarse, a protestar o a emitir una sola palabra iluminadora acerca de esa mano oculta será asesinado, silenciado, llevado al suicidio o vilipendiado públicamente.

Gerald K. Smith, el valeroso líder de la "American Christian Crusade", presenta en su libro un informe consternante sobre el terror provocado por esa *mano oculta* y, además, nos informa sobre esos patriotas estadounidenses que fueron víctimas del "terror que todo lo envuelve" de los conquistadores del mundo. A continuación, tomando como base su libro *Suicide*, se hace una exposición abreviada de cómo los poderes ocultos entre bastidores exterminaron a aquellos norteamericanos que se opusieron al bolchevismo y a la segunda guerra mundial, con lo que, en consecuencia, se enfrentaron a las aspiraciones de los conquistadores del mundo.

La reputación de *James Forrestal*, ministro de Guerra durante la presidencia de Truman, se vio arruinada gracias a la acción de Drew Pearson y Walter Winchell (Lipsitz), los dos comentaristas radiales que fueron exponentes de la "M.V.D." judía y de la "Anti-Defamation League". Esos dos sujetos lograron que la situación de Forrestal se tornara insostenible al tacharlo de "antisemita" por oponerse a la política exterior norteamericana con respecto a Palestina. Después de haber anunciado públicamente en una ocasión que los judíos arruinarían a los Estados Unidos, Forrestal fue confinado a un hospital para morir más tarde en forma misteriosa al "caer" una mañana desde la ventana del décimosexto piso. *Joseph Kennedy*, embajador de los EE. UU. en Gran Bretaña, se vio reducido al silencio al sufrir una especie de internación en Florida, debido a que, al regresar a su país antes del estallido de la segunda guerra mundial, declaró: "Sólo pa-

sando por sobre mi cadáver entrará este país en guerra". *John Winant*, sucesor de Kennedy, una vez familiarizado con las circunstancias que, sobre falsas premisas, condujeron al país a la segunda guerra mundial, se vio obligado a elegir entre el silencio ignominioso y el suicidio; y su honestidad le hizo optar por el suicidio. *Henry Wallace*, miembro de una extraña secta oriental, que, además, creía que con la ayuda de algún suero quimérico viviría ciento cincuenta años, se convirtió en el vicepresidente de Roosevelt; no obstante, al transformarse en un elemento difícil y poco dócil para los poderes ubicados entre bastidores, murió muy joven de modo repentino. El *general Patrick J. Harley* señaló en 1947 que "aún hay un sinnúmero de comunistas sentados en el Ministerio de Relaciones Exteriores"; por ese motivo la misteriosa Mano Negra de Washington lo silenció y lo obligó a un exilio deshonroso. *La esposa del generalísimo Chiang Kai-Shek*, hija de Sun-Yat-Sen, vivía presa de terror mortal cada vez que visitaba los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, porque sabía que los agentes secretos de la "Gestapo" organizada por los conquistadores del mundo planeaban asesinarla. También se descubrió que el discurso pronunciado por el secretario de Estado Stettinius en la apertura de las Naciones Unidas había sido escrito en realidad por Dalton Trumbo, un actor cinematográfico comunista de Hollywood. *Morton Kent* se abrió las venas ya que, al saber quién había robado archivos estrictamente confidenciales para la Unión Soviética, estaba seguro de que había poca diferencia entre hablar o permanecer callado, porque lo matarían de todos modos.

Whittaker Chambers, Louis Budenz y *Tyler Kent* aún viven pero corren peligro. *Budenz*, con anterioridad un miembro destacado del Partido Comunista, se refugió en la Universidad Católica de Fordham tras desenmascarar a varios comunistas

judíos. Si se atreviera a abandonar los muros protectores del edificio que lo cobija no alcanzaría a vivir más de veinticuatro horas. La misma suerte correría *Chambers*, otro ex líder comunista no judío, que dejó al descubierto a Alger Hiss.

Tyler Kent, al descifrar los telegramas secretos que intercambiaron Roosevelt y Churchill —algunos enviados antes de que Churchill fuera primer ministro—, se convirtió así en uno de los testigos más importantes de cómo se arrastró al mundo a la guerra, y luego estuvo preso cinco años en Gran Bretaña en la isla de Wight.

El *general Vaughan*, ese anciano caballero correcto y bondadoso, se ocupó de alejar a judíos y comunistas del Ministerio de Relaciones Exteriores en proporciones apreciables. También atacó firmemente a David K. Niles, la "eminencia gris" de la Casa Blanca durante las gestiones de Roosevelt y Truman, condenado y sentenciado en su juventud en Boston a varios años de prisión por delitos sexuales, y que más tarde se dedicó a escribir discursos para los presidentes norteamericanos. El general Vaughan se opuso terminantemente a que un delincuente de ese calibre viviera en el mismo medio que el presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, a Vaughan se lo acalló, se lo alejó de su cargo y se lo arruinó socialmente con el pretexto de que era "antisemita".

El *general Frederick Morgan*, jefe de la UNRRA en la zona norteamericana de la Alemania ocupada, fue un inglés que osó señalar por escrito que los judíos de Alemania contaban con dinero y alimentos en forma apropiada y que no sufrían ningún tipo de necesidad. A pedido de Herbert H. Lehman, senador por Nueva York y autoridad máxima de la UNRRA en ese momento, el general F. Morgan fue alejado de sus funciones, a pesar de que el gobierno británico, en un principio, no deseaba ceder a las presiones del judaísmo estadounidense.

Al embajador estadounidense en Bulgaria, Earle, se lo hizo callar en forma semejante; Von Papen le había extendido un memorándum secreto en Sofía por medio del cual el gobierno de Hitler ofrecía mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra. Después de entregarlo a Roosevelt, se llamó a Earle desde Washington; luego se lo incorporó al servicio militar y se lo envió a una isla del Pacífico por el resto de la guerra. En ninguna circunstancia debía permitirse que el pueblo estadounidense supiera que los odiados "nazis" deseaban la paz con los Estados Unidos.

El asesinato de *Huey P. Long*, senador por Louisiana, resultó ser un caso sumamente misterioso. El 9 de agosto de 1935 Long, uno de los rivales de Roosevelt con grandes posibilidades de ser electo presidente de los Estados Unidos, sostuvo, en el curso de una alocución ante el Senado, que la "Mano Negra" norteamericana, dirigida por judíos, había ordenado su asesinato en una reunión llevada a cabo en un hotel de New Orleans. En ese momento el Senado tomó a risa las palabras del viejo luchador; un mes más tarde, empero, un judío llamado Karl Weiss le daba muerte de un balazo.

De acuerdo con un libro de Gerald K. Smith, gran cantidad de los opositores de Roosevelt pereció misteriosamente en circunstancias similares. Entre ellos se puede mencionar al *senador Cutting de New Mexico*, al *senador Shawl de Minnesota* y *John Simpson*, presidente del Sindicato de Agricultores de Oklahoma.

¡Callar o morir! Esa fue también la orden recibida por el *almirante Kimmel*, que conocía la verdadera historia de Pearl Harbour; no dispuesto a arriesgar su vida, el almirante guardó silencio.

Evidentemente, como resultado de un error, el *doctor William Wirt*, profesor universitario de Gary, Indiana, recibió una invitación para una reunión social exclusiva en donde se explicaron los planes y

preparativos de los judíos y comunistas para adueñarse del poder en los Estados Unidos, e informó de lo escuchado a la prensa; en consecuencia, fue convocado por uno de los "comités de actividades antiestadounidenses" del Senado —presidido por el senador O'Connor—, quien tildó a Wirt de mentiroso. Wirt murió no mucho después de esas audiencias en circunstancias de por sí sospechosas. No obstante, al cumplirse el primer aniversario de su muerte, el senador O'Connor visitó la tumba de su víctima e imploró perdón.

Gerald K. Smith, dirigente del movimiento norteamericano antijudío, fue envenenado con arsénico en una oportunidad y los médicos se vieron en dificultades para salvarle la vida. Fue Gerald K. Smith quien informó sobre Gerhard Eisler, un judío alemán comunista que emigró a los Estados Unidos y luego, catalogado como importante agente de Stalin, escapó de las autoridades norteamericanas a la zona soviética de Alemania y ordenó el asesinato de miles de ciudadanos estadounidenses. *Westbrook Pegler*, uno de los publicistas estadounidenses más conocidos, temió por su vida en forma permanente, y aquellos periódicos en los que se publicaban sus artículos, que exponían las actividades subversivas de los comunistas (judíos), se vieron amenazados constantemente con el boicoteo y el terror.

Ahora se conoce en detalle la historia de Charles Lindbergh, el valiente piloto que atravesó el Atlántico. Lindbergh se opuso a la guerra y al pronunciar uno de sus discursos en Des Moines, Iowa, dijo la palabra "judío" en un tono que distaba de ser halagador. Inmediatamente se desató una campaña tan intensa con el fin de destruirlo moralmente que aún hoy en día en los círculos de la "Anti-Defamation League", mencionar el "tratamiento Lindbergh" nos remite a la destrucción de la personalidad, la carrera y la posición social de una persona. Esos círculos saben fehacientemente que la eliminación

de Lindbergh de la vida pública fue tarea de los judíos. Del mismo modo, a Martin Dies se le impuso silencio con métodos semejantes a los del tratamiento Lindbergh, debido a que fue el primero en tratar de eliminar a los comunistas del Senado y dar sus actos a publicidad; su hijo sufrió dos intentos de secuestro y su esposa se vio amenazada en forma permanente. Eleanor Roosevelt y sus amigos asistían a las reuniones del comité del Senado con el objeto de burlarse de su presidente. Asimismo, la prensa recibió instrucciones confidenciales tendientes a boicotear el trabajo de dicho comité. Más tarde, pese al silencio de Dies, el trabajo de su comisión fue continuado por el senador *Joseph Mc Carthy*, declarado anatema de los judíos y que puede ser asesinado en cualquier momento. (*Después de que se publicó el libro de Gerald K. Smith, el senador Mc Carthy murió en circunstancias misteriosas y oscuras. Varios documentos estadounidenses dieron a entender abiertamente que se lo había asesinado.* El autor.)

Esa fue también la suerte que corrió Norman Jacques, uno de los miembros más populares del parlamento canadiense. Antes de morir escribió a varias de sus amistades: "En mi próximo discurso del Parlamento tengo la intención de abrirle los ojos a mi audiencia y exponer toda la conspiración nacionalista judía". Pero antes de hacerlo murió de "insuficiencia cardíaca".

Gerald K. Smith subraya que *la muerte de Franklin D. Roosevelt* también constituyó un gran misterio. Todo nos indica que *Roosevelt no murió en forma natural.* De acuerdo con ciertas versiones, se sentía culpable de lo ocurrido en Pearl Harbour y de esa forzada alianza con los soviéticos que trajo como resultado la promesa de entregarles cinco millones de personas entre las que se encontraban alemanes, italianos, húngaros, rumanos y búlgaros. Según otra versión, deseaba verse proclamado Pre-

sidente de la República Mundial simultáneamente con el establecimiento de la ONU; pero su estado de salud lo enfrentó con su incapacidad para acometer esa empresa.

Sólo se posee una fotografía para la posteridad que muestra al presidente de la República en el ataúd. En ella se puede observar una flor que cubre una herida en la cabeza de Roosevelt. Cuando su hijo Jimmy Roosevelt llegó al funeral, ni su madre ni su familia tuvieron valor suficiente para abrir el ataúd a fin de permitirle contemplar a su padre por última vez.

Todos esos hechos nos prueban con claridad que Felix Frankfurter estaba en lo cierto. No es el gobierno visible el que tiene verdaderamente el poder en los Estados Unidos, sino que son ciertos individuos entre bastidores los que lo detentan. Son los representantes del "nazismo" supranacional, *cuyos intereses benefició tan bien la segunda guerra mundial pero que se verían perjudicados por un tercer enfrentamiento en el que la espada esgrimida por los Estados Unidos desgarraría la Cortina de Hierro.* ¿Qué ocurriría si se abrieran las prisiones soviéticas o si los soldados estadounidenses vieran en los territorios liberados lo que los guerreros europeos contemplaron en la Rusia soviética después de 1941? ¿Qué ocurriría si se liberara a los prisioneros políticos al igual que a los esclavos de los campos de internación y de trabajos forzados? ¿Acaso no le dirían al mundo quiénes fueron los verdaderos carceleros, torturadores, verdugos y usureros del régimen soviético? ¿Y no fue Lenin el que afirmó que el "antisemitismo" constituye el medio para la contrarrevolución? Sin duda, al caer el bolchevismo las naciones gentiles despertarían. Se abrirían los archivos secretos. *¡Ay de los conquistadores del mundo en ese momento!*

A partir de 1945 el judaísmo internacional cambió de táctica puesto que vislumbró con nitidez que

debía evitarse a toda costa un enfrentamiento definitivo entre las dos potencias. En la actualidad su política tiene como fin debilitar a los Estados Unidos para que así carezca de la fuerza necesaria para defenderse en el momento decisivo. Después de establecer un poder financiero y político sin parangón a través de carreras armamentistas, de la inflación, el desempleo, las guerras mundiales y las revoluciones, el nacionalismo judío da un vuelco repentino, se declara "amante de la paz" y comienza la campaña política de mayor envergadura de su historia con la colaboración de la ONU, la UNESCO, el Consejo Europeo de Estrasburgo y varios palamentos europeos bajo su influencia. Al tener la prensa mundial en sus manos, el judaísmo internacional trabaja *con el único objetivo de debilitar y aislar a los Estados Unidos como también para dejarlos sin aliados cuando llegue el momento en que le toque enfrentar definitivamente a los soviéticos.* Asimismo, la meta consiste en hacer que los Estados Unidos no gocen de popularidad en otros países cuando, en cambio, deberían nuclear a su alrededor a las naciones cristianas y a los otros pueblos no cristianos como los mahometanos.

Los intereses del judaísmo se centran en el gobierno internacional judío y se basan en los conceptos de Einstein y el estado totalitario judío. Tras haber llevado a cabo la campaña de propaganda más sangrienta en contra de Hitler, ese nacionalismo realiza un giro de ciento ochenta grados. Ahora, la mano oculta que actúa en silencio entre bastidores toma medidas para obligar a los Estados Unidos a postrarse de hinojos aumentando la fortaleza de la Unión Soviética y al mismo tiempo *mutilando aquellas fuerzas que consideran inevitable la guerra en contra del bolchevismo.*

Si bien esas tácticas tuvieron cierto "mérito" en el pasado, en Europa sólo se las utilizó después de las derrotas bélicas. Se las conoce con el nombre de

tácticas de sabotaje y orquestación de rumores y no persiguen otro fin sino alterar a la gente. *"¡Ya no luchéis más! ¡Los rusos también son humanos!"*, decía el rumor que llegaba a los oídos de aquellos dispuestos a defender a sus patrias de la brutalidad soviética.

La política de Morgenthau planea aplastar el poderío de los Estados Unidos con medios casi idénticos.

"Después de todo", se dicen los judíos triunfantes, los judíos que vencieron a Hitler, "nos basta leer el Libro del profeta Isaías para comprobar que no sólo los *Protocolos* nos prometieron poder sobre el mundo, sino que el Profeta también lo hizo: «Abiertas estarán tus puertas de continuo; ni de día ni de noche se cerrarán, para traerte las riquezas de las naciones, traídas por sus reyes»" (*Isaías*, LX, 11). "Pues la nación y el reino que no se sometan a ti perecerán, esas naciones serán exterminadas por completo" (*Isaías*, LX, 12).

"Allí, al otro lado de la Cortina de Hierro, 40.000 tanques soviéticos, 15.000 aviones y 175 divisiones del ejército soviético aguardan, prontos a destruir Europa y lograr el poder mundial. En 1949 Churchill señaló que la bomba atómica sola protegía a Europa y a los Estados Unidos de un ataque soviético. Pero como todos sabemos, la bomba atómica es *nuestra*."

"Aquellos que llevaron el secreto de la bomba atómica a la Unión Soviética son nuestros hermanos de sangre. Es como si el propio Einstein los hubiera seleccionado personalmente y enviado a cumplir sus grandes misiones. Por ejemplo, Klaus Fuchs, cuya traición aceleró dos años la producción de la bomba atómica soviética, y Bruno Pontecorvo, judío italiano, que transportó secretos atómicos a los soviéticos en once camiones de gran tamaño. Se pueden citar muchos ejemplos: Harry Gold, David Greenglass, Julius Rosenberg, Emmanuel Bloch, William Perl

—profesor de la Universidad de Columbia—, Abraham Brothmann, Mirijam Moskovich, Simson —el judío ladrón de plutonio—, Jánosi —el judío húngaro que protegería el imperio de Lazar Khaganovich con una cortina de rayos cósmicos—, John Vág-Weiszfeld —cómplice de Harry Gold—, David Gohem y Edwin David, todos miembros de nuestra raza. ¿Cómo se explica que no haya un solo cristiano entre ellos? ¡Porque no se puede confiar en los gentiles! El secreto es nuestro; no lo negamos. Julius Rosenberg admitió con franqueza ante el Tribunal de New York que «Rusia es nuestra aliada y, por lo tanto, la consideré con derecho a recibir esa información de nuestra parte! . . .»"

Los estadounidenses contaban con armas secretas que podrían haberlos convertido en los líderes mundiales contra el bolchevismo. Sin lugar a dudas, podrían haber librado al mundo de la amenaza de la servidumbre con la ayuda de esos secretos militares, los más sobresalientes de la historia. Dichos secretos debían ser robados y vendidos a fin de que alguien reemplazara a los Estados Unidos y Rusia, es decir, para que hubiera un solo poder en el mundo: el poder internacional del nacionalismo judío, que mantiene en jaque tanto a los estadounidenses como a los rusos. Aun cuando no tenga otras consecuencias, la traición perpetrada a los Estados Unidos será suficiente para demostrar que *existe un plan judío descomunal que tiene como fin dividir el mundo en dos hemisferios y gobernarlos en consecuencia, plan que hasta el momento se ha ejecutado con la más despiadada eficiencia.*

También el radar y el cohete intercontinental se encontraban entre los secretos militares con que contaban los Estados Unidos, y, sin duda alguna, podrían haber ofrecido la máxima seguridad, incluso después de perder el secreto de la bomba atómica. Pero en la actualidad el FBI sabe fehacientemente que Julius Rosenberg se encontraba a la cabeza de

la red de espionaje que tenía como objetivo el radar. Después de que el "Military Research Institute" de Monmouth hizo ciertas averiguaciones, salió a la luz el hecho de que los traidores que revelaron los secretos del radar a los soviéticos eran casi exclusivamente judíos. A propósito, podemos mencionar algunos ejemplos: el profesor H. Coleman y Morton Sobell —un espía sentenciado a treinta años de prisión—, Hyman Gerber Yavis, Carl Greenbaum y la señorita Glassman.

La entrega de China a los "rojos" fue uno de los capítulos más horribles de la traición a los Estados Unidos. En China se encontraba uno de sus mejores mercados; se la debía forzar, pues, a incorporarse al hemisferio rojo a cualquier precio. De ese modo, en el caso de una confrontación, los quinientos millones de chinos —entre los cuales las ambiciones subversivas judías nunca encontraron campo propicio para sus maniobras— podrían haberse convertido en aliados excepcionales a favor de los Estados Unidos. Hoy en día, la mayoría sabe que Owen Lattimore, profesor estadounidense de origen dudoso y principal consejero de Roosevelt en materia de cuestiones chinas, trabajaba en contra de los Estados Unidos al servicio del espionaje militar soviético. Durante siete años editó el periódico "Pacific Affairs", emitido por el "Institute of Pacific Relations", del cual la Unión Soviética recibía información de primera mano concerniente a China. Asimismo, los investigadores del FBI descubrieron 1.700 archivos de carácter confidencial en las oficinas de Amerasia. Cabe destacar que las personas detenidas en relación con ese caso fueron todas judías. Así John Steward Service, Larsen Mano, Andrew Roth, John Abt, Nathan Wett, Lee Pressmann, Philipp Jaffe —ex embajador— y María Bachrach traicionaron a los Estados Unidos, país que les ofreció un hogar y que ellos utilizaron en favor de su conquistador nacionalismo judío.

"El problema residía en cómo lograr la caída de China sin que los Estados Unidos aparecieran como los causantes", escribió Owen Lattimore. "Debido a Amerasia y a la extensión de la política de los simpatizantes comunistas, 665 millones desaparecieron detrás de la Cortina de Hierro. Posteriormente, algunos documentos estadounidenses precisaron: los Estados Unidos perdieron su mercado de exportación más importante y una de sus mejores relaciones comerciales, y toda la posición en el Lejano Oriente fue sacudida en sus cimientos. Aquellos que dividieron el mundo en los hemisferios oriental y occidental no pueden negar el objeto de su acción: *Divide et impera!* Divide a tus oponentes y gobiérnalos; gobierna a los Estados Unidos y a la Unión Soviética también.

Con ese objetivo, la mano oculta había ubicado a sus propios hombres en todo lugar; en ellos confiaba con el fin de servir no a los Estados Unidos sino sólo a los intereses y aspiraciones de poder de los judíos. Antes del estallido de la guerra de Corea un tal Lyman L. Lemnitzer, persona que vestía el uniforme de general de división del ejército de los Estados Unidos, ocupaba el cargo de jefe militar en Corea del Sur y, por lo tanto, a él le incumbió la responsabilidad de descuidar sus defensas, tal como se declaró en el Congreso. Luego asumió el puesto de comandante en jefe en Corea Marg Clark, general con ascendencia judía (hijo de Rebecca Ezekiel), que entregó miles de refugiados y expatriados a los soviéticos mientras se hallaba al frente de las fuerzas de ocupación norteamericana en Austria. Tampoco es coincidencia que durante la guerra de Corea cierto coronel A. C. Katzin fuera delegado en jefe de la ONU, superior del general Mc Arthur, ni que otro judío, George Movahon, dirigiera la sección destinada a Corea del Centro de Información de la ONU. Durante la crisis del petróleo en el Golfo Pérsico, un tal Michael J. Lee

dirigió la División del Lejano Oriente del Departamento de Estado; posteriormente se descubrió que había emigrado de Rusia a los Estados Unidos y que su nombre original era Efraim Zinoy Liebermann.

Tal como había ocurrido en el Lejano Oriente, también en Europa los exponentes del judaísmo internacional se esforzaron por arruinar el prestigio y el buen nombre de los Estados Unidos y por erradicar los ideales que la presentaban como tierra de libertad de los corazones europeos. Por otra parte, ya se ha señalado que el plan Morgenthau, en realidad, había sido concebido en Moscú. Harry Dexter White, judío de nacionalidad rusa, fue subsecretario de la Secretaría de Marina como también asistente de Morgenthau en la presidencia de Roosevelt. No cabe duda de que resultó una de las figuras más siniestras de los tiempos modernos, ya que al mismo tiempo era líder de las células comunistas y los nidos de espías que desarrollaban sus actividades dentro del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. White robó y entregó a la Unión Soviética las planchas, el papel, y los secretos de impresión de los denominados "marcos aliados", los billetes diseñados para la ocupación aliada de Alemania, lo que causó a los contribuyentes una pérdida financiera de 225 millones de dólares. Pero, además de las planchas originales de los billetes de la ocupación y de los métodos de impresión, los soviéticos recibieron otros documentos sumamente confidenciales de manos de Harry Dexter White. En la célula comunista bajo su dirección se descubrieron, entre otros, nombres como Frank Cohen, Harold Glasser, Victor Perle, Irving Kaplan, Solomon Adler, Abraham George, Silverman y Ludwig Ullmann. El presidente Truman designó a White presidente del Fondo Monetario Internacional, mientras que Harold Glasser se convertía en director financiero de la UNRRA. También se le imputa a

este grupo de espías judíos haber entregado a la Unión Soviética las reservas de oro y billetes de moneda extranjera del Banco Nacional de Hungría, estimadas en 42 millones de dólares.

Sería imposible mencionar en estas páginas el sinnúmero de judíos que ocupaban posiciones clave en las zonas de ocupación en Alemania y que a la vez promovían la causa soviética y no cejaban en su propósito de lograr una Alemania bolchevique, ya como propagandistas, agentes de la CIC y OSS, periodistas, actores, comandantes de ciudades o peritos financieros. Los archivos del Comité de Investigaciones de Mc Carthy superan la mejor historia de detectives y configuran un documento histórico de perfiles sorprendentes

Como si esto fuera poco, de las filas del nacionalismo judío emergió Alger Hiss, el traidor por excelencia que entregó 110 millones de cristianos a la gavilla de Khaganovich en Yalta. El testigo por la defensa que salió a la palestra y trató de salvarlo no fue otro que Felix Frankfurter, juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos, mientras que su protector después de la condena fue nada más y nada menos que el gran senador y rey sin corona de la ciudad de New York, Herbert H. Lehmann —suegro de Buttenweiser—, que trató de ocultar al gran traidor de la nación en su propio departamento.

Pero el rasgo más característico de la traición perpetrada a los Estados Unidos no se relaciona con la bomba atómica, el radar, ni con los otros escándalos de espionaje, sino con *el papel activo que les cupo a los judíos norteamericanos en los movimientos comunistas.* Así se justifica una vez más el viejo dicho: *"Quizá no todos los judíos sean bolcheviques, pero sin ellos el bolchevismo no existiría".* La población judía de los Estados Unidos en su mayor parte provino de países detrás de la Cortina de Hierro y por lo general abandonó Europa para escapar de las matanzas organizadas por los rusos. Ahora bien,

no son los zares los que dirigen los destinos de los Estados Unidos sino un régimen denominado democrático. Este país les brindó todo a los judíos, hasta el privilegio de participar en su administración; sin embargo, pese a toda esa generosidad, los judíos estuvieron y están hoy en forma activa a la cabeza de todos los movimientos comunistas antiestadounidenses y subversivos.

El Partido Comunista fue introducido en los Estados Unidos y sus dirigentes son idénticos a los de la revolución rusa bolchevique. Los miembros del Politburó estadounidense, popularmente conocidos como *"los once grandes"*, son, sin tener en cuenta a los negros, casi todos judíos: Eugen Dennies, Henry Winston, John Hates, Irving Pothias, Gilbert Green, Carl Winter y Guss Hall.

La voz del "nazismo" del Viejo Testamento alardea: "Si en algún lugar se detiene un espía o un líder comunista, éste siempre proviene de nuestras filas. Judith Coplon, la hermosa muchacha judía de Brooklyn, vendió los archivos más confidenciales del Departamento de Estado a Gubichev, agente soviético, y nosotros nos encargamos de que ella no sufriera ningún daño serio".

Una vez más podemos percibir el coletazo fulminante de la serpiente simbólica en los Estados Unidos, el emblema del nacionalismo judío, la red que cubre y lo alcanza todo, controlando los bancos, los bienes raíces, la vida familiar, el estado, la prensa, la sociedad y los sindicatos.

Cuando se detectó la conspiración comunista californiana, el FBI sacó de sus madrigueras subterráneas a los mismos personajes de siempre. La raza de esos traidores se evidencia en sus rasgos. *Know your Enemy* (Conozca su enemigo), libro escrito por Robert H. Williams, nos presenta una serie de fotografías de los traidores norteamericanos; allí se encuentran nombres característicos debajo de rostros característicos. Alexander Bittelman aparece en la

serie de retratos como uno de los miembros fundadores del Partido Comunista estadounidense y los otros líderes que aparecen con él son: Gerhard Eisler, Jack Stachel, Leon Josephson, Alex Trachtenberg y J. Peters (Goldberger). Los que participaron en la conspiración de Hollywood reciente son: el doctor Sidney Weinbaum, el doctor Jacob Dubnov, Philip Bart —director del "Daily Worker"—, Alex Trachtenberg, V. J. Jerome —líder del Comité Cultural Bolchevique, cuyo verdadero nombre es Isaac Romaine—, Simon, Gerson, Elisabeth G. Flynn, Alex Bittelman, Batty Gannet, Isadore Begun, Jacob Minden, Claudia Jones (una negra), Israel Amter, W. Weinstone, George Charney, Fred Fine, Sid Steinberger, Louis Weinstock y Js. Jackson.

El "Reader's Digest" confirmó que, de los once líderes que encabezan el Partido Comunista estadounidense, seis son judíos, dos son negros y sólo tres son ciudadanos nacidos en Estados Unidos. De acuerdo con el mismo estudio, los líderes bolcheviques más importantes son: Jacob Stachel, John Gates (alias Israel Regenstreif), director del "Daily Worker", Gill Green (alias Gilbert Greenburg), Gus Hall (alias Atvo Mike Hallberg, de ascendencia judía lituana), Irving Potiash —judío ruso— y Carl Winter (alias Philip Carl Weinberg).

¿Se puede afirmar que todo eso es accidental? ¿Acaso es sólo una extraña coincidencia que los nombres de los dirigentes de las actividades subversivas en los Estados Unidos sean los mismos de los líderes bolcheviques soviéticos y comunistas húngaros y rumanos? ¿Es quizás otra coincidencia que los primeros cinco hombres alejados del ejército de los Estados Unidos por actividades comunistas —Harry Specor, Phil Weiss, Irving Specor, Abraham Kotlechuk y Rhaebel Mendelson— fueran judíos? ¿Será también coincidencia que el noventa y cinco por ciento de las personas llamadas a comparecer ante el Comité de Investigaciones para Actividades

Antiestadounidenses dirigido por Mc Carthy, e incluso halladas culpables, fueran judíos? ¿Y no podría interpretarse tal vez como sentido de culpa que, de acuerdo con el Registro del Congreso del 17 de mayo de 1946, *todos los miembros judíos del Congreso votaran a favor del cese de audiencias del Comité Dies, que investigaba las actividades antiestadounidenses*? Asimismo, ¿no le informó el senador Mc Carthy a Bernard Baruch que no se le daría la oportunidad a los traidores norteamericanos de exponer ante el público por medio de la televisión, ya que todos los canales en los Estados Unidos estaban en manos judías?

Otra prueba decisiva de la existencia del "nazismo" judío es el hecho de que los miembros de los movimientos comunistas norteamericanos jamás provenían del 'proletariado", o sea, de la clase trabajadora o necesitada, sino que, al contrario, procedían de la congregación judía que ocupaba el estrato mas elevado de la sociedad estadounidense. La publicación de *Red Stars Over Hollywood* ("Estrellas rojas sobre Hollywood") puso de manifiesto que cien de las estrellas de cine de Hollywood cuyos ingresos ascendían a millones de dólares eran bolcheviques y todas ellas judías. Norteamérica les brindó el encanto, la riqueza y el éxito y, pese a ello, son bolcheviques, o, para decirlo en pocas palabras, pensamos que son bolcheviques. Esas estrellas, lideradas por Charlie Chaplin (Israel Thorstein), son, ante todo, judíos que visualizan en el bolchevismo el logro perfecto de la potencia mundial judía y lo consideran un baluarte del poder internacional y totalitario judío, del cual ellos serán la élite intelectual.

Los 3.500 profesores norteamericanos que participaron en varias manifestaciones comunistas también pertenecían a los grupos de choque de ese nacionalismo del Viejo Testamento, y en su mayoría eran judíos. Del mismo modo, los maestros que fueron

castigados disciplinariamente debido a sus actividades bolcheviques formaban parte del grupo de pioneros de ese "nazismo" supranacional. Entre ellos se encontraban Abraham Biedermann, Cellis Lewis, Citron, Mark Friedländer, Isadore Rubin, Abraham Feingold, David Friedman y Louis Jaffe. Los primeros saboteadores detenidos al producirse el estallido de la guerra de Corea fueron Max Schnalzer, Milton Silverman, Samuel Zakkman y Samuel Kerr. En esos momentos Nathan Ostroff vendió a los comunistas chinos goma por valor de diez millones de libras con el propósito de garantizar que los soldados de la China roja marcharan con botas de goma contra los soldados estadounidenses. John Howard Lawson, Dalton Trumbo, Ring Lardner, Albert Malz, Alva Bessie, Herbert Bieberman y Samuel Ornitz, todos ellos judíos, se encontraban en el primer grupo de estrellas de cine comunistas mencionadas anteriormente, y productores cinematográficos de Hollywood llamados a comparecer ante el Comité de Investigación.

El acto de traición más imperdonable perpetrado en contra de los Estados Unidos fue debilitar la buena voluntad y confianza que en un primer momento los otros pueblos sintieron hacia los Estados Unidos, especialmente el Cercano Oriente y en los países mahometanos. Y es inútil que los estadounidenses traten de encontrar excusas; de hecho, ése no fue un error de la diplomacia "inexperta" puesto que integró *un plan internacional deliberado* de los judíos.

La corrupción prevaleció en el Departamento de Estado y, con posterioridad, adquirió dimensiones inconmensurables durante las actividades antiestadounidenses de Roosevelt. De acuerdo con las cifras mencionadas en *The Hidden Empire* ("El imperio oculto"), ochenta y seis por ciento del personal del Departamento de Estado era judío y, según el comité Mc Carthy, la administración pública contaba

con 5.000 homosexuales entre sus empleados. *Semejante estado de corrupción y degradación resultó ser el mejor aliado del bolchevismo en todo lugar.*

Los espías, agentes y bandidos comunistas se infiltraron en el gobierno a través de las grietas de la estructura administrativa, de los errores y las debilidades de los empleados deshonestos y corruptibles. Al mismo tiempo, la propaganda comunista preguntaba a las masas ignorantes: "¡Miradlos! ¿Son acaso esos hombres vuestros amos?" Pero esto no explica el punto más importante, es decir, que estos hombres o, por lo menos, *la mayoría de ellos eran judíos.* Cuando la democracia se hunde hasta el nivel que permite a los judíos comportarse a su antojo, no se puede controlar la corrupción y se asegura el avance rápido de los bolcheviques.

El programa del judaísmo internacional, a partir de 1945, fue debilitar *a los Estados Unidos en la medida de lo posible.* Se ha de debilitar al país con la conspiración comunista y las prácticas corruptas; su industria de armamentos debe desorganizarse para que el bolchevismo *—la forma más excelsa y segura del sistema comunista y del poder judío internacional—* se franquee una fácil victoria.

A decir verdad, las organizaciones judías norteamericanas emitieron una declaración en 1950 en contra del comunismo pero, sin duda, eso no dejó de ser una simple farsa. Los judíos norteamericanos, pues, desean lograr objetivos muy diferentes de los que proclaman. Una de las personalidades más influyentes entre los judíos norteamericanos escribió en un artículo editorial del "B'nai B'rith Messenger" publicado el 1º de noviembre de 1948:

"Mi alma se rebela cuando oigo y debo soportar que muchos piensen que el fascismo y el comunismo son conceptos de idéntica composición. Algunos hablan de comunismo, pero ratifico: *¡eso es ideología judía!*"

Y toda vez que el judaísmo se desenmascaró por

algunos breves instantes en varias ocasiones históricas, se oyó el mismo mensaje.

Al celebrarse la Revolución Bolchevique, se expresó la misma idea en un diario parisiense, el "Peuple Juif", el 8 de febrero de 1919:

"La revolución internacional, que tal vez algunos de nosotros lleguemos a ver, es y debe ser nuestro interés, y su preparación debe estar en nuestras manos. A través de esa revolución internacional *se establecerá el poder del judaísmo por sobre todas las naciones del mundo.*"

Zinovjev-Apfelbaum, el gran hermano oriental, anunció exactamente lo mismo cuando recibió once billones de dólares en préstamo-arriendo de manos del alcalde La Guardia.

"Ya exterminamos a los capitalistas y a los terratenientes de la Rusia soviética, *y llegaremos a cualquier extremo con tal de eliminar a la intelligentsia de Europa y América.*"

Y el judío alemán, que quizás hoy es un inmigrante en los Estados Unidos, un diputado en Alemania o quizás un gobernante norteamericano, publicó un comentario de igual índole en su periódico alemán, poco después de la primera guerra mundial:

"Debemos continuar la lucha no sólo por nuestra existencia sino también *por lograr el poder internacional para todo el judaísmo; por esa causa trabajamos sin cesar durante los últimos 2.000 años.*" ("Israelitische Wochenblatt", 15 de enero de 1926, Leipzig.)

Todas las naciones, incluso los Estados Unidos deben desaparecer, lo que es, ante todo, un programa milenario. Ese gran líder del judaísmo, Adolph Crémieux, presidente de la Alliance Israélite Universelle, manifestó hace casi cien años:

"Deben desaparecer las naciones y deben suprimirse las religiones. Tan sólo Israel debe sobrevivir,

ya que esa pequeña nación es el pueblo elegido por Dios."

¿Por qué, entonces, los norteamericanos creen que los judíos son como cualquier otro grupo nacional que emigró a Norteamérica y allí se estableció? ¿Cómo puede el pueblo estadounidense pensar que los judíos les serán fieles cuando no lo fueron con el Imperio Romano, España, Portugal o cualquier otro Estado? No cabe duda de que el sueño más preciado de los judíos es adueñarse de los Estados Unidos y tratar a ese país como han tratado a otras naciones.

¿Y por qué los estadounidenses creen que eso no es posible?

La proporción de comunistas en los estados conquistados por el bolchevismo no superaba el tres o cinco por ciento de la población al principio de la "acción directa". En Rusia nadie había oído hablar del bolchevismo antes de 1917 cuando el Comando Imperial del Kaiser le permitió a Lenin y sus secuaces atravesar Alemania en un viaje desde Suiza a Rusia. En Hungría no se encontraba un solo bolchevique hasta el efímero régimen de terror de Béla Kun en 1919. Cuando Mátyás Rákosi-Roth y sus confederados regresaron a Hungría, el mínimo total de miembros clandestinos del Partido Comunista se limitaba a 140. A fines de 1945, los comunistas se aseguraron un diecisiete por ciento del total de votos en las elecciones húngaras; mas no lograron superar el tres o cuatro por ciento de los votos en Austria, aunque ya por ese entonces los comunistas, tanto en Austria como en Hungría, contaban con el apoyo de las bayonetas de los ejércitos soviéticos. La posición era similar en Rumania, Alemania Oriental y Bulgaria. Todos esos Estados, empero, se encuentran hoy día atrapados por las garras de hierro de los dictadores bolcheviques.

El partido bolchevique es conspirador por naturaleza y constituye una secta de fanáticos. En un

principio, Churchill lo distinguió con claridad meridiana y así lo señaló. Ese fanatismo puede franquear hasta la democracia más perfecta. ¡Lo positivo de la libertad radica en que se la puede explotar y usar con fines nocivos! *Cuanto mayor sea la libertad, mayor es la amenaza del bolchevismo.*

Según cálculos estadounidenses, el número de miembros del Partido Comunista norteamericano cuenta de sesenta mil a cien mil personas solamente. Por lo tanto, dicen los norteamericanos, no puede darse el bolchevismo en los Estados Unidos, donde el nivel de vida es el más elevado del mundo. Como puede apreciarse, la democracia estadounidense funciona moderadamente bien y una pequeña mayoría comunista no debería tener posibilidad de subyugar un poderoso país de 160 millones de habitantes.

Edgar Hoover, director del FBI, señaló que a los 100.000 bolcheviques de los EE.UU. deben agregárseles unos 500.000 simpatizantes comunistas.

Teniendo en cuenta esos datos, el panorama total del bolchevismo en los Estados Unidos cambia de inmediato y puede resumirse como se detalla a continuación: hay 100.000 conspiradores, a los que deben sumarse 500.000 simpatizantes comunistas (entre los que se encuentran muchos que poseen puestos importantes y posiciones clave), cinco o seis millones de judíos, doce millones de negros, sin olvidar la corrupción, el espionaje soviético, la prensa nacional, las cadenas de radio y televisión (ciento por ciento en manos judías), y la creciente ola de delitos en la que la delincuencia juvenil juega un papel sorprendente.

Entre la población negra encontramos muchos ciudadanos civilizados y temerosos de Dios. Pero el negro se siente menospreciado, y los bolcheviques siempre reclutaron individuos con esas características en su quinta columna. También hay muchos judíos que no son bolcheviques, pero el judío es

siempre nacionalista y se vuelve al bolchevismo tan pronto como reconoce en él su carácter judaico. Conforme a lo expresado por Gerald K. Smith, ya existen al menos medio millón de ciudadanos bolcheviques fanáticos en las filas del judaísmo norteamericano. Y de acuerdo con los cálculos más acertados, la Revolución rusa fue iniciada por un puñado de 500 judíos. Sobre la base de esas premisas, el Partido Comunista estadounidense, liderado por judíos estadounidenses, resolvió lo siguiente el 5 de febrero de 1951:

"...y nuestro congreso, en forma acorde, estableció en su orden del día, como interés prioritario, la lucha por la paz, por la clase trabajadora y la gente de color, además de convocar a la movilización a todas las fuerzas amantes de la paz en el país."

El ala comunista del judaísmo intenta, tal como se desprende de lo anterior, movilizar a la población negra de los Estados Unidos. Así, medio millón de judíos pretenden realizar un aterrador sueño estadounidense-judío. *Planean organizar y proveer de armas a una fuerza terrorista formada por un millón de hombres de color, dirigidos por comisarios judíos estadounidenses.*

El ala comunista del judaísmo coopera con aquellos judíos que abogan por los derechos del hombre negro. "The Hungarian Daily Journal", periódico decididamente judío y comunista, publicó el 14 de abril de 1940 un artículo que esclarece el tema, con el título: "Los judíos lucharon por los derechos de los negros y los trabajadores". Ese artículo nos relata la historia de E. L. Rose, judío nacido en Polonia, que llegó a los Estados Unidos después de la derrota de la revolución de 1848 en Viena, y que pronunció varios discursos en favor de la gente de color para convertirse luego en el líder del movimiento de liberación de los negros de St. Louis. Siguiendo con el tema, la propaganda comu-

nista judía considera mártir de la cooperación negro-judía a S. A. Bierfield, judío ruso que fue asesinado en su negocio junto con su sirviente negro por un grupo de malvivientes. El artículo ya citado subraya también que un grupo de judíos entusiastas del este de los Estados Unidos se dispuso organizar sindicatos entre los negros cuando se editó "Labour and Capital" de Karl Marx en yiddish en 1888.

Debido a la oposición presentada por los negros religiosos, el gran sueño de los judíos comunistas estadounidenses —organizar una inmensa fuerza terrorista de gente de color— no ha tenido éxito hasta el momento, pero no creeríamos que es un sueño si leyéramos los informes del Comité Especial Estadounidense de Actividades Antinorteamericanas. Según ellos, el Partido Comunista estadounidense contaba con 1.160 organizaciones entre trabajadores, granjeros y negros, e incluso grupos políticos y hasta religiosos.

John T. Flynn, el valeroso publicista estadounidense, presenta en su libro *The Road Ahead* una lista excepcional de organizaciones comunistas negras, lo que nos demuestra que hay ochenta y ocho organizaciones negras de importancia, cuyos esfuerzos favorecen al bolchevismo norteamericano. Entre éstas se encuentran la "African Blood Brotherhood" y muchos otros movimientos y sectas que poseen los más variados títulos y operan so capa de ser movimientos religiosos pacifistas.

Los norteamericanos todavía no están al tanto de las tácticas del nacionalismo judío. Pero el advenimiento de una crisis económica, o una tercera guerra mundial, o la inestabilidad resultante de una derrota bélica sería suficiente para que se desatara el caos en el país. El infierno bolchevique surgió de manera similar en Rusia de 1917, en la monarquía del Danubio en 1918, y en toda Europa oriental en 1945.

De darse esas condiciones en los Estados Unidos,

nacerá entonces el reino mundial y se cumplirá la vieja promesa, de acuerdo con las instrucciones escritas:

"De nosotros proviene el terror que todo lo envuelve."

El Ejército Negro marchará a las órdenes de los once miembros del politburó norteamericano, de los cuales seis son judíos; será una fuerza compuesta por un millón de fanáticos, dominada por una disciplina férrea, a la que se recompensará con las mujeres blancas estadounidenses. Constituirá la M.V.D. más gigantesca del mundo, guiada por 500.000 comisarios, oficiales, agentes y policía secreta, todos hijos de la simiente de Abraham, que asumirán el poder en los Estados Unidos. Y los despiadados saldrán de los ghettos de Brooklyn, de los barrios judíos del Bronx, y las masas de inmigrantes polacos orientales se pondrán en marcha. Un Ejército Negro emergirá de Harlem. Los corazones de los soldados negros desbordarán de odio, y su sed de sangre, disfrazada en esos momentos por una apariencia superficial de civilización, recibirá el estímulo de la propaganda judía. Esos negros odian a los blancos, pero no odiarán a los judíos, a los que consideran sus libertadores —aunque en realidad sean sus amos y señores—, y, como tales, serán protegidos por la fuerza bruta de los hombres de color.

Los capitales privados amasados tanto por judíos o por otros pasarán a manos del capitalismo estatal judío con el fin de controlar por completo la enorme riqueza de los Estados Unidos de América. El judaísmo regenteará el gobierno federal, así como también los gobiernos estatales, y abolirá la democracia y el sufragio.

Desde luego, los judíos razonan de alguna manera en la siguiente forma:

"Los norteamericanos se dicen: «¡Eso no es posible en nuestro país!» *Pero hasta ahora ha resultado en todas partes.* Y si el pueblo norteamericano trata

de resistirse, levantaremos horcas en la colina del Capitolio delante de la Casa Blanca, las que estarán vigiladas por los feroces guardaespaldas negros del rey David, doce millones de negros y seis millones de judíos. Ese poder será tan firme como una roca. ¡Ay de ustedes, gente de Washington, si intentan rebelarse! ¡Si se sublevan, ustedes que luchan por la libertad, correrán la misma suerte de los guardias de Wrangel, que una vez también intentaron alzarse contra nosotros! Sobre sus cabezas pende la espada de Damocles: *la artillería atómica los exterminará si se atreven a entrar en guerra con nuestro gran rey David.* Ya habremos erigido los cadalsos y no esperen ni piedad ni filantropía una vez que el poder esté en nuestras manos. No; de nosotros proviene el terror que todo lo envuelve.

"Tan sólo piensen en lo acaecido a los que lucharon por la libertad y defendieron las ciudades europeas orientales en contra de los ejércitos bolcheviques. La lucha continuaba en uno de los extremos de la calle cuando salimos de los ghettos; ya que nosotros, que supuestamente nunca luchamos, nos quitamos la máscara a último momento. Y cuando los libertadores miraron por encima de la ciudad ocupada por las tropas bolcheviques, pudieron ver que los cadalsos se alzaban allí. Nosotros los habíamos armado y salimos de los ghettos para colgar a nuestros enemigos, los cristianos."

Y quizás esa visión se materialice en cualquier momento pues el judaísmo traicionó a los Estados Unidos. La única pregunta que resta formular es la siguiente: *¿Se despertará el pueblo norteamericano mientras todavía haya tiempo de actuar?* Si así sucediere, otra terrible visión podría concretarse, la de Oscar Strauss, gran financista e industrial norteamericano:

"Es mi propio pueblo. Te confieso, amigo mío, que si mi pueblo no se enmienda y mejora en poco tiempo, llegará el día en que los Estados Unidos

presenciarán asesinatos en masa que no admitirán comparación alguna con los que se cometieron en Europa."

Oscar Strauss pasó por alto un punto: *la forma de resolver el problema judío no es el asesinato en masa.* La fuerza física sólo promueve el nacionalismo desarmado.

Debe aplastarse la conquista mundial judía pero con métodos distintos, ya que, si no se detiene inmediatamente, las horas de libertad de los norteamericanos y del resto de las naciones están contadas.

CAPITULO DECIMOSEXTO

EL CUMPLIMIENTO DE LOS PROTOCOLOS Y LA CARTA DE DESPEDIDA DE UN MARTIR HUNGARO

Al analizar la situación internacional presente, sin duda debemos destacar la importancia de un hecho que nadie, aparentemente, está dispuesto a enfrentar: el judaísmo, que logró desencadenar dos contiendas mundiales entre naciones cristianas y que, como señalamos en capítulos anteriores, fue el criminal por antonomasia de la segunda guerra mundial, *no contempla entre sus intereses permitir una confrontación con los soviéticos o con el bolchevismo en su totalidad* ya que, de ser derrotada la dictadura bolchevique, el mundo se enteraría de quiénes fueron los verdaderos asesinos, verdugos, comisarios, y carceleros de las naciones esclavizadas y de quiénes en realidad llevaron a cabo la guerra biológica de clases.

Lo que une a los judíos orientales y occidentales es la horrible combinación de una conciencia culpable y los sueños de poder internacional. Aquellos que no entienden por qué el judaísmo internacional lucha por impedir que los Estados Unidos se enfrenten a los bolcheviques y por qué se mantiene una Cortina de Hierro entre Oriente y Occidente, deberían leer la declaración del doctor Goldman,

líder norteamericano del Congreso Judío Mundial, que reza: *"Una tercera guerra mundial implicaría la exterminación total de los judíos"*. Asimismo, Pinkas Lubianker, líder de la delegación israelí en Londres, expresó esencialmente los mismos conceptos. Solem Traitsman, Gran Rabino de la Polonia comunista, reveló la verdad cuando envió la siguiente circular a todos los judíos del mundo en 1951, solicitándoles que firmaran las peticiones de paz soviéticas:

"Para los judíos el fin de la paz significaría su propio fin. La tercera guerra mundial es un arma nueva con la que cuentan los archienemigos ancestrales del judaísmo. La mayoría, especialmente los judíos, debe firmar las peticiones de paz en cualquier circunstancia, vengan de izquierda o de derecha. Para los judíos ésta no es una cuestión de «Oriente versus Occidente»; ¡es, más bien, una cuestión de vida o muerte!"

Los rabinos de Francia se incorporaron a los movimientos pacíficos y efectuaron declaraciones similares; tampoco es coincidencia que en 1950, 160.000 judíos de Israel hayan firmado peticiones de paz comunistas. El "Daily Worker" señaló que el porcentaje de firmantes de Israel era superior al de cualquier otro país, a excepción del de la Unión Soviética, por supuesto.

Por lo anterior, podemos comprender más cabalmente por qué se debió entregar a los soviéticos el secreto de la bomba atómica, por qué se mantiene la Cortina de Hierro, por qué existen las falsas consignas pacíficas y de coexistencia y por qué la guerra fría continúa. Por otra parte, podemos entender la razón por la cual no existe ni una comunidad europea activa de defensa ni un ejército europeo. Resulta más fácil explicar los motivos por los que hay naciones esclavizadas y escindidas y la mitad de la humanidad tolera la existencia de los campos soviéticos de esclavos.

La respuesta es sencilla: el poder en los dos hemisferios se encuentra en manos del judaísmo internacional.

Aunque se dijo que los *Protocolos de Sión* fueron falsificaciones, la gran visión se cristalizó en medio siglo. En ese corto período el judaísmo internacional cumplió las dos primeras etapas de la lucha por el poder mundial y prácticamente logró la tercera, pero aún no se ha quitado la máscara.

Sin embargo, el verdadero poder mundial se encuentra en manos de los conquistadores del mundo y es tan sólo cuestión de tiempo que los judíos de Oriente y Occidente se den la mano abiertamente por encima de las naciones esclavizadas y de las masas embrutecidas.

En 1904, Chain Weissman se refirió al *Judenstaat* de Theodor Herzl de la siguiente manera:

"Cuatro años atrás el judaísmo internacional estaba dividido en dos campos: uno al este y el otro al oeste. Cuando Herzl apareció, nos instruyó que debíamos unir al judaísmo oriental y occidental, por lo que cumplimos su orden al pie de la letra. *Nuestra unidad* presente es el legado que Theodor Herzl legó al pueblo judío."

El *Judenstaat* de Theodor Herzl *destaca*: Wir sind ein Volk!" ("¡Somos un pueblo!"). *Y hoy día ésta es la única unidad* que existe en el mundo dividido en dos hemisferios.

"Somos un pueblo pese a las hendiduras, grietas y diferencias ostensibles entre las democracias norteamericana y soviética. Somos un pueblo y *no nos interesa* que Occidente libere a los pueblos orientales, ya que liberando a las naciones esclavizadas, Occidente inevitablemente privaría al judaísmo de la unidad oriental de su poder mundial."

El gran programa de los *Protocolos* se ha llevado a cabo casi en su totalidad, lo que resulta la mejor prueba de su autenticidad. Cincuenta años atrás la Liga de las Naciones y la ONU no eran sino un

sueño, pero los autores de los *Protocolos* vislumbraron con claridad el papel y el propósito que les cabría a esas organizaciones.

Por lo tanto, para reemplazar a la malograda y extinta Liga de las Naciones surgió la ONU, cuyo edificio se yergue junto al lago Success, en donde los gobiernos de las naciones se unen bajo los colores blanco y azul de Sión. Los soldados norteamericanos murieron en Corea luchando por esos colores. Por ende, en esas circunstancias *las Naciones Unidas puede ser considerada con acierto la organización más lograda y perfecta del judaísmo internacional.*

La formación del gobierno judío internacional no se anunció todavía en forma oficial. No obstante, Einstein, el profeta, junto con la Organización Mundial de Federalistas y las Organizaciones Federalistas de varios países europeos lo proclaman abiertamente (consúltese el programa de los Federalistas Mundiales). El senador Herbert H. Lehman y el congresista Jacob Javits fueron elegidos según ese programa en la parte del Estado de New York más densamente poblado por judíos.

La sección más importante de la ONU es la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), dominada casi exclusivamente por el poder de los judíos. La UNESCO desea dirigir y controlar la educación de toda la juventud del mundo, lo que constituye nada más ni nada menos que una de las instrucciones de los *Protocolos*:

"Debemos dirigir la educación de las comunidades gentiles para que bajen la cabeza en señal de impotencia y desesperanza siempre que un asunto requiera iniciativa" (*Protocolo* V).

De ese modo, la UNESCO es la organización líder concebida por los autores de los *Protocolos*, que se estableció en un momento dado para producir y preparar a nivel mundial una juventud

compuesta exclusivamente por proletarios ateos, que traicionarán a sus propios países y sus tradiciones nacionales y que tildarán de despreciable "antisemitismo" a todo aquello que desfavorezca la conquista mundial judía.

El *Protocolo* V profetiza: "Daremos a luz un fantasma al que bautizaremos Administración del Supergobierno y que reemplazará a los gobernantes actuales. Sus manos, cual tentáculos, se extenderán en todas direcciones y su organización será de dimensiones tan colosales que logrará dominar a todas las naciones del mundo".

En la ONU el demócrata occidental, el judío soviético oriental, el rabino de New York y el comisario soviético se sientan hoy día lado a lado en total cooperación. Mientras los soldados gentiles derraman su sangre, otra guerra se desarrolla dentro de la misma ONU, en la que la máxima de Theodor Herzl influye sobre cada declaración de paz.

"Somos un pueblo. ¡Somos todos el mismo pueblo!" *Y todo lo que se aparte de esto es una farsa, un mero y aparente espectáculo.* En la Comisión de Energía Atómica de la ONU, los judíos debaten con otros judíos enmascarados ya como demócratas, ya como bolcheviques y, por consiguiente, tratan entre ellos el problema más aterrador que amenaza al mundo. Si bien León Pavlovsky, el autor de la Carta de las Naciones Unidas, es un judío estadounidense, calcó la constitución soviética y la volcó a la Carta de la ONU. Toda información considerada adecuada para las naciones gentiles procede del Centro de Información regenteado por un judío, Jacob Sappiro. En la Comisión de Energía Atómica, Bernard Baruch representa a los Estados Unidos, y en el Comité Político, D. J. Manuilsky, judío soviético, representa a Rusia. La Organización Internacional del Trabajo de la ONU se encuentra a las órdenes de David A. Morse, judío ruso, cuyo verdadero nombre es Maskovich. Aunque el secre-

tario general de esta poderosa organización mundial no es judío, uno de sus asistentes, Benjamín Cohen, sí lo es. También se debe destacar que *Constantin Zinkovich, judío ruso, fue jefe del Servicio de Seguridad de la ONU durante la guerra de Corea. De hecho, ello significó que el general Mac Arthur debía acatar sus órdenes durante las operaciones en Corea.*

En lo sucesivo no será el Congreso el que decida los destinos de la nación norteamericana sino una organización desconocida, controlada por judíos. Así, los soldados turcos deben morir a instancias de los judíos de las Naciones Unidas, los que a su vez pueden sabotear a aquellos que luchan en contra de los bolcheviques. Y nuevamente la ONU dictaminará y les indicará a franceses, griegos y alemanes occidentales a quiénes pueden a aceptar como ciudadanos, si pueden recibir préstamos y qué tipo de reglamentaciones laborales han de adoptar. Trataremos este tema en el próximo capítulo.

Consideremos hasta qué punto se llevaron a cabo en Oriente y Occidente las instrucciones incluidas en los *Protocolos*. En primer lugar trataremos el bolchevismo. Al compararlos surge que sería más preciso tomar a los Protocolos, y no a los trabajos de Lenin, como la Biblia de los bolcheviques.

Dice el *Protocolo* III, escrito en 1897: "Bajo nuestra tutela, el pueblo aniquiló a la aristocracia..., que era su única defensa y madre adoptiva en su propio beneficio, que está ligado al bienestar de modo indisoluble. Hoy en día, al haberse destruido la aristocracia, el pueblo ha caído en las garras de despiadados villanos agiotistas, que han colocado el yugo cruel y despiadado al cuello de los trabajadores".

Sin embargo, el judaísmo internacional en medio siglo logró, en realidad, mucho más. Destruyó con éxito no sólo a la aristocracia de cuna sino también a aquella aristocracia por capacidad y a la *élite*

intelectual, sin tener en cuenta si ella pertenecía a la clase trabajadora, a la terrateniente o a la "aristocracia" de la clase media. La decapitación intelectual de Rusia se completó después de 1917 y, en consecuencia, gente como Ilya Ehrenburg pasó a representar a la élite intelectual presente de Rusia suplantando a Dostoievsky y a los de su estirpe. El cincuenta por ciento de la élite europea fue ejecutada, algunos so pretexto de la liberación, y otros acusados de crímenes de guerra. El pueblo cayó, ciertamente, en "garras de villanos".

Observemos lo que ocurrió en Rusia y detrás de la Cortina de Hierro. En primer lugar, se destronó a los reyes y se les arrebataron sus cetros y coronas; luego se destruyó la aristocracia; posteriormente se exterminó a la clase media de varios países y se la enterró en fosas comunes, siguiendo el ejemplo de los asesinatos del bosque de Katyn, o bien se deportó a sus miembros a campos de trabajo o de exterminio, y ahora les toca el turno a los líderes de los trabajadores, quienes sufrirán la misma suerte.

"Debemos lograr que en todos los Estados del mundo, además de nosotros, sólo existan las masas del proletariado, unos pocos millonarios dedicados a nuestros intereses, la policía y los soldados" (*Protocolo* VII).

Ese objetivo se ha alcanzado por completo en la Unión Soviética, y su concreción en otros países detrás de la Cortina de Hierro está en marcha. Por ello, el reino mundial del judaísmo adoptó forma material con el bolchevismo, en el que no se han de encontrar más que masas esclavizadas y comisarios judíos.

El *Protocolo* X sostiene: "*En esa forma . . . destruiremos entre los gentiles la importancia de la familia y su valor educativo, y aniquilaremos a aquellos individuos que tengan posibilidades de apartarse . . .*"

Los maestros judíos de los países detrás de la Cortina de Hierro enseñan el método de insemina-

ción artificial a los niños de trece años de edad. En los colegios del pueblo los niños y las niñas de trece a quince años de edad duermen en el mismo lugar. En Rusia se desintegra la vida familiar, mas no sólo a través de la deportación. A los trabajadores ferroviarios o a los carteros nacidos en Ucrania se los envía de servicio a Vladivostok, y viceversa. Los movimientos organizados para los jóvenes soviéticos separan a los niños del círculo familiar de manera despiadada.

La siguiente cita, tomada de datos norteamericanos auténticos, prueba que parte del programa de los *Protocolos* se ha llevado a cabo también en los Estados Unidos:

"En la actualidad, la delincuencia juvenil crece a ritmo alarmante en los Estados Unidos. La policía no puede mencionar una sola sección del código penal con el que no están familiarizados los jóvenes de ambos sexos por igual. El parricidio, el fratricidio, así como también todo tipo de crímenes de orden sexual, hurtos, atracos, robos a bancos, secuestros y el contrabando de droga no escasean entre los jóvenes. Las estadísticas reflejan un cuadro simplemente demoledor" («The Hidveroek», diciembre de 1955, pág. 939).

En "Der Weg", vol. VI, Nº 8, en una entrevista realizada a Herbert Hoover, jefe del FBI, se leen cifras aun más aterradoras. (El total de delitos durante 1951 alcanzó a 1.790.030 casos.) El promedio diario fue de 301 asesinatos o ataques personales, 1.129 asaltos a hogares, 146 robos a personas y 468 sustracciones de automóviles. Por lo tanto, cada cinco minutos se cometió un asesinato, un robo o un secuestro. El rasgo más desalentador de la ola delictiva es que en ella hay gente joven involucrada con suma frecuencia. Casi a diario se lee sobre casos de muchachos de quince años de edad, que empuñando revólveres cometen atracos y robos a mano armada; según las estadísticas, un sinnúmero

de jóvenes porta armas. En la actualidad, en los Estados Unidos parece haberse *producido intencionalmente* una atmósfera delictiva que se respira a cada paso. El ciclo comienza cuando los niños leen con regularidad historias espeluznantes en las denominadas "tiras cómicas". Más de un centenar de estas publicaciones execrables excede los cuarenta millones de ejemplares. El noventa por ciento de los niños en edad escolar lee esas historias de terror, y las novelas policiales y de crímenes inundan los puestos de revistas en cifras que pueden superar los 100.000 ejemplares. Seiscientos "autores" trabajan sin cesar en su redacción y producción. De más está agregar que más del noventa por ciento de esos "autores" son judíos.

El artículo de "Der Weg" explica cómo la televisión intensifica más aún la atmósfera delictiva creada artificialmente. De acuerdo con los guiones, se vieron en las pantallas de los receptores de televisión 16.932 muertes violentas: a 9.652 personas se les dio muerte con revólveres y otras 762 más fueron abatidas por ametralladoras. Varias investigaciones realizadas en colegios secundarios arrojaron como resultado que aproximadamente la mitad de los estudiantes menores de dieciocho años son drogadictos habituales. Entre los narcóticos mencionados se encuentran la marihuana, la heroína y la morfina.

Merced a que se sabe que las películas, la televisión, la radio y la prensa de los Estados Unidos pertenecen casi exclusivamente al judaísmo, esa ola de delitos no puede considerarse un mero hecho accidental. Los autores de los *Protocolos* bien sabían que la estabilidad de su mandato dependía de que las masas se volvieran corruptas y despersonalizadas. El programa de los *Protocolos* se llevó a cabo:

"... los gentiles están idiotizados por el alcohol; sus jóvenes ya no son más que una sarta de estúpidos" (*Protocolo* I).

"Según nuestro programa un tercio de nuestros súbditos vigilará al resto conforme al sentido del deber y al principio de servicio voluntario en favor del Estado. Por tanto, no será una deshonra ser espía o informante, sino un mérito..." (*Protocolo* XVII.) En estos días en las oficinas, fábricas y talleres de los países bolcheviques, un sinfín de informantes y agentes del régimen compiten en vigilar e informar hasta los asuntos más insignificantes. El *Protocolo* XI nos dice:

"Los gentiles forman un rebaño de ovejas y nosotros somos los lobos. Y ya se sabe qué ocurre cuando los lobos alcanzan el rebaño..." El letargo de las masas y el terror al que se las indujo resultaron importantes salvaguardas de la supervivencia del régimen bolchevique.

"Ni un solo anuncio llegará al público sin pasar antes por nuestro control", establece el *Protocolo* XII; y actualmente los judíos regulan por completo la censura en los países detrás de la Cortina de Hierro y especialmente en Rusia.

"Cuando nos encontremos en el nuevo régimen de transición, que desembocará en la asunción de nuestra total soberanía, no admitiremos revelación alguna de deshonestidad pública por parte de la prensa; es menester que se piense que el nuevo régimen ha complacido a todos a la perfección de manera tal que hasta la delincuencia haya desaparecido... tan sólo las víctimas y los testigos circunstanciales —y nadie más— han de conocer los casos en que se manifieste la delincuencia" (*Protocolo* XII). En la actualidad, detrás de la Cortina de Hierro, la página policial ha desaparecido de los periódicos. Cincuenta años después, el "nuevo régimen" llevó a cabo fielmente la orden judía secreta de los *Protocolos*.

"No es de desear que exista otra religión que no sea la nuestra cuando asumamos nuestro reinado", señalan los sabios de Sión en el *Protocolo* XIV. Y

bien, se dice que en la actualidad sólo el judaísmo goza de libertad religiosa en la Unión Soviética.

"... nos encargaremos de que no existan confabulaciones ni maquinaciones en nuestra contra... asesinaremos sin piedad a todo aquel que se levante en armas para oponerse a nuestra ascensión al reino. Todo tipo de institución naciente que se asemeje a una sociedad secreta también se castigará con la muerte..." (*Protocolo* XV). La MVD, conducida por judíos, ejecutó esa orden judía con severidad magistral. Más aún, las purgas y matanzas efectuadas en la Unión Soviética y en los países detrás de la Cortina de Hierro demuestran que los judíos en el poder siguen los mandamientos de los *Protocolos* sin misericordia alguna.

"Todo tipo de institución naciente que se asemeje a una sociedad secreta también recibirá como castigo la muerte. Desmembraremos todas las instituciones existentes, que nos ayudan hoy o que nos prestaron servicio en el pasado, y enviaremos a sus integrantes al exilio, a lugares remotos y alejados de Europa. En esa forma procederemos con aquellos masones gentiles que saben demasiado" (*Protocolo* XV). Esto explica por qué la masonería fue aniquilada en Europa oriental una vez establecido el comunismo, pese a que ella había allanado el camino a los bolcheviques. Los masones detrás de la Cortina de Hierro hoy viven en un lugar alejado, ni más ni menos que en Siberia. Los *Protocolos* VIII y X nos informan:

"Por un tiempo, hasta que no exista riesgo alguno de confiar los puestos de responsabilidad en nuestros Estados a nuestros hermanos judíos, otorgaremos dichos puestos a personas... que en caso de desobediencia... serán acusados de delincuencia." "... arreglaremos las elecciones en favor de aquellos presidentes que, por tener alguna mancha oscura o algún «Panamá» en su pasado... serán agentes

de confiar... que no revelarán ningún tipo de información..." (*Protocolo* X).

Los bolcheviques usaron ese sistema con escalofriante exactitud en los países detrás de la Cortina de Hierro hasta que consolidaron su poder, lo que puede ejemplificarse de manera cabal con lo sucedido en Hungría. A partir del año 1945 el verdadero detentador del poder en Hungría fue un judío moscovita llamado Matyás Rákosi-Roth. El primer presidente de la república fue Zoltán Tildy, pastor calvinista alcohólico, cuya esposa, Elizabeth Gyenis-Gruenfeld, era judía. El segundo presidente fue Árpád Szakasits, informante de la Gestapo, cuya esposa fue enviada a prisión por ratería. El tercer presidente fue Alexander Rónai-Roma, gitano y, además, casado con una judía. Pero el verdadero poder lo poseía la policía secreta húngara (AVH), comandada por judíos.

El *Protocolo* XVIII dice: "...no debe permitirse, por temor a un posible error, que aquellas personas sospechosas de haber cometido un traspié político tengan la oportunidad de escapar..." "...en esas cuestiones seremos literalmente despiadados... no existe posibilidad de excusa para aquellas personas que se interesen en cuestiones que sólo atañen al gobierno..."

En efecto, la mayoría de los prisioneros políticos de Europa central se pudren en las prisiones soviéticas, en los campos de internación de los países esclavizados o en las colonias de deportados. A los "delincuentes" políticos se los castiga con la imposición de leyes retroactivas. Según las estadísticas de la Federación del Trabajo de los Estados Unidos (AFL), catorce de los veinte millones de esclavos construyen la estructura del reino mundial judío en los campos de trabajos forzados de los soviéticos. Los *Protocolos* llegaron a prescribir en qué forma se debía tratar a los prisioneros políticos para im-

pedir que el común de la gente se compadeciera de ellos.

"Con el objeto de destruir el prestigio de heroísmo del delito político, lo incluiremos para su juicio en las categorías de robo, crimen y todo tipo de delito sucio y abominable. La opinión pública confundirá entonces en su concepción ese tipo de delito con la deshonra que se asocia a los segundos y lo calificará con el mismo desprecio" (*Protocolo* XIX).

Todo aquel que observe con atención los juicios políticos detrás de la Cortina de Hierro comprenderá que allí también los líderes de la Unión Soviética cumplen con los mandamientos milenarios de los *Protocolos*. Así fue como al cardenal Mindszenty se le hizo confesar, bajo coacción, que había intervenido en contrabando de divisas; al obispo Lajos Ordass se lo obligó a admitir que había participado en el contrabando de dólares y Lázló Rajk, ex ministro comunista de asuntos interiores, debió declararse culpable de hurto. Todos aquellos a los que les disguste el régimen judío encubierto por el bolchevismo son considerados enemigos del pueblo porque "cometen delitos" en contra de una raza, la judía.

Los autores de los *Protocolos* piensan tanto en el presente como en el futuro. Desean asegurarse el poder mundial a perpetuidad, y sólo lo lograrán borrando el pasado histórico de la mente de toda la juventud. En consecuencia, esos jóvenes crecerán para engrosar las filas de las masas serviles, privadas de toda tradición. Leemos en el *Protocolo* XVI: "El estudio del programa del futuro reemplazará al clasicismo, al igual que a cualquier forma de estudio de historia antigua, en la que abundan los malos ejemplos y escasean los buenos". Asimismo, el marxismo-leninismo predica: "Haremos desaparecer de la memoria del hombre todo hecho histórico de los siglos pasados que pudiera desfavorecernos. Aboliremos la enseñanza privada."

Todo ese programa se efectuó detrás de la Cortina de Hierro con extremada precisión, siguiéndose las instrucciones citadas anteriormente al pie de la letra. Por ese motivo, en las escuelas soviéticas ya no se enseña a los clásicos. Los jóvenes deben aprender las doctrinas de Marx y Lenin junto con los detalles de los varios planes quinquenales incluidos en los programas relativos al futuro. No existe la enseñanza privada. Está prohibido el latín, que ha sido sustituido por el ruso. De modo sistemático se mancilla el pasado y se falsifica la historia. La doctrina internacional judía, que pulveriza y pudre todo, puede observarse aquí en su forma absoluta, o sea, en el bolchevismo.

No hace mucho la propaganda judía sugirió que existe "antisemitismo" detrás de la Cortina de Hierro. Los juicios simulados de unos pocos judíos comunistas corroborarían ese argumento; por ejemplo, los casos de Slansky-Salzman, Anna Pauker-Rabinovich, Gábor Péter-Auspitz y la ejecución de Beria.

"... sacrificamos a muchos de los nuestros, pero gracias a ello dimos a nuestra raza una posición en el mundo que supera sus sueños más optimistas. Los números comparativamente pequeños de víctimas provenientes de nuestras filas preservaron nuestra nacionalidad de la destrucción" (*Protocolo* XV).

Así se explica el denominado "antisemitismo" de Rusia. Los cuerpos de Pauker, Beria y Slansky parecen ser peldaños en la escala que asciende hacia el poder internacional.

¿Qué esperanzas de futuro tienen ustedes, hombres de Occidente, que viven en países "libres", bombardeados por frases vacías pronunciadas por líderes y estadistas dirigidos por judíos? ¿Acaso no pueden ver que *su tan alabada democracia no es más que una judeocracia*? Al este están las armas, y al oeste, el oro sumado a la influencia política. ¿Tienen alguna ilusión, hombres de Occidente, de escapar a la suerte de sus hermanos cristianos

de Oriente, a quienes ustedes abandonaron? Tal vez aquellos que les prometen cambios favorables, en realidad se refieran a ustedes en los términos de los *Protocolos.*

"Los gentiles forman un rebaño de ovejas y nosotros somos los lobos."

¿Qué extensión del programa de los *Protocolos* se realizó en los Estados Unidos hasta el momento?

En el momento en que Roosevelt rompió relaciones diplomáticas con Alemania debido a "la persecución de judíos", se vio con claridad que los Estados Unidos de América estaban dominados por un gobierno judío secreto. La Conferencia de Quebec, al igual que la adopción del Plan Morgenthau, demostraron que el poder en los Estados Unidos había pasado por completo a manos del judaísmo. Los bombardeos aéreos de la segunda guerra mundial, la campaña de venganza de Nuremberg y la alianza soviética reflejaron *que el país retenía pocas tradiciones del pasado.*

"Los gobernantes, a los que seleccionaremos entre el pueblo considerando su capacidad de estricta obediencia servil, serán personas neófitas en el arte de gobernar y que, por consiguiente, se convertirán con facilidad en peones de nuestro juego, en manos de genios y hombres de estudio, quienes serán sus consejeros, especialistas educados y adiestrados desde edad temprana para gobernar los asuntos de todo el planeta" (*Protocolo* II).

F. D. Roosevelt fue uno de esos peones. Como ya se señaló, el número de judíos entre sus setenta y dos ayudantes presidenciales ascendía a cuarenta y dos.

Los Protocolos también prescriben la fórmula de subversión gradual y de destructiva desintegración, científicamente planeada, que se aplicó en el caso de los Estados Unidos:

"Ese mal es el único medio de obtener el fin: nuestro bien. En consecuencia, no debemos dete-

nernos ante el soborno, el engaño y la traición, cuando favorezcan el logro de nuestro objetivo. En materia de política, se debe saber cómo arrebatar la propiedad ajena sin vacilar, si es que con ella aseguramos la sumisión y la soberanía" (*Protocolo* I).

Respecto de lo anterior y con el propósito de no ofender a los Estados Unidos, basta citar un artículo titulado "Vuelta al paganismo", aparecido en el periódico católico estadounidense "The Wanderer" el 23 de julio de 1950:

"Los ciudadanos de este país han presenciado en los últimos años una farsa vergonzosa en la que se desenmascaró a los principales miembros de nuestro gobierno, tanto en materia de política exterior como interior, y se los identificó como comunistas y traidores. A otros se los encontró culpables de perjurio, o bien de latrocinio, soborno y falsificación. *Considerando los cálculos más modestos, los observadores de confiar estiman que en la ciudad de Washington hay, por lo menos, 5.000 homosexuales empleados en la administración del Estado; más aún, creen que entre las autoridades de los ministerios del gobierno no se encuentra ni una sola persona dispuesta a corregir esa situación y desenredar la madeja que constituye nuestra vida pública.*"

Los *Protocolos* describen ese estado de cosas con bastante precisión:

"Teniendo en cuenta que hemos procurado adueñarnos de las mentes de las comunidades gentiles . . . y que ya no hay un solo estado en el que existan para nosotros barreras que impidan el acceso a lo que la estupidez gentil denomina secretos de Estado, cabe preguntarse cuál será nuestra posición cuando se nos reconozca como amos supremos del mundo en la persona de nuestro rey" (*Protocolo* XII).

Los escándalos de espionaje norteamericanos, ceder el secreto de la bomba atómica, revelar asuntos confidenciales del Departamento de Estado y el robo de secretos militares, son acciones todas que

nos demuestran cómo el judaísmo seguía las instrucciones de los *Protocolos* ya que, como lo hemos señalado, los que cometieron esos delitos fueron casi exclusivamente judíos.

Al mismo tiempo, al corromperse las clases altas y la administración estatal, empezó a desmoralizarse a las masas a través de los entretenimientos. A pesar de que la ignorancia de las masas estadounidenses respecto de los asuntos públicos no es propia del carácter norteamericano, el resultado perseguido se logró artificialmente y corresponde a los mandamientos de los *Protocolos*:

"A fin de que las masas no atisben en qué situación se encuentran, favoreceremos su distracción con diversiones, juegos, pasatiempos, pasiones, palacios populares... A través de la prensa, en poco tiempo comenzaremos a proponer concursos de arte, competencias deportivas de todo tipo..." (*Protocolo* XIII).

En el presente, Louis B. Mayer, Jack Warner, Harry Warner, Nick Schenck, Joe Schenk, Goldwyn y otros reyes del cinematógrafo con nombres similares producen las películas norteamericanas. Entre las estrellas cinematográficas de primera línea se encuentra más de un centenar de rojos y comunistas. Los judíos controlan el ochenta y cinco por ciento de la prensa, y abastecen a la radio y a la televisión. Por eso hoy los refrigeradores son más importantes que la fabricación de armas para defender al mundo "libre".

"Al desacostumbrarse en forma acentuada a reflejar y formarse opiniones propias, el pueblo comenzará a hablar nuestro idioma, porque sólo nosotros le ofreceremos canales para su pensamiento... por supuesto a través de personas que no despertarán sospecha alguna con respecto a su solidaridad para con nuestra causa" (*Protocolo* XIII).

Esto ya es historia. Hoy la prensa, la radio, el cinematógrafo y la televisión distraen la atención pública de los problemas nacionales e internacio-

nales de carácter vital. La gigantesca industria del entretenimiento representa no sólo "la caricia del sol de la vida", sino también el arma más formidable para las ambiciones destructivas de cierta raza.

La prensa no emite ningún comentario que critique ese estado de cosas. El mismo énfasis sobre la palabra "libertad" a menudo no suele ser sino hipocresía o quizás excusa para que el judaísmo haga lo que le plazca. Al respecto, basta leer el artículo de Dorothy Thompson, en el que admite que no fue capaz de hallar un editor dispuesto a otorgarle un espacio en un periódico para un trabajo suyo que condenaba el odio creado artificialmente para provocar la guerra. La libertad de prensa está muerta o se ha convertido en un monopolio, por lo que sólo se publica aquello favorable a los intereses judíos. Esa situación también fue prescripta por los autores de los *Protocolos*:

"Y si apareciera alguien que desease escribir en nuestra contra, no encontrará ni una sola persona dispuesta a publicar su trabajo" (*Protocolo* XII).

Los diarios norteamericanos que conocen el problema del judaísmo se mantienen en circulación gracias a donaciones particulares. Su tirada es escasa y su influencia, insignificante. De ahí que la verdad que defienden y por la que abogan no pueda llegar al gran público lector.

"Hemos intervenido en la aplicación de la ley, en la dirección de las elecciones, en la prensa y en la libertad personal, pero principalmente en la educación y en la enseñanza, ya que representan las piedras angulares de la existencia libre" (*Protocolo* IX).

El famoso Felix Frankfurter es, en la actualidad, uno de los jueces de la Corte Suprema de Justicia. Hace muchos años, Henry Ford en su libro *The International Jew* (en castellano *El judío internacional*) objetó la judaización de la administración de justicia. Mas hoy la mayoría de los jueces de las cortes de justicia de New York son judíos. La jus-

ticia ya no tiene los ojos vendados; en cambio, mira con cuidado para reconocer y favorecer a la raza conquistadora. Como en Nuremberg, el nacionalismo judío aplica el tipo de justicia más favorable a los nacionalistas judíos.

Es bien sabido que el judaísmo controla la educación pública. Varias organizaciones, ligas y asociaciones "educativas" presentan a los jóvenes oscuras y engañosas ideas socialistas. La American Liberty League (Liga de Libertad Americana), dirigida por Robert Filene, el conocido multimillonario judío de Boston, es la organización principal de ese tipo. Como Flynn señala en su libro *The Road Ahead*, se descubrió que entre sesenta y setenta profesores de las Universidades de Chicago y Harvard eran miembros activos del Partido Comunista. Uno de esos profesores pertenecía a catorce organizaciones del frente bolchevique. En varias facultades los profesores eran judíos en su totalidad. Ello implica que en el presente se educa a la nueva generación con ideas bolcheviques que conducen a la depravación moral.

"Hemos burlado, confundido y corrompido a los jóvenes gentiles, formándolos en principios y teorías que nosotros sabemos falsas..." (*Protocolo* IX).

Y el juego siniestro que consumió y hundió en la pobreza y servidumbre al pueblo de Europa oriental también se juega en los Estados Unidos.

"Elevaremos los salarios, los que, sin embargo, no beneficiarán a los trabajadores porque, al mismo tiempo, produciremos un alza en los precios de los artículos de primera necesidad..." (*Protocolo* VI).

A pesar de que la gran riqueza de la tierra elevó el nivel de vida de los trabajadores estadounidenses a alturas fabulosas, el final de ese juego económico es siempre el mismo. Durante el apogeo de la producción de armamentos los salarios aumentaron, pero también subió el precio de todo lo demás. En realidad, el dólar perdió la mitad de su poder adquisitivo durante la eclosión armamentista.

"Debemos lograr que en todos los estados del mundo, además de nosotros, sólo existan las masas del proletariado, unos pocos millonarios dedicados a nuestros intereses, la policía y los soldados" (*Protocolo* VII).

Hoy el trabajador estadounidense aún posee su propia casa, su propio automóvil y su refrigerador y, sin embargo, por el falso conflicto entre el capital y el trabajo, los judíos lo llevan inexorablemente hacia el bolchevismo.

La religión cristiana también se vio envuelta en una guerra de nervios. El principio de "libertad de cultos" debilita a la Iglesia Cristiana. Por ejemplo, los rabinos judíos protestan cuando en Navidad se cantan canciones cristianas en los colegios.

"No es de desear, cuando asumamos nuestro reinado, que exista otra religión que no sea la nuestra... Por lo tanto, debemos eliminar toda otra creencia" (*Protocolo* XIV).

La teoría de "El Reino de Dios", que fue tratada en la primera parte de este libro, resulta, sin duda, una forma muy efectiva de producir un falso cristianismo con un toque judaico y bolchevique. Más aún, en el trasfondo de las distintas sectas se encuentra el mismo poder misterioso al que se refieren los *Protocolos* y que se conoce con el nombre de Masonería.

"Entretanto, hasta que accedamos a nuestro reino... crearemos y multiplicaremos las logias masónicas en todos los países del mundo, absorbiendo en ellas a todos los que puedan llegar a destacarse en la actividad pública, ya que en esas logias radicará nuestro principal centro de inteligencia y los medios de influencia más importantes. Todas esas logias estarán supervisadas por una administración central, que nosotros conoceremos y a la que el resto desconocerá por completo, y que estará integrada por nuestros mayores" (*Protocolo* XV).

B'nai B'rith, la organización masónica judía más relevante, mediante una dirección central supervisa

267 logias. Con eso sólo se asegura al judaísmo mayor influencia que todas las demás organizaciones similares reunidas.

El *Protocolo* XV dice, entre otras cosas:

"En esas logias se fusionarán todos los elementos revolucionarios y liberales; las mismas se compondrán de todos los estratos de la sociedad. Las conspiraciones políticas más secretas llegarán a nuestro conocimiento y desde el mismo momento de su concepción serán nuestras manos las que las dirijan... Resulta natural que seamos nosotros y no otros los que regenteen las actividades masónicas, pues sabemos adónde nos dirigimos y conocemos el objetivo final de todo tipo de actividad, mientras que los gentiles lo desconocen y ni siquiera saben el efecto inmediato de la acción."

Esto ha ocurrido en los Estados Unidos durante mucho tiempo. A decir verdad, es la masonería la que gobierna la democracia norteamericana y constituye el auxiliar más poderoso y obediente en la causa del "nazismo" judío. Formó una S.S. invisible, que reclutó a líderes de todas las naciones y miembros en todas las clases sociales. Desempeñó un papel directriz en la Revolución Francesa, en la dictadura bolchevique húngara de Bela Kun, en el origen de los movimientos anticlericales y antirreligiosos y en la elaboración de los tratados de Versalles después de la primera guerra mundial. Como consecuencia, el Papa condenó a la masonería y a su subsidiario, el Rotary Club.

Cabe asegurar una cosa: la masonería representa la negación misma de la democracia. No se puede hablar de la expresión de la voluntad del pueblo cuando una organización secreta ejerce el liderazgo y cuando las leyes se conciben y elaboran en las logias antes de ser sometidas al parlamento. En esas circunstancias la democracia se torna una sombra. Cuando la masonería, controlada por los judíos, es la que dirige un Estado, su democracia sólo re-

presenta una etapa en su rápido descenso al bolchevismo.

Poco antes del estallido de la segunda guerra mundial, el gran patriota húngaro Lázló Endre, toda una autoridad en el problema del judaísmo en Europa, escribió un libro sumamente interesante sobre los *Protocolos de los Sabios de Sión*, cuya autenticidad estableció a través de estudios e investigaciones diligentes. ¿Es sorprendente, acaso, que en 1946 figurase entre los primeros llevados a la horca en la Budapest bolchevique? Ese hombre, que sufrió el martirio por sus ideales, escribió una carta de despedida la víspera de su ejecución. Su carta, fechada el 21 de marzo de 1946, dice así:

"Los *Protocolos de los Sabios de Sión* son verdaderos... cuentan con los medios para establecer un reino mundial, y destruirán todo lo que constituya un obstáculo para la formación de un nuevo Estado Mundial. Todo lo que ocurre aquí tiene por meta prevenir y vengar, y, sin lugar a dudas, no guarda relación alguna con la administración de justicia. Ya que *la política judía consiste en exterminar no sólo a aquellos que hicieron algo, sino también a aquellos que podrían hacerlo o que pueden haberlo hecho...*"

Los *Protocolos de los Sabios de Sión* son verdaderos. La razón para aceptar su autenticidad reside, no en el hecho de que un mártir húngaro lo creyera, sino en que *todo lo escrito en ellos se ha convertido en realidad hasta el presente.* ¿Se puede encontrar una prueba más fehaciente de veracidad?

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

LAS POSICIONES CLAVES DEL PODER INTERNACIONAL JUDIO

Los hombres que ocupan las posiciones clave gobiernan y controlan, política y económicamente, la civilización moderna. La influencia ejercida por esos hombres suele gravitar más que los dictámenes de los jefes de Estado o las resoluciones de los parlamentos. Los judíos siempre supieron cómo ocupar y mantener esas posiciones clave para luego utilizarlas con el fin de apoderarse del poder político o de gobernar ocultos entre bastidores.

Los servicios informativos del mundo pertenecen casi en exclusividad a un número reducido de grandes agencias noticiosas. Por ende, 2.000 millones de personas escuchan noticias que, por lo general, favorecen a los judíos y a las aspiraciones del nacionalismo judío. Los judíos controlan *el cinematógrafo y la industria cinematográfica* tanto en los Estados Unidos como en casi todos los países del mundo, incluso en la Unión Soviética. Asimismo, controlan *la industria textil y el comercio algodonero* prácticamente en todo el mundo. El *comercio y la producción de oro* se asocian con los siguientes nombres: Rothschild, Bleichroeder, Mendelsohn, Japhet, Seligman, Lazard, Strauss, Morgenthau y Schiff. Los Oppenheimer regulan casi toda la *producción de diamantes* de Sudáfrica y casi el ciento por ciento

del comercio internacional de diamantes. Los ministros del gobierno sudafricano conocen de modo cabal la hostil influencia política de uno de los miembros de la familia Oppenheimer. A través de la Diamond Trading Company, Sir Ernest Oppenheimer erigió uno de los monopolios mundiales de mayor envergadura, que llegó a contar hasta con su propia policía secreta. Ese monopolio, formado por judíos en su mayoría, aún hoy aplica el boicot a Alemania. En consecuencia, las necesidades de ese país en materia de diamantes industriales pueden cubrirse sólo a través del mercado negro o con ayuda del contrabando ("Der Spiegel", Vol. XI, Nº 35). Cien de las minas más ricas de diamantes, oro, cobre y uranio pertenecen a la familia Oppenheimer. Su fortuna personal asciende al billón de dólares. Pese a que Sir Ernest murió hace poco tiempo, la posición del monopolio Oppenheimer permaneció incólume.

Lord Melchett (Alfred Mond) ejerce el control del *níquel*, mientras que Louis Dreyfus hace lo propio con el *trigo*.

La *Jewish Encyclopedia* nos da una interesante muestra de cómo los judíos ganaron influencia en varios países a través de préstamos. Los Stern y Goldschmidt de Portugal, el barón Hirsch de Turquía, los Rothschild de Francia, los Strassberg de Rumania, Poljakov, Speyer y Co. de Rusia y Kuhn, Loeb y Co. financiaron la construcción de los ferrocarriles norteamericanos. La *Jewish Encyclopedia* también confirma que el *comercio de mercurio* está en manos de los Rothschild; los hermanos Barnato y Wernek, Bett y Co. dominan una parte importante del *comercio de diamantes*; Levinson y Guggenheim manejan el *comercio del cobre* y Graustein y Dreyfus, la *industria del papel*.

No obstante, un ejemplar del "Edmondson Economic Service Bulletin", con fecha de 1939, resulta aún más interesante que la *Jewish Encyclopedia*, ya que revela que 440 de las familias norteamerica-

nas más acaudaladas –los millonarios gentiles hace largo tiempo establecidos– poseen en total la suma de 25 billones de dólares, mientras que un puñado de judíos estadounidenses cuenta con una riqueza calculada en los 500 billones de dólares. Así, una firma insignificante y poco conocida como la de los Hermanos Insull ejerce control sobre cinco billones de dólares.

Siria constituye un ejemplo típico de la influencia maligna de los conquistadores del mundo. "Hatikva", el periódico sionista escrito en húngaro, se ufana de que toda la vida económica siria está dominada por una minoría compuesta por 60.000 judíos sirios. Prácticamente el ciento por ciento de los profesores de la Universidad de Damasco son judíos. De acuerdo con fuentes sionistas, esa minoría judía siria ocupa posiciones clave en la vida económica y desempeña un papel relevante en lo cultural, industrial y comercial.

Como resultado de esa situación, Siria, mientras vive en un reino de fantasía, tiende peligrosamente a convertirse en un satélite soviético.

El mismo Canal de Suez, cuya nacionalización casi produjo una tercera guerra mundial, estuvo controlado durante aproximadamente cien años por los intereses financieros de los conquistadores del mundo. En un principio Disraeli, el primer ministro judío de Gran Bretaña, adquirió una gran cantidad de acciones del Canal para el gobierno británico. Los Rothschild, a través de su institución bancaria de Londres, lograron un beneficio de más de 100.000 libras esterlinas en la primera transacción crediticia solamente. Y más tarde, cuando el presidente egipcio Nasser quiso poner fin a uno de los más grandes intereses comerciales de los conquistadores del mundo, Israel, Gran Bretaña y Francia trataron en vano de proteger esos intereses con flotas, tanques y cohetes.

En los capítulos anteriores citamos los *Protocolos* y pusimos de manifiesto ciertos párrafos que daban

directivas respecto de cómo establecer un gobierno que prevalezca sobre los demás. El *Protocolo* V establece: "Para reemplazar a los gobernantes de hoy en día, crearemos un fantasma que recibirá el nombre de Super-Administración de Gobierno". Algunas de las instituciones más relevantes de los *Protocolos* se relacionan con lo anterior ya que estipulan que *mientras no sea aconsejable designar judíos para las posiciones más elevadas, los puestos importantes se cubrirán con personas de dudosa reputación.*

Debe hacerse hincapié en que el judaísmo, como nacionalismo ultradisciplinado, obedeció esa orden de modo intachable. Ya sea en la dictadura soviética o en la democracia estadounidense, los judíos ocupan las posiciones detrás del frente gentil dondequiera que se encuentren. En primer plano se distingue, como cabeza de Estado, primer ministro o en un puesto semejante, un títere gentil, pero sobre su hombro se apoya una mano judía. Eisenhower aparece en primer término, pero en seguida aparece Baruch, que es mucho más influyente. Del mismo modo, a Stalin lo seguía Khaganovich. Es de notar que este plan se llevó a cabo no sólo en los casos de las posiciones clave más importantes sino, a menudo, también en los de puestos de menor relevancia. En suma, la cabeza de la organización es un gentil y su ayudante, un judío. El comandante en jefe de las fuerzas de ocupación es un general estadounidense o soviético, pero su colaborador es un judío. En Nuremberg, jueces gentiles se sentaban en el foro tribunal, pero Robert M. Kempner, secundado por otros 2.400 judíos, trabajaba en las sombras.

Si bien el primer presidente de la vieja Liga de las Naciones fue un judío llamado Hymans, un gentil lo reemplazó rápidamente pues todavía no había llegado la hora de que los judíos accedieran a las posiciones de liderazgo. No obstante, según los informes del "New York Times" del 22 de agosto de

1922, Nahum Sokolow enfatizó en un discurso pronunciado ante el Congreso Sionista de Carlsbad que el establecimiento de la Liga de las Naciones había sido "una idea judía".

El doctor Dillon, al referirse en su libro a la conferencia de paz de Versalles, nos revela que los exponentes más influyentes de toda la asamblea y aquellos con los intereses más evidentes eran judíos que provenían de Palestina, Rusia, Ucrania, Grecia, Gran Bretaña y los Países Bajos. Los delegados judíos enviados por los Estados Unidos, empero, eran los de mayor peso; tal vez sorprenda al lector saber que la mayoría de los delegados estaban convencidos de que los verdaderos mentores de los representantes anglosajones eran judíos.

También aquí los judíos se encontraban tras el frente gentil: los delegados que gozaban de publicidad y firmaban los tratados eran gentiles pero los que actuaban como asesores y detentaban el verdadero poder eran judíos.

Hoy día el poder mundial judío se basa en el sistema de la fachada gentil, que no es sino un tipo de pantomima. "El rasgo característico de nuestro poder es lo secreto." Si se trazara un mapa del poder mundial judío, en él se verían, en realidad, las posiciones clave ocupadas. Cabe agregar que ese mapa nunca puede ser perfecto y dista de ser completo aun en la actualidad. Mostraría aquellas posiciones clave hasta ahora ocupadas por el judaísmo, o una pequeña fracción de las mismas, desde las cuales dicta la política mundial al frente gentil.

Las Naciones Unidas se convirtieron en el ente más poderoso de los judíos al ser la organización principal del judaísmo oriental y occidental. Es al mismo tiempo el comienzo y una muestra del gobierno mundial supranacional, y su personal incluye las ramas judías orientales y occidentales, los capitalistas y los "nazis" del Viejo Testamento bolchevique. Sobre el edificio de cristal de las Naciones Unidas en Manhattan flamea la bandera de la ONU,

cuyos colores azul pálido y blanco son, sorprendentemente, idénticos a los de la bandera israelí. Mas no sólo los colores de las banderas son similares: la gente representada por esas banderas también se asemeja. Por lo tanto, hombres de la misma raza ocupan las posiciones clave más importantes del mundo. Tomando como referencia al año 1951 para nuestro estudio, presentamos a continuación una lista de nombres, que es casi tan siniestra como la de los líderes bolcheviques rusos de 1917:

SECRETARIADO DE LAS NACIONES UNIDAS

- Doctor H. S. Bloc, jefe del Departamento de Armamento.
- Antoine Goldet, director principal del Departamento de Asuntos Económicos.
- Ansgar Rosenberg, consejero especial del Departamento de Asuntos Económicos.
- David Weintraub, director del área Estabilidad y Desarrollo Económico.
- Karl Lachman, jefe del Departamento Fiscal.
- Doctor Leon Steinig, director de la División Narcóticos.
- Henry Langier, segundo jefe del Departamento de Bienestar Social.
- Doctor E. Schwelb, segundo jefe del Departamento de Derechos Humanos.
- H. A. Wieschoff, del Departamento Administrativo de los Territorios No-Autónomos.
- Benjamin Cohen, asistente del Secretario General del Departamento de Información Pública.
- Doctor Ivan Kerno, subsecretario general del Departamento Legal.
- Abraham X. Feller, jefe y consejero principal del Departamento Legal.
- J. Benoit-Levy, director de la División de Películas e Información Visual.
- Marc Schreiber, consejero legal.

— G. Sandberg, consejero legal del Departamento de Codificación de Derecho Internacional.
— David Zablodowsky, jefe del Departamento de Impresión.
— George Rabinovich, jefe del Departamento de Intérpretes.
— Max Abramovitz, segundo jefe de la Oficina de Planeamiento.
— P. C. J. Kien, jefe del Departamento de Contabilidad.
— Mercedes Bergmann, funcionaria del Departamento de Personal.
— Doctor A. Signer, jefe de la Clínica de Salud.
— Paul Rodzianko, secretario del Consejo de Apelaciones.

DEPARTAMENTO DE INFORMACION DE LA ONU

— Jerzy Shapiro, jefe del Departamento Central de Información de la ONU en Ginebra.
— B. Leitgeber, jefe del Departamento Central de Información en Nueva Delhi.
— Henri Fast, jefe del Departamento Central de Información en Shanghai.
— Doctor Julius Stawinski, jefe del Departamento Central de Información en Varsovia.

ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL TRABAJO

— David A. Morse (Moscovitch), jefe del Departamento de la OIT, Ginebra.
— Tres de los cuatro jefes de la OIT son judíos, a saber: Altman (Polonia), David Zellerbach (EE.UU.) y Finet (Bélgica).
— V. Gabriel-Garces, corresponsal y delegado ecuatoriano.

— Jan Rosner, corresponsal y delegado polaco.

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION

— André Mayer, primer vicepresidente.
— A. J. Jacobsen, delegado danés.
— M.M. Libman, jefe del Departamento de Fertilizantes Químicos.
— F. de Vries, delegado holandés.
— Gerda Kardos, jefe del Departamento de Fibras.
— M. Ezekiel, jefe del Area de Análisis Económicos.
— B. Kardos, jefe del Departamento de Productos Varios.
— M. A. Hubermann, jefe del Departamento Técnico Forestal.
— J. P. Kagan, funcionario técnico de la Sección de Equipos y Explotación Forestal.
— J. Mayer, jefe de la Oficina de Alimentos.
— F. Weisel, jefe del Departamento Administrativo.

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

— Alfred Sommerfeld y Paul Carneiro, dos de los cuatro miembros del Comité Ejecutivo, son judíos.
— J. Eisenhardt, presidente del Comité Reeducacional.
— Señorita Lauffman, jefa del Departamento de Entendimiento y Educación Internacional.
— Doctor O. Klineberg, jefe departamental.
— H. Kaplan, jefe de la Oficina de Información Pública.

— C. H. Weitz, jefe del Departamento Administrativo.
— B. Abramski, jefe del Departamento de Vivienda y Turismo.
— S. Samuel Selsky, jefe de la Oficina de Personal.
— B. Wermiel, jefe del área Contratación Administrativa.
— Doctor A. Welsky, jefe de la Oficina de Cooperación Científica.

BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y DESARROLLO

— M. M. Mendels, secretario.
— Leonhard B. Rist, director económico.
— Leopold Chmela, presidente del Directorio.
— E. Polask, miembro del Consejo Checoslovaco de Gobernadores (Checoslovaquia).
— P. Mendes France, miembro del Consejo Francés de Gobernadores.
— A. M. de Jong, miembro del Consejo de Gobernadores de Holanda.
— D. Abramovich, miembro del Consejo de Gobernadores de Yugoslavia.

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

— Josef Goldman, miembro del Consejo de Gobernadores (Checoslovaquia).
— Louis Rasminsky, director administrativo canadiense.
— W. Kaster, subdirector holandés.
— Louis Altman, subdirector administrativo.
— E. M. Berstein, jefe del Departamento de Investigaciones.
— Joseph Gold, consejero principal.
— Leo Levanthal, consejero principal.

ORGANIZACION INTERNACIONAL DE REFUGIADOS

— Mayer Cohen, jefe del Departamento de Salud y Bienestar de la IRO.
— Pierre Jacobsen, director del Departamento de Repatriación.
— R. J. Youdin, director de la División Repatriación.

ORGANIZACION INTERNACIONAL DE LA SALUD

— Z. Deutschmann, jefe del Departamento Técnico.
— G. Mayer, jefe del Departamento de Traducciones.
— M. Siegel, jefe del Departamento Financiero.
— Doctor N. Goodman, director administrativo del Departamento de Cooperación.
— A. Zarb, director de la Sección Legal.

ORGANIZACION INTERNACIONAL DE COMERCIO

— Max Suetens, presidente de la Organización.

UNION INTERNACIONAL DE TELECOMUNICACIONES

— F. C. de Wolfe, delegado norteamericano en el Consejo Administrativo.
— Gerry Gross, subdirector administrativo de la ITO.
— H. B. Rantzen, presidente del Comité Internacional de Telecomunicaciones.

ORGANIZACION DE AVIACION CIVIL

— A. G. Berg, jefe de la Organización.

PROYECTOS MISCELANEOS

— Coronel A. C. Katzin, representante de la ONU en Corea.
— George Novshon, funcionario de información de la ONU en Corea.
— Ernest A. Gross, segundo delegado de los EE.UU. ante la ONU.
— Isadore Lubin, jefe del Comité Económico y de Empleo.
— Julius Katz-Sachy, delegado permanente de Polonia.
— Doctor Ales Bebler, delegado permanente de Yugoslavia.

Toda esta lista muestra con claridad que *en todo lugar los judíos ocupan las posiciones clave.*

Examinemos en forma detallada el gobierno político superior de los Estados Unidos. Entre 1945 y 1951 Harry Truman, un gentil, se encontraba en primer plano, pero, según lo señalado por el "Chicago Tribune", la segunda fila, el gobierno secreto de los Estados Unidos, consistía de los siguientes miembros: Morgenthau, Herbert H. Lehman y Felix Frankfurter. Entretanto, mientras Marshall era secretario de Guerra, Anna Rosenberg, una judía de Budapest, actuaba como subsecretaria de Guerra. Durante la presidencia de Truman, aunque el secretario de Estado era Dean Acheson, los asuntos externos estaban a cargo de Felix Frankfurter. Asimismo, se decía que el verdadero presidente de los Estados Unidos era Bernard Baruch.

De acuerdo con el *Hidden Empire*, no podemos

sorprendernos ante ese estado de cosas debido a que el ochenta y dos por ciento de los empleados del Departamento de Estado eran judíos. Ese cuadro lamentable se completa con el dominio, por parte de los judíos, de las posiciones clave de la oficina de inmigraciones norteamericanas, a lo que se suma el manejo de los grandes capitales, la prensa, la industria cinematográfica, la radio y la televisión. Según la misma fuente, a esta altura podemos agregar que los judíos dominaban al menos sesenta por ciento de los ingresos nacionales de los Estados Unidos.

De todos modos, debe acreditársele al "pequeño" Harry Truman que, durante su presidencia, las investigaciones del Comité Mc Carthy pudieran progresar sin dificultades. Después de la muerte de Roosevelt, la Casa Blanca de que se hizo cargo Harry Truman semejaba una sinagoga. Cuando Truman terminó su mandato, apenas quedaba un pequeño número de conquistadores en la Casa Blanca. A David K. Niles se lo desalojó de ella y lo mismo ocurrió con Samuel Roseman.

Durante la presidencia de Eisenhower la situación no mejoró; al contrario, empeoró notablemente. Las investigaciones Mc Carthy cesaron y otros judíos reemplazaron a los conquistadores del mundo desalojados por Truman. El folleto *The Coming Red Dictatorship* (La futura dictadura roja), publicado como edición especial del periódico norteamericano "Common Sense", presenta un cuadro consternante de la verdadera disposición del gobierno de Eisenhower, cuyo principal consejero económico, por ejemplo, era un joven judío llamado Arthur F. Burns, uno de los hombres de Bernard Baruch en la Casa Blanca. El presidente de la Comisión de Energía Atómica es L. Strauss; el experto militar de los problemas en el Extremo Oriente es el general Lyman Lemnitzer; el jefe del gobierno mundial secreto es el banquero James P. Warburg; y uno de los principales delegados de los Estados Unidos ante

la ONU es Jacob Blaustein. Isidore Lubin dirige las reparaciones efectuadas en Alemania. Llevaría mucho tiempo enumerar todas las posiciones clave ocupadas por los conquistadores del mundo en el régimen de Eisenhower. No obstante, la situación presente no aventaja a la reinante durante la presidencia de Roosevelt.

Al igual que con los Estados Unidos, dirigiremos ahora nuestra atención a la Unión Soviética. Los rumores querrían hacernos creer que a la sorprendente mayoría de los participantes judíos de la Revolución de 1917 se la hizo descender a las profundidades y, en consecuencia, un gran movimiento ruso o paneslavista surgió y accedió al poder. Se dijo que ello era evidente, al menos en el Politburó y en las posiciones gubernamentales más importantes.

Con respecto a los asuntos soviéticos, sería craso error pensar que el denominado "moscovitismo" constituía la forma judía del bolchevismo, o que el titoísmo y el comunismo nacional eran antisemitas en menor grado. *Sin duda, el moscovitismo representa la forma más perfecta del sistema judío de dominio mundial.* El rasgo esencial de ese sistema es que los trabajadores civilizados, cultos e inteligentes de todos los países detrás de la Cortina de Hierro deben ser dirigidos por métodos rusos, sin tener en cuenta el hecho de que esos métodos fueran prescriptos originalmente sólo para los ciudadanos soviéticos. Sin duda, Lazar Khaganovich fue el exponente más conspicuo de dicho plan. En otro orden de cosas, es muy posible que haya habido ciertos líderes comunistas en los varios estados detrás de la Cortina de Hierro que se negaron a someterse al moscovismo. Slansky-Salzman y Anna Pauker eran judíos y comunistas. Por lo tanto, no fue el carácter judío del moscovismo de Khaganovich lo que levantó objeciones; sucedió que estimaron que el esquema prescripto para uso local no era adecuado para los trabajadores checoslovacos, ru-

manos o búlgaros. *Deseaban adoptar aquellos métodos a los que los judíos rumanos, checoslovacos, búlgaros y húngaros habían estado acostumbrados durante tiempo.*

Todo esto dista de significar que la Unión Soviética se haya vuelto "antisemita". La conclusión a la que arribó Louis Levine en 1945 de que la Unión Soviética estaba gobernada por un millón de judíos en las posiciones clave aún es válido hoy en día. Los judíos soviéticos creen firmemente que el *tipo moscovita del comunismo representa la forma perfecta del dominio mundial judío* y, por lo tanto, exterminarán sin piedad inclusive a otros judíos que no estén dispuestos a compartir sus opiniones al respecto.

Al igual que Bernard Baruch en los democráticos Estados Unidos, Lazar Khaganovich resultó ser exponente predominante de cómo los conquistadores del mundo dominaron detrás del frente gentil en la Unión Soviética. Ese es el verdadero dictador, ya actúe detrás de Stalin, Malenkov o Krushev. Rosa Khaganovich, su hermana menor, fue la tercera esposa de Stalin, mientras que su hijo Mikhail Khaganovich se casó con Svetlana, hija de Stalin.

El alejamiento reciente de Khaganovich no significa mucho, ya que es momentáneo; el millón de conquistadores del mundo que ocupa posiciones clave, empero, son todavía los verdaderos señores de la Rusia soviética.

Es interesante destacar algunos lazos familiares de Molotov, que no es judío pero está casado con una, Karpovszkaja, hermana menor del norteamericano Samuel Karp, magnate multimillonario del petróleo.

De los nueve miembros del anterior Politburó, eran judíos Khaganovich y Mikoyan; probablemente Saburov también pertenecía a los conquistadores del mundo y Suvernik era un miembro suplente.

Tal como ocurre en las democracias, un rasgo característico del sistema soviético lo constituye el

hecho de que los líderes visibles no son los verdaderos gobernantes, por lo general. *Así, Vladimir Ashberg, banquero judío, desempeña un papel fundamental en la Unión Soviética,* y su posición se asemeja a la de Morgenthau durante la era de Roosevelt. Asimismo, tiene varios grados de relación con todas las familias de importantes bancas judías, es miembro del Congreso Mundial Judío y el principal financista de la Unión Soviética.

Si examinamos quiénes ocupan las posiciones clave en la Unión Soviética, veremos que este país también *se encuentra bajo el dominio de los judíos.* El año que se estudia es 1951.

El profesor Mark Mitin, presidente de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, autoridad máxima de la ideología marxista-leninista y editor del periódico del Kominform "For Lasting Peace and People's Democracy", es judío.

También es judío Pavel E. Yudin, uno de los personajes más importantes de la Unión Soviética, jefe del Departamento de Historia de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, subdirector de la editorial de trabajos científicos populares, editor del periódico del Kominform que publica la propaganda soviética oficial, uno de los líderes principales de las "purgas" detrás de la Cortina de Hierro, consejero político del Ejército Rojo de la zona de ocupación de Alemania Oriental y actual dictador de Alemania Oriental.

M. Z. Saburov, presidente del Ministerio de Planeamiento Estatal y el Comité de Planeamiento, es también judío.

A. I. Lavrentiev (cuyo verdadero nombre es Lippman), subsecretario de Asuntos Exteriores, ex embajador ante Checoslovaquia, amigo íntimo de Alger Hiss, director del espionaje diplomático soviético en todo el mundo y jefe de la red de espionaje en el extranjero que organizó los disturbios en Persia, es judío.

Eugene Varga-Weiszfeld, jefe del Instituto Mun-

dial Económico y Político de la Unión Soviética, uno de los funcionarios de primera línea de la vida económica soviética, es también judío.

Ilia Ehrenburg, jefe de propaganda, editorialista del "Pravda", publicista destacado de la ideología soviética y director del "Movimiento de Paz", es judío.

Leonid Menikov, embajador soviético en Rumania, es judío.

I. Nosenko, ministro de Industria Pesada y Transporte, es judío.

Anatole Yakolev, embajador soviético en los Estados Unidos durante las audiencias del caso Rosenberg, y en la actualidad uno de los jefes del espionaje soviético, es judío.

M. N. Svernik, ex presidente de la Unión Soviética y en estos momentos líder sindicalista, es judío.

A. F. Gorkin, secretario general del Presidium del Soviet Supremo, es judío.

David Zaslawsky, editor del "Pravda", es judío.

S. A. Losowsky, ex titular del Ministerio de Relaciones Exteriores y ahora director del Servicio Soviético de Noticias e Información, es judío.

Profesor I. P. Trailin, procurador general de la Unión Soviética, ex ministro moscovita del "Comité para el enjuiciamiento de los criminales de guerra" y decano de la Facultad de Derecho de Moscú, es judío.

Boris Stein, director de la Escuela del Servicio Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores, uno de los delegados soviéticos ante la ONU, es judío. El Ministerio de Relaciones Exteriores soviético está atestado de judíos en tal forma que los rusos se refieren a él en tono humorístico como la "Sinagoga".

Franktine Schul, *uno de los principales exponentes del comunismo mundial y que, además, habla dieciséis idiomas*, también es judío. En 1950 fue líder de los terroristas rojos de Indochina y ahora dirige

el Grupo Nº 3, posición desde la cual extermina a los anticomunistas detrás de la Cortina de Hierro.

S. V. Kraftenov, ministro de Educación Media y Superior de la Unión Soviética, es judío.

El general K. Gorsheimin, ministro de Justicia es judío.

Jacob Malik, antes delegado en jefe soviético ante la ONU y ahora embajador en Londres, es judío.

El mayor general Boris Rasin, agregado militar en Gran Bretaña, es judío.

Solomon Abrahamovich Reback, subdirector del Comité de Energía Atómica Soviético y también jefe de seguridad del departamento especial de la MVD que controla a los científicos atómicos, es judío.

El coronel I. Vigdor, funcionario del contraespionaje comisionado ante el servicio de seguridad de Investigación Atómica Soviético, es judío.

El mayor Kahan, oficial de la policía secreta, destacado ante el Comité de Energía Atómica, es judío.

A. Miyokan, miembro del Politburó y ministro de Comercio, es judío armenio.

M. M. Brodin, jefe de prensa, es judío.

Peter Levitsky, vicepresidente del Consejo de los Estados Soviéticos, es judío.

D. Manuilsky, dictador de Ucrania, es judío.

A. Kornejchuk, autor y presidente nominal de la República de Ucrania, es judío.

A. N. Jacobson, dictador de Estonia y delegado representante de Estonia, es judío.

N. Jakovliev, titular de la educación pública soviética, es judío.

Yu Masenko, experto especial en cuestiones de la India y jefe del movimiento comunista de la India, es judío.

G. I. Levinson, experto de la sección oriental de la Academia Científica Soviética en cuestiones chinas y uno de los líderes comunistas chinos, es judío.

A. D. Danyalov, miembro del Presidium del Soviet Supremo, es judío.

F. T. Gusev, secretario de Relaciones Exteriores, es judío.

S. Y. Romin, ministro de Construcción de Viviendas y Caminos, es judío.

D. I. Fumin, ministro de Alimentación y Materias Primas, es judío.

Jacob Suritz, embajador soviético en Brasil, es judío.

El coronel Rudenko, fiscal público delegado de la Unión Soviética en los juicios de Nuremberg, probablemente sea judío.

Isaac Zaltman, jefe de la producción de tractores, es judío.

I. G. Bosakov, director de la industria cinematográfica y con rango ministerial, es judío.

El profesor Pontecorvo, jefe de la producción de la bomba de hidrógeno soviética, es judío.

S. Z. Ginsburg, presidente del Banco Estatal, es judío.

K. R. Herzberg, presidente del Banco Torg, es judío.

A. G. Samuelenko, director del Banco Vneshtorg, es judío.

X. Yacob Simenov, presidente del Prombank, es judío.

Asimismo, deberíamos tener presente que los miembros y líderes de la Academia de Ciencias Soviética son casi todos judíos.

En 1957 se publicaron las revelaciones más alarmantes con respecto a las dimensiones de la influencia de los conquistadores del mundo sobre Rusia. Joseph Stalin, el más poderoso y despiadado de los dictadores, elevó el poder soviético a lo que es hoy en día, lo logró con la ayuda de los judíos. Su esposa fue Rosa Khaganovich, cuya familia ejerció una influencia terrible sobre la Unión Soviética. Sabemos de auténticos testigos judíos que sólo para ellos la Unión Soviética constituye un Jardín de

Edén, ya que allí gozan de las posiciones clave en el gobierno, en el ejército, las academias, las oficinas de planeamiento y la administración de fábricas. De acuerdo con informes británicos y estadounidenses confiables, en casa de Stalin solía hablarse yiddish en las conversaciones generales.

Mas Stalin, originalmente gran amigo de los judíos y segundo padre espiritual del bolchevismo, se vio sacudido en sus convicciones por los acontecimientos. Lo confirman Emmanel Birnbaum, escritor judío, y un artículo en "Aufbau". La fe de Stalin en los judíos se sacudió cuando los ejércitos de Hitler alcanzaron las líneas ferroviarias circulares en las afueras de Moscú, lo que le permitió a Stalin ver qué grado de pánico hizo presa de los 500.000 judíos moscovitas, quienes huyeron dejando librada a su suerte a "la grande y gloriosa Revolución Bolchevique" que tanto había hecho por ellos.

A la luz de esos acontecimientos, lo publicado en *France Soir* el 7 de junio de 1957 tiene el sello de la autenticidad. Según ese artículo, el periódico francés pone de manifiesto las circunstancias de la muerte de Stalin, que fueron descriptas ante la prensa polaca por Ponomarenko, embajador soviético en Polonia.

Según lo relatado por el embajador, en febrero de 1953 Stalin sometió a consideración del consejo presidencial de la Unión Soviética un decreto de que todos los judíos de la Unión Soviética fueran deportados a la República Soviética de Birobidjhan. Con anterioridad, siguiendo las órdenes de Stalin, se había deportado a un sinfín de polacos, rusos, georgianos, estonios, letones, lituanos y húngaros entre otros, en número que superaba al de judíos en la Unión Soviética, pero ni uno solo de los líderes soviéticos levantó su voz en protesta por dichas deportaciones.

Sin embargo, cuando Stalin quiso tocar el judaísmo todos los líderes soviéticos se volvieron en su

contra inmediatamente. Khaganovich y Molotov —casado con una judía— se interpusieron sin demora, y Voroshilov —también casado con una judía— afirmó que abandonaría el Partido Comunista sin tardanza si Stalin osaba perjudicar a los judíos soviéticos.

De acuerdo con lo informado por Ponomarenko, Stalin montó en cólera y, como resultado, sufrió un ataque cardíaco que le produjo un colapso y le causó la muerte instantánea.

Del mismo modo, también es de fiar el informe del embajador soviético en Varsovia. Se dice que la muerte de Stalin acaeció en marzo y no en febrero de 1953; de ser así, su muerte tal vez no fue instantánea debido a un ataque cardíaco, sino causada por algo más... *quizá provocó su muerte un puñal, o un tiro de revólver o algún veneno. El arma vengadora de los judíos puede cubrir grandes distancias.*

Esa historia se torna aún más siniestra al examinar lo sucedido después de la muerte de Stalin.

"Way and Purpose", un semanario húngaro bien informado (vol. IX, Nº 8, pág. 10) publicó un artículo de por sí interesante, en el cual se retrataba a Kruschev.

Dicho periódico señala que la biografía de Kruschev se publicó en los Estados Unidos hace poco tiempo. Fue escrita por un judío y de ella se desprende que el sucesor de Stalin —la persona más poderosa del Partido Comunista— proviene de Ucrania y es hijo de un herrero cosaco. De joven vivía en la ciudad ucraniana de Mariupol (Zhdanov), un puerto del Mar de Azov, y ganaba bien como tornero. Vivía con una familia de judíos ortodoxos y gozaba tanto de su compañía que hasta aprendió a hablar yiddish. Los miembros de esa familia se encariñaron con el joven, que se encontraba a su servicio los sábados, cuando por lo general encendía el fuego en la cocina y en las otras habitaciones de la casa, y comía con excelente apetito el pescado

relleno y otros deliciosos platos del arte culinario judío, al que la bondadosa señora de la casa le dejaba acceder. En aquellos momentos la vida distaba de ser placentera para los judíos que vivían en el imperio del Zar. Por ese entonces se ventiló el caso Beiler ante las cortes de Kiev; a Beilis se lo acusaba de asesinato ritual, es decir, de haber matado a un niño cristiano de temprana edad y bebido su sangre. Ese caso engendró el odio contra los judíos y una organización "antisemita", conocida como los Cien Negros, aterrorizó al judaísmo ruso. Presa de la agitación, la población asesinó en masa a muchos judíos en varias partes del país. La situación era muy peligrosa en Mariupol, también. El líder local de los Cien Negros, un maestro carnicero, instigaba a la población en el mercado a iniciar un pogrom, y aparentemente los judíos de Mariupol no escaparían de esa espantosa suerte. Para impedir la matanza, un maestro judío organizó con premura un grupo con el fin de dispersar la multitud que se había congregado para exterminar a los judíos. Kruschev se ofreció, y, cuando llegó el momento de la acción, participó valerosamente en la lucha. Con heridas sangrantes en la cabeza, volvió al hogar de la familia judía, que entretanto había comenzado a sospechar de él como perteneciente a los Cien Negros. Pero ese incidente diluyó toda sospecha y los judíos lavaron y limpiaron las heridas de Kruschev al mismo tiempo que el zapatero dueño de casa exclamó satisfecho: "¡Este es un muchacho decente y estoy seguro de que no nos dañará!"

De hecho, nunca lo hizo y los judíos no se lo desagradecieron. El hijo del zapatero, que no era sino Lazar Khaganovich, ayudó a Kruschev durante toda su vida y lo apoyó en todo momento difícil. Introdujo a Kruschev en el bolchevismo e influyó en favor de aquél toda vez que le fue posible. Khaganovich lo llevó a Moscú desde Ucrania y lo presentó a Stalin. Por tanto, no hay duda de que las relaciones de Kruschev con los judíos eran excelen-

tes y que demostró ser fiel servidor de aquellas aspiraciones al poder mundial establecido en los *Protocolos de los Sabios de Sión.*

Algunos intelectuales occidentales trataron de producir todo tipo de pruebas para establecer la actitud denominada "antisemita" de los soviéticos. Citan como pruebas la ejecución de Beria, los procesos a los médicos judíos, el alejamiento de Khaganovich, el caso Slansky y la desaparición pacífica de Anna Pauker-Rabinovich.

Sin embargo, creer que el bolchevismo sería capaz de un cambio tan básico sería malinterpretar la esencia del sistema soviético.

El periódico judío "Aufbau" de New York, corrientemente bien informado, que representa a los judíos que huyeron de Hitler a Norteamérica, el 4 de mayo de 1951 publicó un artículo muy interesante escrito por Johojachim Alkabai, judío de Tel Aviv. Según el mismo, ya cuando se sospechaba que Stalin era "antisemita", durante la invasión alemana a Rusia, el gobierno soviético envió a aquellos judíos que debieron huir de las tropas invasores de Hitler a Asia Central para su restablecimiento. Esa maniobra aseguró que más de 400.000 judíos estuvieran, no sólo a salvo de la siguiente persecución alemana sino que también encontraran excelentes puestos en las repúblicas de Kazakhstan, Uzbegistan y otros estados-miembros de la Unión Soviética en Asia Central. Esos puestos se encontraban en aquellos territorios en donde se habrían de construir los grandes nuevos centros de producción de armamentos y de investigación atómica de la Unión Soviética.

El artículo destaca que el gobierno soviético logró varios objetivos importantes al restablecer a los judíos. En primer lugar, *se retiró a los judíos de aquellas regiones del imperio soviético en donde la mayoría de la población se compone de rusos que, de acuerdo con las experiencias pasadas, son proclives al "antisemitismo".* A los judíos también se los preservó de toda sospecha posterior por parte

de cierta fracción del Partido Bolchevique que poseía rasgos "cosmopolitas" en su ideología, ya que entre los habitantes de Kazakhstan y Uzbegistan no tenían ninguna oportunidad de expresar ninguna de las denominadas afinidades occidentales que les achacaban. Pero el objetivo más importante de ese restablecimiento era asegurar que la industria pesada de armamentos soviética por radicarse en esos distritos estuviera en manos confiables.

"Por el momento parece ser cierto", escribe Jehojachim Alkalai, "que, debido a su inteligencia superior tanto como a su experiencia de larga data, los científicos, técnicos y expertos administrativos judíos son casi indispensables para la Unión Soviética."

También se destaca en ese artículo que hay tres ministros judíos en el gobierno de Uzbegistan y dos subsecretarios en el gobierno de Khazakhstan. *"En los ministerios de esos estados los judíos cubren una larga lista de importantes posiciones clave."* Los judíos están representados en forma cabal en la oficina de planeamiento de Estado conocida como "Gosplan", *que controla toda la economía estatal.* El mismo periódico nos informa que entre los ejecutivos del partido se encuentran muchos judíos, los que también abundan en el "Agitrop" (Ministerio de Propaganda). En las organizaciones comerciales e industriales también se emplea a judíos como directores y científicos de primer orden. Finalmente, este bien enterado artículo del *Aufbau* concluye señalando que la posición económica y social de los judíos es mejor en las Repúblicas Soviéticas del Asia Central que en cualquier otra región de la Unión Soviética.

Lo que acaeció, en realidad, fue que la Unión Soviética transfirió la base de su poder en forma exitosa. Los mejores y más indispensables elementos del judaísmo fueron transferidos a las regiones industriales nuevas y vitalmente importantes. La industria armamentista y la producción de uranio de la Unión Soviética se encuentra bajo dominio

y la administración judíos. Por consiguiente, se construyeron *una segunda y una tercera Cortina de Hierro*, que protegieron a los conquistadores del mundo detrás de los Montes Urales. Como resultado de ello, la Rusia europea, profundamente imbuida de "antisemitismo", se ve libre de científicos judíos, administradores y planificadores estatales, quienes constituyen la base indispensable del poder soviético: se encuentran bien lejos en los nuevos centros vitales de producción de la Unión Soviética, apenas accesibles hasta para los misiles balísticos intercontinentales norteamericanos de largo alcance.

Cabe acotar que, según el informe del *Aufbau* de 1951, Lazar Khaganovich —electo al Politburó Soviético por el distrito Talshkent de la República Uzbegistan— aún controlaba ese nuevo centro de poder soviético estratégico. Según *Aufbau*, también es verdad que esos altos funcionarios judíos, líderes de la vida política, económica y cultural soviética, fueron enviados a esas regiones con una misión definida.

Detrás de la segunda y de la tercera Cortina de Hierro, se ha erigido *un círculo gigantesco de posiciones clave* que gobierna la Unión Soviética por entero y sobre el que se basa todo el futuro del sistema soviético. Pero, con la detención, el proceso y la posterior absolución de algunos médicos judíos se podía publicitar convenientemente ante el mundo exterior que "somos antisemitas" o "antisionistas". Aunque a Lazar Khaganovich se lo alejó del puesto visible que anteriormente detentaba en la Rusia europea, donde era bien conocido, no fue ahorcado ni encarcelado. El observador político actual podría preguntarse con razón qué hacía Khaganovich en el nuevo centro de poder de los soviéticos en donde se producen la bomba de hidrógeno, los misiles balísticos intercontinentales y los sputniks.

En 1956 una delegación del Partido Socialista francés, con su secretario general, Pierre Comin a la cabeza, visitó la Unión Soviética. A su regreso

Pierre Lochag, el intérprete ruso-francés, publicó un informe de todo el material de las conversaciones que tuvieron lugar durante su visita entre Kruschev y Khaganovich, por una parte, y la delegación francesa por otra. En el curso de esas francas conversaciones, Lazar Khaganovich respondió a los comentarios franceses sobre el humanitarismo occidental de la siguiente manera:

"No hay lugar para el humanitarismo hasta que hayamos asegurado la victoria final de la Revolución soviética. El único deber de la dictadura proletaria es asegurar y completar la victoria total de la revolución..."

Según Khaganovich, la victoria de la revolución no puede ser sino el dominio mundial y absoluto. Kruschev también agregó con prontitud que la Unión Soviética de hoy se basa en el liderazgo judío y que sólo debido a ciertas consideraciones se encubrió el judaísmo con un frente gentil.

El sucesor de Stalin expresó: "*Si hoy los judíos ocuparan todas las primeras posiciones de nuestra República, probablemente no serían muy populares entre la población rusa nativa.* Si, por ejemplo, adjudicáramos un alto cargo administrativo a un judío en Ucrania, rodeándolo de personal judío, ello seguramente despertaría los celos y el rencor de la población local. *No obstante, no somos 'antisemitas'. Si tomamos el caso de Khaganovich, verán que es judío; aquí Mitin también lo es. Asimismo, nuestra querida intérprete Lydia Faktor es judía. Yo mismo tengo un nieto medio judío. En suma, todos luchamos contra el "antisemitismo"* ("Sueddeutsche Zeitung", 5 de julio de 1957).

Como corolario de esa situación, el sistema soviético necesita crear, de tanto en tanto, una falsa apariencia de "antisemitismo" con el fin de confundir al mundo occidental y, en especial, a las naciones árabes enemigas de Israel. Mas el verdadero poder de la Unión Soviética, la industria pesada y la producción bélica bajo dirección judía, aún existe hoy

detrás de la segunda y tercera Cortinas de Hierro. La Unión Soviética tampoco olvida el pronunciamiento de 1951 de los venerables rabinos, que ya hemos citado y que destaca: "una tercera guerra mundial no tendría otro resultado que el exterminio total de la población judía del mundo". Y si el judaísmo mundial pereciera, el bolchevismo desaparecería también. Kruschev, Molotov y todos los nuevos intelectuales soviéticos podrían, por supuesto, convertirse en granjeros. Pero eso es justamente lo que inclusive a la sección no judía del movimiento bolchevique no le gustaría que sucediese.

A la prensa occidental le agrada difundir versiones sobre el "antisemitismo" de Kruschev y de los soviéticos en general. El "Rheinischer Merkur", el periódico demócrata-cristiano de Alemania Occidental allegado, según se cree, al canciller Adenauer, publicó recientemente un largo artículo de Stephen Pollak, publicista judío de Londres. Ese bien informado y honesto periodista judío se queja en su artículo de que el sistema soviético estrangula la cultura judía. En la Unión Soviética se cerraron los teatros yiddish y se ejecutó a varios actores judíos. Enumera como serios motivos de queja los hechos de que no haya un rabino jefe en la Unión Soviética y de que resulten insuficientes los medios con que cuentan los institutos superiores de preparación rabínica. También lo aflige que el desarrollo de la vida cultural de tres millones y medio de judíos soviéticos resulte imposible; *pero esa situación afecta a todas las otras naciones de la USSR.* De hecho, el bolchevismo logró allanar la vida cultural rusa.

Pollak escribe: "Durante el Congreso Mundial judío celebrado en Londres, el doctor Levenberg, representante de la Agencia Judía en Gran Bretaña, expresó conceptos harto interesantes respecto de la situación social y económica de los judíos que viven actualmente en la Unión Soviética. Mientras que en 1933, 270.000 judíos se dedicaban a la agricultura,

en el presente toda la población judía de la Unión Soviética trabaja en las ciudades como funcionarios públicos, médicos y científicos, entre otras ocupaciones. Hasta se jactan de ocupar los pocos puestos clave de los que los rusos todavía no los han echado. Teniendo en cuenta estadísticas oficiales, hay aún 2.500 científicos judíos que trabajan en la Unión Soviética" ("Rheinischer Merkur", Nº 50, 13 de diciembre de 1957).

Aquí se admite un hecho importante, pese a que está envuelto en una apariencia de queja. Los hechos y cifras recogidas por Louis Levine concuerdan en su totalidad con las estadísticas del doctor Levenberg: la Unión Soviética está gobernada por aproximadamente tres millones de judíos ubicados en puestos clave, 25.000 *de los cuales ocupan cargos científicos de importancia del Soviet y, por ende, son responsables de las bombas atómicas y de los cohetes espaciales.*

La cuestión del supuesto "antisemitismo" de la Unión Soviética puede tener respuesta imparcial citando al propio Kruschev. Como sabemos, Eleanor Roosevelt lo visitó en 1957 y lo primero que hizo fue inquirir la posición de los judíos rusos. A continuación se transcribe lo que Kruschev respondió:

"*El comunismo no puede ser antisemita ya que se opone a toda forma de discriminación racial.* Y si supiéramos que algún miembro del Partido Comunista es 'antisemita', ninguno estrecharía su mano. *¿Cómo puede ser antisemita un comunista cuando el mismo Karl Marx era judío?* Mi propio hijo, que murió en la guerra, se había casado con una judía. Los judíos soviéticos tienen todas las posibilidades de asegurarse tanto la mejor educación como las posiciones más encumbradas" ("Bridge Builders", vol. X, Nº 23).

Al respecto, la situación de Polonia es de por sí esclarecedora, ya que allí se demuestra a todas luces la política del frente gentil. Con todo cuida-

do, el judaísmo evitó nombrar un primer ministro judío en Polonia. Sin embargo, durante su visita a los Estados Unidos en 1946, el arzobispo de Polonia hizo hincapié en que la mayoría del Partido Comunista polaco estaba formada por judíos que no cesaban de aterrorizar a Polonia sin misericordia. El primer ministro polaco nunca fue judío. El frente gentil cuenta en la actualidad con el polaco Gomulka, pero detrás de él se encuentran los verdaderos detentadores del poder: Roman Zabrovsky (judío), secretario general del Partido Comunista; Hilay Minc (judío), ministro de Economía, y Jacob Berman (judío), subsecretario del ministro de Economía. Los judíos ocupan las posiciones clave en el gobierno polaco, desde donde gobiernan los destinos del desafortunado pueblo polaco.

La suerte de Hungría, especialmente después del intento de levantamiento para asegurar la independencia en 1956, es otro ejemplo notable de frente gentil. En 1951 el presidente de Hungría era Sándor Rónai, medio gitano de nacimiento y cuya esposa era judía. El presidente del Politburó húngaro tampoco es judío: se llama Istvan Dobi y no es sino un obrero ferroviario muy afecto a la bebida, que siempre está a entera disposición de Moscú a cambio de algunos tragos.

Hasta mediados de 1956 el verdadero dictador judío *entre bastidores* fue Mátyas Rákosi-Roth, secretario del Partido Comunista. Ernoe Geroe Singer, otro importante judío moscovita, suplantó posteriormente a Rákosi.

Sin contar algunos cambios y reemplazos ocasionales aquí y allá, los judíos se convirtieron en dueños de Hungría.

Joseph Révai, alias Moses Kahana, ministro de Educación, y el notorio instigador de los procesos a Mindszenty, es judío.

Mihály Farkas, ministro de Defensa (cuyo verdadero nombre es Israel Wolff), otro judío moscovita, era antes un impresor en Kassa.

Ernoe Geroe, alias Singer, tuvo un papel importante en la guerra civil española del lado de los comunistas. Más tarde, durante la segunda guerra mundial, colaboró en la formación de la organización conocida como "Freis Deutschland" (Alemania Libre) bajo el general Paulus, y durante mucho tiempo fue representante personal de Stalin en el Extremo Oriente. El discurso radial de Ernoe Geroe Singer, emitido el 23 de octubre de 1956, contribuyó en gran medida a provocar el levantamiento húngaro, ya que durante el curso del mismo solicitó a la Unión Soviética mantener la ocupación en Hungría. Los encolerizados jóvenes trabajadores y estudiantes universitarios húngaros respondieron con una revuelta espontánea.

Zoltán Vass, alias Weinberger, ministro de Economía y director del trust minero de Kombo, también era judío. Su esposa era una de las doctoras judías del Hospital Judío que entregó los pacientes enfermos y heridos bajo su cuidado a los verdugos soviéticos.

Gábor Péter, alias Benjamin Auspitz, notorio jefe de la MVD húngara (policía secreta), era, naturalmente, judío. De ser ayudante de sastre de una pequeña ciudad se convirtió en máxima autoridad de la policía secreta comunista húngara y es responsable del asesinato y tortura de 30.000 personas. Más tarde cayó en desgracia y, según las escasas noticias sobre su suerte, se lo sentenció a nueve años y medio de prisión.

El ministro de Asuntos Exteriores, Erik Molnar, era también judío. Había escrito un largo tratado "científico" cuya conclusión señalaba que los húngaros, como pueblo "asiático", debían restablecerse en la estepa de Golodnia.

Ivan Boldizsar, alias Bettelheim, jefe de propaganda del régimen comunista húngaro, también era judío.

Los judíos se adueñaron de las posiciones clave de toda la policía secreta comunista de Hungría.

Se convirtieron en comisarios, líderes del gobierno local y en directores de las fábricas del pueblo.

No resulta difícil seguir los cambios y vaivenes que se produjeron en Hungría entre el frente gentil y los que formaban su entorno. En 1956 se reemplazó a Rákosi. Su sucesor en el puesto de secretario del Partido Comunista húngaro —o sea, en la dictadura— fue otro judío, Ernoe Geroe Singer, que representaba la misma línea moscovita y pro sionista de su predecesor. Al producirse el levantamiento húngaro el 23 de octubre de 1956, los jóvenes húngaros que durante los doce años previos habían sido educados según la ideología comunista y que, en consecuencia, desconocían las aspiraciones judías al poder mundial, deseaban que Imre Nagy se convirtiera en primer ministro.

Muy pocos saben que Imre Nagy era un pequeño terrateniente medio judío de Hungría occidental y que su verdadero nombre era Grosz. Su madre era húngara pero su padre era judío. Su esposa era judía. Vivió durante mucho tiempo en Moscú y estudió bajo el régimen stalinista. Su papel como líder en la rebelión húngara parece haber sido *ineficaz, y su comportamiento, sospechoso.*

Sin tener en cuenta el delito que pudo haber cometido en contra de la Unión Soviética, *no se lo enjuició hasta hace muy poco tiempo.*

Tanto la lucha húngara por la libertad como su aniquilación demostraron que, *a pesar de que muchas cosas pueden cambiar en el comunismo, sus rasgos judíos y sionistas en pos del dominio mundial son permanentes e invariables y no admiten cambios.* Después de los ataques soviéticos del 4 de noviembre de 1956, las posiciones clave fueron ocupadas una vez más por judíos, que en estos momentos actúan como dictadores despiadados sobre el desafortunado pueblo húngaro oprimido. Dominan en las fábricas, en los centros de partidarios y desde todas las posiciones principales de la policía secreta reorganizada.

La posición de Rumania también es interesante y supone un estudio mayor. Esa joven y valerosa nación de Europa Central ha estado familiarizada durante siglos con las aspiraciones de poder mundial judío y podría haber sido uno de los mejores aliados de Hungría. Poco antes de la segunda guerra mundial, un nuevo movimiento ganó el apoyo de todos los sectores del pueblo rumano; se conocía con el nombre de *Guardia de Hierro*. Ese grupo fanáticamente chauvinista adoptó los viejos conceptos del socialismo y, desafortunadamente, a menudo se enfrentó con los húngaros y con otros países vecinos. Pero detrás de Carol, el rey rumano, su amante, Maggie Wolf, la pelirroja judía alias señora Lupescu, continuó con sus intrigas e indujo al rey a aniquilar el movimiento, lo que éste hizo. Consterna pensar que hasta la Alemania hitleriana, al tratar de lograr su "gran concepto político", malinterpretó y ayudó a liquidar ese movimiento rumano, cuyos líderes acompañaron a los judíos en los campos de concentración hasta 1944. La traición del rey Miguel sirvió para demostrarles a los líderes alemanes la importancia de la Guardia de Hierro, la que, por consiguiente, fue organizada como legión antibolchevique. Se completó su preparación y se le entregaron equipos durante los últimos meses de la guerra; el 8 de mayo de 1945 la legión de la Guardia de Hierro rumana constituía la última resistencia armada contra las unidades bolcheviques.

Después de la guerra se organizó un frente gentil con gran eficacia en Rumania. George Groza se convirtió en primer ministro, pero a sus espaldas se encontraba la judía Anna Pauker-Rabinovich, una de las discípulas más fieles de Stalin. Kisinevszky, primer secretario del Partido Comunista rumano, era, por supuesto, judío. También eran judíos Theohary Georgescu-Lebovich, ministro de Asuntos Interiores; Maurice Roller, máxima autoridad de la educación pública; Maurice Bercovici, titular del comercio exterior; Max Salamon, titular de Propa-

ganda, y Mondy Kerkovici, que, junto con Rebecca Nathason, lideró la política cultural soviético-rumana.

Al asumir el poder Georghiu Dej y alejar a Anna Pauker-Rabinovich, la situación simuló cambiar, pero sólo desde un punto de vista superficial. El desafortunado pueblo rumano todavía se encuentra sujeto al mismo terror previamente ejercido por Anna Pauker-Rabinovich.

Checoslovaquia presenta aún hoy otro ejemplo de frente gentil. Allí el primer ministro, camarada Gottwald, era medio judío. Pero detrás de él se encontraba Slansky-Salzman, primer secretario del Partido Comunista checo, líder de la guerra biológica y típico judío. Al igual que al gentil húngaro Lázló Rajk, Slansky-Salzman fue ejecutado a pesar de ser comunista, porque no estaba dispuesto a aceptar el tipo moscovita de dominación mundial judía. Quería asegurar el poder para los judíos occidentales solamente. En estos momentos un judío llamado Kosta dirige el servicio de prensa extranjero de ese Estado híbrido. El doctor Eugen Loebl, secretario adjunto de Comercio Exterior, es judío. Ludwig Frejka, consejero económico del presidente Gottwald, es también judío. También son judíos Vasely, jefe de la policía secreta checoslovaca, la réplica checa de Gábor Péter (Benjamin Auspitz); Bruno Kohler, comandante de la milicia, junto con Lomsky, Bubona, Fuchs y Tanssigov, importantes secretarios de distrito; Bistricky y Goldstecker, embajadores checos; Truda Jakaninova Cakutrova, jefe de la delegación checa en la ONU; Jiu Hironek, jefe departamental del Ministerio de Información, y también Augenthaler y Gottlieb, funcionarios superiores ambos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El periódico húngaro semicomunista *Vilag* ("Mundo") publicó lo siguiente el 15 de marzo de 1953: "Gracias a la ayuda de la MVD soviética, muchos judíos lograron ocupar posiciones de primera línea en el Partido Comunista".

Al ser ejecutado Slansky-Salzman, el entorno judío pareció haber sido liquidado. Se debía demostrárseles a los trabajadores checos antijudíos que el bolchevismo no era judío. No obstante, el entorno judío aún se mantiene y conserva entre sus garras el verdadero poder.

También puede ejemplificarse lo anterior con lo sucedido en Yugoslavia. El mariscal Tito, cuyo verdadero nombre era Joseph Broz, no era judío. Pero hasta su reciente muerte, un judío, Mojse Pijade, ejercía el verdadero poder allí. El nombre de Mojse Pijade se asocia con el asesinato y la inanición de 200.000 miembros de la comunidad alemana y con otros casos macabros de genocidio en Yugoslavia. Treinta mil húngaros fueron víctimas de la exterminación sistemática de los grupos raciales y nacionales de Yugoslavia.

Wilhelm Grothewohl, primer ministro de Alemania Oriental, no es judío. Pero Gerhard Eisler, el judío que lo secunda, es el único que detenta el verdadero poder. Actúa con la autoridad del judaísmo oriental y occidental. Es partidario y protegido fiel de Eleanor Roosevelt. Paval E. Yudim, comisario judío, detentador del poder soviético en Alemania es, naturalmente, judío. La organización terrorista se encuentra en manos de la sanguinaria judía Hilda Benjamin.

Por supuesto, la lista anterior dista de ser completa. No obstante, brinda información con respecto a la organización del frente gentil, o sea, la verdadera cara del poder judío oculto. También sabemos que el número de judíos en las posiciones clave y en puestos de liderazgo es mucho mayor en los países esclavizados detrás de la Cortina de Hierro de lo que nuestras listas demuestran. Esto se debe a que los judíos bolcheviques se encuentran en todo lugar con distintos nombres falsos y hasta muchos de ellos los cambiaron para que no se los reconociera por sus antiguos nombres derivados del Viejo Testamento. De todos los países detrás de la Cortina de

Hierro, Polonia parece ser la más dominada por el poder judío. La declaración del cardenal Hlond hecha en Estados Unidos el 6 de julio de 1946 subraya lo siguiente:

"El dominio judío del poder creó una forma de gobierno que desagradó a la mayoría del pueblo. El problema importante no es cuántos judíos ocupan puestos en el gobierno sino *qué tipo de puestos ocupan.*"

Por lo general, el primer secretario del Partido Comunista es el verdadero dictador en los países detrás de la Cortina de Hierro. Tiene el mando de toda la maquinaria de la policía política, el Partido Comunista y la administración soviética. Por ese motivo es sumamente peligroso que en 1951, a excepción de Bulgaria, el cargo de primer secretario de los Partidos Comunistas de todos los países detrás de la Cortina de Hierro *estuviera en manos de judíos.* Esto sucede incluso en la Yugoslavia de Tito. Los judíos son los jefes de la policía secreta política o, alternativamente, ocupan el puesto de ministro de Asuntos Interiores. Asimismo, parecería que los cargos ministeriales de educación, propaganda y defensa pasasen, en forma gradual, a manos de judíos. También resulta revelador que, al mismo tiempo, los judíos se muestren deseosos de lograr el cargo de ministro de Defensa en el mundo occidental. En estos momentos Jules Moch es ministro de Defensa de Francia, Emmanuel Shinwell de Gran Bretaña, mientras que Anna Rosenberg es secretaria de Guerra adjunta de los Estados Unidos. Eisenhower hace poco adjudicó a Mc Elroy, judío, el puesto de secretario de Guerra adjunto.

Bernard Baruch, el "viejo estadista" de los Estados Unidos, que controló las 351 industrias más importantes de los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, afirmó con orgullo:

"¡No cabe duda de que probablemente tuve más poder que cualquier otro hombre en la guerra!"

"Tuve más poder que cualquier otro", dice Ba-

ruch y este poder es en sí mismo parte del poder mundial judío.

Es un hecho político que se discierne claramente en el mundo occidental que, a medida que aumente la cantidad de judíos en las posiciones clave del Estado democrático, éste vaya a la deriva hacia el bolchevismo en forma rápida. Por ejemplo, toda la situación política y perspectiva de la Francia actual puede explicarse a través de la inconmensurable judaización de la vida política francesa. Mientras se escriben estas líneas, el primer ministro francés es Pierre Isaac Isidore Mendés-France, hijo de David Mendele Cerf-Hirsh y de Sarah Farburger Cohen. Asimismo, a semejanza del esquema de poder de los Estados detrás de la Cortina de Hierro, Robert Hirsch, jefe de la Sureté, detenta el poder policial supremo en Francia. Jacques Duclos, el segundo comunista en importancia de Francia, también es judío. Jules Moch, una de las personalidades más importante del Partido Social-Democrático francés, que fue ministro de Defensa durante mucho tiempo en los gobiernos franceses de posguerra y que, por consiguiente, resultó ser uno de los que saboteaban la integración de las divisiones alemanas del Ejército Europeo, proviene de las filas de los conquistadores del mundo para hacerse cargo de las tradiciones gloriosas de la herencia napoleónica.

"*París es aún el centro de la Diáspora*", sostiene con orgullo el *Monde Juif*. Y, entretanto, Francia se precipita vertiginosamente hacia la corrupción al seguir el ejemplo de los desaparecidos imperios romano y español.

A partir de la ocupación estadounidense, la industria pesada alemana se vio infiltrada por el denominado capital "norteamericano", cuya presión domina la actual Alemania Occidental. En Berlín occidental sólo se aceptó como alcalde al extinto Erns Reuter, que antes había sido primer secretario del Partido Comunista alemán y que, por supuesto, era judío. Mientras tanto un judío llamado Lips-

chitz es ministro de Asuntos Interiores de Berlín Occidental.

Ya hemos señalado que en 1951 todos los primeros secretarios de los Partidos Comunistas de los países al este de la Cortina de Hierro eran judíos. En apariencia, se produjeron ciertos cambios en las posiciones clave tras el alejamiento de Slansky-Salzman en Praga, Benjamin Auspitz (alias Gábor-Péter), jefe del terror organizado en Hungría, Anna Pauker-Rabinovich en Rumania y Beria en la Unión Soviética. La propaganda radial occidental, en poder de las firmes garras de los conquistadores del mundo, se complace en imputar esa situación al "antisemitismo" de la Unión Soviética y de los países esclavizados. Pero el "antisemitismo", sencillamente, no existe. Habida cuenta de la información detallada que brindamos sobre la Unión Soviética y los países oprimidos detrás de la Cortina de Hierro, *probamos que también allí el poder está manejado por los judíos.* El hecho de que se cambien las figuras políticas en esos países, y que ciertas tareas desagradables se asignen en ciertos momentos a los comunistas no judíos, no significa absolutamente nada. Tampoco tiene importancia que se ejecute a uno o dos judíos ocasionalmente, ya que los *Protocolos* establecen que se sacrificará a uno o dos miembros de su propia raza. Ello explica por qué se aniquiló a Beria, a Slansky, a Peter-Auspitz y a Pauker, en vista de que la población de esos países que sufría bajo su tiranía de a poco vislumbró el carácter predominantemente judío del poder bolchevique, y de que con furia se volvió contra los cabecillas de la ola de terror. Beria y otros pocos debieron ser sacrificados, pues, para *crear la ilusión* de que el Estado se oponía a los judíos. Todos aquellos que tomaron esas medidas eran judíos. Nadie sino ellos conocía los verdaderos motivos y razones de sus actos, y el judaísmo occidental también los comprendió perfectamente. Cuando aquí y allá comienzan a asomarse signos de tendencias

antibolcheviques en el mundo occidental, es conveniente distraer la atención pública del carácter judío del poder bolchevique.

"Somos un pueblo", escribió Theodor Herzl.

Hasta que el mundo gentil reconozca la verdad de esta situación, toda discusión con respecto a las diferencias entre el mundo oriental y el occidental es pura mentira y estupidez. ¡No existe ninguna diferencia! Los judíos se encuentran tan cómodos en las posiciones clave del hemisferio oriental como en las del occidental, y nunca se atacarán o dañarán ya que saben que sólo se destruirían mutuamente y, en consecuencia, terminarían con el poder mundial judío. *Todas esas consideraciones dieron lugar a la idea de coexistencia, al sabotaje del plan de rearme europeo y de los movimientos populares patrióticos, a la venta de la bomba atómica y de todos los descubrimientos e inventos que ofrecían a los hemisferios oriental y occidental la posibilidad de vivir en armonía.*

Mientras sea esa la situación imperante, todos los discursos radiales en las naciones occidentales sobre el "antisemitismo" son una farsa. Y mientras no pueda proclamarse con franqueza en Occidente que el bolchevismo no es sino la forma más perfecta del poder mundial judío, es inútil hablar de un mundo occidental libre y democrático. Y en modo similar, hasta que pueda proclamarse libremente en Oriente que el mundo occidental no está gobernado por el "capitalismo imperialista" sino por el terror silencioso de la influencia política y la explotación despiadada por parte del poder económico y la prensa judíos, resulta deshonesto calificar de "socialismo" al sistema prevaleciente en los Estados oprimidos detrás de la Cortina de Hierro.

Los judíos en la actualidad comercian con nuestro trigo, nuestros diamantes, nuestra vestimenta, nuestra religión y nuestras oraciones. Controlan los Partidos Comunistas de China e India, así como los Partidos Republicanos del mundo occidental li-

bre, como se comprobó cuando planearon la destrucción del senador Mc Carthy. Dirigen los ejércitos de la ONU que enfrentan a Corea del Norte, y apoyan a los coreanos del norte que luchan con las fuerzas de la ONU. En Vietnam se oponen a los comunistas, y mientras miles de "legionarios" gentiles murieron heroicamente en Dien-Bien-Phu, mantenían a los bolcheviques bien informados de los movimientos franceses con datos provenientes del Consejo de Defensa Nacional francés. Al mismo tiempo que defendían la reunificación e integración de Europa, no cejaban en imposibilitar su concreción. Predican la posibilidad de asegurar la coexistencia, aunque saben muy bien que la coexistencia es de hecho perfectamente posible. Los judíos occidentales y orientales siempre se entendieron: en 1917, durante la guerra de intervención, los judíos occidentales ayudaron a los judíos orientales a construir la Unión Soviética, y durante la segunda guerra mundial colaboraron con un préstamo de once billones de dólares, con la Ley de Préstamo y Arriendo y con su apoyo en Yalta, Teherán y Nuremberg. Como conclusión puede afirmarse que los judíos occidentales y orientales, al venderse el secreto de la bomba atómica, hicieron flamear la bandera de la muerte sobre las cabezas de las naciones gentiles, con el fin de establecer su dominio sobre el mundo.

El mundo occidental no carece de ilusiones. Los bolcheviques "moderados", los intelectuales izquierdistas y los denominados antibolcheviques deben aprender que no se puede clasificar exactamente a la humanidad en grupos de bolcheviques: bolcheviques "moderados" y "antibolcheviques". La clasificación correcta es la que distingue dos grupos: los que ven y reconocen el peligro del nacionalismo judío, y los que lo niegan. *Todo aquel que es projudío o niega que los rasgos principales del bolchevismo son judíos, no puede ser al mismo tiempo un verdadero bolchevique.*

"¡Somos un pueblo! ¡Somos un mismo pueblo!", dijo Theodor Herzl.

El frente gentil está instrumentado para engañar "al hombre de la calle", para "nuestros vasallos y esclavos", para las masas. Es una ilusión, al igual que la soberanía de la Casa Blanca, la democracia o la igualdad de derechos. En la retaguardia, entre bastidores y en las posiciones clave, se encuentran Bernard Baruch, Frankfurter, David Lilienthal, Strauss, Oppenheimer y el puño de hierro de Jehová que detenta el poder para aplastar a reinos y democracias. Para las masas del hemisferio oriental, Kruschev es Dios, pero en la retaguardia están la dinastía de los Khaganovich, Yudin, las ametralladoras de la MVD y los Macabeos con casco de acero.

"¡Somos un pueblo!" Pero un pueblo que abandonará al pueblo que lo acoja cuando sus intereses así lo dictaminen. En una ocasión llegaron a abandonar a la misma Unión Soviética. Esto ocurrió cuando los ejércitos europeos atravesaron el sistema ferroviario circular en los alrededores de Moscú. Tras haber expropiado para su usufructo los últimos automóviles y vehículos y haberlos cargado con los tesoros del pueblo soviético, se dieron a la fuga dejando atrás a los furiosos pobladores rusos.

No obstante, hoy por hoy como resultado de su gran victoria en la guerra, pueden decir:

"Conquistamos el mundo. Controlamos la humanidad desde posiciones clave entre bastidores."

CAPITULO DECIMOOCTAVO

POTENCIAS SECRETAS

Los conquistadores del mundo no podrían mantenerse siquiera un momento en el poder sin la ayuda de las tropas auxiliares que ellos comandan desde las posiciones clave. Un aspecto consternante del mundo de hoy está en que esas tropas auxiliares controlan a las democracias y a ciertos sectores de la Iglesia Cristiana, situación que se repite en las dictaduras bolcheviques y las logias masónicas. Los parlamentos, los gobernantes y los medios de difusión pública, como son el teatro, el cine, la radio y la televisión, todos se hallan empeñados en engañar de modo sistemático a la opinión pública, y están organizados para desempeñar el papel de tropas auxiliares a la manera de los congresos partidarios en las dictaduras bolcheviques. Pero detrás de los gobiernos, los comisarios y los títeres de la oposición, se encuentra el Director Satánico, el Becerro de Oro, el "poderío económico", que extrae oro de la sangre y del sudor de los 2.500 millones de habitantes de la Tierra.

¿Cómo se llegó a eso? ¿Está acaso el mundo gobernado por un poder oscuro y maligno?

En el frente ruso durante la segunda guerra mundial, un oficial de la División Azul Española halló cerca del cuerpo de un oficial de policía bolchevique, de nombre Guzmin, un archivo que con-

tenía documentos de singular interés. Esos documentos compilados en 1939 por Guzmin contenían una declaración hecha por Rakovszky, el entonces embajador soviético en París, incriminado en la gran conspiración contra el general Tuhachevsky. Dichos documentos, cuya autenticidad parece estar más allá de toda duda, levantan el velo que cubre al bolchevismo y queda así expuesto uno de los secretos más grandes del mundo. Fueron dictados por un testigo auténtico, uno de los colaboradores más cercanos de Lenin. Es innecesario aclarar que Rakovszky era judío.

En esos documentos, Rakovszky admite con franqueza que, al finalizar la primera guerra mundial, la posición del bolchevismo se tornó extremadamente crítica debido a la expansión y los progresos de la contrarrevolución rusa. A fines de 1917 se había obligado a los bolcheviques a retirarse hasta los territorios pertenecientes al Principado de Moscú. Pero *fue entonces cuando apareció una potencia superior que, según Rakovszky, gobierna el mundo.* Esa potencia superior actuó desde el oeste y detuvo el suministro de armas y divisas para la contrarrevolución, que hasta ese momento había sido continuo y seguro.

En una serie de confesiones confidenciales, Rakovszky también declara que el gran derrumbe económico de Wall Street de 1929 fue obra de un misterioso grupo de unos pocos que acataban órdenes de una potencia superior. Esa misma potencia mundial puso en práctica el famoso "New Deal" de Roosevelt, pero, por otro lado, también apoyó el movimiento hitlerista durante las penurias económicas que sufrió en sus comienzos, *a través de la ayuda brindada por Schacht, un masón.*

"Esa potencia mundial es más poderosa y más omnipotente que el mismo Komintern", dijo Rakovszky.

Ante la repetida inquisitoria de Guzmin sobre la identidad de aquellos que eran dueños de ese

poder mundial, Rakovszky dio varias respuestas evasivas, como: "Ellos", "Esa gente" y otras semejantes. ¡Evidentemente, no quería pronunciar la palabra judío!

Decía no conocer con exactitud quién era esa gente, mas sabía que eran omnipotentes y que estaban en todo lugar. No tenían forma visible y aparecían la mayoría de las veces en forma de intereses financieros internacionales. A veces se los llama "el poderío económico". No obstante, una cosa era segura: esa potencia mundial intervendría, sin duda alguna, si llegaba a aparecer alguna fuerza arrolladora capaz de destruir al comunismo. Trotsky, más familiarizado con esos círculos, en cierta ocasión le dijo a Rakovszky: "El hombre que ha logrado romper el bloqueo que se cernía sobre los soviéticos es Walter Ratheman, el millonario integrante del gobierno de Weimar".

Los documentos citados también insinúan que esa potencia mundial desconocida se corporiza en cierta forma de organización masónica. Aun más interesante, empero, es saber que Karl Marx no fue el verdadero fundador de la revolución comunista mundial. Su verdadero progenitor fue Adam Weishaupt, fundador de la orden masónica de los Illuminati. Weishaupt, oriundo de Alemania, era discípulo de Moises Mendelssohn, el filósofo judío.

Según estadística del año 1935, la compañía Kuhn y Loeb controlaba una fortuna de cuatro billones de dólares, y, sin duda, hoy en día debe manejar cifras mayores.

La política a escala mundial de esa potencia secreta es harto interesante. El odio que sentía el judaísmo hacia la Rusia zarista era tan intenso que ese mismo banco, Kuhn, Loeb y Compañía, le otorgó un préstamo de 130 millones de dólares a los japoneses para financiar la guerra ruso-nipona. En años posteriores, al fin de la primera guerra mundial, intervino en favor de los bolcheviques y los salvó de lo que parecía una derrota segura. Bien sabía

que la victoria de la contrarrevolución traería aparejada una venganza del engañado y torturado pueblo ruso, lo que implicaría la destrucción del judaísmo de Rusia.

Sin embargo, el capítulo más horroroso de esa política satánica se registra cuando, según Rakovszky y otras fuentes alemanas fidedignas, dicha potencia mundial concede sumas aun mayores a Hitler y al nacional-socialismo, con el objeto de ayudarlos a superar las dificultades económicas iniciales. Sabían que si Hitler lograba tomar el poder, Alemania se vería envuelta en una nueva guerra. *El verdadero objetivo era no sólo la destrucción del nacional-socialismo alemán, sino algo aun más trascendente: el logro de la gran aspiración final y gloriosa, la destrucción biológica y la reducción a la esclavitud de las naciones no judías.*

Algunos pasajes de las declaraciones de Rakovszky adquieren notable relieve. Debe de haber estado muy familiarizado con la naturaleza de esa potencia mundial secreta para haber podido profetizar desde la celda de una prisión, ya en el año 1938, lo siguiente: "Hitler estrechará la mano de Stalin para poder liquidar a Polonia, y Stalin aceptará su ofrecimiento. Si bien de esa manera ambos habrán atacado a una nación católica de importancia para Occidente, sólo uno será declarado agresor y ese será la Alemania de Hitler".

Antes del estallido de la guerra cayeron en manos del servicio de contraespionaje alemán documentos del Gran Oriente relativos a la reunión del Gran Consejo ocurrida el 29 de mayo de 1939. De ellos se desprende en forma inequívoca que Groussier, el Gran Maestre, mantuvo importantes reuniones de consulta con Bullit, embajador de Roosevelt en París, quien fue informado del punto de vista del Gran Oriente, según el cual debían tomarse *todas las medidas posibles para evitar un entendimiento sobre la cuestión polaca, ya fuera entre Hitler y los polacos o bien entre Hitler y las potencias extran-*

jeras. Ya en marzo de 1939 se informó a Chamberlain que, si llevaba adelante su política de conciliación, los Estados Unidos quitarían todo su apoyo moral y económico a Gran Bretaña.

Los documentos del Congreso Judío, que se llevó a cabo en París mucho tiempo antes de la segunda guerra mundial, fueron publicados por los "Catholic Gazette" en febrero de 1936. Se nos informa que en ese congreso la potencia mundial secreta mostró la verdadera magnitud de su arrogancia. Los oradores se refirieron orgullosamente al hecho de que los líderes más importantes de todas las naciones eran masones, y, por lo tanto, actuaban a favor de las aspiraciones de Israel.

"¡Somos los amos de la guerra y de la paz!", resuena el seguro desafío de los conquistadores del mundo. "Francia cayó en nuestras manos, Gran Bretaña depende de nuestro dinero y es nuestra esclava. Muchos otros estados y naciones, incluso los Estados Unidos, se inclinan ante nuestro poderío y nuestra organización".

El hecho de que esa potencia mundial no sólo existe sino que es, en realidad, la dueña del mundo resalta en las declaraciones hechas primeramente por Rakovszky, en segundo lugar por el ex rey Alfonso XIII, en tercer término por informes secretos hallados por los alemanes después de la ocupación de París, en cuarto lugar en el diario personal de Forrestal y, por último, en documentos confidenciales de un diplomático ruso.

El conde Jean Szembek, uno de los más importantes funcionarios de la cancillería polaca, publicó su diario personal en Francia con el título de *Journal 1933-1939.* Allí deja testimonio de su conversación con el rey de España, Alfonso XIII, el 19 de febrero de 1939. "El Rey de España tiene una opinión muy pesimista acerca de la situación mundial", dice el diario. "El judaísmo y la masonería mundiales desempeñan un papel sumamente importante en el intento de desencadenar una guerra."

El 6 de julio de 1939, Jerzy Potoczky, embajador polaco en los Estados Unidos, retornó a Varsovia desde Washington para informar a su gobierno. En el curso de su informe dice: "Hay toda clase de gente en Occidente que quiere llevarnos a una guerra: los judíos, los grandes capitalistas y los fabricantes de armas. Piensan que están entrando en una era de prosperidad. Nos consideran y nos manejan como negros, cuya sola obligación es trabajar y sudar con el único objetivo de multiplicar el capital de su amo".

Los judíos y los masones hallaron aliados en círculos inesperados. El 19 de marzo de 1939 el conde Szembek visitó al conde Ledochowszky, general de la Orden Jesuítica, y luego escribió: "Quiso la casualidad que estuviera presente durante la reunión de consulta entre el conde Ledochowszky y el cardenal Marmaggi, con respecto a la llegada de una misión de la Falange Española. Durante la reunión ambos condenaron duramente el fascismo y el hitlerismo y llegaron a la conclusión de que la Falange era un movimiento similar. Ledochowszky se refirió a todos esos sistemas como «opera del diavolo», es decir «obra del demonio»..." El 21 de abril de 1939 monseñor Montini, legado papal en Polonia en esos momentos, comentó al conde Szembek que, *de acuerdo con el punto de vista oficial del Vaticano, si Polonia entrara en guerra, tal conflicto sería justo y legítimo.*

Szembek también escribe en sus Memorias que, el 11 de agosto de 1939, el embajador polaco ante el Vaticano le informó que "ante Alemania ha de mantenerse una posición inflexible y que esa actitud tiene, sin duda, amplio apoyo del Vaticano".

Así nos encontramos con que el mismo Vaticano se contaba entre los satélites de los conquistadores del mundo, sin siquiera detenerse a pensar en el peligro inherente al bolchevismo.

Ya hemos analizado el tema de las posiciones clave ocupadas por los conquistadores del mundo.

Pero el avance político fue más bien sólo una consecuencia modesta de ese poder económico mundial del cual el judaísmo se apoderó ya al principio de este siglo para poder dominar a las demás naciones.

Marxistas, leninistas y otros socialistas bisoños se refirieron a la aparición de esa misteriosa potencia mundial llamándola "imperialismo del dólar". Las banderas de los "imperialistas del dólar" fueron llevadas por norteamericanos que dieron la vida por defenderlas. Sin embargo, detrás de esas banderas de una nación joven y poderosa, pero políticamente ignorante, inexperta e ingenua, estaban los conquistadores del mundo, quienes de hecho marchan hoy en pos del sometimiento de todas las naciones libres e independientes.

Daremos algunos ejemplos a guisa de ilustración. Speyer y Cía., el gran banco judío, concedió a México su primer préstamo de doce millones y medio de dólares. A cambio de ese préstamo adquirieron todas las concesiones petroleras de dicho país. Rockefeller, Morgan, Jacob Schiff y otros grandes financistas judíos siguieron el ejemplo y así casi todos los recursos naturales mejicanos cayeron en manos judías. Bernard Mannes Baruch, el National City Bank —manejado por judíos—, y Guggenheim, el magnate judío del cobre, se convirtieron en los verdaderos dueños de México.

En 1906 los mismos conquistadores del mundo concretaron monopolios sobre los ingresos aduaneros y fiscales de Nicaragua así como sobre sus ferrocarriles y compañías navieras.

La banca Kuhn, Loeb y Cía. fue uno de los fundadores y a la vez principal financista de la Compañía del Canal de Panamá.

La mayor parte de la industria cubana está controlada por los Guggenheim.

Bolivia se convirtió en una colonia del "imperialismo del dólar" gracias a la acción de Speyer y Guggenheim, quienes explotaban las minas de zinc.

Desde 1935 los trusts de Guggenheim y Morgan

controlan el 35 % de la industria del nitrato de potasio en Chile y el 90 % de la del cobre.

Las minas de cobre peruanas están en manos de los Seligman y los Goldschmidt.

La industria canadiense del níquel está controlada por Lord Melchett bajo su verdadero nombre, Mond. De los 30 billones de dólares que representan la totalidad de las reservas del Canadá, 3 billones están en manos judías.

Los Morgan, el National City Bank y los consabidos Kuhn y Loeb organizaron el comercio exterior con China. Luego comenzó su "explotación" a manos de la International Banking Corporation con Edward Harriman, el magnate ferroviario, a la cabeza, junto con Isaac Guggenheim. La construcción de ferrocarriles en dicho país permitió que Schiff, Morgan, Kuhn y Loeb y Harriman forjasen verdaderas fortunas.

Según Rakovszky, fuerzas similares rescataron al bolchevismo y, con el objetivo de destruir a Alemania, brindaron su apoyo al movimiento hitlerista en sus comienzos. Estaban también involucrados en el pacto de Stalin, en la guerra aérea total, en la expulsión de 18 millones de alemanes de su patria conducente al sojuzgamiento de Europa y en la represión de las naciones asiáticas que pugnaban por independizarse. Esta potencia mundial se identifica con los juicios de Nuremberg y con el sórdido regateo de Yalta, mientras que la muerte del demócrata Forrestal, así como la del comunista Zheanov, se debieron al hecho de que ambos deseaban que tanto el mundo bolchevique como el capitalista pusieran las cartas sobre la mesa. Exterminó a muchos de los líderes de los pueblos cristianos de Europa acusándolos de haber cometido "crímenes de guerra". De ahí ha surgido, para salvar a la Unión Soviética, la teoría más reciente de coexistencia. Según Rakovszky, esa potencia superior reveló su verdadera identidad durante el juicio a los espías relacionados con cuestiones atómicas.

¿Por qué se rehusó Julius Rosemberg a dar a la corte el nombre de sus superiores cuando, de haberlo hecho, habría salvado su vida y la de su esposa?

¡La respuesta es sencilla! Ese pequeño e insignificante judío era junto con sus cómplices, agente de una potencia superior. No fue por iniciativa propia por lo que suministró los secretos de la tecnología atómica a Khaganovich y a sus secuaces. Ciertas personas le ordenaron que así lo hiciera; ciertas personas lograron convencerlo de que para él, un judío insignificante pero leal, era deber sagrado, religioso y patriótico suministrar al Kremlin el secreto de la bomba atómica, para evitar así una tercera guerra mundial, que llevaría a la destrucción del judaísmo.

Sea como fuere, lo cierto es que Rosemberg y su esposa, dos judíos relativamente insignificantes, cayeron como mártires llevándose a la tumba uno de los secretos más grandes del siglo xx. Los que acompañaron sus restos hasta el cementerio, en una procesión matizada por escenas de corte dramático y de marcado fanatismo, bien sabían que esa pareja había dado su vida por la supervivencia del judaísmo mundial. Por eso nunca se revelaron los nombres de los verdaderos culpables.

En su edición del 15 de junio de 1955 el diario francés "La voix de la Paix" publicó un interesante artículo escrito por un izquierdista que, sin querer, arrojó una luz muy intensa sobre la naturaleza básica de las democracias gobernadas desde posiciones clave.

"El propio Parlamento francés —escribe— es una especie de sociedad cerrada, en la cual se reúnen representantes de los grandes grupos de la banca. Estos son: 1) L'Union de Banques Américaines, que en el campo político francés está representado por René Plever, quien comenzó su carrera como secretario de Jean Monnet: 2) L'Unión Européene, a la que pertenece la banca Rothschild. Este grupo está

representado políticamente por René Mayer, ex director de las empresas del grupo Rothschild.

En ese breve artículo se da una imagen sorprendente que pone de manifiesto que la Francia de San Luis es hoy una dictadura manejada por diversos grupos financieros con la ayuda de parlamentarios democráticos corruptos. A la vez, sirve de base principal a la conspiración internacional que ahorca al mundo.

Entre las muchas manifestaciones de esa potencia mundial secreta, aparecidas una vez finalizada la segunda guerra mundial, quizá la más notable sea un artículo escrito por Francis Quisney publicado en la revista "Der Weg", editada en la Argentina. Trataba sobre la política de los Rockefeller a escala mundial y en resumidas cuentas decía que Nelson Aldrich Rockefeller, actual cabeza visible de la "cristiana" banca Rockefeller, mantenía estrechos vínculos laborales con la banca judía Kuhn, Loeb y Cía. de New York. Durante la segunda guerra mundial Roosevelt designó a Nelson Aldrich Rockefeller coordinador de la Defensa Hemisférica, cuya función era la de "mantener bajo control" a los estados sudamericanos y dominar sus mercados.

Llevaría todo un volumen intentar describir en detalle el papel fatal que le cupo al jefe de la banca Rockefeller en la bolchevización del mundo mientras estuvo bajo la influencia de la compañía Kuhn y Loeb, que financió la revolución bolchevique y la construcción de la bomba atómica. En "The Wall Street Journal" del 13 de mayo de 1948 Ray Cromley, periodista norteamericano, confirmó que, no sólo en Yalta sino con bastante anterioridad a esa conferencia, se había forjado un acuerdo secreto entre Nelson A. Rockefeller y Gromyko, representante judío del Kremlin, en el que establecía la división del mundo en dos hemisferios. La línea demarcatoria de los mismos recorre las fronteras orientales de Finlandia, continúa por las costas de Suecia, atraviesa una Alemania dividida para luego

proseguir por las fronteras orientales de Austria, pasa por los límites septentrionales de Turquía y termina, finalmente, en el Golfo Pérsico. Este acuerdo secreto entre conspiradores de ambos hemisferios tenía en cuenta el hecho de que los ricos pozos petroleros de la Arabia Saudita debían mantenerse bajo el control de los Rockefeller y los magnates judíos del petróleo que los secundaban. Otro hecho alarmante que surge de ese artículo es la aseveración, debidamente probada, de que el petróleo suministrado a la máquina bélica comunista por las destilerías de Arabia Saudita, pertenecientes a Rockefeller y a Kuhn, Loeb and Co., posibilitó que los comunistas coreanos llevaran a cabo su ataque contra Corea del Sur.

En varias oportunidades el bolchevismo se salvó de la destrucción gracias a conspiraciones secretas de Occidente. La misma potencia secreta lo salvó en un principio al ejercer presión sobre los sindicatos británicos y los banqueros norteamericanos para poner fin a una guerra de intervención contra el bolchevismo, y más tarde ayudó a Stalin en la industrialización de la Unión Soviética. Lo salvó otra vez cuando se realizó el pacto Ribbentrop-Stalin, al ser solamente Hitler el único señalado como enemigo. La Unión Soviética se salvó una vez más cuando Fiorello La Guardia entregó a Litvinov un cheque por once billones y medio de dólares, y de nuevo al establecerse prematuramente un segundo frente cuando se invadió Europa, sin esperar a que las dictaduras de Rusia y Alemania "se desangraran mutuamente hasta morir".

Eso fue lo que sucedió, si bien Truman, a quien podemos considerar el único presidente "antisemita" desde Jefferson, había declarado al iniciarse la guerra soviético-germana en 1941:

"Dejemos que se maten el uno al otro. Luego deberemos apoyar a los más débiles."

Truman aún era sólo vicepresidente y Roosevelt se acercaba al fin de sus días cuando el mundo

occidental discutía seriamente la posibilidad de terminar de una vez por todas con la amenaza soviética. Truman llegó a concebir la posibilidad de destruir simultáneamente, con un oportuno zarpazo, al bolchevismo y a Hitler. *Fue ésta la última oportunidad real que tuvieron las democracias y el mundo libre para asegurarse una victoria terminante.*

Se iniciaron consultas con los líderes militares del derrotado ejército germano, y se propuso que, después de una capitulación formal de los alemanes, éstos se unirían a los aliados occidentales para juntos caer sobre las agotadas tropas soviéticas. Todos los que vivían en Europa en esa época febril intuían que el mundo se hallaba en el umbral de un nuevo choque que habría de decidir el destino de la humanidad. Parecía que, aunque fuera derrotado el nazismo, la victoriosa Wehrmacht marcharía nuevamente, aliada a las aún más victoriosas fuerzas británicas y americanas.

En marzo de 1945, los operadores de radio de Alemania y Hungría, al igual que los estados mayores de ambos países, sabían que la Unión Soviética se hallaba al borde del colapso. En Hungría y Alemania Oriental se interceptaban y descifraban mensajes codificados enviados a Moscú por los diversos mandos soviéticos. Se trataba, en todos los casos, de pedidos desesperados de ayuda, armas, municiones y refuerzos por parte de los "victoriosos" generales soviéticos.

Pero en ese momento, cuando las democracias tenían la oportunidad de borrar el bolchevismo de la faz de la tierra con ayuda del nacional-socialismo alemán, la misteriosa y secreta potencia de la que hablaba Rakovszky en sus memorias intervino nuevamente a través de un típico títere, el general Dwight Eisenhower, quien luego sería presidente de los Estados Unidos.

Las negociaciones entre la Wehrmacht alemana y los británicos no eran habladurías. Rokossovsky, el mariscal de campo "rojo" y reciente comandante

en jefe del ejército comunista polaco, sacó a luz ciertos detalles notables sobre ese tema. Afirmó que el mariscal Zhukov poseía pruebas del hecho de que, en abril de 1945, los británicos proyectaban llegar a un acuerdo con la Wehrmacht para caer juntos sobre los ejércitos soviéticos, que ya habían penetrado profundamente en la Europa occidental. Mientras tanto, el alto mando soviético interceptó y descifró las telecomunicaciones entre los cuarteles generales alemanes y británicos. La única condición era que el ejército alemán debía capitular antes del 22 de abril de 1945. Se iniciaría de inmediato un ataque combinado para obligar al ejército soviético a retirarse por lo menos hasta las orillas del Oder.

Existe la creencia de que un coronel del ejército británico confió esa información a Eisenhower, quien a su vez le comunicó con prontitud a los británicos que, si ayudaban a los alemanes en su lucha contra los bolcheviques, cortaría de inmediato el suministro de material bélico vital a Gran Bretaña, que de ese modo se vería librada a sus propias fuerzas.

Hoy en día el mariscal Zhukov se refiere a esa instancia, quizá la última oportunidad que tuvo la humanidad para lograr su libertad, de la siguiente forma: "La intervención de *mi buen amigo* Eisenhower frustró este pérfido plan" ("Das Neue Zeitalter", setiembre 28, 1957).

Así fue cómo el manso general de Roosevelt, de quien el general Mac Arthur comentó agriamente: "Eisenhower no fue oficial de Estado Mayor sino mi empleado", destruyó la última esperanza de la humanidad. La Unión Soviética no sólo se salvó sino que se transformó en una de las más grandes potencias del mundo. Después de eso, era natural que el favorito de Baruch y Morgenthau, y además, ejecutor del plan Morgenthau, se convirtiera en el presidente de los Estados Unidos mientras que los poderes entre bastidores frustraban las nominaciones de Taft y Mac Arthur para las elecciones presiden-

ciales. Una vez electo Eisenhower presidente, se suspendieron las investigaciones de la comisión Mc Carthy. Los conquistadores del mundo retornaron a la Casa Blanca, y, a juzgar por los hechos subsiguientes, hasta un niño puede entender la posición indiferente ante la histórica rebelión húngara del 4 de noviembre de 1956, así como la negativa a brindar cualquier clase de ayuda auténtica.

Gracias a Eisenhower el bloque oriental de la potencia mundial judía encontró nuevamente la salvación. Debido a la irresponsabilidad de ese soldado-títere, también cayó en manos soviéticas el secreto de los cohetes. Al enterarse de la proximidad de los bolcheviques, los científicos alemanes evacuaron Penemuende en 1945. Se habían fabricado allí los cohetes del tipo V1 y V2, y el equivalente del Sputnik soviético de 1958, el V9, estaba listo para ser lanzado. Los científicos alemanes trajeron consigo cincuenta y cuatro vagones de proyectos y material científico, que planeaban entregar a los norteamericanos. La comandancia en jefe estadounidense, que en ese momento estaba integrada casi exclusivamente por judíos, ordenó a los alemanes que dejaran los cincuenta y cuatro vagones en manos de los soviéticos. Se les permitió el acceso al territorio ocupado por las tropas norteamericanas, pero sólo con 100 libras de equipaje por persona. Cabe preguntarse si esos hechos eran conocidos por Eisenhower, comandante en jefe de Morgenthau. Ello podrá ser cuestionable, pero lo cierto es que el secreto de los cohetes, así como los de la bomba atómica, cayeron en manos soviéticas.

Por ello, a la pregunta: "¿Existe una conspiración supranacional que involucra a todas las naciones", no podemos concebir otra respuesta sino un definitivo y categórico ¡Sí! Esa conspiración ha cobrado forma e intervenido en todas las grandes crisis que aquejaron a la humanidad. Tomó parte en la revolución francesa, en los movimientos socialistas-comunistas del siglo XIX y en los tratados de paz que

siguieron a la primera guerra mundial. Sus rasgos se hicieron visibles, por un instante, en 1917 durante la destrucción de la Rusia zarista. De acuerdo con los escritos de Rakovszky, citados anteriormente, a esa conspiración se debió la salvación del bolchevismo en momentos en que la contrarrevolución rusa estaba a punto de triunfar. Esa misteriosa potencia inició la segunda guerra mundial, destruyó a la Europa cristiana y exterminó a la élite intelectual europea. Esa misteriosa potencia conspiradora entregó el secreto de la bomba atómica a los soviéticos y traicionó a América.

¿Quienes, entonces, son los integrantes de ese grupo de conspiradores? No cabe duda de que entre ellos, en primer lugar, han de encontrarse los líderes del judaísmo mundial, obsesionados fanáticos del "nazismo" expansionista del Antiguo Testamento, dirigidos por los banqueros de grandes grupos financieros internacionales así como por los principales "comisarios" del bolchevismo, es decir, los amos del Kremlin. Quizá no todos pueden ser incluidos, pero hay muchos entre ellos que pelean al mando de Khaganovich por la instauración del Reino Mundial Judío.

Casi más peligrosos que esos líderes conspiradores son las tropas "auxiliares" que lograron alistar para su causa hace prácticamente medio siglo. Según las últimas estadísticas, hay más de seis millones de masones en el mundo, cuatro millones de los cuales están en los Estados Unidos. La mayoría de esos masones probablemente no sea comunista, pero, de cualquier manera, sin proponérselo promueven las metas comunistas. Más aún: motivados por convicciones o intereses materiales o económicos, favorecen las aspiraciones judías, cuya meta final es el comunismo y, a través del comunismo, el establecimiento de una dictadura totalitaria judía junto con la abolición total de la libertad humana.

Para entender las colosales dimensiones y consecuencias de esa conspiración debemos darnos cuenta

de que la humanidad se encuentra hoy en día en el umbral de una nueva era, y que posiblemente ya se haya pasado de la edad de hierro a la era atómica. No es preciso tener mucha imaginación para darse cuenta de que el mundo está superpoblado y de que el futuro —la vida y subsistencia de la población— depende del incremento masivo de la producción a través del uso más eficiente de la energía atómica. Esa energía, que puede ser fuente de destrucción pero puede, por otra parte, ser una bendición del cielo, se halla bajo el control de un grupo cerrado de profetas del "nazismo" supranacional. La mayor parte de la humanidad ya se encuentra impotente ante ese grupo, que, por medio de estallidos atómicos experimentales, ha servido sólo a sus propios intereses económicos, sin importarle que posiblemente la radiación atómica ya haya envenenado nuestra agua y nuestro pan, e incluso afectado los genes de nuestros hijos por nacer. ¿Qué pasará si ese grupo logra obtener el control exclusivo de esa energía mortal bajo el eufemismo de "energía atómica para fines pacíficos"? No es un concepto utópico ni una pesadilla sino, por el contrario, un hecho sumamente probable que esa energía demuestre ser el medio necesario para el establecimiento de una dictadura mundial. Sólo aquel continente que se someta en forma incondicional recibirá combustible y energía eléctrica. Los que no estén dispuestos a servir a ese grupo judío, para así asegurar el mantenimiento de una posición cercana a la cima de la pirámide social que goza de la caricia del sol, pero que se atrevan a resistir la explotación general, perecerán miserablemente, ya que el "nazismo" del Antiguo Testamento no conoce misericordia ni humanidad.

Si su poder no se erradica en poco tiempo y sigue gozando de los monopolios político, económico e intelectual, en el lapso de dos décadas sobrevendrá el terror mundial totalitario, que traerá aparejada la destrucción de la libertad, del espíritu libre y de

los ideales humanos, que incluyen el concepto de la propia tierra y del orgullo nacional. Al final existirán, por un lado, las masas sometidas, cuyo número ascenderá a cuatro billones de esclavos sin lazos nacionales, raciales o religiosos, y por el otro se hallarán los quince millones de integrantes del pueblo elegido, que realizarán la profecía de la Torah y *se convertirán en amos de todas las naciones.*

CAPITULO DECIMONOVENO

EL LEVANTAMIENTO POR LA LIBERACION DE HUNGRIA

En octubre de 1956 estalló la lucha por la liberación nacional de Hungría. Una nación entera se levantó en contra no sólo de Oriente sino también de Occidente. Aquellos que luchaban por la libertad de Hungría, que con intrépida gallardía se rebelaron contra la policía secreta de la AVH manejada por judíos, con igual heroísmo rehusaron aceptar el corrupto régimen económico capitalista de Occidente.

Si bien una Hungría libre no pudo ver la luz, un nuevo mundo comenzó a vislumbrarse en los corazones de los hombres. El concepto milenario del socialismo tomó forma y se materializó una vez más en el corazón e imaginación de las masas, concepto que también podría ser visto como parte de un mundo nuevo y ejemplar, poseedor del orden social más moderno. El esclavo de las minas y fábricas explotado por el capitalismo estatal del Soviet, el alumno del instituto marxista-leninista, el oficial oriundo de la clase trabajadora y perteneciente al ejército popular, el pequeño agricultor, todos rechazaron en forma unánime el bolchevismo, la forma más desarrollada de dominación mundial judía.

Los luchadores por la libertad parecen haber

evitado enfrentar el problema de la dominación judía. Los cabecillas y terroristas de la policía secreta (AVH) fueron ejecutados, no por ser judíos, sino como meros asesinos comunes y elementos antisociales culpables de delitos contra el pueblo y la humanidad. Sin embargo, en sus aspectos esenciales esa lucha por la libertad constituyó la primera revolución verdadera que se opuso a los conquistadores del mundo, dado que los líderes del régimen de terror bolchevique en Hungría, que ocupaban posiciones clave en las organizaciones terroristas de la policía y del ejército, eran casi exclusivamente judíos. *La índole del terror fue predominantemente judía* y sólo en pequeño grado eslavo-bolchevique.

"De nosotros proviene el terror que todo lo envuelve", dicen los *Protocolos*, y todo lo que profetizaron y proclamaron concerniente a la policía secreta judía aquí se materializó y alcanzó gran desarrollo. El Departamento de Seguridad de Estado, controlado en su totalidad por judíos, tenía registrada a toda la población de Hungría en sus archivos policiales mediante el sistema de tarjeta-índice. Esas tarjetas suministraban información detallada sobre cada miembro de la población. En ellas figuraban, con meticuloso detalle, rasgos de carácter, señas particulares y otros datos, y en algunos casos hasta incluían informes sobre la ideología y puntos de vista del individuo en cuestión. Es sabido que el peor antecedente que podía figurar en el prontuario de una persona era el de ser "antisemita". Conocemos el caso de una joven empleada que fue catalogada como "antisemita" tan sólo por no mostrarse amistosamente dispuesta hacia sus colegas, por lo que éstos "intuyeron" que tal vez los judíos no eran de su agrado.

Las autoridades de Seguridad Estatal (AVH) tenían 40.000 empleados que manejaban esos archivos secretos, compilados por 400.000 espías con información confidencial proveniente de fábricas, talle-

res, oficinas y otras fuentes. Todos los que fueron llevados ante las autoridades de Seguridad Estatal fueron tratados de la manera más cruel y despiadada.

Entre 1945 y 1946 la Sociedad Fraternal de Compañías Laborales Judías montó la policía comunista que tuvo a su cargo el terror organizado en Budapest. Ese cuerpo estaba encabezado por el doctor Zoltan Klar, el antes notorio médico millonario de Budapest, quien en la actualidad se desempeña activamente en los Estados Unidos como "editor". Las diversas agrupaciones de esa sociedad visitaban en forma regular las prisiones y otros lugares de detención donde violaban a las prisioneras varias veces al día. Inventaron métodos de tortura tan bestiales que no pueden ser superados, ni siquiera por los empleados por los torturadores chinos. A los prisioneros con largas condenas se los obligaba a protagonizar, durante su paseo diario por el patio carcelario, reyertas que culminaban en sangrientas peleas. Es interesante observar que el actual primer ministro, János Kadar, también fue torturado cuando por un corto período osó desafiar al sistema moscovita. Se le arrancaron las uñas de las manos y, según informes aparecidos en varios diarios suizos, también se lo castró.

Los luchadores por la libertad y aquellos liberados de las prisiones comunistas que llegaron a Occidente denunciaron miles de casos similares. Cuando los luchadores por la libertad lograron ocupar los edificios de la policía secreta, hallaron aun más pruebas de la existencia de un sistema de terror casi increíble para el mundo occidental. Enormes paredes y gigantescas habitaciones estaban atestadas de grabaciones de las conversaciones más triviales, prolijamente archivadas, junto con copias en microfilm de cartas provenientes del exterior que carecían de toda importancia. Bajo la plaza Tisza Kálmán de Budapest se halló una prisión secreta compuesta por 3.000 celdas que había sido construida en una

estación de trenes subterráneos a medio terminar y cuya existencia se desconocía hasta el inicio de las luchas por la libertad. Otras prisiones subterráneas de ese tipo se hallaron en las provincias, al igual que pasajes subterráneos que permitirían la fuga de los líderes comunistas, en caso de emergencia.

Y así, si consideramos que en Hungría los líderes eran judíos, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que *aquí se materializó el más caro sueño del reino mundial judío.*

Ese dominio mundial judío contaba con otros medios a su disposición, aparte del terror. A la guerra biológica, que destruyó físicamente a los miembros de la sociedad húngara más talentosos, se le sumó una guerra política. Se declaró "ajeno a la clase" a todo aquel cuyo abuelo hubiese sido pequeño terrateniente, dueño apenas de 20 a 25 acres de tierra, o cuyo padre hubiese sido empleado público de poca jerarquía antes de 1945. La persona en cuestión podía poseer las más elevadas calificaciones como médico, profesor universitario, abogado o científico y, sin embargo, al ser catalogado como *"ajeno a la clase"* sólo podía aspirar a realizar el trabajo de un obrero no especializado. Los puestos vacantes así generados fueron cubiertos en parte por comunistas ignorantes e incultos, y también, en mayor medida, por aquellos judíos que ocupaban posiciones clave dentro del régimen. Al mismo tiempo, 50.000 intelectuales fueron deportados a las provincias, donde llevaron una existencia miserable. En 1953 había aproximadamente 95.000 prisioneros políticos que cumplían trabajos forzados en los campos de internación, mientras que otros 25.000 se hallaban en distintas prisiones. Más aún, *según los registros del régimen comunista, se llevaron a cabo 15.000 ejecuciones "oficiales" entre 1945 y 1956.* Esta última cifra fue puesta al descubierto cuando los luchadores por la libertad tomaron la prisión central el 1º de noviembre de 1956.

Esas cifras causan estupor. En toda la Rusia zarista había sólo 40.000 exiliados, y entre 1867 y 1939 el número total de muertos en Hungría durante los disturbios, huelgas y desórdenes que se produjeron como consecuencia del uso legal de la fuerza por parte de los servicios armados ascendió a sólo diecisiete.

Esas atrocidades tenían el claro objetivo de reducir al pueblo húngaro a una masa de esclavos intimidados, de acuerdo con la fórmula dada por los *Protocolos*, para así establecer la dominación judía. El 23 de octubre de 1956 la nación húngara se irguió contra el predominio de ese reino mundial, pues, a pesar de todo, no había sido posible dominar y reducir a ese pueblo a una masa antropomorfa y sin ideas.

Sobre las ensangrentadas aceras de la ciudad de Budapest se atacó simultáneamente a los dos aspectos de los conquistadores del mundo. El proletariado húngaro, junto con los estudiantes universitarios, armas en mano, libraron una lucha desesperada contra la tercera etapa de la conquista judía, o sea, contra la campaña de terror y su organización represiva. Pero el pueblo húngaro oponía igual resistencia a la segunda etapa, que consistía en la reimplantación del capitalismo libertal.

Su plataforma inédita era: ¡Socialismo sin terror! ¡Liberación nacional sin subordinación económica!

Es evidente que semejante plataforma no sería tolerada ni por el mundo occidental ni mucho menos por el oriental. La lucha húngara de liberación tenía carácter nacionalista. En consecuencia, se oponía tanto a Moscú como a la otra alternativa en materia de terror y esclavitud: la ONU.

Quedó bien demostrado que el mundo está dividido en dos hemisferios cuando el pueblo de Hungría intentó desligarse del hemisferio oriental, y cuando el pueblo árabe, guiado por los nacionalistas egipcios, quiso evadirse del hemisferio occidental. Parecía natural que Khaganovich, nuevamente en la

palestra, comenzara a hacer rodar sobre Hungría las divisiones blindadas de Zhukov. Pero, por otro lado, no parecía tan natural que Israel, aliada de Francia y Gran Bretaña, atacara a Egipto tan repentinamente.

Los hechos demostraron casi el mismo día que *la partición del mundo en dos hemisferios era algo real.* Por supuesto, también tenían vigencia los acuerdos de Yalta y Potsdam, así como el plan Gomberg. Las líneas demarcatorias fijadas por esos acuerdos no pueden ser transgredidas por Hungría y Egipto. De lo contrario, las divisiones blindadas de Ben Gurion y de Khaganovich aparecerán con el fin de borrar toda forma de nacionalismo con su deseo de libertad e independencia.

El levantamiento por la liberación de Hungría se inició el 23 de octubre y las fuerzas israelíes cruzaron las fronteras con Egipto el 29 de octubre. Las radios de los luchadores por la liberación de Hungría informaron ese mismo día que fuertes unidades soviéticas habían comenzado a invadir el país por el este.

El mundo occidental traicionó brutalmente tanto a Hungría como a Egipto. Los judíos neoyorquinos mantuvieron una reunión especial durante los primeros días del levantamiento húngaro y con prontitud calificaron a la guerra de independencia húngara como movimiento "antisemita", con lo que la ONU rápidamente tomó la decisión de no ayudar a los luchadores por la libertad y apoyar abiertamente a las divisiones blindadas del Soviet. Mientras tanto, Gran Bretaña y Francia, aliadas de Ben Gurion, se apresuraban a bombardear a los "antisemitas" de Port Said.

Pero la traición del mundo occidental fue más fatal e insidiosa que la abierta brutalidad de los soviéticos. El mundo occidental traicionó sus intereses así como sus propios y muy cacareados principios, por no mencionar la democracia y la humanidad, cuando se hizo cada vez más evidente que,

detrás de las frases altisonantes pronunciadas durante la crisis del Canal de Suez, acechaba un interés extraño, o sea, el del nacionalismo mundial judío. No es necesario aclarar que nadie arrastró a Ben Gurion ante una corte de Nuremberg por "planear una guerra agresiva", cargo por el cual fueron ejecutados los generales Jodl y Keitel. Mientras tanto, las Naciones Unidas, con sus 1.200 judíos sobre un total de 1.800 empleados, observaba en forma inmutable cómo los soviéticos llevaban a cabo el más terrible genocidio bajo sus propios ojos.

Mas todo eso era algo natural y estaba contemplado, dado que fue restaurado en Hungría el reino mundial judío en su versión completa y perfecta, aun sin la presencia de Mátyás Rákosi-Roth.

Ciertos sectores de la prensa occidental se regodean en hacer correr el rumor de que el "gobierno" comunista húngaro formado tras la represión del levantamiento es, en realidad, "antisemita". Examinemos lo que se esconde tras los titulares. Tenemos acá un excelente ejemplo del funcionamiento del "frente gentil". En este caso el títere, János Kádar, cuyo verdadero nombre es Csernák, es de hecho de origen eslavo y no judío.

Pero los dos subsecretarios, Antal Apro-Apfelbaum y Ferenc Muennich, son judíos. El canciller, Imre Horváth, junto con sus dos vicecancilleres, Endre Silk e István Sebes, son judíos. Es más: también son judíos Géza Révész, ministro de Defensa; István Antos, ministro de Economía; Ferenc Nezvál, ministro de Justicia; Sebestyén Bakonyi, subsecretario de Comercio Exterior; János Tausz, ministro de Comercio Interior; Gyula Kállai (Campescu), ministro de Educación, y su subsecretario, György Aczél, principal organizador de las campañas antirreligiosas y de la persecución de cultos.

Los conquistadores del mundo pululan en el comité central del Partido Comunista húngaro, autoridad que tiene más poder que el propio gobierno en sí. Los miembros judíos del comité central son,

al presente (1958): Antal Apró-Apfelbaum, György Aczél, Janö Fock, László Földes, István Friss, Imre Horváth, Gyula Kállai (Campescu), Károly Kis, Ferenc Münich, Dezsö Nemes, presidente del comité editorial del diario comunista húngaro, el "Népszabadság", Ferenc Nezvál, Sándor Nógrádi, Lászlo Orbán y Kálmán Révai.

La tristemente famosa policía secreta (AVH) con su organización de terror, tortura y muerte, fue restablecida y, como antes, sus líderes fueron, casi exclusivamente, miembros de la fraternidad judía.

No creemos que se nos tache de prejuiciosos al afirmar que la lucha por la libertad húngara en 1956 fue de importancia histórica notable. Demostró que *todas las variantes del marxismo* habían fracasado por completo en su intento de granjearse la simpatía de los trabajadores y socialistas genuinos, a pesar del hecho de que, en la promoción del reino mundial judío, se habían nivelado hacia abajo los valores por más de un siglo. El poder global ejercido desde las posiciones clave también fracasó, ya que tanto los trabajadores como el proletariado unieron fuerzas instintivamente con los sectores intelectuales, y su primera acción fue la de eliminar esas posiciones. Se hizo evidente que en Hungría los trabajadores así como el resto de la nación ya no deseaban vivir bajo el sistema capitalista occidental. Rehusaron aceptar las formas oriental y occidental de explotación. *La nación húngara desea que los medios de producción permanezcan en sus propias manos, no bajo un comunismo nacional sino sobre la base de un nuevo sistema nacional-socialista libre de totalitarismos.* Ese concepto debería dar que pensar al mundo capitalista occidental así como a los trabajadores de dicho hemisferio. La humanidad puede salvarse de los horrores de una guerra nuclear sólo si el mundo occidental muestra a los trabajadores del este esa misma forma de socialismo que vio la luz durante la lucha por la liberación de Hungría en 1956, cuyos fueros aún no se han

escrito. Esa clase de socialismo podría quitarle la ametralladora a los grupos terroristas, destruir el becerro de oro y aniquilar el poder de las finanzas internacionales judías.

Sólo una sociedad socialista que ha sido purgada de sus odios puede salvar al hombre. Hasta que el mundo se vea libre del odio con que lo ha infectado la mentalidad judía durante los últimos 2.000 años, el peligro de una muerte atómica o de la eterna servidumbre se cernirá por siempre sobre nosotros.

El primer paso por tomar debe ser la abolición de todas las formas pueriles de "antisemitismo". Debe ponerse en claro que no somos "antisemitas". Condenamos el "antisemitismo", ante todo sobre una base racial, pues los verdaderos semitas, las naciones árabes, son nuestros hermanos y los aliados por naturaleza de toda fuerza nacionalista en la lucha global.

Tampoco somos "antisemitas" en el sentido hitlerista de la palabra, es decir, por razones raciales, ya que no propugnamos ni aceptamos la superioridad de raza alguna.

Tampoco somos "antisemitas" en el sentido religioso de la palabra, pues tenemos una mentalidad suficientemente liberal para respetar todas las religiones por igual.

Por último, no somos "antisemitas" de manera alguna en el sentido de odiar alguna característica particular de los judíos. No nos molestan ni la forma de sus narices ni sus costumbres sociales.

Lo que sí odiamos es *el poder judío mundial con sus 2.000 años de intrigas y conspiraciones "nazis" con el objeto de llevar a toda la humanidad a un estado de servidumbre, muerte atómica y explotación.* Por lo tanto, no debemos atacar las características personales, raciales o nacionales de los judíos, sino, al contrario, ya sea como demócratas, socialistas o nacional-socialistas, *debemos cumplir nuestro deber de seres humanos resistiendo por todos los medios legales –y aun si fuera necesario, con la*

revolución— la supervivencia de toda forma de dominación mundial judía. Tenemos todo el derecho de erguirnos contra un poder ilegal y de remover a los que ocupan las posiciones clave tras el frente gentil.

Dondequiera que se ejerza esa dominación, debe denunciarse sin piedad su identidad o, mejor aún, establecerse una organización mundial "supranacional" antijudía.

Esa organización establecerá las tácticas por emplear, de acuerdo con las características de los diversos países. No debería intentar prescribir a las diferentes naciones la forma de gobierno por adoptar, ni dar consejos con respecto a las políticas por emplear. Quizá la mejor arma en los Estados Unidos sería el voto democrático respaldado por una política de esclarecimiento general, junto con el boicot social y financiero, si fuera necesario. En los llamados países fascistas sería necesario conquistar el poder central, y en los países socialistas debería convencerse a los socialistas honestos y sinceros. Detrás de la Cortina de Hierro implicaría montar una lucha de guerrillas y campañas de resistencia que se opusieran al líder judío del régimen. Aquí, la ametralladora es un arma válida en la lucha que aquellos héroes combatientes por la libertad de Hungría desarrollaron con ejemplar empeño. El terror es la respuesta para dar al terrorismo, *pero sólo debe emplearse contra los terroristas.*

El imperio de la ley y el orden no implican la supresión de la libertad. La única "libertad" por abolir es ese tipo espurio de tolerancia que le brinda a aquellos exponentes del "nazismo" tribal la posibilidad de hacer lo que les plazca. Cuando se hayan abolido todas las libertades que hasta ahora eran patrimonio exclusivo del "pueblo elegido" y que les permitían sembrar el terror, la explotación y el acaparamiento ilimitado, el judaísmo, despojado de sus privilegios y monopolios, se enfrentará entonces con su destino.

¿Por cuánto tiempo puede continuar la presente tendencia de hechos? ¿Por cuánto tiempo más se arrastrará a las naciones de un engaño a otro? ¿Cuánto tiempo podrá mantenerse el bolchevismo y cuándo despertarán al fin los Estados Unidos? ¿Deben las naciones permanecer en estado de servidumbre —reprimidas y engañadas—, teniendo que afrontar periódicamente sangrientas guerras planificadas por un nacionalismo que les es ajeno?

Aunque esa conquista del mundo se ha desarrollado con creciente ímpetu durante los últimos 2.000 años, siempre ha contado con las bayonetas de otras naciones para lograr su cometido. "El judío de Occidente proveerá el equipamiento para un ejército de 20.000.000 soldados en el este..." presagió el profeta húngaro. Pero la fuerza más formidable y potente del judaísmo, el Ejército Rojo soviético, se vio sacudida por el sacrificio colectivo del proletariado húngaro. En Miscolc, ciudad de provincia situada al norte de Hungría, los oficiales de las divisiones blindadas rusas que recibieron orden de avanzar sobre los estudiantes universitarios se quitaron la vida en el medio de la calle, disparándose un tiro en la cabeza antes que cumplir con su sangriento mandato. Los soldados rusos se rendían con frecuencia, aduciendo que no dispararían contra sus hermanos húngaros. Durante los momentos más críticos del levantamiento de Budapest, era cosa corriente que toda una unidad blindada rusa se pasara al bando de los luchadores por la libertad y junto a ellos dispararan sobre los terroristas. Informaciones fidedignas aseveran que una gran unidad blindada rusa compuesta por 400 tanques mandó enviados al frente de los luchadores por la libertad con el objeto de informarles que estaban dispuestos a volver las torretas de sus tanques T54 contra sus opresores siempre que los húngaros se rehusaran a negociar con los capitalistas de Occidente. (Se llegó a un acuerdo cuando ya era demasiado tarde, ya que el 4 de noviembre de 1956

las divisiones rusas recibieron orden de atacar, y por lo menos en ese caso la disciplina militar prevaleció sobre los sentimientos personales de los soldados.)

La confianza y la fe del ejército más grande del judaísmo se vieron sacudidas. Lo mismo ocurrió con los soldados de otras naciones oprimidas, quienes decididamente apoyaron al pueblo húngaro. El ejército rumano no pudo ser enviado a Hungría pues los líderes judíos de Rumania advirtieron a Moscú que sus unidades se pasarían del lado de los húngaros.

"Cuando llegue la hora", dijo un oficial ruso de alto rango a los líderes de los luchadores por la libertad de Hungría, "nosotros también volveremos nuestras armas contra los opresores judíos al igual que ustedes. ¡Su único error fue actuar en forma prematura!"

Los poderes entre bastidores ya no pueden confiar en el soldado ruso.

¿Pero pueden confiar en el soldado *norteamericano*? A pesar del hecho de que la vida política estadounidense está, en gran medida, estructurada según los lineamientos de la doctrina Morgenthau, el ejército de los Estados Unidos ha aprendido mucho desde 1945. Pudo ver el cuerpo aplastado del general Patton, los sufrimientos del pueblo alemán, fue profusamente desangrado en Corea y vio cómo el judaísmo destituía al general Mac Arthur, el victorioso jefe militar.

El levantamiento húngaro de 1956 no fue el fin sino el principio. Y a los conquistadores del mundo ese comienzo les planteó la gran pregunta: ¿por cuánto tiempo podremos continuar?

¿Es posible seguir siempre como conquistadores? ¿Es posible trasladarse siempre en autos blindados como Rabinovich, Rákosi-Roth y otros de su calaña, protegidos, según las circunstancias, por guardaespaldas mongólicos, húngaros o rumanos? ¿Tenemos la seguridad de que los mongoles no se rebe-

len algún día? ¿Podemos navegar en lujosos yates por las cercanías de Florida y sentarnos sobre la civilización sin ser presas del terror permanente de que, en cualquier momento, nuestro poderío se desmorone? ¿Cuánto tiempo más puede hacérsele creer a un mundo hipnotizado que todo el que detecta nuestras intenciones es tan sólo un "antisemita" que esparce su odio? ¿Y por cuánto tiempo más deben mantenerse focos ardientes de odio entre las naciones para poder repetir los horrores de Auswitz en los Estados Unidos?

¿Por cuánto tiempo más podremos enviar a la horca a la élite de las naciones y tildarlas de "antisemitas" cuando se levanten contra nuestro nacionalismo? ¿Cuánto tiempo podremos predicar el internacionalismo mientras practicamos el más extremadamente tribal y racista de los nacionalismos? ¿Hasta cuándo podremos sostener la ficción de que hay "antisemitismo" si se nos daña y que, en cambio, constituye un acto de democracia americana o de liberación soviética si nosotros matamos a alguien o aniquilamos naciones enteras? La destrucción por nuestra parte se torna construcción; el asesinato, libertad; el terrorismo en todo el mundo, democracia; ¡pero cuando se pierde algún miembro de la sagrada simiente de Abraham, es deber del mundo entero lamentar su pérdida junto a nosotros! Si explotamos a otros pueblos según nuestros egoístas principios, dicho proceder no constituye nacionalismo, pero si desean vivir sus propias vidas independientemente, ¡sin duda eso es barbarismo!

¿Por cuánto tiempo puede continuar todo eso? ¿Cuándo se despertará el mundo? ¿Por cuánto tiempo se tolerará una doble moralidad, según la cual un judío es libre de cometer casi cualquier delito contra los demás? ¿En qué momento se dará cuenta el mundo de que con las guerras, revoluciones y depresiones sólo nosotros somos los que prosperamos? La serpiente simbólica ha circundado el globo, así como la vida, mentalidad y moral de las

naciones que en él existen. Ha masificado y destruido individualidades con el propósito de esclavizar a los pueblos. ¿Cuándo se alzarán, entonces, nuestros vasallos y esclavos, las masas bárbaras? ¿Cuándo se dará cuenta el mundo de que el pueblo elegido no existe, sino tan sólo opresores? ¿No sería tal vez mejor si un día pudiésemos despertar y encontrar un país que fuera auténticamente nuestro? En ese país ya no seríamos los opresores, sino ciudadanos libres; no seríamos odiados extranjeros sino nativos del lugar. ¿No sería positivo sacrificar el becerro de oro y la ametralladora, y fundar con sudor y trabajo nuestro propio país? ¿No sería mejor tener hogares seguros en nuestra propia tierra, antes que llevar una vida peligrosa como opresores, banqueros, dictadores, o como clase dirigente, siempre perseguidos por las eternas trepidaciones e inseguridades de nuestra posición?

Los Sabios de Sión deben de haber pensado en todo esto con anterioridad, pero no hay acuerdo posible ante semejante demostración de locura chauvinística. Menos aun desde el momento en que se trata de un nacionalismo que lleva varios milenios de existencia y que no tiene, en la actualidad, otra opción sino vencer o morir, *¡el dominio mundial o la destrucción!*

Pero los pueblos cristianos sostienen que hay un camino mejor. Al mundo esclavizado y sacudido por los coletazos de la serpiente simbólica, se le puede presentar el ejemplo de Cristo con su látigo: Cristo, el más grande de los "antisemitas". Tras la cruz de odio saduceo eleva su látigo sobre los mercachifles del templo. Es ésta la contrarrevolución cristiana que habrá de reestablecer aquellos valores que el judaísmo le arrebató a los seres humanos: el respeto por la autoridad personal, la restauración de la independencia de las naciones y la justicia para los pobres. Habrá de favorecer a todas las masas proletarias, y los hombres se olvidarán del materialismo y volverán sus ojos al Cielo.

Es ésa la resistencia cristiana; es ése el espíritu del Jueves Santo levantándose para enfrentar al reino mundial de los judíos. Es ése el Nuevo Testamento, cuyas verdades se verán quizá reivindicadas en forma victoriosa en la última hora.

Pues San Pedro está parado nuevamente ante las masas alucinadas del pueblo, e, inspirado por el Espíritu Santo, eleva su voz para que le oigan aquellos gentiles "judeizados" que están "bajo la ley" de los judíos: "¡Sed salvos de esta perversa generación!" (Actos II,40.)

Contra el cumplimiento de los mandamientos de los *Protocolos, el mensaje de una Nueva Era* resuena diáfanamente con su promesa de libertad. Durante el pasado siglo otro lema decía: "¡Proletarios del mundo, uníos!" Pero hoy, en medio de esta civilización sufriente y semiarruinada, el nuevo lema para los pueblos que despierten debe ser: "¡Antijudíos del mundo, uníos antes de que sea demasiado tarde!"

EPILOGO

La lucha por la libertad llevada a cabo en Hungría por los trabajadores, campesinos y miembros de la clase media compromete a todos los hombres de buena voluntad, y afecta tanto a húngaros como a toda nación por igual. Debemos aunar esfuerzos para destruir el poder de los conquistadores del mundo; de no ser así, estallará una tercera guerra mundial cuyos sobrevivientes serán los desdichados esclavos del judaísmo, o bien los restos humanos y los idiotas desfigurados por la radiación atómica y los efectos del estroncio.

No fue el odio sino esa firme convicción la que me instó a escribir este libro. No somos antiestadounidenses porque admiremos y tengamos afecto a los granjeros, trabajadores y valientes pioneros norteamericanos; son sólo los Estados Unidos de Morgenthau y Baruch los que detestamos en Europa. De modo similar, no somos los adversarios del pueblo ruso sino los enemigos mortales de la Unión Soviética de Khaganovich y el bolchevismo judío.

Si ha de existir la paz en el mundo, no deberá haber "pueblo elegido" alguno en el futuro sino sólo pueblos libres con igualdad de derechos. Esa es la única verdad, la que, sin duda, prevalecerá al final.